AUGUSTO ZAMORA R.

De UCRANIA al MAR de la CHINA

ILUSTRACIONES DE ANTHONY GARNER

Ant 2022

akal

Augusto Zamora R.

DE UCRANIA AL MAR DE LA CHINA

EL EJE RUSO-CHINO ANTE UN OCCIDENTE ROTO

Ilustraciones de
Anthony Garner



ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

PRELUDIO CON MISILES

Estamos en un cambio de ciclo. Un ciclo iniciado en 1443 por Enrique el Navegante (que nunca navegó), llamado así por impulsar las primeras expediciones marinas portuguesas en busca de nuevas rutas de comercio. Le siguieron las españolas, que, en 1492, cambiaron el mundo para siempre. Entre los siglos XVI y XVIII, España, al tiempo que sus naos expandían la geografía del mundo, erigió el primer imperio oceánico de la historia, cuyo control y dominio no dependía de fuerzas terrestres que se movían sobre espacios terrestres, sino de una poderosa marina, militar y comercial. Los imperios que le siguieron –británico, francés, holandés, estadounidense– lo hicieron sobre aquel modelo.

Hasta el español, los imperios anteriores habían sido terrestres, dadas las enormes dificultades de mover tropas por mar. Como en todo, hay excepciones (la Atenas de Tucídides), pero escasas y puntuales. Gengis Kan, Alejandro, Timur Lenk, Trajano o Carlomagno presidieron vastos imperios terrestres, con los océanos como límite. El islam, los otomanos, Rusia y China se expandieron a lomos de caballo.

Con España cambió todo y eso dio inicio al ciclo histórico de supremacía occidental europea que, bajo un país u otro, dominaría el mundo hasta la Segunda Guerra Mundial. Europa impuso sus idiomas, costumbres, alfabeto, arquitectura, formas de gobierno, modas, cultura. También correspondió a España, suprema potencia en el Pacífico durante 250 años, iniciar el proceso de intercambios comerciales globales a través del desconocido, pero grande, Galeón de Manila, una ruta que llevaba las mercancías de Asia a las Indias y Europa, y, a la inversa, llevaba mercancías europeas y americanas a tierras asiáticas (véase el documental de José Luis López-Linares *España, la primera globalización*, de 2021). Durante tres siglos, España diseñó el mundo tal cual lo conocemos hoy, al punto que, hasta mediados del siglo XIX, el real de a ocho, de plata, era la única moneda reconocida con valor universal. En tanto peso y aprecio se lo tenía, que era la moneda que más circulaba en EEUU, donde, para poder imponer el uso del dólar como moneda nacional, se prohibió el uso del doblón en 1857.

*

Después de 1945, dos superpotencias periféricas, pero de cultura occidental, tomaron el relevo de los desmantelados imperios europeos: EEUU y la URSS. El suicidio de la URSS marcará el principio del fin de esta hegemonía occidental en el mundo, para dar paso al renacimiento de potencias asiáticas, de la mano de la República Popular China y de una

Rusia convertida, por la ceguera europea, en potencia asiática. Hoy, la economía y el comercio mundiales giran en torno a ese «arco del triunfo» que va de Rusia y la península coreana a India, con China como epicentro. Desde él se pondrá fin a 550 años de hegemonía occidental. Se abrirá el ciclo de Asia.

*

El orden nacido de la Segunda Guerra Mundial ha sido sobradamente superado. Baste con recordar que la organización mundial creada en San Francisco en junio de 1945 la fundaron 50 Estados, todos de América y Europa, con excepción de doce: Liberia, Egipto, China, Etiopía, Arabia Saudí, Filipinas, India, Irán, Iraq, Líbano, Siria, Turquía. Sudáfrica no cuenta, pues la gobernaban blancos racistas occidentales. La ONU de hoy la integran 193 Estados, la gran mayoría procedentes de África, Asia y Oceanía. El anacronismo imperante es tan desigual y arbitrario que, por acuerdo *de facto,* el Banco Mundial debe tener un presidente estadounidense y el FMI uno europeo, aunque ambos sean organismos especializados del Sistema de Naciones Unidas. Que países sin casi relevancia mundial, como Francia y Gran Bretaña, sigan siendo miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y no India, México, Sudáfrica o Alemania, refleja el nivel de desfase de un sistema mundial que tiene los días contados. El Comunicado Conjunto suscrito por Vladímir Putin y Xi Jinping en febrero de 2022 recoge esta realidad. Ambos dirigentes creen necesaria «la transformación de la arquitectura de gobernanza global y el orden mundial; hay una creciente interrelación e interdependencia entre los Estados; ha surgido una tendencia hacia la redistribución del poder en el mundo, y la comunidad internacional está mostrando una creciente demanda de liderazgo que apunte a un desarrollo pacífico y gradual».

*

Otro detalle. Desde el siglo XIX, dos potencias marítimas anglosajonas –Gran Bretaña, en el siglo XIX, y EEUU, en el XX– han ejercido un control incontestable de los océanos y mares del mundo, limitadamente respondido por Alemania, Japón y, más tiempo, la URSS. La conversión de China en superpotencia naval y el renacer del poder naval ruso –más el creciente de India y de Irán– están poniendo fin a esos dos siglos de hegemonía anglosajona. EEUU ha declarado a China su mayor desafío. China, a su vez, sabe que EEUU es su mayor amenaza. La rivalidad se traduce en presupuestos militares: EEUU ha asignado 813.000 millones de dólares a gastos de defensa para 2023 (el mayor de su historia) y China 230.000 millones de dólares (también el más alto). Están ambos preparándose para la batalla, que llegará, y pronto. En torno a 2030, para ir avisando al personal.

*

La geoestrategia de EEUU, para intentar mantener su hegemonía marítima en el mundo pasa por dividir a la humanidad en dos bloques hostiles: de una parte, EEUU y sus aliados; de otra, Rusia y China y los suyos. Repitiendo escenarios de la Segunda Guerra Mundial, EEUU está formando dos frentes: uno en el Atlántico, con la OTAN como ariete; otro, en el Pacífico, con Japón y Australia como mazos. Nunca, en la historia humana, tan llena de sangre y destrucción, se ha visto nada parecido. Dos bloques que, como movimiento tectónico de placas, dividirán continentes, regiones y países. No es un proceso ineludible, pero, según marcan las políticas, si nada lo remedia –y los remedios yacen en los cuernos de la

Luna–, esa división estará consolidada hacia 2030. No es esto un agregado al Apocalipsis de san Juan, pero se parece.

*

Un elemento central es ahogar a China. Según se expresa en la Estrategia de Defensa Nacional –y recoge la revista *Defense News*, de 4 de abril de 2022–, a aprobarse oficialmente en junio de 2022, es la llamada «Campaña hacia delante», considerada un pilar de las operaciones militares futuras. El comandante del Cuerpo de Marines, general David Berger, la describió en los siguientes términos:

> La Campaña hacia delante representa la «primera oportunidad de disuadir» a un adversario [...] ya estás en los lugares que ellos quieren estar. Si quieren extenderse más allá del mar de la China Meridional, si eres [China] –si quieres extender tu línea de defensa más lejos y ya estamos allí– lo hace mucho más difícil.

Por su parte, el jefe de Operaciones Navales, almirante Mike Gilday, manifestó, durante una mesa redonda, que «una flota persistentemente presente podría hacer que China se lo piense dos veces antes de tomar medidas contra sus vecinos», es decir, que EEUU tiene decidido mantener una presencia naval permanente en los mares de la China. Según Gilday, «nuestra capacidad para hacer eso en el día a día en el Pacífico occidental, diría que es de vital importancia. Y no se puede hacer virtualmente, hay que estar allí para asegurar a los aliados y socios, para ver esa actividad, para exponerla».

Dentro de la estrategia citada, el Cuerpo de Marines ha agregado un enfoque de «Fuerza de intervención» a su lista de conceptos en desarrollo para futuras operaciones dirigidas a disuadir o derrotar a China, considerada por EEUU una amenaza inminente. Este concepto se combina con la fuerza anfibia de entrada forzosa establecida de forma permanente, con maniobras dentro de la zona de operaciones de China. Estas dos fuerzas juntas –una de reserva y una expedicionaria rotativa– apoyarán la Campaña hacia delante de la U.S. Army.

Para el comandante de la Flota del Pacífico estadounidense, el recién nombrado almirante Samuel Paparo, dicha flota se encuentra operando así en la actualidad:

> Nos estamos comportando así ahora en el sentido de que estamos ejecutando negar, defender, dominar. Negar objetivos dentro de la primera cadena de islas. Defender a los aliados y socios a lo largo de la primera cadena de islas. Y dominar fuera de la primera cadena de islas
>
> Hacer campaña hacia delante significa el ejercicio continuado de la libertad de navegación, subrayando el hecho de que el servicio naval de Estados Unidos volará y navegará en cualquier lugar que el Derecho internacional [permita], y luego nuestra continua preparación hacia delante para disuadir y, si la disuasión falla, para luchar y ganar ante cualquier agresión que ponga en entredicho el orden internacional basado en normas sobre el que descansan la seguridad y el bienestar de la nación.

En suma, que EEUU está construyendo una doctrina militar que se basa en dos premisas: una, mantener un despliegue naval permanente en los mares adyacentes a China y, dos, encerrar a China desde el primer cinturón de islas para rematarla desde el segundo cinturón.

China ya conoce esta estrategia. El diario *Global Times,* en su edición de 9 de abril de 2022, escribió: «En la recién concluida reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN se invitó a los socios estadounidenses de Asia-Pacífico, Australia, Japón, Nueva Zelanda y Corea del Sur, con el claro objetivo de cercar a China». Avisados están. Para cerrar este punto, terminaremos con la Declaración Escrita del general Mark A. Milley, presidente del Estado Mayor Conjunto, Departamento de Defensa, de 5 de abril de 2022, presentada al Congreso de EEUU, en la que expresó:

> La República Popular China tiene y sigue desarrollando importantes capacidades militares nucleares, espaciales, cibernéticas, terrestres, aéreas y marítimas, y trabaja cada día para reducir la brecha tecnológica con Estados Unidos y nuestros aliados. En resumen, sigue teniendo la intención de revisar fundamentalmente el orden internacional global a su favor para mediados de siglo, tiene la intención de ser un par militar de Estados Unidos para 2035 y tiene la intención de desarrollar las capacidades militares para tomar Taiwán para 2027.
>
> Además, está observando activamente los acontecimientos en Ucrania y pretende aprovechar los esfuerzos para debilitar a Estados Unidos y a nuestros aliados que apoyan a Ucrania. Mientras que Rusia es una amenaza aguda, la RPC es nuestro reto geoestratégico de seguridad nacional a largo plazo. Tal como se afirma en la Guía Estratégica Provisional de Seguridad Nacional del presidente Biden, China es el único país «capaz de combinar su poder económico, diplomático, militar y tecnológico para plantear un desafío sostenido a un sistema internacional estable y abierto».

Milley finaliza su escrito afirmando:

> Estados Unidos se encuentra en un punto de inflexión geoestratégico muy crítico e histórico. Estamos entrando en un mundo cada vez más inestable y las posibilidades de que se produzcan conflictos internacionales significativos entre las grandes potencias están aumentando, no disminuyendo. Estados Unidos debe seguir una estrategia clara de mantenimiento de la paz mediante una capacidad de fuerza inequívoca en relación con la RPC y Rusia. Esto requiere que simultáneamente mantengamos la preparación y nos modernicemos para el futuro. Si no lo hacemos, estaremos arriesgando la seguridad de las generaciones futuras. Este presupuesto es un paso importante en la dirección correcta.

*

Como puede verse, Ucrania es apenas la antesala del gran conflicto que se está gestando en el mar de la China Meridional. La cuestión de Ucrania ha generado una reacción tan virulenta y ciega en el mundo atlantista porque Rusia ha derrumbado un proyecto geoestratégico entendido como fundamental por EEUU y sus aliados, y eso resulta absolutamente imperdonable. El proyecto era convertir a Ucrania en la punta de lanza de la OTAN de cara a la pugna creciente entre quienes quieren mantener el orden nacido de la Segunda Guerra Mundial –que ha sido superado por la dinámica de la sociedad internacional–, basado en la hegemonía de EEUU, y quienes quieren establecer un nuevo orden, multipolar, de reglas nuevas con una Organización de Naciones Unidas adaptada a los nuevos hechos. Rusia y China encabezan el movimiento del cambio y es dentro de ese escenario que deben verse

la crisis de Ucrania y otras que irán llegando. Por lo demás, como afirma el coronel (R) Douglas Macgregor, exasesor del secretario de Defensa en la administración Trump, en su artículo «Biden's Folly In Ukraine» («La locura de Biden en Ucrania»), «Moscú no puede perder la guerra con Ucrania de la misma manera que Washington no puede perder una guerra con México».

*

Rusia y China. La alianza que está cambiando el mundo está recogida en un documento suscrito el 4 de febrero de 2022 por Vladímir Putin y Xi Jinping. No es preciso hacer comentarios. Basta con citar partes relevantes del mismo para entender de qué va:

> Las partes buscan avanzar en su trabajo para vincular los planes de desarrollo de la Unión Económica Euroasiática y la Iniciativa de la Franja y la Ruta con miras a intensificar la cooperación práctica entre la UEEA y China en diversas áreas y promover una mayor interconexión entre las regiones de Asia Pacífico y Eurasia. Las partes reafirman su enfoque en la construcción de la Gran Asociación Euroasiática en paralelo y en coordinación con la construcción de la Franja y la Ruta para fomentar el desarrollo de asociaciones regionales, así como procesos de integración bilateral y multilateral en beneficio de los pueblos del continente euroasiático.
>
> Las partes creen que ciertos Estados, alianzas y coaliciones militares y políticas buscan obtener, directa o indirectamente, ventajas militares unilaterales en detrimento de la seguridad de otros, incluso mediante el empleo de prácticas de competencia desleal, intensificar la rivalidad geopolítica, fomentar el antagonismo y la confrontación, y socavar gravemente el orden de la seguridad internacional y la estabilidad estratégica mundial. Las partes se oponen a una mayor ampliación de la OTAN y piden a la Alianza del Atlántico Norte que abandone sus enfoques ideologizados de guerra fría, que respete la soberanía, la seguridad y los intereses de otros países, la diversidad de sus antecedentes civilizatorios, culturales e históricos, y que ejerza una actitud justa y actitud objetiva hacia el desarrollo pacífico de otros Estados. Las partes se oponen a la formación de estructuras de bloques cerrados y campos opuestos en la región de Asia y el Pacífico, y se mantienen muy atentas al impacto negativo de la estrategia del Indo-Pacífico de Estados Unidos sobre la paz y la estabilidad en la región. Rusia y China han realizado esfuerzos constantes para construir un sistema de seguridad equitativo, abierto e inclusivo en la Región de Asia y el Pacífico (APR) que no esté dirigido contra terceros países y que promueva la paz, la estabilidad y la prosperidad.
>
> Las partes están seriamente preocupadas por la asociación de seguridad trilateral entre Australia, los Estados Unidos y el Reino Unido (AUKUS), que prevé una cooperación más profunda entre sus miembros en áreas que involucran la estabilidad estratégica, en particular su decisión de iniciar la cooperación en el campo de submarinos de propulsión nuclear. Rusia y China creen que tales acciones son contrarias a los objetivos de seguridad y desarrollo sostenible de la región de Asia y el Pacífico, aumentan el peligro de una carrera armamentista en la región y plantean graves riesgos de proliferación nuclear. Las partes condenan enérgicamente tales movimientos y piden a los participantes de AUKUS que cumplan de buena fe con sus compromisos de no proliferación nuclear y de misiles, y que trabajen juntos para salvaguardar la paz, la estabilidad y el desarrollo en la región.

Tres grandes potencias, dos visiones, un solo mundo... El ya citado coronel (R) Douglas Macgregor comenta al respecto:

> El presidente Biden y el unipartidismo de Washington están fomentando el dominio de la masa terrestre euroasiática por un acuerdo colectivo de las principales potencias económicas del mundo, incluidas Rusia, China, India, Japón, Asia Central y el Sudeste Asiático, restaurando así la condición estratégica que Washington temía en 1940. Los votantes estadounidenses preferirían que Washington se centrara en apuntalar la prosperidad económica de Estados Unidos, controlar la inflación y restaurar el estado de derecho, y no en la guerra con Rusia.
>
> El presidente Biden haría bien en seguir el ejemplo de Scholz y trabajar para poner fin al peligroso conflicto de Ucrania. Aun así, en un futuro indefinido, el uso del poder militar de Estados Unidos en el hemisferio oriental implicará ahora la posibilidad de una guerra con más de una potencia de primer orden en más de una región del mundo a la vez. Bien hecho, Sr. Presidente.

*

Terminamos con un hecho que sería anecdótico de no ser lo que refleja. El 31 de marzo de 2022, China y las islas Salomón firmaron un acuerdo de seguridad. Dicho acuerdo –legal, a todos los efectos–, dispone, en una de sus partes, que «China podrá, acorde con sus propias necesidades y con el consentimiento de islas Salomón, hacer visitas navales para realizar abastecimientos logísticos en islas Salomón y hacer escalas y transiciones». También permitiría que policías armados chinos ayudaran a mantener el «orden social» en el país insular, a solicitud de sus autoridades. Bien, este acuerdo fue criticado por Australia y EEUU, por el «temor» de que pueda dar pie a que China construya una base naval en el archipiélago. El jefe de operaciones conjuntas de Australia, teniente general Greg Bilton, afirmó que el acuerdo «cambia el cálculo» de las operaciones de su país en el Pacífico. El colmo fue que, desde Australia, personas próximas al Gobierno pidieron la invasión del archipiélago, para instalar a un «gobierno amigo». EEUU puede tener las bases navales que quiera. China no.

*

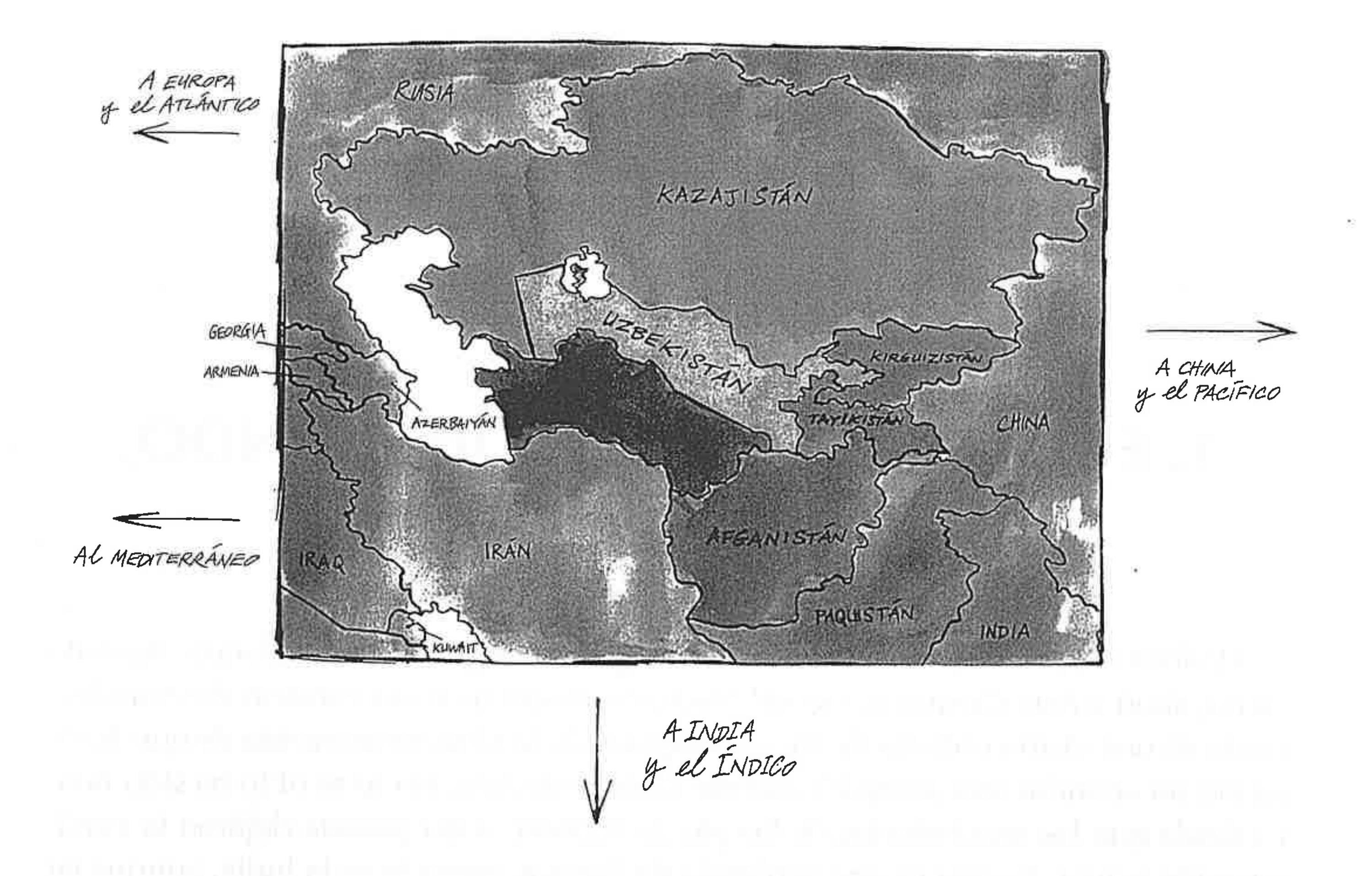
Hay temas en este libro que no se amplían, pues están tratados en los dos libros de geopolítica que le preceden: *Política y geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos* y *Réquiem polifónico por Occidente*. Quien desee profundizar en esos temas tiene en esos libros el material complementario. Hacer de otra manera era repetir lo ya escrito. Lo dicho: el surgimiento del nuevo ciclo viene con dolor de parto y crujir de dientes. Prudente será evitar –que formas hay– que los que crujan sean los nuestros.

21 de abril de 2022

1. EURASIA, CORAZÓN DEL MUNDO, CORAZÓN, CORAZÓN...

Halford Mackinder, en su construcción geoestratégica de este planeta llamado Tierra, situó a Asia Central como «el pivote continental» o «el corazón del mundo». Partía de una visión unitaria de Eurasia, superando la idea eurocentrista de que Europa era un «continente» geográficamente distinto de Asia. No lo es ni lo ha sido nunca desde que los movimientos de las placas tectónicas del planeta dejaron la configuración actual. Europa es una península de Eurasia, como lo es la India, aunque tal realidad disgustaba a los teóricos que creían y difundían la idea de la superioridad de la «raza blanca». Siendo la región más poderosa del mundo, Europa debía tener un «continente» propio y le inventaron uno: Mackinder, quien logró elevar la Geografía a nivel de ciencia, entendió que, geográficamente, Eurasia era un único continente, de la misma forma que entendió la relevancia de Eurasia en la configuración política del mundo. Fue así que situó a Asia Central como la región más estratégica del planeta. Esa idea sigue hoy marcando líneas geoestratégicas y determinando políticas con más fuerza, incluso, que en el siglo XIX. El suicidio de la URSS, la emergencia de China y el creciente papel de India reforzaron la tesis de Mackinder, pues, efectivamente, Asia Central es el corazón de Eurasia y, desde esta región, son múltiples las vías para alcanzar los océanos más importantes del planeta y toda Eurasia.

El fin de la Segunda Guerra Mundial enterró a los imperios europeos y dio paso a la Guerra Fría y el mundo bipolar, con dos superpotencias y dos modelos políticos y económicos distintos. Dado que casi toda Asia Central formaba parte de la URSS, esta región perdió relevancia, situación que cambió con su destrucción en 1991. El suicidio soviético provoca, entre otra infinidad de cambios, una revalorización de Asia Central, puesto que, desaparecido el país al que pertenecían, surge una nueva realidad, nunca vista en siglos, de quedar la región dividida en Estados independientes. Por vez primera en la historia moderna, Asia Central era autónoma y que-



daba fuera del dominio de otras potencias y, por tanto, accesible a terceros Estados (esta nueva realidad será una razón principal de la invasión de Afganistán por la OTAN, que se evidenciará, aún más, con la apertura de bases militares estadounidenses en Uzbekistán y Kirguizistán; pronto Rusia presionó para que fueran cerradas y cerradas siguen hasta la fecha).

Eurasia ha vuelto a ser una región definitiva y definitoria en los mayores proyectos geoestratégicos del mundo y, dentro de la disputa de poderes en marcha entre grandes actores (EEUU, Rusia, China, India, Irán, Paquistán), los países que la forman tienen la llave de esos proyectos, entre ellos una parte relevante de la Nueva Ruta de la Seda de China y los acuerdos milmillonarios entre Irán y China (y uno que –se está anunciando– firmarán Irán y Rusia). No obstante, el fracaso estadounidense en Afganistán –como se explica más adelante– dejó fuera, de manera traumática, a EEUU, de forma que tres países –Rusia, en primer lugar, Irán y China– están confirmando su influencia y papel hegemónico en Asia Central. La derrota en Afganistán ha significado, para los intereses de EEUU y la OTAN, un duro revés en la lucha por el poder mundial. Los sucesos acaecidos en Kazajistán, a principios de enero de 2022, que derivaron en una revuelta violenta contra el Gobierno kazajo y en una petición de apoyo de su presidente, Kassym-Jomart Tokayev, a la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), recordaron dos cosas: una, el papel

estratégico del país exsoviético para Rusia, que dirigió la operación de paz de la OTSC en el mismo; dos, el peso e influencia rusos en Asia Central, con China como expectante –y respetuoso– actor.

Para explicar la relevancia de Eurasia vamos a recurrir al principal estratega de EEUU, de impronunciable nombre, Zbigniew Brzezinski, polaco de Varsovia naturalizado estadounidense, que quiso llamar la atención sobre el papel de dicha región en el mundo postsoviético. Aunque escrito en diciembre de 1997, su descripción se mantiene vigente, lo que pone de manifiesto que, desde finales del siglo xx hasta el presente, la importancia de Eurasia no ha dejado de aumentar. Aquí parte de lo escrito por Brzezinski, en un artículo que tituló *Una estrategia para Eurasia*:

> Eurasia alberga la mayoría de los Estados del mundo que tienen una política positiva y dinámica. Todos los pretendientes históricos a la condición de potencia mundial tuvieron su origen en Eurasia. Los más populosos aspirantes del mundo a la hegemonía regional, China e India, se hallan en Eurasia, del mismo modo que todos los contrincantes potenciales, políticos y económicos, de la primacía norteamericana. Después de EEUU, las seis economías más grandes y que más gastan en defensa están allí, como también todas menos una de las ocultas. Eurasia cuenta con el 75% de la población mundial, el sesenta por ciento de su PIB y el 75% de sus recursos energéticos. Colectivamente, el poderío potencial de Eurasia eclipsa incluso al de EEUU.
>
> Eurasia es el continente eje del mundo. Una potencia que dominara Eurasia ejercería una influencia decisiva sobre dos de las tres regiones económicas más productivas del mundo: Europa Occidental y Asia Oriental. Un vistazo sobre el mapa da a entender también que un país dominante en Eurasia controlaría casi automáticamente Oriente Próximo y África... ahora Eurasia [es] el tablero decisivo del ajedrez geopolítico [...].

Brzezinski omite a Rusia, como era usual en esos años, pues el país, en manos del dipsómano Boris Yeltsin, estaba sumido en una crisis que no pocos, en Occidente, creían terminal. La pobreza se había hecho general, la corrupción la devoraba y la guerra en Chechenia había mostrado un ejército maltrecho e incapaz. Era, por tanto, normal que el país euroasiático no apareciera –casi– en ninguna de las cábalas sobre el mundo que emergía después del final de la Guerra Fría. También debe señalarse que Brzezinski hacía caso omiso del factor geográfico, en el que Rusia, históricamente, ha tenido un papel decisivo. El peso de la geografía se irá dejando sentir poco a poco, hasta restaurar Rusia, en buena medida, su ascendiente histórico en Asia Central.

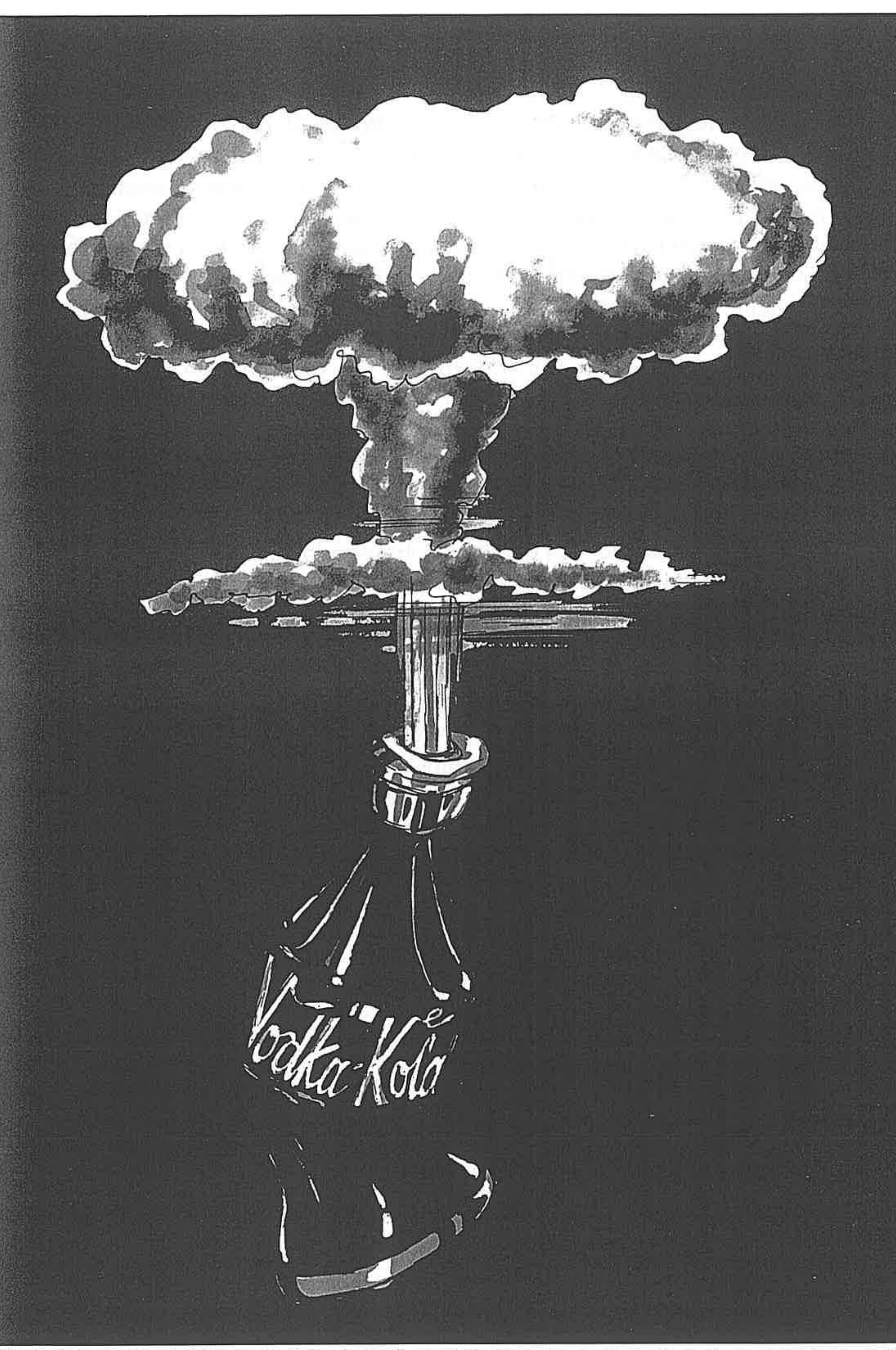
En realidad, para situarnos en el pensamiento occidental de 1997, el único país que contaba era EEUU, que se había proclamado vencedor de la Guerra Fría y úni-

ca hiperpotencia del mundo. No obstante, como es verdad sabida, un país con la extensión, los recursos y el capital humano heredado de la Unión Soviética no podía darse nunca por muerto, de la misma forma que no era sensato pensar que países como China no reclamarían su lugar. Para aproximarnos a la era postsoviética es preciso hacer unos comentarios sobre el mundo bipolar y las estructuras básicas de su funcionamiento.

La mesa de dos patas y el vodka-kola bien frío

De la Segunda Guerra Mundial emergieron victoriosas dos potencias, EEUU y la URSS, que, por la magnitud de una suma de factores (extensión territorial, fuerzas armadas, armamento, economía, áreas de influencia y arsenal nuclear), fueron consideradas superpotencias. El prestigio de la URSS por su aplastante victoria sobre los nazis llevó al comunismo a sus más altas cotas de popularidad y expansión, convirtiéndose en referencia política y, en los países bajo dominio colonial, en un apoyo esencial en la lucha contra las decrépitas potencias imperialistas. En Europa, estas potencias hicieron alianza con EEUU, que adquirió estatus jurídico con la constitución de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en abril de 1949, el mismo año en que la URSS detona, en el mes de agosto, su primera bomba nuclear. Los soviéticos, que habían establecido su dominio sobre la Europa del Este, respondieron creando el Pacto de Varsovia en mayo de 1955, de forma que la península europea quedó dividida en dos bloques. Finlandia, Suecia, Austria y Suiza se declararon países neutrales.

En Asia el panorama fue más complejo. La proclamación, en 1949, de la República Popular China por Mao Zedong, tras el triunfo del Partido Comunista Chino, hizo temblar a EEUU. La alianza soviético-china modifica el equilibrio de fuerzas en el Sudeste Asiático, lo que se pone a prueba con la Guerra de Corea (1950-1953). La invasión del Sur, controlado por EEUU, por el Norte, bajo dominio del Partido de los Trabajadores (comunista), en junio de 1950, es respondida con contundencia por Washington, que, en septiembre de ese año, desplaza una fuerza expedicionaria masiva en hombres y armamentos, al mando de su más célebre general, Douglas MacArthur. La aviación estadounidense devasta Corea del Norte y las tropas norteamericanas avanzan sin tropiezos hacia la frontera con China. Conscientes de que el ejército norcoreano sería derrotado y de que EEUU llegaría a su frontera, Beijing organiza un «ejército de voluntarios» que entra en Corea en septiembre de 1950. Pese a su peor equipamiento, los voluntarios chinos desbordan a las tropas estadounidenses y las obligan a retroceder al sur. Al final, la guerra se estanca y, en 1953, se firma el armisticio, que aún sigue en vigor (sobre esta guerra,


Vodka-Kola

cabe destacar el filme chino *The Battle at Lake Changjin*, de 2021 y varios directores, y la bien lograda *M.A.S.H.*, de 1970, de Robert Altman).

La Guerra de Corea cambia el mapa geopolítico del Pacífico Asiático. En 1951, EEUU firma un Tratado de Seguridad con Japón y, en los años siguientes, consolida su presencia militar en Japón, Corea del Sur, Filipinas y Taiwán. También comienza a aplicar una política virulentamente anticomunista, que le lleva a enfrentarse a los movimientos anticolonialistas de liberación nacional en Asia y África, y ese mismo anticomunismo le conduce a la Guerra de Vietnam (1961-1975), que termina de forma desastrosa para EEUU (sobre esa guerra, véanse las películas *Apocalypse Now*, de 1979, dirigida por Francis Ford Coppola, y *La chaqueta metálica*, de 1987, de Stanley Kubrick). El resultado es la expansión del comunismo en decenas de países del entonces llamado Tercer Mundo, de Cuba a Camboya, pasando por Angola y Mozambique. EEUU y la URSS establecen una extensa red de alianzas, con los normales altibajos, que dividen al mundo en dos bandos. Así se mantendrá hasta la extinción de la URSS, que, en contra de lo que creían en EEUU y la OTAN, no termina con la imposición del dominio global estadounidense, sino con un torbellino de cambios que, en Occidente, de lo atragantado que está, siguen hoy sin saber digerir o entender, o ambas cosas a la vez.

La confrontación ideológica, sin embargo, es mantenida bajo control por EEUU y la URSS, de forma que no traspasa nunca ciertos límites. Para expresarlo en palabras de Mackinder, las batallas se dirimen en el *Rimland* o margen continental y en el *Outer Crescent* o creciente exterior. En Corea, la URSS no quiere verse involucrada en la guerra más allá de ciertos términos e, incluso, oculta la participación de su fuerza aérea, que debe combatir secretamente contra la de EEUU. El presidente Truman destituye al general MacArthur, que, desesperado por las derrotas de sus fuerzas, pide lanzar bombas atómicas contra China, lo que hubiera podido generar una réplica de la URSS. (Pese a su importancia geopolítica, la Guerra de Corea no tuvo suerte en el imaginario colectivo, entre otros ámbitos en el cine. No obstante, fue el único conflicto en el que se enfrentaron abiertamente, aunque en secreto, EEUU y la URSS, limitado eso sí a la guerra aérea. En los cielos de Corea se dieron los primeros combates entre aviones caza a reacción: los F-86 Sabre de EEUU y los MiG-15 soviéticos. «Según datos no oficiales, los pilotos soviéticos participaron en 2.000 combates aéreos y derribaron 1.097 aviones estadounidenses durante la Guerra de Corea. Al mismo tiempo, la URSS perdió 319 aeronaves –de los modelos MiG-15 y La-11–», señalaba la revista *Sputnik*.)

La causa de esa autolimitación era muy simple: ambas superpotencias querían minimizar al máximo el peligro de un enfrentamiento directo, que podría desembocar en una guerra nuclear. Se hizo general el tema de la Destrucción Mutua Asegurada (DMA), es decir, que, en caso de guerra, ambas superpotencias quedarían

destruidas, dado el inmenso volumen de armas nucleares que habían acumulado. Aunque mucho se especulaba con la DMA, y hasta se filmaron películas (*El día después*, de Nicholas Meyer, de 1983), la URSS y EEUU mantienen un pacto no escrito de no interferir en las respectivas áreas inmediatas de influencia. Las intervenciones soviéticas en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968) sólo generan condenas verbales. De igual manera, las invasiones de República Dominicana (1965), Granada (1983) y Panamá (1989) por tropas de EEUU no provocan más que denuncias públicas. Era obvio que las dos superpotencias habían establecido sus líneas rojas, y cada una respetaba las áreas de influencia en su vecindad limítrofe, consideradas esenciales para su seguridad.

Este pacto no escrito fue la causa de que algunos autores hablaran, en tono socarrón y no pocas veces reprobatorio, de un sistema mundial «vodka-kola», en alusión a dos bebidas muy populares en la URSS y EEUU. Querían significar que la confrontación entre las superpotencias era ideológica y era real, pero que ambas se daban por satisfechas manteniendo una bipolaridad controlada desde múltiples botones, sin que eso significara abandonar sus políticas de fortalecimiento militar y político y sus luchas en regiones del *Rimland* o del *Outer Crescent*, llamadas también áreas periféricas. En los conflictos en estas áreas su enfrentamiento era abierto y «caliente», y eso quedó evidenciado en dos guerras: una, la de Vietnam, en la que la URSS y China sostuvieron de forma incansable a los vietnamitas comunistas con un suministro inagotable de recursos bélicos y no bélicos; la otra, la de Afganistán tras la invasión soviética de 1979, en la que EEUU hizo lo propio, organizando, financiando y armando a las guerrillas anticomunistas (una guerra que EEUU ganará en lo táctico –las tropas soviéticas abandonaron Afganistán en 1989–, pero perderá en lo estratégico, pues de las guerrillas anticomunistas creadas por la CIA salió el movimiento talibán que, pasados los años, se iba a volver su peor y más feroz enemigo, hasta lograr derrotarlos en agosto de 2021).

Otro efecto del mundo bipolar fue mantener aherrojadas una serie de fuerzas que, por mor de las respectivas alianzas, debían permanecer dentro de la disciplina de la superpotencia respectiva. Como señala Peter Taylor, EEUU «utilizó a la Unión Soviética en su competición con otros Estados que eran rivales económicos pero aliados políticos». Alemania y Japón eran esos rivales económicos –lo será después Corea del Sur–, que debían someter sus economías y adecuar sus actos internos y externos a las directrices de Washington, de la misma forma que países como India, por su alianza estratégica con la URSS, se movían más dentro del Movimiento de Países No Alineados que como potencias autónomas. La República Islámica de Irán era una pieza perdida entre las dos polaridades. Odiaba a muerte a EEUU por sus perniciosas injerencias en el país, pero, por su anticomunismo religioso, adversaba a la atea URSS. EEUU sostenía a Israel y la URSS, a los países árabes progresistas. China, por su apa-

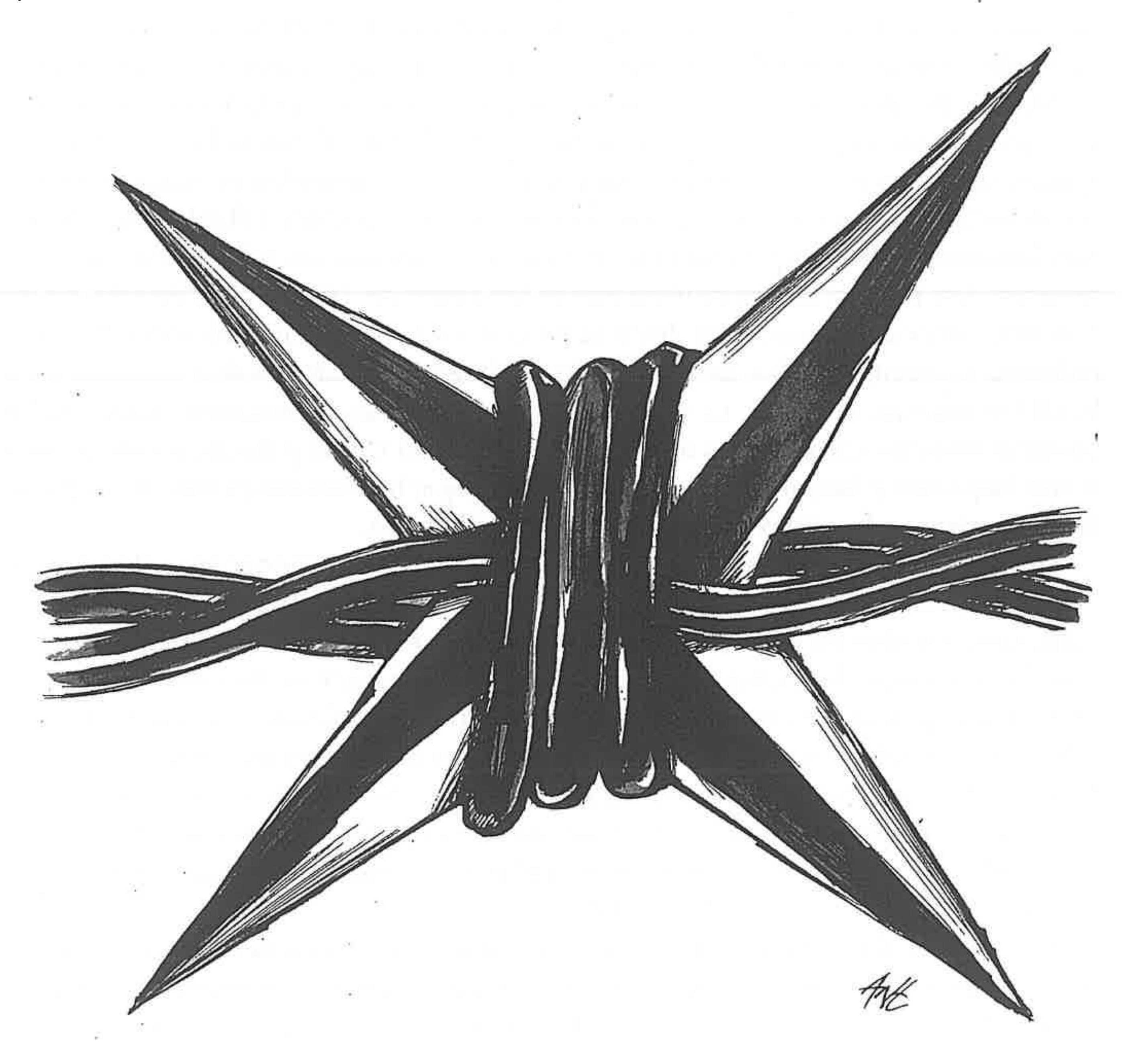
rente alianza antisoviética con EEUU, seguía agazapada, esperando modosita su momento, aunque cometió el error de apoyar al atroz Gobierno de los Jemeres Rojos en Camboya –o Kampuchea–, que perpetró crímenes horrendos contra su población. La intervención de Vietnam (1979-1989) puso fin al régimen genocida.

La desaparición de la URSS fue un movimiento telúrico que, además de asombrar al planeta entero –era el primer caso de una gran potencia que se suicidaba–, desató un tsunami de fuerzas que nadie, tampoco, esperaba. Se abrió, así, una etapa inédita, en la que ahora estamos –digiriéndola unos, indigestados otros–. Una etapa marcada, por encima de todo, por la emergencia de Asia, con China como epicentro de los cambios mundiales. No obstante, otros procesos han provocado cambios definitorios en otras tantas regiones decisivas del planeta, como el vigoroso y enérgico renacer de Rusia; el fortalecimiento de Irán; el paulatino pero creciente protagonismo de India, o la desastrosa derrota de EEUU en Afganistán, que habría marcado el final de la era de los imperialismos occidentales. La única región que se ha quedado varada en esquemas de Guerra Fría es la UE/OTAN, incapaz de librarse de la funesta tutela de EEUU, como ha quedado de manifiesto en la crisis de Ucrania, que se examina más adelante.

Una de las mayores consecuencias del fin del mundo bipolar fue darnos cuenta, andando el tiempo, de que ese mundo era como una mesa de dos patas. Si se rompía una, la mesa caía y ya no había forma de levantarla. Sobre la mesa coja empezaron a crecer enanos, no tan enanos y hasta gigantes terribles, a medida que las fuerzas aherrojadas se despertaban y comenzaban a moverse en direcciones autónomas. Así, la alianza antisoviética entre China y EEUU perdía todo su sentido y ya no tenían por qué, en Beijing, seguir de monaguillos de Washington. La resurrección de Rusia permitía plantear nuevos juegos geopolíticos, económicos, energéticos y comerciales. Irán podía reorganizar sus relaciones con China, Rusia y otros países de su entorno, mientras que en regiones históricamente oprimidas, como Latinoamérica y África, el fin de la Guerra Fría abría un abanico de posibilidades políticas, económicas, comerciales y militares. Incluso en la obediente y sumisa UE, Alemania soltaba su músculo económico y comercial y empezaba a seguir –aunque en andarivel– un camino más autónomo (como ponía de manifiesto su empecinamiento con la construcción del gasoducto *Nord Stream 2*), una víctima, suponemos que provisional, de la crisis ucraniana. El mundo se abría en abanicos multipolares y sobre la mesa de la pata quebrada ya no se podía poner ninguna canasta, pues ésta rodaba y los huevos caían al suelo. Una tras otra, sin la patita de la URSS, rodaban las canastas y se quebraban. Los huevitos. Todos.

En 2014, en Ucrania, EEUU despertó de su sueño del *New American Century* para darse cuenta de que no era la tal hiperpotencia que creía y que el fin del mundo bipolar no significaba que el polo sobreviviente se lo quedaba todo. Era al revés, el polo caído ya no contaba, pero el polo que quedaba ya no importaba tanto como

antes y, a medida que pasaba el tiempo, importaba menos. En la bipolaridad, la URSS hacía importante y hasta imprescindible a EEUU en una multiplicidad de escenarios, de la misma manera que EEUU hacía importante a la URSS. Uno ponía el vodka, el otro la kola, y así tenían vodka-kola. Ahora, sin vodka, la kola se quedaba en cola. Una simple cola para dar coletazos y seguir creyendo que todavía era kola. Ya no lo es y no lo volverá a ser. Puede, incluso, que llegue un momento en que, en Washington, añoren, nostálgicos, los tiempos del vodka-kola, como en Gran Bretaña viven evocando las dichosas edades en que Londres era la capital del mundo. Tan capital y tan del mundo, que sus sellos de correos no llevaban el nombre del país (hoy tampoco), pues, ¿para qué poner nombre a sus sellos si todo el mundo conocía el perfil de Su Graciosa Majestad? De sus tiempos de gloria lo único que ha perdurado son los sellos sin nombre. La gloria reducida a sellos.



El retorno de Asia

El fin del mundo bipolar significó –lo hemos dicho– el fin de otras muchas cosas que la bipolaridad había mantenido constreñidas, atadas o dormidas. Aún hoy, pasadas tres décadas de la desaparición de la URSS, sus consecuencias siguen sin alcanzarse a ver, pues vivimos en un proceso de transición entre el mundo que había y el nuevo mundo que se está construyendo, entre crujidos y rechinamientos. Una de ellas, puede que la más importante, es el surgimiento paulatino, pero inevitable, de un mundo multipolar y dividido en áreas, no de influencia al estilo imperial del siglo XX, sino de influencia/confluencia, donde se forjarán nuevas formas de relaciones internacionales, basadas no en la dominación del poderoso sobre el débil sino, sobre todo, en criterios de colaboración, respeto a los respectivos intereses y alianzas basadas en esos criterios. No porque los humanos nos hallamos, milagrosamente, vuelto buenos y angelicales, sino por un hecho más prosaico: en un mundo multipolar, de alternativas de mercados, suministradores, financiadores y otros *ores,* ya no cabrán las imposiciones de unos pocos sobre otros. Cuando EEUU empezó a aplicar, unas tras otra, sanciones a las empresas que construían el *Nord Stream 2,* aparecieron otras empresas que terminaron su construcción. EEUU y sus aliados han intentado, de múltiples formas, asfixiar la economía de Irán desde hace tres décadas. Del fracaso de esa política dan fe las cifras: en 1999, el PIB de Irán era de 256.000 millones de euros; en 2020 (último dato disponible), ascendió a 731.353 millones, es decir, se había casi triplicado en 20 años, e Irán se había convertido en la 18.ª economía mundial. La explicación de este éxito se encuentra tanto en las políticas internas como en las relaciones de Irán con China y Rusia, y con vecinos como Paquistán y Turquía. El mundo es otro, aunque las caducas potencias imperialistas mantengan los viejos y malos, muy malos hábitos.

En este nuevo mundo multipolar prevalecerán lazos económicos, políticos, comerciales y militares de una potencia u otra, no en escenarios de conflicto entre ellas, sino basados en razones de cooperación, entendimiento y respeto de unos a otros, tanto porque los polos de poder saben que deben actuar sin criterios imperialistas, como porque se dan cuenta de que las nuevas realidades exigen marcos de relaciones respetuosos si quieren tener éxito en sus proyecciones geoestratégicas. En caso de transgredir ese marco, el país afectado tendrá alternativas en las que apoyarse. El transgresor pierde. (La crisis de Ucrania no cabe en este marco, pues ese conflicto es resultado de políticas ancladas en el siglo XX y, en ese sentido, es un conflicto geopolítico enraizado en el siglo pasado.)

Eurasia será el campo donde más se contemple este fenómeno, determinado por su configuración geográfica, las afinidades culturales y los intereses económicos, políticos, militares, comerciales y científico-técnicos. Quizá la definición más apro-

ximada a ese nuevo modelo de relaciones internacionales la expresó el presidente Vladímir Putin en la videoentrevista sostenida con Xi Jinping el 15 de diciembre de 2021. Putin se refirió a las relaciones entre Rusia y China como un «verdadero modelo de cooperación interestatal para el siglo XXI», indicando que

> se ha formado un nuevo modelo de cooperación entre nuestros países, uno basado en fundamentos como la no injerencia en los asuntos internos y el respeto por los intereses de los demás y la determinación de convertir la frontera conjunta en un cinturón de paz eterna y buena vecindad.

Es decir, un modelo que estaría en las antípodas del que defiende el mundo occidental, donde los Gobiernos de estos países pretenden decidir qué Gobiernos son democráticos y cuáles no; interfieren en sus asuntos internos y no dudan en machacar con sanciones a los *rogue States* (Estados parias) que osan no cumplir con las exigencias que se les piden como ha ocurrido con Rusia por Ucrania. En la diferencia de modelos estaría el reiterado fracaso de las políticas de Occidente (EEUU+UE) en sus relaciones con regiones estratégicas del mundo. Desde hace dos décadas, este Occidente decadente y cansino no cesa de acumular fracasos, sean militares (sus derrotas en Iraq y Afganistán), sean políticos (Irán, Venezuela) o comerciales (auge de China y de India y renacimiento de Rusia).

De todos esos cambios queremos destacar aquí el espectacular desarrollo de un grupo de economías asiáticas que conforman lo que hemos llamado «el arco del triunfo». Un arco que se inicia en Corea del Sur y se extiende hasta India, con la República Popular China como epicentro y eje determinante. Las décadas transcurridas en este siglo XXI han visto trasladarse el corazón de la economía mundial de Occidente a la región Asia-Pacífico, hasta el punto de que, en el presente, la economía mundial gira en torno a ese «arco del triunfo», en disputa entre China y EEUU. Anotemos, nada más, que, en la actualidad, el Asia «emergente», como la llaman en Europa y EEUU, representa casi el 30% del PIB mundial y, en la última década, ha sido el motor económico del planeta –y la causante del 70% de su crecimiento económico–. Según Oxford Economics, en 2050 (si llegamos) esta región será la responsable de más del 50% del PIB mundial.

No cabe aquí repetir lo que he desarrollado en otro libro, aunque sí indicar el hecho medular: el ascenso del «arco del triunfo» significa el fin de 500 años de hegemonía occidental –entendiendo Occidente como la suma de Europa más EEUU, como ya señalamos–. Ese Occidente, hasta 1991, comprende a la Unión Soviética, que, si bien era un Estado euroasiático, tenía un acervo cultural que era y es esencialmente occidental y cristiano. Del siglo XVI al siglo XX, seis potencias occidentales (Portugal, España, Gran Bretaña, Francia, Rusia y EEUU) marcaron los derroteros en

casi todos los campos, de la navegación al económico y comercial, pasando por el científico-técnico, y diseñaron el mundo tal como es en este siglo XXI. El único actor no occidental en este periodo es Japón, de aparición tardía como potencia regional (1905), pero que pudo ser esa potencia regional gracias al apoyo de Gran Bretaña y EEUU: los británicos, porque necesitaban un aliado contra Rusia; EEUU, por razones eminentemente comerciales. Ampliaremos este tema en otro capítulo.

Los RIC, ¿tres para uno y uno para tres?

Las poco conocidas siglas RIC corresponden a Rusia, India y China, un triángulo estratégico –que no amoroso– propuesto en 1996 por el entonces ministro ruso de Exteriores Yevgueni Primakov como una fórmula de multipolaridad para contrarrestar los planes de EEUU de imponer un mundo unipolar. Según la propuesta de Primakov, una troika formada por Rusia, India y China tendría el suficiente peso internacional para servir de contrapeso, ofreciendo alternativas a la nueva hegemonía de EEUU (que se revelará transitoria). La propuesta de esa troika respondía al momento de extrema debilidad por el que atravesaba Rusia, después de que el Gobierno Yeltsin desmantelara casi todo el país –Yeltsin fue el equivalente a la peste negra en la Rusia postsoviética.

En el confuso mundo de entonces, la propuesta quedó engavetada, y hasta 1998, durante un viaje de Primakov a India, el ministro ruso no la presentará al Gobierno indio. La propuesta no parece tener mayor acogida, posiblemente porque el desprestigio del Gobierno de Yeltsin hacía poco recomendable alcanzar acuerdos con él. Habrá que esperar al ascenso a la presidencia de Vladímir Putin para que la iniciativa empezara a andar, pero aún con mucha lentitud. Son años inciertos, sobre todo para la postrada Rusia que recibe Putin. No obstante, en octubre de 2000, el presidente ruso viaja a India y suscribe con el primer ministro, Atal Bihari Vajpayee, una Declaración de Asociación Estratégica entre India y Rusia, en la que sostienen la necesidad de «construir una estructura global multipolar». Este viaje refuerza los vínculos con India, pero el proyecto RIC deberá seguir esperando. Había, en Rusia, demasiados problemas acumulados para abrir nuevos escenarios (además de los económicos, la segunda Guerra de Chechenia había terminado oficialmente en abril de 2000).

En junio de 2019, el ministro indio, Narendra Modi, propuso a Vladímir Putin la celebración de una reunión trilateral de Rusia, India y China, aprovechando la Cumbre del G20, así como mantener los contactos en otros foros. Se daba, así, concreción a la propuesta de Primakov entre los tres gigantes asiáticos (entendiendo a Rusia como uno de ellos, algo que adquiere más incertidumbre después de la expulsión de Rusia de todos los foros europeos por la crisis ucraniana), que plantean hacer del RIC

un foro de negociación, debate y aproximación desde el cual examinar múltiples temas. Según declaraciones de Putin, después de finalizada la reunión con Modi y Xi:

> La cooperación en el formato Rusia-India-China es claramente provechosa, tanto para fomentar y fortalecer las relaciones entre nuestras naciones como en lo que atañe a su contribución para resolver los espinosos problemas regionales e internacionales [...].
>
> [Moscú, Nueva Delhi y Beijing mantienen] posiciones idénticas o afines con respecto a la mayoría de los temas de la agenda política y económica global... Abogan por preservar la Carta de la ONU y las normas del derecho como núcleo del sistema de relaciones internacionales.

Aunque no se habían celebrado cumbres de los RIC, ocurría lo contrario en cuanto a los ministros de Relaciones Exteriores, que hasta 2021 se habían reunido en dieciséis ocasiones –que son muchas reuniones, debe decirse–. En esas reuniones de cancilleres, los RIC desarrollaron una agenda de trabajo sobre temas de seguridad, inteligencia financiera y otros de interés común, manteniendo un temario abierto a nuevos asuntos. En noviembre de 2021, el ministro de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, afirmó que el formato Rusia-India-China estaba contribuyendo a «la construcción de un orden mundial multipolar y un estado de Derecho internacional, y es un factor clave de política global y regional». Lavrov amplió el tema, señalando los propósitos de los RIC:

> El formato RIC sigue siendo uno de los factores clave de la política global y regional, reconocido por garantizar la seguridad, mejorar la arquitectura de las relaciones transnacionales en la región de Asia y el Pacífico, y promover una amplia integración económica en el espacio euroasiático. El desarrollo de nuestra troika es una parte integral del proceso para dar forma a un orden mundial multipolar más justo y democrático con la coordinación de la ONU. Además, contribuye a establecer valores universales como el multilateralismo, la igualdad y el imperio del Derecho internacional en la arena mundial.

En resumen, pues no se trata de hacer aquí un catálogo de declaraciones, el formato RIC es uno de los foros más interesantes y relevantes nacidos del mundo post Guerra Fría. No sólo es que reúne a las tres principales potencias asiáticas, sino que estas desean utilizar ese foro como una plataforma de iniciativas orientadas a establecer un nuevo orden mundial, al tiempo que les permite tratar problemas regionales –como Afganistán– y, por qué no, bilaterales, como los que oponen a India y China, sin presencia ni esencia de algo que oliera a occidental. El potencial de este foro, si prospera y es aprovechado adecuadamente, es casi ilimitado. Los RIC serían

el poder determinante en Eurasia y, desde Eurasia, un polo de poder decisivo y decisorio en el mundo, respecto del cual Occidente tendría poco que hacer. Un foro tanto más relevante cuanto que EEUU, en su política antichina, busca incorporar a India en un bloque militar que, desde Corea del Sur hasta Australia, deje a China encerrada y manos arriba.

Los derroteros y planes de los RIC no parecen ir por esos rumbos. En una reunión por videoconferencia de los ministros de Exteriores, el 26 de noviembre de 2021, los tres emitieron un comunicado en el que Rusia, India y China condenan el proteccionismo comercial, la práctica de sanciones unilaterales y el uso de la fuerza en asuntos internacionales. El ministro de Exteriores chino, Wang Yi, condenó la unilateralidad y el proteccionismo, el antiglobalismo, el hegemonismo y la «política desde las posiciones de fuerza», que «desafían la paz y el desarrollo mundiales». «China va a trabajar con Rusia e India en el marco de la transparencia, la solidaridad y la colaboración» dentro del RIC, apuntaló. «En este mundo cambiante y complejo, China, Rusia e India pueden hacer y harán su aportación apoyándose en sus propias decisiones y fuerza», dijo Wang. El ministro indio, Subrahmanyam Jaishankar, destacó la importancia de «reconocer el mundo como una familia» y abogó por un desarrollo global «orientado al ser humano, sin dejar a nadie atrás». Lavrov enfatizó que Rusia, India y China están



«trabajando juntos en una extensa agenda en la plataforma de la ONU en el marco del G20, BRICS y la OCS. Apoyamos los mecanismos de cooperación centrados en la ASEAN en la región de Asia-Pacífico». Y agregó: «El intercambio de opiniones de hoy sobre los temas más urgentes de la agenda internacional es de gran importancia en medio de la creciente turbulencia a nivel mundial y regional. Espero que nuestro diálogo convincente contribuya al desarrollo más completo del vasto y verdaderamente estratégico potencial que tiene el formato RIC».

En la videoentrevista entre Putin y Xi se acordó una nueva reunión de los RIC, según informara el portavoz del Kremlin, Yuri Ushakov, en la que «se abordó el tema de la cooperación en el formato Rusia-India-China». Putin y Xi «acordaron continuar intercambiando opiniones al respecto y esforzarse por realizar la próxima cumbre dentro del marco de los RIC en un futuro cercano», siguió diciendo Ushakov. Dato interesante es que, según se comunicó desde el Kremlin, Putin informó a Xi de su entrevista con Modi, el 15 de diciembre, algo que sólo se entiende desde la perspectiva del formato RIC, pues no es usual que un jefe de Estado informe a otro de sus reuniones con un tercero. Dado el difícil equilibrio de Rusia entre esas dos potencias –Rusia, lo hemos visto, es aliado estratégico de India y de China, dos vecinos llenos de suspicacias–, es de elemental cuidado informar de unas relaciones que son fundamentales en Eurasia y el mundo.

(Aquí, una nueva pregunta: ¿nota el lector la diferencia de discurso entre los RIC y la OTAN en sus diversos disfraces, sea UE, G7 o *Wurstclub*? Los RIC no andan sacando a relucir garrotes, no amenazan a nadie, no pretenden imponer nada a nadie, ni menos aún hacen alardes de políticas de horca y cuchillo, tan propias de Occidente. Tendría uno –desde su inocencia y candidez– derecho a pensar que los políticos occidentales se recetan dietas indigestas, de desayunar vinagre, almorzar bilis y cenar con explosivos, viendo películas de Chuck Norris, Rambo y John Wayne. Así se podría explicar que un oyente, cándido e inocente, después de escucharles, necesite con urgencia antiácidos, agua bendita y refugios antiaéreos, no sea que alguien de la OTAN le ponga el ojo, el malo.)

A propósito del formato RIC, un último apunte. El conflicto en Ucrania parece haber generado interés en relanzar las relaciones entre India y China. El 7 de marzo de 2022, el ministro de Relaciones Exteriores chino, Wang Yi, hablando en la sesión anual del Parlamento chino, declaró que India y China tendrían que ser socios, no rivales, y que ambos países «deberían ayudarse mutuamente en alcanzar objetivos comunes en lugar de desgastar» la energía del otro. Esta «rama de olivo» a India fue complementada, en días siguientes, con otras. Beijing ofreció a Nueva Delhi ser sede de un diálogo de civilizaciones indio-chino, organizar un foro bilateral de cooperación, comercio e inversiones, y hasta un festival de cine de ambos países. Lo más importante, con todo, ha sido la decisión de China de descongelar las rela-

ciones restableciendo los contactos políticos. Según informaciones no confirmadas, Wang Yi visitará Nueva Delhi a fines de marzo como parte de una gira por Nepal, Bután y Bangladesh, lo que sería correspondida por una visita del ministro de Exteriores de India, Subrahmanyam Jaishankar, a China. Este intercambio serviría para preparar una reunión entre Xi Jinping y Narendra Modi, aprovechando la cumbre de los BRICS y del formato RIC, a celebrarse a finales de 2022 en China. Los dos gigantes asiáticos comparten una suma de intereses comunes. Ambos países enfrentan problemas como la lucha contra el terrorismo y el cambio climático, la tarea de elevar el nivel de vida de su población y el interés compartido de adquirir mayor peso en los foros e instituciones internacionales, lo que sería más fácil hablando con una sola voz. Más al fondo, India está buscando veinte años de paz, para dedicar todos sus esfuerzos al desarrollo del país. China busca estrechar relaciones con su vecindario, para preparar en mejores condiciones la confrontación con EEUU, que se considera poco menos que inevitable, así como para desdolarizar su economía.

Como pueden ver los lectores, cuando se sale de la burbuja de Occidente y de su visión narcisista y ombligocéntrica, uno puede darse cuenta de que este mundo va por derroteros de los que, en estos lares, no informa casi nadie, o se informa poco y mal. Después vienen las sorpresas, los sustos y los uyuyuy, como si se encontraran de pronto en una película de Halloween o de *Saw,* aunque en estos casos no olviden nunca que Michael Myers y Jigsaw, esos asesinos patológicos de los filmes, son gringos, esencial y típicamente gringos. Unos cuantos de sus fans trabajan en la OTAN y otros en el Gobierno de EEUU. Por eso, en cuanto les entra la ansiedad, salen a bombardear, invadir, atropellar o usar drones asesinos, para estar, pero a lo bestia, a la altura de sus personajes. Ojalá que los *RICmen* no tarden en llegar y puedan detenerlos, porque, a nosotros, los Jigsaw nos dan mucho miedo.

2. AFGANISTÁN, AFGANISTÁN, ADIÓS, IMPERIO, ADIÓS

En octubre de 2001, un mes después de los atentados del 11-S, el presidente de EEUU, George W. Bush, dirigió un mensaje al país anunciando el inicio de la invasión de Afganistán. «Los talibanes pagarán un precio», afirmó, al tiempo que presentaba la invasión como un acto de liberación: «El pueblo oprimido de Afganistán conocerá la generosidad de EEUU y nuestros aliados. [Habrá alimentos para los] hombres, mujeres y niños hambrientos [...]. EEUU es amigo del pueblo afgano, y somos amigos de casi 1.000 millones de personas que practican la fe islámica en todo el mundo». Así, con el espíritu misionero con que Occidente acostumbra a justificar sus guerras de agresión, comenzaba la de Afganistán. Durará veinte años, la más larga guerra jamás librada por EEUU, que, finalmente, decidió salir apresuradamente en agosto de 2021. El mundo se llenó de caricaturas ante un desenlace tan poco honroso, comparando, no pocos caricaturistas, la salida desordenada de Afganistán con la similar de Vietnam. Y no sólo caricaturistas. La caída de Kabul también ha sido equiparada con los eventos en Vietnam del Sur. La congresista republicana Elise Stefanik tuiteó este mensaje: «Este es el Saigón de Joe Biden... Un fracaso desastroso en la escena internacional que nunca será olvidado». Si lo dijo la republicana...

La desastrosa salida de Afganistán dejó horas de llanto y de crujir de dientes (Lucas, 13, 28) en Occidente, porque no era una simple retirada de un país cualquiera. El descalabro sin paliativos de EEUU y sus aliados significaba el fracaso de una política imperial que había comenzado a desarrollarse tras el suicidio de la URSS. En Afganistán terminaba de naufragar, de manera estrepitosa, el sueño imperial de EEUU de imponer al mundo un *New American Century*, en la estela de la euforia generada por la desaparición de la Unión Soviética. Para comprenderlo cabalmente, es preciso recordar que, antes del suicidio soviético, los países europeos miem-

bros de la OTAN no habían iniciado nunca ninguna guerra, por el temor que les causaba el Pacto de Varsovia. Desaparecida la URSS y disuelto el Pacto, el Dr. Jekyll dio paso a Mr. Hyde y los aparentemente pacíficos países europeos iniciaron un nuevo ciclo bélico.

Animados, o convencidos, o resultado de su herencia genética imperialista (el tan citado reflejo condicionado de Pavlov), los europeos occidentales volvieron a las guerras: Yugoslavia, 1999 (so pretexto de un genocidio albanokosovar a manos serbias, que luego resultó falso); Iraq, 2003 (las cacareadas armas de destrucción masiva, en lo que fue un engaño planetario); Libia, 2011 (supuestas matanzas de Gadafi, y donde, al final, el asesinado fue el presidente libio), y Siria, 2014 (intento de agresión frustrado –¡qué descaro!– por la contundente oposición de China y Rusia, que avisaron de respuestas). Todos los países atacados por la OTAN tenían Gobiernos aliados de la *asesinada* URSS y podían ser –o eran ya– aliados de una Rusia en recomposición.

Afganistán ha sido una pieza codiciada por los anglosajones desde el siglo XIX, dada su estratégica situación geográfica en Asia Central: fronterizo de Persia, del Imperio ruso, del Imperio chino y, claro, del Imperio británico en lo que era la joya –literalmente– de la Corona, el Virreinato de India, donde los británicos expoliaban ingentes cantidades de riqueza. El desmantelamiento de los imperios coloniales –con el fin del Virreinato, dividido en los actuales India y Paquistán– y la llegada del mundo bipolar, con India aliada de la URSS y Paquistán de EEUU, devaluaron Afganistán, hasta que –error garrafal y catastrófico– la URSS decidió en mala hora invadir el país, en 1979.

EEUU vio en la invasión una oportunidad única de conseguir dos objetivos: lanzar una guerra de desgaste para derrotar y humillar a la URSS, así como para desquitarse de la dolorosa y traumática derrota en Vietnam en 1975. Para lograrlo contó con la ayuda inestimable de Paquistán, en cuyo territorio se inició el reclutamiento de los futuros *muyahidines*, buscados entre los sectores afganos más fanáticos y retrógrados. EEUU hizo de la guerra contra los soviéticos una cruzada islámica contra el comunismo ateo, y Afganistán se convirtió en el epicentro y meca del islamismo más extremista. En esa guerra combatieron Osama Ben Laden y el mulá Omar, y de esa guerra nacieron Al Qaeda y los talibanes, merced al apoyo estadounidense, del que son hijos –bastardos, pero hijos– (recomendamos la entrevista a Hillary Clinton en la ex secretaría de Estado admite que fueron ellos, los estadounidenses, quienes crearon estas dos fuerzas: [https://www.youtube.com/watch?v=kz293ocSvJ4]. Tiene subtítulos en español, avisamos, para animar a los curiosos).

El fin de la Guerra Fría hizo renacer los sueños imperiales a lo siglo XIX. Un EEUU exultante se dijo triunfador absoluto sobre el desaparecido adversario soviético y pasó a diseñar un mundo a su medida, el citado sueño de un *New American Cen-*

tury. Un *revival* decimonónico con un único poder mundial con capital en Washington. Las guerras lanzadas por la OTAN, instigadas por EEUU, eran un medio considerado esencial para este rediseño. No fueron, ni mucho menos, guerras al azar, sino etapas del proceso de dominación mundial, en unos años en los que EEUU –derruida Rusia, circunspecta China– no tenía ni veía rival.

La guerra contra Yugoslavia arrasó al único aliado de Rusia y –el verdadero objetivo– puso a la Unión Europea bajo control casi total de EEUU, que expandió la OTAN hasta las fronteras de Rusia. Iraq «debía» quedar bajo control pleno estadounidense, tanto por su extensa y estratégica frontera con Irán como porque Sadam había dejado de ser un déspota de fiar. El *lobby* israelí hizo el resto, pues Israel quería destruido a Iraq y a EEUU asomando su potencia sobre la odiada y temida República Islámica de Irán, algo favorecido también por el Gobierno de Arabia Saudí. En Libia había que quitar de en medio al incómodo, prorruso y petrolero Gadafi para plantar el dominio de los occidentales. Derrocado Gadafi, el Mediterráneo quedaría «asegurado» y «cerrado» por la OTAN.

La pieza que faltaba era Siria, histórica puerta y puerto natural de Irán, Asia Central y China al mar Mediterráneo y viceversa. El derrocamiento de El Asad permitiría terminar de cerrar el Mediterráneo a Rusia e Irán, liquidaría al enemigo más próximo a Israel, cerraría las vías de abastecimiento a Hezbolá y, liquidado Hezbolá, Líbano quedaría de rodillas ante la OTAN, Tel Aviv y Washington. Por eso Siria es convertida en el campo de batalla más sangriento de todos, con una brutalidad sin límites. La OTAN, Turquía, Israel, Qatar y Arabia Saudí se conjuran para liquidar al régimen sirio, ante la resistencia numantina de este último, al que apoyan decididamente Hezbolá e Irán, que envían a miles de combatientes. Aquí es donde –debe anotarse– empiezan a cambiar las tornas. El protagonista del cambio tiene nombre: Rusia. En agosto de 2015, Moscú amplía la base aérea que tiene en Siria y, el 30 de septiembre de ese año, para asombro, pavor y desconcierto de la OTAN y sus aliados, lanza una contundente ofensiva aérea y marítima contra las fuerzas delegadas de Occidente. La ofensiva, que se prolonga por más de un año, es demoledora y las fuerzas de Damasco, abastecidas de armas, asesores y comandos rusos, y reforzadas con miles de combatientes chiíes –que incluso llegan desde Afganistán–, derrotan a los enemigos, que deben replegarse y quedarse quietecitos en la provincia de Idlib (y allí siguen, aunque tienen fecha de caducidad). La intervención de Rusia en Siria hizo ver con crudeza que el sueño del *New American Century* era eso, un sueño (y los sueños, sueños son, Calderón dixit). También marcó un antes y un después en la quimera estadounidense de dominio mundial.

Veamos ahora Afganistán desde esa perspectiva. Según declarara el presidente George Bush Jr., la invasión del país centroasiático era parte de la «guerra mundial contra el terrorismo». Si, efectivamente, así hubiera sido, la operación militar debía

haber concluido en 2002 o, a lo sumo, 2003, pues el régimen talibán se desmoronó en semanas y un año después estaba establecida una nueva administración bajo la égida de EEUU. Como sabemos, ocurrió lo contrario. Pese al derrumbe total de los talibanes, los occidentales no sólo no retiraron sus tropas, sino que las aumentaron y reforzaron con mercenarios –llamados eufemísticamente «contratistas»– hasta alcanzar casi 200.000 efectivos armados. Más revelador aún, EEUU aprovechó la guerra para abrir bases militares en dos países exsoviéticos, Uzbekistán y Kirguizistán.

No era, realmente, una guerra contra el terrorismo. La guerra contra el terrorismo era el pretexto de EEUU para hacerse con el control de Afganistán y, desde este estratégico país, proyectar su poder militar y político en Asia Central. Dicho de otra manera, el objetivo de la invasión era lograr establecer el poder estadounidense en Afganistán y, desde allí, extender su influencia sobre las ex repúblicas soviéticas y, lo principal, expulsar y sustituir a Rusia como potencia dominante, establecerse en la retaguardia de China y hacer una pinza contra Irán desde Iraq y Afganistán. Es decir, una estrategia destinada a poner el «corazón continental» en manos estadounidenses, usando a Afganistán como plataforma de influencia, dominio y control de esa región clave. Si, como se esperaba en un inicio, Siria hubiera caído en manos de fuerzas «amigas» de EEUU, el cerco sobre Irán habría sido asfixiante. Afganistán se hubiera podido utilizar, como moneda de cambio –más propiamente chantaje–, con las ex repúblicas soviéticas, temerosas de la expansión del extremismo islamista, y, en fin, Rusia habría visto menguada su influencia y China dificultados sus planes de la Nueva Ruta de la Seda (NRS) a través de Paquistán e Irán. Esa telaraña de planes fue la que quedó desmantelada con la derrota estadounidense en los campos de batalla afganos.

Antes de que se produjeran los atentados contra las Torres Gemelas, el secretario de Estado, Strobe Talbott, había expresado, en julio de 1997, que Asia Central era «trágicamente vital» para EEUU. Zbigniew Brzezinski, por esos mismos años, afirmaba que había que debilitar a Rusia en esa región, fortalecer a los nuevos Estados y poner sus recursos a disposición y explotación de empresas estadounidenses. En 1998, Brzezinski publicó una obra, con gran éxito y repercusión en EEUU y Europa: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, donde planteaba la necesidad estadounidense de dominar Eurasia como paso imprescindible para dominar el mundo. Brzezinski era fiel seguidor de las tesis de Mackinder.

Vista la derrota atlantista en Afganistán desde esa perspectiva, se entenderá mejor el llanto y el crujir de dientes en EEUU y entre sus coaligados. Dicha derrota fue más, mucho más, que una simple derrota militar: era el fin del sueño del mundo unipolar, la derrota de las políticas imperialistas puestas en marcha con la agresión inicial contra Yugoslavia en 1999. Pero, sobre todo, significaba la expulsión de

EEUU y la OTAN de Asia Central, a donde tendrán casi imposible volver. Era la expulsión de Occidente del «corazón continental» del que hablaba Halford Mackinder; del corazón de Eurasia y, siendo Eurasia «el campo de juego más importante del planeta», como afirmara Brzezinski, del corazón del mundo. El ex primer ministro británico Tony Blair, conocedor de la histórica ambición de Gran Bretaña sobre esa región, criticó duramente la decisión de Biden, afirmando que la retirada de Afganistán «no fue impulsada por una gran estrategia sino por la política». Lo de «gran estrategia» recuerda «el Gran Juego», expresión utilizada durante el siglo XIX y principios del XX para referirse a la dura rivalidad entre los imperios ruso y británico por el control de Asia Central. Esta rivalidad se dio entre1830 y 1907, por cuanto Rusia quería expandir su Imperio hasta el golfo Pérsico para controlar las rutas de comercio, mientras que Gran Bretaña temía por su dominio de India y también ambicionaba las rutas comerciales de India a Irán. Pero al tiempo que Rusia lograba consolidar su dominio en Asia Central, los británicos perdieron cuatro guerras (la Primera Guerra afgana –1838-1842–, las de 1843 y 1848, y la Segunda Guerra afgana –en 1878–). Finalmente, rusos y británicos firmaron una convención, en 1907, por la que se dividía Persia en una zona norte bajo control ruso, una intermedia, independiente, y una sur bajo control británico. Afganistán quedó como protectorado inglés, pero eso significaba que el Imperio británico hubiera fracasado en sus intentos de asentarse en Asia Central. De forma que, cuando Tony Blair criticó la retirada refiriéndose a la «gran estrategia», sabía a qué se refería.

(La Primera Guerra afgana guarda curiosas similitudes con la invasión de Afganistán en 2001. En 1839, el gobernador general de India, lord Auckland, decidió enviar un ejército poderoso a Afganistán para derrocar a su rey y colocar en el trono a un leal a la Corona. Los inicios fueron felices. Las tropas británicas tomaron sin problema Kandahar y Ghazni, y entraron triunfalmente en Kabul. En 1841 comenzaron los problemas, con el malestar creciente de la población contra los británicos. En noviembre de ese año, una revuelta inesperada concluyó con el asalto de la sede del gobernador británico, quien fue linchado por la multitud. La rebelión se fue extendiendo y los británicos negociaron su retirada del país. 4.500 soldados y 12.000 civiles salieron en enero de 1842 de Kabul. Sólo uno regresó a India: soldados y civiles fueron muertos en una cadena de emboscadas desde las alturas de las montañas. Años después, los británicos reconquistaron brevemente Kabul y en 1907 renunciaron a su control.)

Tras la retirada de las tropas estadounidenses, el «corazón continental» ha quedado –pese a quien pueda pesarle– en manos de los tres mayores beneficiarios del colapso atlantista: Rusia, China e Irán (y Paquistán, pero este país es subsidiario de China y resulta casi impensable que haga algo que perturbe a Beijing). Los talibanes, pese a la desconfianza que generan, mantienen intensas negociaciones con sus

Afganistán, la ida, 2001.

La vuelta, 2021.

vecinos, mientras que estos últimos quieren aplacar los extremismos para establecer un Gobierno y un sistema duradero y viable. Misiones públicas y secretas a Rusia, Irán y China apuntan a un acuerdo, pues, tras veinte años de guerra y ocupación extranjera, nadie quiere un nuevo ciclo de violencia y destrucción. Un acuerdo que se basaría en un intercambio ya anunciado: apoyo a la reconstrucción del país a cambio de que el Gobierno talibán liquide el extremismo islámico. Otro punto de agenda es que no haya presencia de EEUU.

Aunque el Gobierno talibán sigue sin ser reconocido internacionalmente, es cuestión de tiempo que tal ocurra. Una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, de marzo de 2022, formalizando relaciones, apunta ser el primer paso en esa dirección.

Marzo de 2022 fue un mes vertiginoso para Afganistán. El 24 de ese mes, el ministro de Exteriores chino, Wang Yi, viajó a Kabul, para reunirse con el gobierno afgano, visita previa a una reunión trilateral China-Afganistán-Paquistán, celebrada el 30 de marzo, hasta culminar con la tercera reunión de países vecinos de Afganistán, celebrada el 31 de abril de 2022, en Tunxi, China. Asistieron los ministros de Exteriores de Rusia, Turkmenistán, Uzbekistán, Paquistán, Tayikistán, Irán y, obviamente, China. Relevante fue que los ministros –tras comprometerse en la estabilidad y reconstrucción de Afganistán– demandaron que EEUU y los países de la OTAN deben de «asumir de manera seria y efectiva la responsabilidad principal de la reconstrucción y el desarrollo de Afganistán y devolver lo antes posible las propiedades del pueblo afgano». Poco más que agregar, salvo la notoria ausencia de EEUU o algún otro país occidental en una cumbre relevante sobre y respecto al «corazón del mundo», que marcaría el inicio de la normalización de relaciones de Afganistán con todo su vecindario.

Los países atlantistas han encajado mal la derrota militar, lo que es natural y humano. También tienen conciencia de lo que se ha perdido y de los intereses en juego. El jefe de la diplomacia de la UE, Josep Borrell, declaró ante la Comisión de Asuntos Exteriores europea: «Lo que no podemos hacer es permitir que los chinos y los rusos tomen control de la situación y sean patrocinadores de Kabul». Estos países, afirmó Borrell, «tendrán una nueva oportunidad de incrementar su influencia» en Afganistán. «No cerrarán sus embajadas, sino, al contrario, irán ampliando su presencia. Eso cambiará el equilibrio geopolítico.» En línea similar se lamentaba Tony Blair en su página web, en septiembre de 2021: «Rusia, China e Irán verán y se aprovecharán... ¿Es lo que está sucediendo en Afganistán parte de un panorama que concierne a nuestros intereses estratégicos y los involucra profundamente? [...] Si lo definiéramos como un desafío estratégico, y lo viéramos en su totalidad y no como partes, nunca habríamos tomado la decisión de retirarnos de Afganistán». Tarde llegaban las lamentaciones.

Un punto a aclarar es el siguiente: ¿por qué EEUU esperó hasta agosto de 2021 para poner fin a su presencia militar si, en 2014, lo había hecho el grueso de las fuerzas de ocupación? La respuesta tiene música de tango, pero con sentido inverso. Que

veinte años son, en política, demasiados años, y del mundo existente en 2001 al existente a partir de 2014 –año del golpe de Estado en Ucrania– quedaba muy poco. El espectacular crecimiento económico, comercial y militar de China y la no menos notable recuperación de Rusia, amén del despegue económico y científico-técnico de Irán, habían cambiado radicalmente el panorama global y regional. Para los estrategas de EEUU, seguir en Afganistán restaba recursos para afrontar a esos tres rivales.

En ese nuevo escenario mundial, EEUU, convencido de que la guerra afgana era una guerra perdida, decidió invertir sus recursos en lo que, para ellos, es la zona más estratégica y vital, la región del Pacífico, que había sido de hegemonía estadounidense casi total hasta la emergencia de China. A ello debe sumarse lo que ha sido, con mucha seguridad, el hecho más trascendental de la última década: la alianza ruso-china, que ha dado un golpe político dramático a Occidente.

Por último, recordar que EEUU es, técnicamente, un país en bancarrota, cuyas finanzas públicas son sostenidas por el resto del mundo, merced a poseer la divisa por excelencia, el dólar. Según afirmó el primer ministro británico, Boris Johnson, hace escasos días –tal como recogiera el diario *Le Monde*–, EEUU había estado gastando 300 millones de dólares al día en Afganistán. La Brown University publicó un estudio sobre el costo de la guerra y este ascendía a 2,26 billones de dólares. De esa astronómica cantidad, 800.000 millones fueron destinados a la actividad militar directa y 85.000 millones al esfumado ejército afgano. La deuda pública de EEUU superó, en 2021, el 102% del PIB, con perspectivas de llegar al 107% en 2022. La crisis financiera y comercial es tan grave que, hace unos años, un congresista declaró que, en la situación de EEUU, hacer la guerra contra China requeriría pedir prestado dinero ¡a China!

(Sólo por hacer comparativas. La URSS gastó una media de 2.000 millones de dólares al año en Afganistán. EEUU, de 2010 a 2012, gastaba en torno a 100.000 millones de dólares anuales, según cifras dadas por el propio Gobierno estadounidense.)

En Afganistán se puso de manifiesto que estamos inmersos en el proceso de finalización de la hegemonía de Occidente y del ascenso de Asia, con China en el epicentro y Rusia como mole estratégica determinante. Veremos, en años próximos, la reconfiguración de una estratégica región que, viéndola de Siria a Rusia, forma una herradura que ocupa casi toda Eurasia, dejando fuera sólo sus dos grandes península, la europea y la índica. La herradura de la suerte para unos y de la derrota para otros. Qué le vamos a hacer.

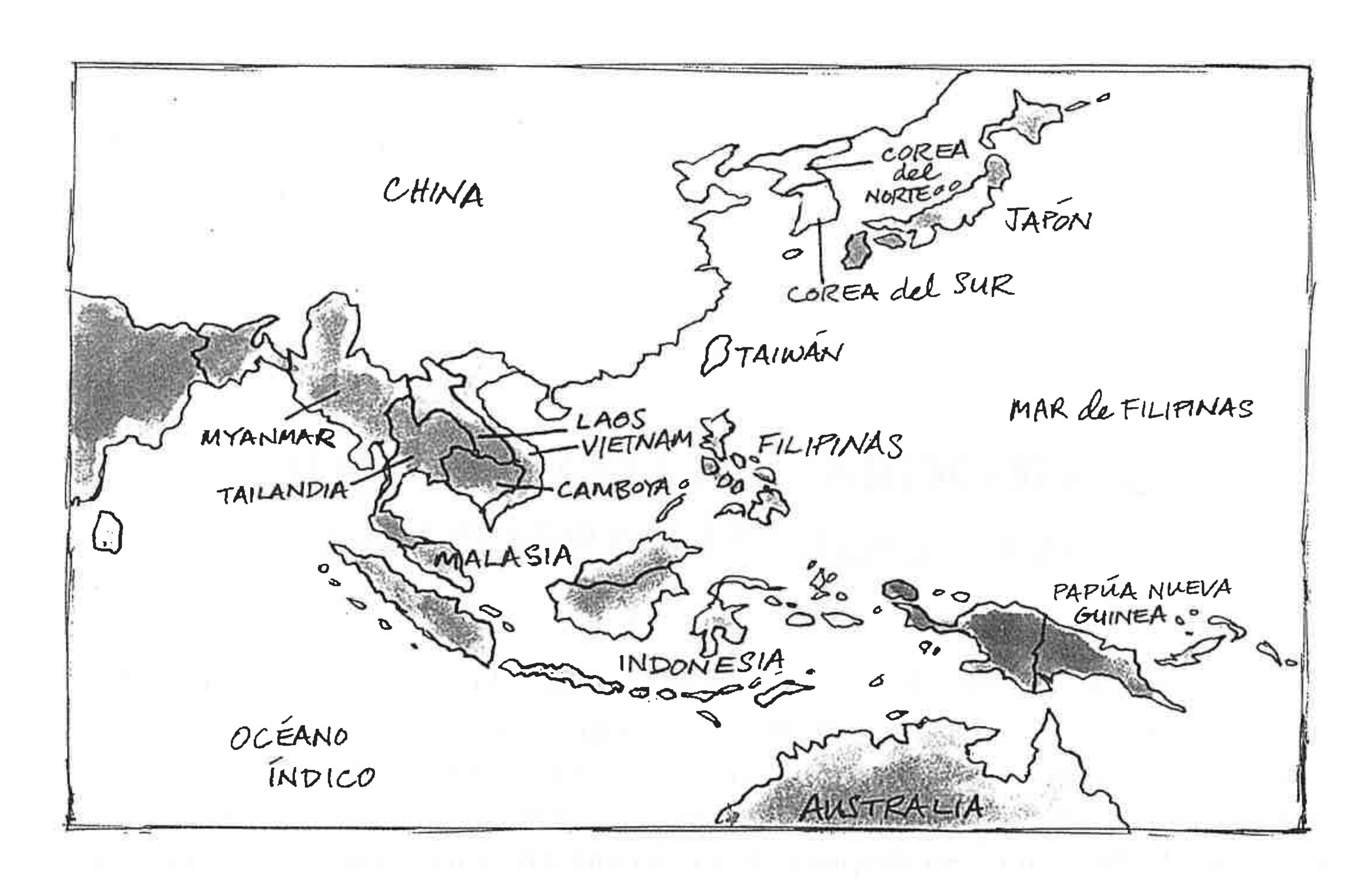
Terminamos este capítulo con una anécdota. Se cuenta que, en octubre de 1963, el primer ministro británico Harold Macmillan, al entregar el cargo a su sucesor, Alec Douglas-Home, invitó a este a su oficina y le dio este consejo: «Mi querido muchacho, mientras no invadas Afganistán, estarás absolutamente bien». No había nadie para darle ese consejo a Tony Blair. Bush no lo habría entendido. Tenía la costumbre, fue cuando presidente, de leer los libros al revés (literalmente).

3. GEOGRAFÍAS LEJANAS QUE LA GEOGRAFÍA APROXIMA

La República Popular China y la República Federal de Alemania están en las antípodas de Eurasia. La primera tiene su geografía costera volcada al océano Pacífico. La segunda tiene un frontis atlántico en ese brazo del océano llamado mar del Norte. La mayor parte de la costa de la Alemania histórica daba al cerrado mar Báltico, incluso después de su derrota en la llamada Primera Guerra Mundial, un mar cuyos accesos –los estrechos de Gran Belt, Pequeño Belt y Oresund– están controlados por Dinamarca. En el mar del Norte, Gran Bretaña tiene una presencia dominante por la longitud de sus costas y por sus posesiones insulares, con las islas Orcadas y Shetland haciendo de llave de acceso/salida de dicho mar.

Las costas alemanas asomaban al mar por dos mares cerrados y controlados por potencias enemigas, sobre todo el Imperio británico, la mayor potencia naval de la época. Las dos guerras mundiales pusieron en evidencia la extrema inferioridad geográfica de Alemania, que pronto perdió su presencia en dicho mar, y, perdida la guerra naval, imponerle un bloqueo marítimo fue coser y cantar. Perder el acceso al mar fue fatal para Alemania en la Primera Guerra Mundial, y lo fue también en la Segunda, aunque, en esta, su mayor error fue invadir la Unión Soviética, error que determinará su derrota total. El tema del frente germano-ruso lo ampliaremos más adelante.

Observemos, ahora, la geografía costera de China, que, pese a no tener nada que ver en longitud de costas con Alemania, ofrece similitudes importantes, unas estrictamente geográficas, otras de un decidido carácter geoestratégico y militar. Un aspecto que destaca de la geografía china es que sus costas dan a dos mares, uno fuertemente cerrado, como el mar de la China Oriental, y otro fácil de cerrar, que es el mar de la China Meridional.



El mar de la China Oriental se extiende desde la península de Corea hasta la isla de Taiwán, destacando, en términos geográficos y –por este motivo– geoestratégicos, el archipiélago de Amami –rebautizado por EEUU, en 1946, como Ryukyu y por Japón como Nansei–, situado entre las islas de Kyushu (Japón) y Taiwán (China). Después de la Segunda Guerra Mundial, este archipiélago quedó en manos de EEUU, que incluso creó un Gobierno nativo, al tiempo que se adjudicaba la isla de Okinawa para hacer de ella su principal bastión militar. Un grupo de islas fue devuelto a Japón en 1953 y el resto, con excepción de Okinawa, en 1967. Esta última se regresó en 1967, no sin antes garantizarse EEUU derechos cuasisoberanos sobre las bases e infraestructuras militares de la isla, que está en el centro del archipiélago y es pieza esencial en el tablero de dominio de esa primordial y clave zona del mundo. El archipiélago de Amami es un collar de islas que cierran el paso de China a aguas abiertas, similar –*mutatis mutandis*– a los archipiélagos británicos en el mar del Norte. Desde sus bases en Okinawa y su alianza a muerte con Japón, EEUU controla la entrada y salida de buques a y desde el mar de la China Oriental. China tiene, allí, un muro insular, político y militar.

Casi equidistantes entre China, Taiwán y Okinawa se encuentran ocho pequeñas islas e islotes rocosos, que Japón llama Senkaku y China, Diaoyu. Administradas por Tokio, ambos países se disputan su soberanía a cara de perro, haciendo de ellas el punto más conflictivo en las ya conflictivas relaciones chino-japonesas. En 2014, ambos países pusieron fin a los reiterados incidentes entre buques japoneses y chinos en

torno a dichas islas para evitar una escalada. Aunque se hace hincapié en que los motivos de fondo de la reivindicación china son económicos, es imposible no ver, tras ese alegato, la importancia militar y geoestratégica que las Diaoyu pueden tener para la República Popular. Estas islas están a 400 kilómetros de Okinawa, lo que significa que, si China las poseyera, reduciría a casi la mitad la distancia entre su territorio y las bases militares estadounidenses, mientras que sus buques tendrían un portaaviones terrestre operando en el sur del mar de la China Oriental. En caso de que estallara un conflicto por Taiwán, las Diaoyu están a 170 kilómetros de la «isla rebelde».

Esta cuestión quedará más clara viendo la política china en el disputado mar de la China Meridional, que enfrenta a China con todos los Estados ribereños. Un litigio iniciado, en su fase dura, en 1974, cuando la Guerra de Vietnam se acercaba a su final. Ese año, fuerzas navales chinas se enfrentaron y vencieron a las fuerzas de Vietnam del Sur que guardaban las islas Paracelso, tomando el control del archipiélago. En 1988, con Vietnam reunificado, en otro enfrentamiento naval, China derrotó a Vietnam y tomó posesión de las islas Spratly, archipiélago situado al sur de las Paracelso. A partir de entonces se han venido produciendo incidentes con barcos de Filipinas, Vietnam y Malasia, países que reclaman derechos sobre las áreas marinas y submarinas adyacentes. Buscando encarrilar la situación por vías pacíficas, se firmó en Camboya, en 2002, la «Declaración sobre la Conducta de las Partes en el mar de China Meridional», una declaración política, sin carácter vinculante y que, aun siendo un primer paso, no obtuvo mayores resultados.

En 2017, China y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) retomaron las negociaciones para acordar un «código de conducta» que permitiera situar los litigios dentro de marcos pacíficos. Las negociaciones no siguieron avanzando, mientras que los incidentes han seguido produciéndose, sin sobrepasar límites manejables. La dificultad para alcanzar un acuerdo no obedece a causas internas, sino a la labor de zapa que ha venido desarrollando EEUU. Este país, en función de sus propios intereses políticos, estratégicos y militares, no ha cesado de sembrar cizaña entre los países de la ASEAN para impedir que se concrete ese «código de conducta». Por razones fáciles de entender, a EEUU le interesa mantener un estado permanente de conflicto entre China y sus vecinos marítimos (similar a la política de la OTAN con Rusia), dentro de su proyecto de crear una enorme alianza político-militar contra China, que sea lo más parecida a lo que es la OTAN contra la potencia rusa y sus aliados en el subcontinente europeo.

En octubre de 2021, el primer ministro chino, Li Keqiang, hizo un llamamiento a la ASEAN a proseguir las negociaciones del Borrador Único del Texto de Negociación del Código de Conducta (COC), para emplear los logros alcanzados durante el último año, pese a la pandemia de la covid-19. Li invitó a aprovechar el 20.° aniversario de la Declaración de Camboya para «ampliar la cooperación marítima prácti-

ca y acelerar las negociaciones del COC, con el fin de hacer del mar Meridional de China un mar de paz, amistad y colaboración» (en esa espera se continúa al momento de cerrar este libro).

Es menester reseñar que, el 1.° de enero de 2022, entró el vigor el tratado constitutivo de la Asociación Económica Integral Regional (RCEP –*Regional Comprehensive Economic Partnership*– por sus siglas en inglés), el mayor tratado de libre comercio del mundo, firmado por quince países de Asia-Pacífico. Suscrito en noviembre de 2020, durante la 37 cumbre de la ASEAN, había llevado veinte años de negociaciones duras y complejas, marcadas por la retirada, en 2018, de EEUU. La entrada en vigor del RCEP este 2022, ha dejado a Beijing el campo despejado, lo que vendrá a fortalecer aún más su peso en la región (y el mundo), por falta de competidores a su altura. La RCEP reúne a los diez miembros de la ASEAN, así como a China, Japón, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda. La RCEP abarca el 30% del PIB y de la población mundial y viene a consolidar a China como la potencia hegemónica en Asia-Pacífico. En esa situación, los análisis que indican que, en 2030 China superará a EEUU, se hace cada vez más creíbles, además de debilitar en extremo el proyecto Indo-Pacífico contra China.

Islas como murallas y muros en islas artificiales

Hay cosas que –posiblemente– a Alemania le habría gustado hacer en la Primera Guerra Mundial, como tomar una o dos de las islas Shetland y construir allí una gran base naval y aeropuertos, para tener más cerca al adversario británico. Pero no era posible. Para China, sí. Pese al éxito de la toma de las Paracelso y las Spratly, Filipinas, Vietnam, Taiwán y Malasia siguieron controlando las cuatro principales islas de los archipiélagos, que disponían de pequeñas pistas de aterrizaje. Invadirlas habría tenido un costo grave para Beijing, de modo que China optó por una alternativa más costosa pero más práctica: construir en atolones e islotes islas artificiales desde las que hacer un efectivo ejercicio de soberanía y establecer una presencia militar de la que carecía.

Las construcciones se iniciaron en 2015, con unos resultados que causaron asombro y, claro, protestas, pataleos y chirriar de dientes, que fueron resueltos con diplomacia «dentista». Los archipiélagos mencionados son, además del corazón de las disputas, unos sitios estratégicos para establecer «portaaviones terrestres» desde los cuales avanzar posiciones hacia las bases de EEUU, al tiempo que pueden funcionar como una primera línea de defensa de China en caso de conflicto. De hecho, China escogió arrecifes e islas en puntos estratégicos del mar de la China Meridional que necesitó transformar de forma radical con obras de ingeniería de gran magnitud, que incluían un vasto esfuerzo para ganar terreno al mar, pues, o eran cubier-

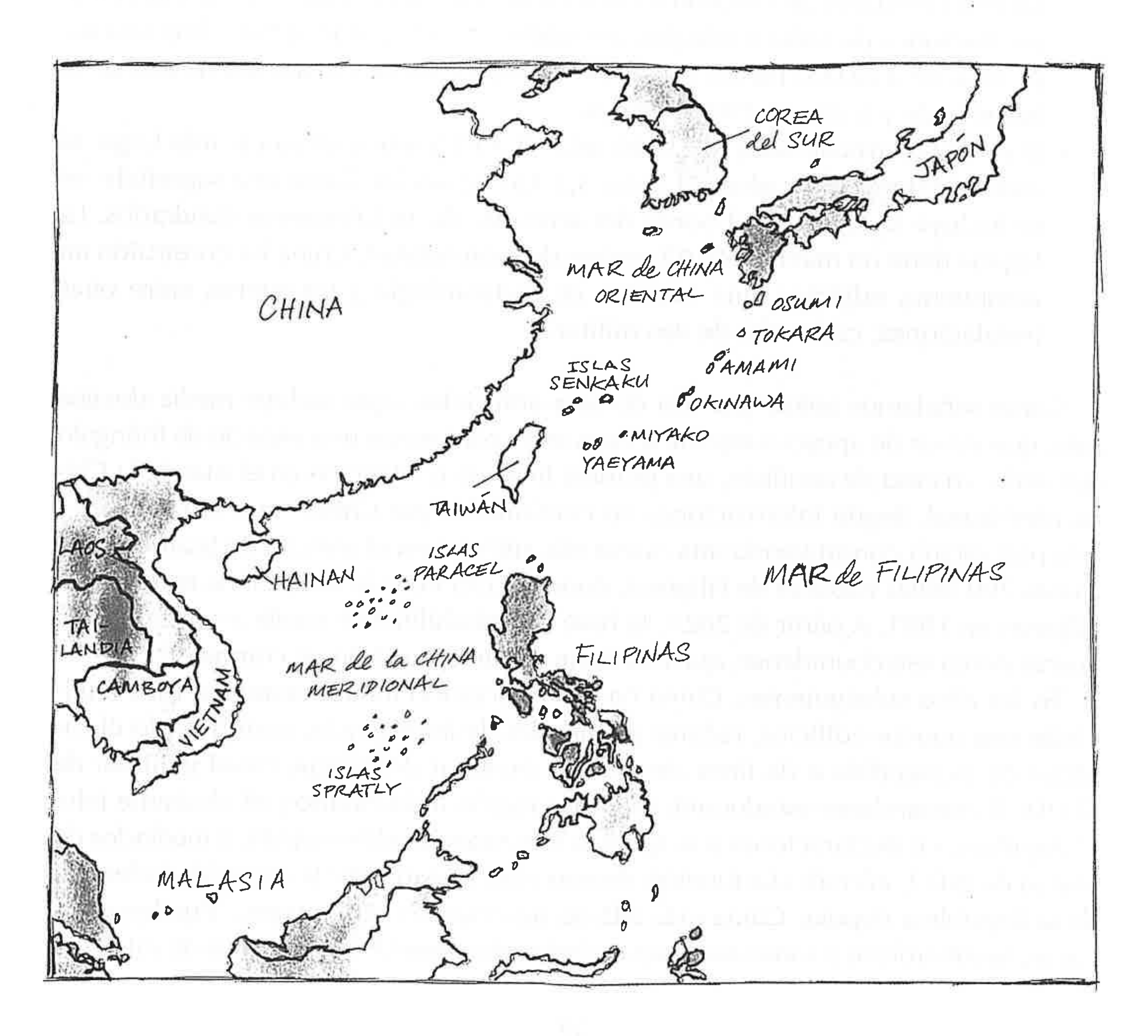
tas total o parcialmente en pleamar, o carecían de espacio terrestre suficiente. Las islas artificiales más importantes forman un triángulo ofensivo/defensivo respecto a las bases de EEUU en la región, como si fueran una contramuralla frente a la red de bases estadounidenses. Son las siguientes:

- Isla Woody, en el archipiélago de las Paracelso (Nansha), que tiene (o tenía) 2,1 kilómetros cuadrados y se encuentra a unos 700 kilómetros al sudeste de Sanya, en la isla de Hainan. Luego de modificarla, China construyó un aeropuerto de 2,5 kilómetros de largo, un puerto con capacidad para el fondeo y mantenimiento de buques de guerra, así como otras instalaciones militares.
- Arrecife Fiery Cross (llamado Yongshu por China), en el archipiélago de las Spratly. Aquí China, después de rellenar y ampliar el arrecife, construyó instalaciones militares de 110.000 metros cuadrados, con almacenes de munición, instalaciones de radar y refugios antimisiles. La isla artificial tiene hoy una superficie de 230.000 metros cuadrados. Fiery Cross está a 900 kilómetros de la isla Woody y a unos 1.200 de Sanya.
- El atolón o arrecife Suby (o Zhubi) mide 5,7 kilómetros en su eje más largo, el sudoeste-nordeste, y alcanza hasta 3,5 km de ancho. Tiene una superficie –si se incluye la laguna y el borde del arrecife– de 16 kilómetros cuadrados. La laguna tiene un máximo de 22 metros de profundidad. China ha construido un aeropuerto, edificios, una estación de meteorología y un puerto, entre otras instalaciones, casi todas de uso militar.

Como señalamos antes, este trío de islas artificiales –que incluye media docena más, que sirven de apoyo o soporte a estas tres– conforman una especie de triángulo que sería, en caso de conflicto, una primera línea de contención en el mar de la China Meridional. Según informaciones no confirmadas por China –rara vez lo hace–, este país estaría construyendo una nueva isla artificial en el arrecife de Scarborough, a unas 200 millas náuticas de Filipinas, donde EEUU tiene la Base Clark, entregada a Filipinas en 1991. A partir de 2021, la base fue rehabilitada y vuelta a utilizar por la Fuerza Aérea estadounidense, que mantiene allí un escuadrón de combate.

En los años subsiguientes, China ha ido reforzando militarmente sus islas artificiales con nuevos edificios, radares y unidades de inteligencia, confirmando el carácter de avanzadilla o de línea de defensa frente al despliegue naval y militar de EEUU. El comandante estadounidense de la región Indo-Pacífico, el almirante John C. Aquilino, en declaraciones a la agencia The Associated Press (AP), a mediados de marzo de 2022, afirmó: «La función de esas islas es expandir la capacidad ofensiva de la República Popular China más allá de sus costas continentales... Pueden volar cazas, bombarderos y todas esas capacidades ofensivas de los sistemas de misiles».

El almirante parecía referirse a los arrecifes de Yongshu (Fiery Cross), Zhubi (Subi) y Meiji (Mischief). En este último se construyó, según la Academia de Ciencias de China (ACCh), en enero de 2019, un Centro de Investigación Integrado para Arrecifes y Ciencias en el sur del mar Meridional de China. La ACCh explicó que este centro será «una base de pruebas en el lugar para llevar a cabo estudios sobre ecología, geología, ambiente, materiales y energía oceánica del mar tropical». En suma, China continuaría fortaleciendo su línea insular de defensa ante un eventual conflicto, ampliando sus construcciones en el triángulo de islas artificiales. «Creo que en los últimos 20 años hemos sido testigos de la mayor concentración militar desde la Segunda Guerra Mundial por parte de la República Popular China», expresó el almirante Aquilino a AP. «Han avanzado todas sus capacidades y esa acumulación de armas está desestabilizando a la región.» «Si la disuasión falla, mi segunda mi-



sión es estar preparado para luchar y ganar.» Dicho por el comandante en jefe de la Flota del Pacífico. Se puede decir más alto, pero no más claro.

El mar de la China Meridional es conocido por su abundancia en recursos vivos y no vivos, particularmente por albergar en su subsuelo marino grandes yacimientos de petróleo y gas. Es también una vía estratégica del transporte marítimo en la región Asia-Pacífico, donde está concentrada casi la mitad de la población mundial y tres de los países más industrializados del mundo: China, Japón y Corea del Sur. Dicho todo esto, debe aclararse, de entrada y sin género de dudas, que China sería el último país interesado en entorpecer o bloquear el transporte marítimo de mercancías en esta zona del planeta. La razón es tan simple como diáfana: es la principal usuaria de esa ruta, en razón de ser la mayor potencia mundial exportadora del mundo.

Bloquear o entorpecer de alguna manera el tránsito pacífico y feliz por ese mar o por el estrecho de Malaca equivaldría a que China decidiera hacer explosionar su economía y arruinar el país, algo que nunca ha planteado o insinuado ningún dirigente civil o militar chino. Tampoco ha aparecido ningún plan o documento donde se proponga o se plantee tan absurdo propósito. Ocurre exactamente al revés. Es preocupación de China que suceda lo contrario, es decir, que EEUU y sus aliados, desde su preponderancia naval y geográfica, puedan, en caso de conflicto, cerrar el estrecho de Malaca y, controlando los dos mares chinos, el Oriental y el Meridional, clausuren las vías marítimas de transporte al tráfico marítimo a y desde la República Popular, lo que es una posibilidad muy real. EEUU podría, a través de su red de aliados, de Corea del Sur a Singapur, hacer imposible el comercio marítimo de China, imponiendo un bloqueo naval, en términos similares al impuesto por Gran Bretaña y EEUU a Alemania en las dos guerras mundiales. Distinguir entre realidad y propaganda es el punto de partida básico para entender la dinámica política y militar de la región que EEUU ha rebautizado Indo-Pacífico.

La estrategia marítima de EEUU se asentaría en mantener dos muros de contención basados en cadenas de islas. La primera tendría el objetivo de controlar militarmente lo que se llama Primera Línea Insular, formada por las bases militares establecidas en Corea del Sur, Japón –con Okinawa de epicentro–, Taiwán, Filipinas y Borneo, en Indonesia, con Australia como base fundamental de apoyo y retaguardia en el sur del Pacífico. Así mantendría el control estadounidense sobre el mar de la China Oriental y el mar de la China Meridional. La Segunda Línea Insular –más exterior y que actuaría de retaguardia de la primera– se extiende desde las islas japonesas de Izu (situadas al sur de Tokio y muy próximas a la capital japonesa) hasta Papúa Nueva Guinea, pasando por las islas Ogasawara, también japonesas, Saipán, Guam y la isla Wake, en Micronesia, donde EEUU ha ampliado y fortalecido, desde 2020, las instalaciones militares que había en este atolón reconvertido en isla artificial.

EEUU domina dos cadenas de islas desde las que puede cerrar la región Indo-Pacífico a la navegación de buques o mercantes chinos.

La isla Wake

Esta isla de la Micronesia merece unas líneas aparte. Veamos lo que escribió el experto militar Tyler Rogoway en *The Drive:*

> Puesto de avanzada de Estados Unidos en las profundidades del Pacífico, situado aproximadamente entre Japón y Hawái, la isla Wake sirve como un aeródromo de reserva en caso de que el poderío aéreo estadounidense tenga que retirarse de los confines del Pacífico occidental durante un conflicto entre Estados pares. También proporciona una utilidad inversa, que funciona como un escenario en una crisis para las misiones de combate aéreo que se dirigen hacia el oeste, hacia las burbujas antiacceso y denegación de área (A2/AD), fuertemente defendidas por Rusia, y especialmente de China que están lejos de sus costas. Con el continuo «giro hacia el Pacífico» y con las capacidades adversas A2/AD arrastrando más hacia el este, la isla Wake es más importante de lo que ha sido en décadas, posiblemente desde la Segunda Guerra Mundial.

Al estar EEUU a 12.000 kilómetros del teatro de operaciones chino, el abastecimiento de combustible adquiere un papel determinante. La isla Wake se encuentra a 6.300 kilómetros de China, es decir, casi a mitad de camino y fuera de alcance de la mayor parte de misiles chinos, aunque no de otros, mucho más destructores. Rogoway resume así el papel que debería desempeñar en la isla Wake en caso de que estallara el festival de pólvora entre China y EEUU, y de que EEUU perdiera la Primera Línea Insular:

> Los petroleros y cazas estadounidenses serían empujados de regreso a Hawái, ubicada a 2.300 millas de la isla Wake, o incluso a Alaska, si no fuera por el puesto de avanzada de la isla, al menos inicialmente, durante un conflicto importante. Midway, que se encuentra a 1.200 millas al este de la isla Wake, es otra opción, pero tiene una capacidad limitada y una pista más corta. Entonces, la idea es que la isla Wake esté repleta de aviones que se muevan de un lado a otro a través del Pacífico durante una crisis tan importante, al menos hasta que la burbuja A2/AD del enemigo pueda degradarse significativamente.

Dicho en otras palabras, la isla Wake está llamada a ser el pivote de EEUU, desde donde puedan despegar sus bombarderos y aviones cisternas para bombardear las

bases chinas en tierra firme, hasta demolerlas, de forma que EEUU pueda «degradar significativamente» las defensas chinas, obligando al país a rendirse o a pedir una tregua (eso lo no dice Ronoway, lo decimos nosotros, siguiendo al maestro Clausewitz). Otra cuestión importante a señalar es que la fortificación de la isla Wake reconfirma que, en EEUU, están pensando muy seriamente en una guerra con China y Rusia, y, en esa tesitura, necesitan crear auténticos arsenales insulares que sostengan su poder marítimo, dada la enorme lejanía del territorio continental estadounidense. Dicho de otra forma, si EEUU perdiera la Segunda Línea Insular, sus fuerzas se verían obligadas a replegarse a las costas del Pacífico e «incluso a Alaska», lo que supondría, *de facto*, su derrota. Sin puertos de apoyo, los buques de guerra tendrían difícil operar y la fuerza aérea se vería inutilizada. Por muchos aviones cisterna que hubiera, hacer vuelos de 24.000 kilómetros (la ida y vuelta de EEUU a China) sería virtualmente imposible (el radio de combate del F-35 –considerado el cazabombardero más moderno del mundo, pendiente de ser probado en combate–, con combustible a bordo, es de 1.239 kilómetros).

(Si estas informaciones llegan hasta nosotros, mayor volumen de ellas estará en manos de China y Rusia. Esto quiere decir que, en caso de fuegos artificiales, habría que borrar la isla Wake y atolones circundantes como destino turístico o lugar para un romántico viaje de bodas.)

La geografía política determina que la República Popular China, pese a sus dimensiones terrestres, posea extensas costas, pero son costas que asoman a dos mares cerrados por Estados archipelágicos y por una cadena de archipiélagos menores que pertenecen a uno u otro Estado, ninguno de ellos amigo de China. El mar de la China Oriental es casi una laguna rodeada de penínsulas e islas; el mar de la China Meridional es más abierto, pero igualmente está cerrado por Estados archipelágicos y archipiélagos menores. Sería, estrictamente, un tema de Derecho del mar, como pasa con otros mares similares, de no haber sido convertido por EEUU y sus aliados en el escenario en que se medirían el poder hegemónico estadounidense y el poder emergente de China.

Esta es la cuestión medular, axial, que subyace en las controversias existentes sobre espacios marinos y submarinos en los mares chinos y, por tal motivo, China habría adoptado una posición tan decidida. Disputas por derechos de pesca han existido y existen desde tiempos inmemoriales y, pese al inmenso avance en el Derecho del mar, se siguen dando, como prueban los recurrentes pleitos entre Francia y España, por un lado, con Gran Bretaña, por el otro, por la pesca en el mar del Norte. Si el problema fuera exclusivamente por dominios marinos y submarinos, China habría construido puertos pesqueros y centros de investigación en las islas artificiales, no bases militares. Pero no es así. El mar de la China Meridional es el punto geográfico donde se decidirá buena parte del futuro del mundo, si acaso queda mundo, si tal vez hay un futuro.

El Indo-Pacífico, barcos sobre la mar y misiles en la montaña

En este punto, es preciso dedicarle unas palabras a la región del mundo rebautizada por EEUU como Indo-Pacífico, aunque más adelante volvamos sobre este tema. No es un concepto geográfico, sino geopolítico, determinado por el poder creciente de China, que ha llevado a EEUU a hacer la mayor movilización de sus aliados desde la Segunda Guerra Mundial. El documento más relevante sobre este tema fue elaborado por la *Executive office of the President*, en febrero de 2022 y se titula *INDO-PACIFIC STRATEGY of the United States* (véase en: [https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2022/02/U.S.-Indo-Pacific-Strategy.pdf]). Dicho documento se inicia con estos párrafos:

> Estados Unidos es una potencia del Indo-Pacífico. La región, que se extiende desde nuestra costa del Pacífico hasta el océano Índico, alberga a más de la mitad de la población mundial, casi dos tercios de la economía mundial y siete de los mayores ejércitos del mundo. Hay más miembros del ejército estadounidense en la región que en cualquier otra fuera de Estados Unidos. La región sostiene más de tres millones de puestos de trabajo estadounidenses y es la fuente de casi 900.000 millones de dólares de inversión extranjera directa en Estados Unidos. En los próximos años, a medida que la región impulse hasta dos tercios del crecimiento económico mundial, su influencia no hará más que crecer, al igual que su importancia para Estados Unidos.
>
> Estados Unidos reconoce desde hace tiempo que el Indo-Pacífico es vital para nuestra seguridad y prosperidad. Nuestros lazos se forjaron hace dos siglos, cuando los estadounidenses llegaron a la región en busca de oportunidades comerciales, y crecieron con la llegada de inmigrantes asiáticos a Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial recordó a Estados Unidos que nuestro país sólo podía estar seguro si Asia también lo estaba. Por eso, en la posguerra, Estados Unidos estrechó sus lazos con la región mediante férreas alianzas con Australia, Japón, la República de Corea, Filipinas y Tailandia, sentando las bases «de la seguridad que permitieron el florecimiento de las democracias regionales. Esos lazos se ampliaron a medida que Estados Unidos apoyaba a las principales organizaciones de la región, en particular la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN); desarrollaba estrechas relaciones comerciales y de inversión; y se comprometía a defender el derecho y las normas internacionales, desde los derechos humanos hasta la libertad de navegación».

Más adelante el documento explica los motivos de la estrategia estadounidense:

> Este incremento de la atención estadounidense se debe en parte al hecho de que el Indo-Pacífico se enfrenta a crecientes desafíos, especialmente por parte de la RPC

[República Popular China]. La RPC está combinando su poderío económico, diplomático, militar y tecnológico en su búsqueda de una esfera de influencia en el Indo-Pacífico y pretende convertirse en la potencia más influyente del mundo. La coerción y la agresión de la RPC se extienden por todo el mundo, pero es más aguda en el Indo-Pacífico. Desde la coerción económica a Australia hasta el conflicto a lo largo de la Línea de Control Real con India, pasando por la creciente presión sobre Taiwán y la intimidación de los vecinos en los mares de China Oriental y Meridional, nuestros aliados y socios en la región soportan gran parte del coste del comportamiento perjudicial de la RPC. En el proceso, la RPC también está socavando los derechos humanos y el Derecho Internacional, incluida la libertad de navegación, así como otros principios que han traído estabilidad y prosperidad al Indo-Pacífico.

Ahora bien, EEUU admite que los esfuerzos para enfrentar a China no puede asumirlos en soledad, de forma que la estrategia del Indo-Pacífico incluye una recluta general de sus socios:

Estados Unidos está comprometido con un Indo-Pacífico libre y abierto, conectado, próspero, seguro y resistente. Para satisfacer ese futuro, Estados Unidos reforzará su propio papel al tiempo que refuerza a la propia región. La característica esencial de este planteamiento es que no puede realizarse en solitario: las cambiantes circunstancias estratégicas y los retos históricos exigen una cooperación sin precedentes con quienes comparten esta visión.

Abundando en el tema, el documento de la Casa Blanca afirma:

Por tanto, nuestro enfoque se inspira en los de nuestros amigos más cercanos y se alinea con ellos. Al igual que Japón, creemos que una visión exitosa del Indo-Pacífico debe promover la libertad y la apertura y ofrecer «autonomía y opciones»". Apoyamos a una India fuerte como socio en esta visión regional positiva. Al igual que Australia, buscamos mantener la estabilidad y rechazamos los ejercicios coercitivos de poder. Al igual que la República de Corea, pretendemos promover la seguridad regional mediante la creación de capacidades. Al igual que la ASEAN, consideramos que el Sudeste Asiático es un elemento central de la arquitectura regional. Al igual que Nueva Zelanda y el Reino Unido, tratamos de fomentar la resistencia en el orden regional basado en normas. Al igual que Francia, reconocemos el valor estratégico de un creciente papel regional de la Unión Europea (UE). Al igual que el enfoque que la UE ha anunciado en su Estrategia de Cooperación en el Indo-Pacífico, la estrategia estadounidense será de principios, a largo plazo y anclada en la resistencia democrática.

Importante la referencia a la UE, que, vaya sorpresa, estaba involucrada en esa estrategia desde 2021, sin que nadie de los que hacen alharaca en otros temas haya hecho mención de éste, más delicado que ninguno, pues esta estrategia está sentando las bases de un conflicto mundial que podría barrer –en lo que queda– este planeta, de océano a océano. La llamada *Estrategia de la UE para la Cooperación con el Indo-Pacífico*, entre otras flores del campo, expresa:

> El mayor compromiso de la UE en el Indo-Pacífico tiene como objetivo mantener un Indo-Pacífico libre y abierto para todos al tiempo que construye asociaciones sólidas y duraderas. El mensaje básico es que la UE profundizará su compromiso con los socios en el Indo-Pacífico para responder a las dinámicas emergentes que están afectando la estabilidad regional. El enfoque de la UE está diseñado para fomentar un orden internacional basado en reglas, igualdad de condiciones, así como un entorno abierto y justo para el comercio y la inversión, abordando el cambio climático y apoyando la conectividad con la UE.

Aunque la UE dedica palabras de amor a China («El enfoque de la UE hacia la región es de cooperación, no de confrontación. [...] La UE también proseguirá su compromiso polifacético con China»), esas palabras de amor no borran el hecho de que la UE haya adoptado como propio los conceptos geopolíticos de EEUU –desde el de región Indo-Pacífico al de «un orden internacional basado en reglas»– y concuerdan poco con sus propósitos más específicos:

> La UE promoverá una arquitectura de seguridad regional abierta y basada en normas, incluidas líneas marítimas seguras de comunicación, desarrollo de capacidades y una mayor presencia naval de los Estados miembros de la UE en el Indo-Pacífico. Además, la UE buscará realizar más ejercicios conjuntos y escalas en puertos con socios del Indo-Pacífico, incluidos ejercicios multilaterales, para luchar contra la piratería y proteger la libertad de navegación en la región.

Si acaso alguna duda queda, esa duda la despeja el Comunicado de la UE, de 16 de septiembre de 2021, titulado *The EU strategy for cooperation in the Indo-Pacific*. En una parte de dicho comunicado abundan los pétalos de amor (a EEUU, obviamente), y atención al léxico empleado, que parece redactado en el Departamento de Defensa. Un propósito principal de la UE en el Indo-Pacífico será

> consolidar y defender el orden internacional basado en normas, promoviendo una cooperación multilateral eficaz basada en valores y principios compartidos, incluido un compromiso de respetar la democracia, los derechos humanos y el estado de derecho.

Hay más. En junio de 2021, durante la Cumbre de la OTAN en Bruselas, los líderes atlantistas «acordaron una ambiciosa agenda OTAN 2030 para garantizar que la Alianza pueda enfrentar los desafíos de hoy y de mañana». Con el lema «OTAN: haciendo una alianza sólida aún más sólida» (lo que demuestra que la decisión de rearmar a la OTAN en muy anterior «a lo de Ucrania») fue novedosa la inclusión de China en la agenda atlantista, pues queda fuera de su espacio geográfico de actividad, que es, por su tratado constitutivo, el «Atlántico Norte». Pese a ello, se lee en la web de la OTAN lo siguiente:

> Los líderes pidieron a China que respete sus compromisos internacionales y actúe de manera responsable en el sistema internacional. Estuvieron de acuerdo en la necesidad de abordar los desafíos planteados por la creciente influencia y las políticas internacionales de China, y comprometerse con China para defender los intereses de seguridad de la OTAN.

En resumen, que la UE se ha alineado completamente con la estrategia de EEUU y, desde esa alineación, considera ampliar al llamado Indo-Pacífico sus estructuras militares. Para decirlo con otras palabras, la UE/OTAN extenderá su campo de operaciones a los mares chinos, para apoyar a EEUU cuando estallen, allí, los fuegos artificiales. Todo eso sin que prácticamente nadie, en la UE, conozca a cabalidad lo que están decidiendo los altos jerarcas en Bruselas. El conflicto en Ucrania, comparado con el que estallaría en Asia-Pacífico, parecerá un juego de parvulario. Aquí avisamos, para que los doctos limpiadores de la imagen de la OTAN vayan preparando sus juguetes.

Pero lejos está EEUU de consolidar su política antichina. A principios de abril de 2022, el Primer Ministro de Singapur, Lee Hsien Loong, hizo una visita de ocho días en EEUU. Queriendo aprovechar esa visita para comprometer al pequeño país, Joe Biden hizo generosas referencias a la región Indo-Pacífico. Lee rehusó seguir esa línea. Afirmó que afectar a China tendría «un precio es muy alto» y que el Marco Económico Indo-Pacífico debía construirse «sobre una base en la que todos salgan ganando», y no «como una forma de comprometer a la región sólo sobre una base estratégica o de seguridad y potencialmente hostil». «Cuando los elefantes luchan, es la hierba la que sufre», dijo Lee, confirmando, así, que los países de la ASEAN son reacios a tomar partido entre China y EEUU y que no desean verse convertidos en un ring de boxeo entre las dos potencias. El episodio ilustra el fondo de tensión entre la ASEAN y EEUU, que está ejerciendo enormes presiones para que los países se sumen a la política de contención estratégica contra China. En vías opuestas, a principios de abril, los ministros de Exteriores de Tailandia, Myanmar e Indonesia se reunieron con el ministro chino en Tunxi, al este de China. La noticia habría sido irrelevante si no hubiera estado precedida por la suspensión de la cumbre entre

EEUU y la ASEAN, prevista para el 28 y 29 de marzo. Según se dijo en EEUU, la abortada cumbre EEUU-ASEAN le había dado a China «una victoria de propaganda...la ASEAN ha sido efectivamente dividida por China». Cruje el Pacífico y no por cascar nueces, precisamente.

«*Un mundo basado en reglas*»*... de EEUU*

No es posible entender la política marítima china sin ver el otro lado del espejo: la política de EEUU, centrada en mantener la hegemonía naval y geoestratégica en el mar de la China Meridional como punto esencial de su dominio en lo que llama la región Indo-Pacífico, es decir, la hegemonía sobre todo el mayor océano del mundo, de Alaska a Australia. Con todo y ser hoy el Pacífico el océano más importante para EEUU, este país pretende ser la potencia marítima hegemónica en todos los mares y océanos del planeta. Si no se conoce y entiende este delirio imperial, no se conoce ni se entiende lo que está en juego en el periodo que se habría iniciado en torno a 2012-2014 y que alcanzará un punto crítico en 2030.

Vamos por partes, para separar el grano de la paja, las especulaciones de las realidades, dando el turno de palabra a un protagonista relevante de todo este embrollo, que es, cómo no, EEUU. Quizá el documento más importante sea el titulado *Advantage at Sea*, de diciembre de 2020 (véase en [https://media.defense.gov/2020/Dec/16/2002553074/-1/-1/0/TRISERVICESTRATEGY.PDF]), firmado conjuntamente por el general David Berger, comandante del Cuerpo de Marines, el almirante Michael M. Gilday, jefe de Operaciones Navales, y el almirante Karl L. Schultz, comandante de la Guardia Costera, es decir, los más altos jefes de la Fuerza Naval estadounidense. En el documento en cuestión puede leerse lo siguiente:

> Estados Unidos es una nación marítima. Nuestra seguridad y prosperidad dependen de los mares. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha construido, dirigido y promovido un sistema internacional basado en reglas a través de compromisos compartidos con nuestros aliados y socios. Las fuerzas desplegadas de la Armada, el Cuerpo de Marines y la Guardia Costera de EEUU, conocidas colectivamente como el Servicio Naval, han garantizado la seguridad de este sistema. El acceso libre y abierto a los océanos del mundo ha fomentado una extraordinaria era de riqueza y paz para muchas naciones. Ese sistema ahora está en riesgo.
>
> *Advantage at Sea* es una estrategia marítima de los Tres Servicios [navales] que se centra en China y Rusia, las dos amenazas más importantes para esta era de paz y prosperidad global. Priorizamos la competencia con China debido a su creciente fuerza económica y militar, su creciente agresividad y su demostrada intención de

dominar sus aguas regionales y rehacer el orden internacional a su favor. Hasta que China opte por actuar como un actor responsable en lugar de blandir su poder para promover sus intereses autoritarios, representa la amenaza más completa para Estados Unidos y sus aliados y para todas las naciones que apoyan un sistema libre y abierto.

Debemos actuar de forma más asertiva para prevalecer en la competencia diaria, al tiempo que mantenemos el orden basado en normas y disuadimos a nuestros competidores de llevar a cabo una agresión armada. Si nuestros rivales entran en conflicto, convirtiéndose en nuestros adversarios, debemos controlar los mares para negarles sus objetivos, derrotar sus fuerzas, proteger nuestra patria y defender a nuestros aliados.

[...]

Los océanos del mundo desempeñan un papel vital en la seguridad y prosperidad nacional de Estados Unidos. El mar siempre ha sido un espacio competitivo que ha servido como un amortiguador estratégico y una conexión vital con el mundo. A medida que la competencia estratégica continúa intensificándose, nuestros rivales buscan explotar la apertura del dominio marítimo mientras llevan a cabo campañas de coerción e intimidación.

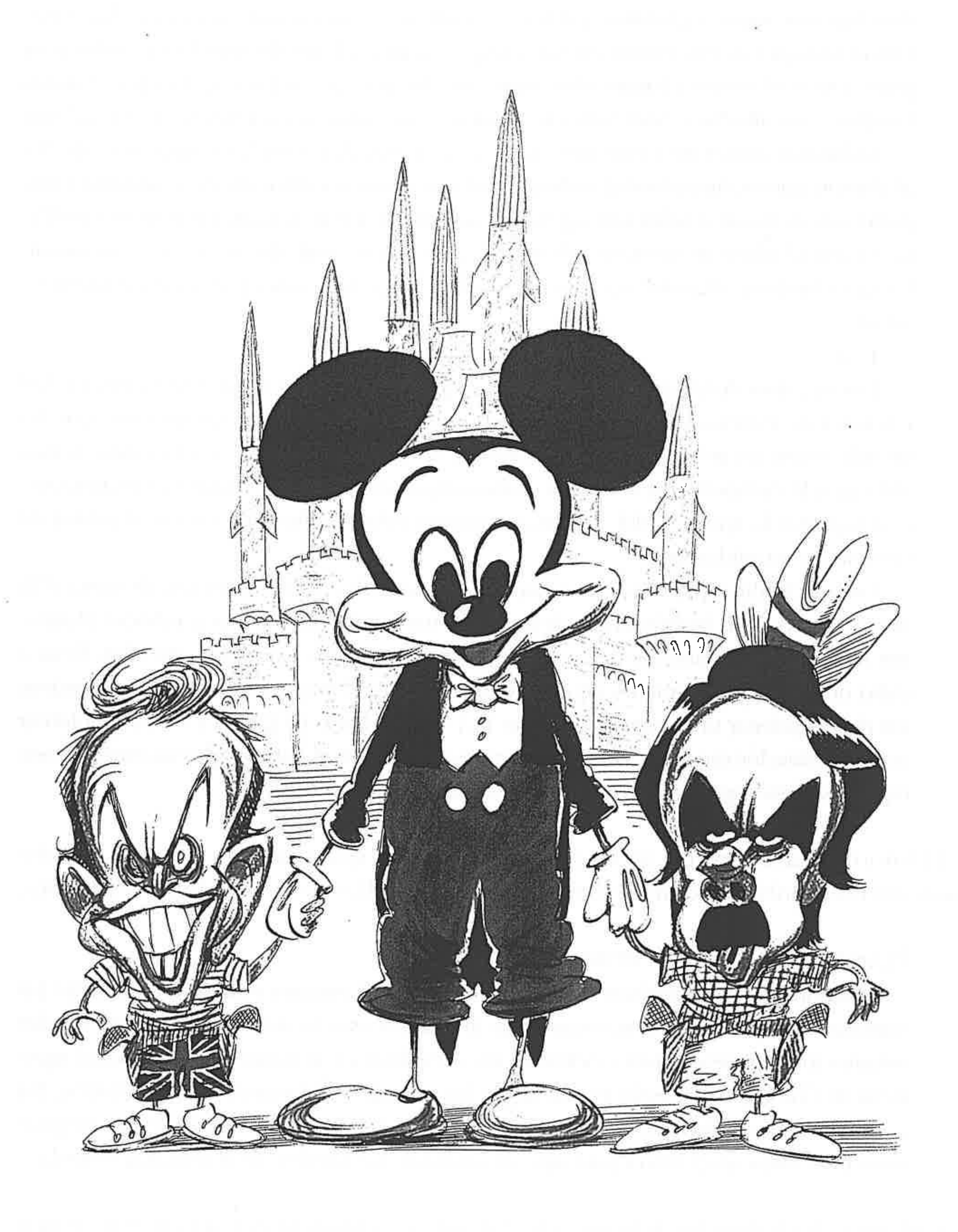
En la actualidad, la República Popular China (RPC) y la Federación de Rusia (FR) emplean todos los instrumentos de su poder nacional para socavar y rehacer el sistema internacional para que sirva a sus propios intereses. Cada uno de ellos lleva a cabo una variedad creciente de actividades malignas, intentando lograr sus objetivos sin desencadenar una respuesta militar [...]. Los intentos de China y Rusia de ejercer control sobre los recursos marinos naturales y restringir el acceso a los océanos tienen repercusiones negativas para todas las naciones.

El informe hace, en fin, un condensado del reto que plantean a EEUU los dos «poderes revisionistas», como reiteradamente se les llama en los informes oficiales:

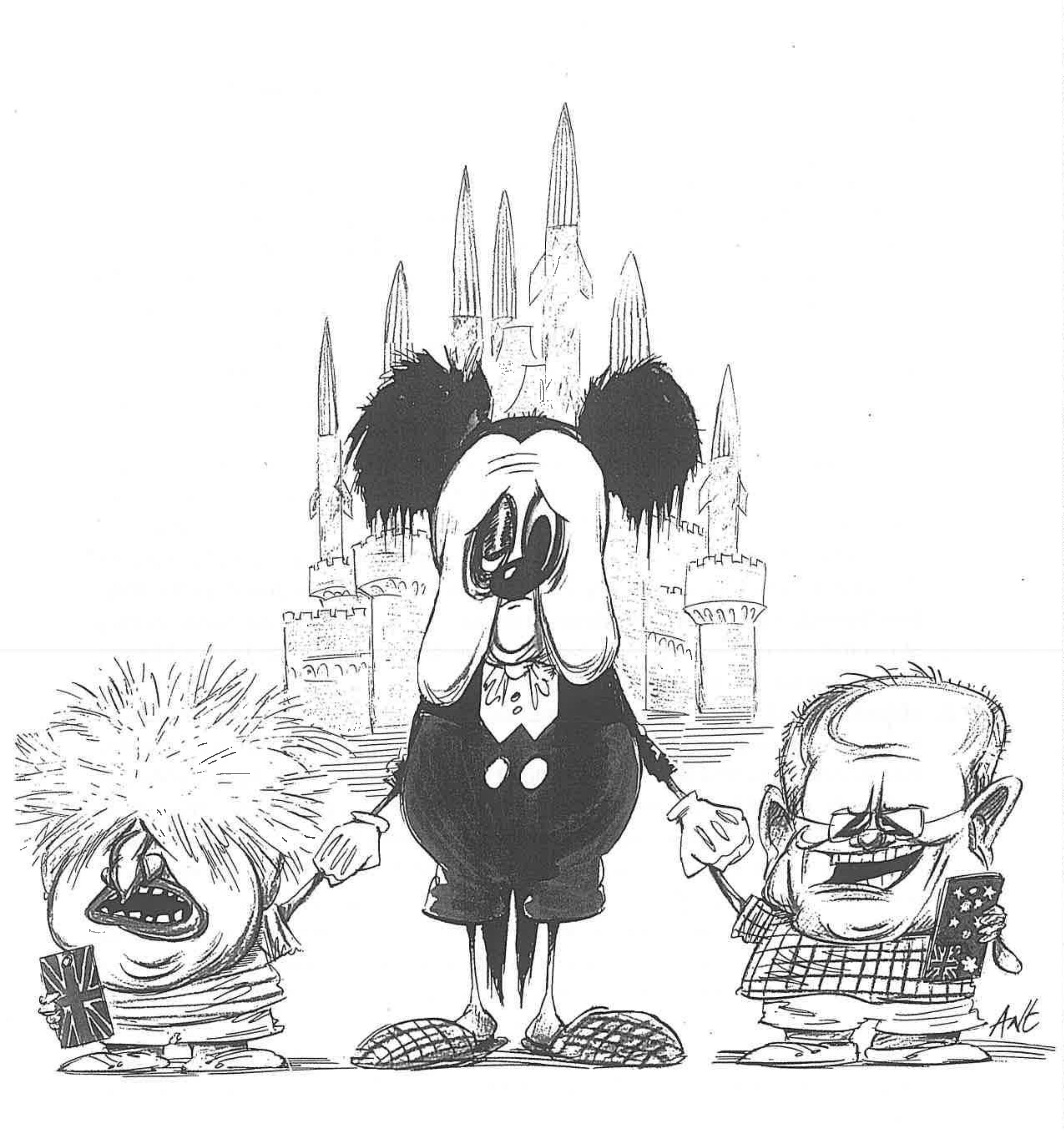
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Los enfoques revisionistas de China y Rusia en el entorno marítimo amenazan los intereses de Estados Unidos, socavan las alianzas y asociaciones, y degradan el orden internacional libre y abierto. Además, el crecimiento y la modernización naval agresivos de China y Rusia están erosionando las ventajas militares de Estados Unidos. Sin control, estas tendencias dejarán al Servicio Naval sin preparación para asegurar nuestra ventaja en el mar y proteger los intereses nacionales en la próxima década.

Podemos decir que los párrafos citados son la sustancia del documento y que contienen los fundamentos de la doctrina militar y política de EEUU respecto a los océanos del planeta en su competencia con Rusia y, especialmente, con la Repúbli-



2003



2022

ca Popular China. La priorización de China respecto a Rusia obedece, cómo no, a razones geográficas. Antes de continuar, es preciso concretar los ejes de la doctrina marítima de EEUU:

1. EEUU es una nación marítima cuya prosperidad y seguridad dependen de su dominio de los mares y océanos del mundo. Esto implica, para todas las naciones ribereñas, aceptar la hegemonía naval de EEUU como *conditio sine qua non* para no ser considerado un Estado enemigo. Por esa razón, EEUU mantiene desplegadas seis flotas a lo ancho y largo del mundo. Las principales son tres: la Séptima Flota, que es la principal y más poderosa flota de guerra de EEUU y pertenece a la Flota del Pacífico. Dispone de alrededor de 70 buques y submarinos, unos 300 aviones y más de 40.000 efectivos. Vigila el océano Pacífico, de Australia al estrecho de Bering, y su base está en Yokosuka, Japón. Le corresponde controlar China y el extremo oriental de Rusia y se la considera el símbolo del poder de EEUU. Sería la primera en entrar en combate. La Sexta Flota, para el control del mar Mediterráneo y del mar Negro, con base en Nápoles, y la Quinta Flota, que debe controlar Oriente Medio, el golfo Pérsico, el mar Rojo, el golfo de Omán y la región Asia-Pacífico, hoy llamada Indo-Pacífico, y tiene su centro de operaciones en Bahréin. Para el control del océano Pacífico hay bases en la costa oeste de EEUU, Hawái, Guam, Samoa, la isla Wake y Okinawa.
2. «Estados Unidos ha construido, dirigido y promovido un sistema internacional basado en reglas», reglas que no figuran en ningún sitio, salvo en los discursos y documentos provenientes de EEUU. En el criterio de EEUU, sólo hay una regla, que debe ser aceptada por todos los Estados para no ser considerado un «Estado maligno». Esa regla es aceptar, como hecho natural e indiscutible, que todos los océanos y mares del mundo deben estar «abiertos» al poder naval de EEUU (los puntos 1 y 2 se amplían más adelante).
3. Cualquier actividad llevada a cabo en los mares y océanos del mundo debe contar, de previo, con el visto bueno de EEUU para ser considerado «un actor responsable». Desde esa perspectiva, China no tiene derecho a reclamar cambios en el orden imperante en sus mares adyacentes, ni Rusia pretender establecer rutas y áreas bajo control ruso en el Ártico. Esas son «actividades malignas», pecaminosas, que EEUU, delegado de Dios en la Tierra, tendría derecho a castigar... si pudiera.

Es obvio que una doctrina así sólo puede imponerse a países débiles y ser apoyada únicamente por los países que aceptan la supremacía de EEUU –como ocurre en la Europa atlantista– y hacen depender sus intereses del escudo militar de EEUU,

como sucede con Japón y Corea del Sur en los dos mares de China. De ahí que los únicos que repiten, como en cacareo, esta doctrina son los aliados de EEUU, y no todos. Por poner un ejemplo: en marzo de 2021, el primer ministro japonés, Yoshihide Suga, transmitió al primer ministro indio, Narendra Modi, sus «serias preocupaciones sobre los intentos unilaterales [de China] de cambiar el *statu quo* en los mares del este y sur de China». Rusia, China, Irán y otros países la rechazan frontalmente, por ser, además de una negación de sus derechos soberanos y una amenaza directa a su seguridad e integridad.

El reto que plantea Rusia –por emplear la terminología estadounidense– está centrado en el océano Glacial Ártico y en el proyecto de Ruta Marítima del Norte, así como en el fortalecimiento de su poder naval. En el Ártico, EEUU tiene poco que hacer, tanto por la magnitud territorial de Rusia, que posee, con diferencia, la mayor longitud de costas, como por estar gravemente rezagado en cuanto a buques rompehielos y en desarrollo militar en áreas polares. En el Pacífico norte ruso tiene EEUU, también, una posición más débil y, sobre todo, menos relevante en términos geoestratégicos, pues son áreas poco habitadas y con escasa actividad económica. Esta situación cambiará cuando quede establecida la Ruta Marítima del Norte, pero no será en lo inmediato. No obstante, en el documento *Advantage at Sea* se encuentra este comentario:

> El retroceso del hielo marino del Ártico está abriendo la región a una creciente actividad marítima y a una mayor competencia. Estas fuerzas y tendencias crean vulnerabilidades para que los adversarios exploten, socaven el estado de derecho y generen inestabilidad que puede estallar en crisis en cualquier escenario.

Hagamos un alto para analizar lo dicho aquí: que Rusia, a causa del deshielo, quiere aprovechar los recursos de sus dominios marinos y submarinos adyacentes, y que ese aprovechamiento viene a «socavar el estado de derecho» y a generar «inestabilidad que puede estallar en crisis». Leer para creer. La Convención del Mar de 1982 estableció el mar territorial y la zona económica exclusiva para preservar, en beneficio de los Estados ribereños, el derecho al aprovechamiento, conservación y explotación de los recursos vivos y no vivos en las áreas marinas y submarinas soberanas. ¿Ha escuchado alguno de ustedes algún comentario afirmando que las actividades de EEUU en Alaska estaban socavando el «estado de derecho» y «[creando] inestabilidad» que pudieran «estallar en crisis»? Nunca, porque simplemente eran –y son– actividades legales. En octubre de 2020, el Gobierno estadounidense aprobó concesiones para explotar petróleo y gas, que fueron luego suspendidas porque afectaban a un parque natural. Sólo hubo reclamos de movimientos ecologistas. Sirva este caso para ilustrar los riesgos para la paz

mundial que entrañan los posicionamientos políticos y militares de EEUU al desconocer derechos soberanos. Recuerden, si dudan, lo de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

Sigamos. Si el tema ártico puede esperar, mantener el dominio del mar de la China Meridional, en cambio, es cuestión urgente y medular para EEUU, por ser el desafío más inmediato a su hegemonía. Interesa, a estos efectos, el último informe sobre China, hecho público en octubre de 2021, titulado *China Naval Modernization: Implications for U.S. Navy Capabilities – Background and Issues for Congress* (véase en: [https://sgp.fas.org/crs/row/RL33153.pdf]), elaborado por la Oficina de Inteligencia Naval (ONI, en sus siglas en inglés), donde se indica cuál es el pecado capital de China:

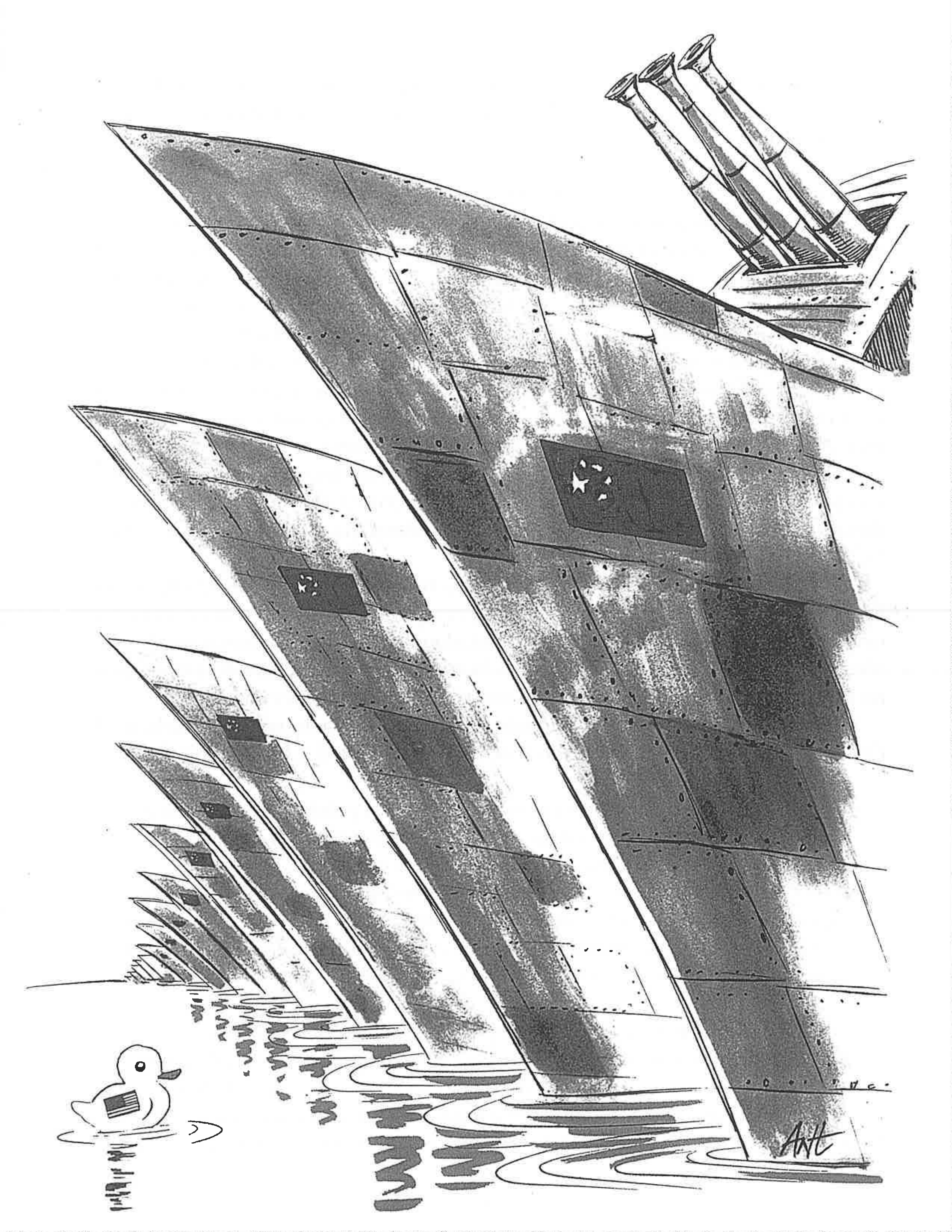
> La Armada china constituye un elemento clave de un desafío chino al estatus de larga data de Estados Unidos como la principal potencia militar en el Pacífico Occidental.
>
> Priorizamos la competencia con China debido a su creciente fuerza económica y militar, su creciente agresividad y su demostrada intención de dominar sus aguas regionales y rehacer el orden internacional a su favor.

El «desafío chino» tiene números concretos, que hacen ver que China no está jugando a los chinos, sino que muestra sus piedras sin remilgos. Como recoge el informe de 2021:

> La República Popular China tiene la Armada más grande del mundo, con una fuerza de batalla total de aproximadamente 350 barcos y submarinos, incluidos más de 130 buques de combate de superficie importantes. En comparación, la fuerza de batalla de la Marina de EEUU constaba, aproximadamente, de 293 barcos a principios de 2020. China es la principal productora de barcos del mundo por tonelaje y está aumentando su capacidad de construcción naval y su capacidad para construir todos los tipos de naves.

A las preocupaciones expuestas, EEUU agrega otra, determinante en términos militares, que aparece en el citado informe *Advantage at Sea*:

> Mientras que las fuerzas navales estadounidenses están dispersas por el mundo, apoyando los intereses estadounidenses y disuadiendo la agresión de múltiples amenazas, las fuerzas numéricamente más grandes de China se concentran principalmente en el Pacífico Occidental. Sin embargo, dado que China busca instaurar una hegemonía regional, también está ampliando su alcance global. La iniciativa *One Belt One Road* de China está extendiendo su infraestructura de


Ant

base y logística en el extranjero, lo que permitirá a sus fuerzas operar más lejos de sus costas que nunca, incluidas las regiones polares, el océano Índico y el océano Atlántico.

Tenemos, aquí, una constatación del viejo refrán de que quien mucho abarca poco aprieta. Efectivamente, mientras EEUU, como Capitán América de los Mares que cree ser, debe mantener su flota desperdigada por el mundo, el 99% de la fuerza naval china está en... China. Es decir, además de disponer de muchos más barcos y de poseer la mayor capacidad en astilleros del mundo, tiene todo su poderío naval concentrado en su territorio. La diferencia tangencial entre las dos doctrinas navales –una de hegemonía mundial, la otra de defensa de sus mares adyacentes– otorga una abrumadora ventaja a China sobre EEUU. Por mucha potencia marítima que sea EEUU, por mucha ventaja técnica que tengan sus buques y submarinos, por muy elevada y magnífica que sea la preparación combativa de sus marinos, por más que cuenten con Aquaman, nada de eso superará el hecho esencial de que China, con su enorme flota y su poderosa industria de construcción naval, estaría defendiendo sus aguas desde su territorio frente a un adversario que está, vale recordar, a 12.000 kilómetros de distancia.

¿Son ciertas las reiteradas, repetidas y remachadas afirmaciones de EEUU de que hay una amenaza china a «esta era de paz y prosperidad global», como se indica en tantos y tantos informes y documentos estadounidenses? Guiándonos por los hechos habría que responder con un rotundo No. China no ha invadido ningún país, no ha bombardeado a nadie, no envía drones para asesinar inocentes. No.

Pertinente sería terminar este capítulo con unas declaraciones del presidente de China, Xi Jinping, ante la Cumbre de la ASEAN, celebrada el 22 de octubre de 2021:

> China se opone firmemente al hegemonismo y la política de poder. China busca una coexistencia amistosa a largo plazo con los países vecinos y es parte de los esfuerzos comunes para lograr una paz duradera en la región [...].
>
> China nunca buscará la hegemonía, y mucho menos intimidará a los países más pequeños. China apoya los esfuerzos de la ASEAN para construir una zona libre de armas nucleares y está dispuesta a firmar el Protocolo del Tratado sobre la Zona Libre de Armas Nucleares del Sudeste Asiático lo antes posible.

¿Un engaño? ¿Palabras que se llevará el viento? No parece, por unas cuantas razones evidentes (razonar es subversivo). Por una parte, la política de EEUU tiene como objetivo estratégico crear una cadena de alianzas que, por una parte, aísle a China de los países de su entorno y, por otra, lleve a estos países a sumarse a una guerra contra China. No es elucubración nuestra. Está escrito en el informe *Advantage at Sea*:

> Las alianzas y asociaciones son verdaderos multiplicadores de fuerza en tiempos de crisis. Los despliegues de fuerzas creíbles en combate de socios y aliados aumentan la legitimidad de nuestra respuesta, fortalecen nuestra disuasión y demuestran la determinación multinacional. Contribuyen además proporcionando inteligencia, logística, capacidades cibernéticas y espaciales. También proporcionan capacidades especiales, como la guerra de minas y la guerra antisubmarina. Finalmente, nuestra alianza y nuestras fuerzas asociadas ayudan a asegurar las rutas marítimas y a mantener la seguridad marítima global.

¡Prepárate, China, que la Liga de la Justicia está en marcha!

Pues bien, frente a esa política dirigida a aislar a China, esta se mueve en dirección contraria, como es de rigor. ¿Qué pasará? Lo sabremos en torno a 2030, cuando se terminen de afilar los cuchillos (y los cazabombarderos, los submarinos, los buques de superficie y, claro, la estrella del momento: los temibles misiles hipersónicos). Pero... un momento. Algo inesperado se ha movido.

Del 1 al 3 de diciembre de 2021, Rusia –sí, sí, Rusia– y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) realizaron las primeras maniobras navales conjuntas de la historia, en aguas de Indonesia. Según el representante ruso ante la ASEAN, Alexander Ivanov, en la ceremonia de inauguración de los ejercicios navales, que se realizó en el buque antisubmarino ruso *Almirante Panteleyev,* «estos ejercicios buscan mantener la paz, la estabilidad y la prosperidad en la región. Estamos abriendo una nueva página en nuestra asociación estratégica».

El comandante de la 1.ª Flota de la Armada de Indonesia, contraalmirante Abdul Rasiid, declaró, por su parte, que los ejercicios navales conjuntos «mejorarán la interacción y el entendimiento mutuo de los militares rusos y de la ASEAN, así como fortalecerán la amistad entre ellos». Un intercambio de comentarios interesante.

Las maniobras Rusia-ASEAN tuvieron como objetivo practicar «la interoperabilidad entre la Armada rusa y las armadas de los Estados miembros de la ASEAN para garantizar la seguridad de las actividades comerciales marítimas y del transporte marítimo». No se han equivocado al leer. EEUU, en ese papel de Capitán América que se ha autoadjudicado, afirma que su misión en esa región –y otras– es que «nuestra alianza y nuestras fuerzas asociadas ayudan a asegurar las rutas marítimas y a mantener la seguridad marítima global». En los mares de China esos –presuntos– aliados y fuerzas asociadas son, casi todos, miembros de la ASEAN que, miren en qué momento, decidieron hacer maniobras militares con Rusia con iguales objetivos que los de EEUU.

La irrupción de Rusia en el mar de la China Meridional es algo inédito y merece unas líneas de análisis. En realidad, sólo hay que hacer tres preguntas: ¿por qué, de repente, hace presencia naval Rusia en el más disputado mar de la región Asia-Pacífi-

co?; ¿por qué, en un momento álgido del conflicto entre China y EEUU?; ¿y por qué la ASEAN acepta participar como bloque? Pensemos que EEUU lleva años realizando las maniobras Malabar en la región Asia-Pacífico, con la participación de Japón, India y Australia. También EEUU está presionando por una alianza entre estos países, sobre todo con India, en un formato que EEUU llama QUADS (Quadrilateral Security Dialogue), sin que hasta ahora se haya visto nada concreto. La irrupción de Rusia en el escenario más complicado y conflictivo del planeta podría indicar, cuando menos, un principio de su involucramiento en esta región, que sería una forma –otra– de decirle a EEUU que China no está sola y que Rusia está en condiciones de opinar y actuar. También es una forma de decirle a EEUU que, por más que lo proclame, los océanos no son suyos. A esto hay que agregar las declaraciones del vicealmirante Viktor Chirkov, quien, en una entrevista de la agencia estatal RIA Novosti, afirmó que Rusia está negociando con Vietnam –uno de los partícipes más activos en los litigios marítimos– la apertura de instalaciones de mantenimiento y suministros para buques rusos en su territorio. Revueltas están las aguas, y no sólo por efecto de fenómenos naturales.

«Y son las reservas de dinero las que sostienen las guerras» **(*Tucídides*)**

En enero de 2020, el secretario de Defensa, Mark Esper, afirmó que, para poder hacer frente a China, EEUU debía disponer, en 2030, de una flota de 355 buques, es decir, debía construir en diez años un total de 61 buques de guerra de variada gama. Pocas horas después, la US Navy presentó un presupuesto que aumentaba la flota en tan sólo 11 buques hasta 2025. Según informara la revista especializada *Defense News*, en octubre de 2021, Rob Wittman, congresista republicano por Virginia, anunció que la US Navy jubilaría unos 70 buques, heredados de la Guerra Fría, que tenían 5.500 celdas de misiles de lanzamiento vertical. Según el plan oficial de construcción naval para los próximos 30 años, la US Navy reemplazaría esos barcos, y sus tubos, con 65 buques y submarinos con 1.800 tubos de lanzamisiles menos.

Según dijo el contraalmirante Randy Crites, subsecretario adjunto de la US Navy para el presupuesto, «esto es lo que podemos pagar [...]. No podemos vaciar la fuerza». Según Crites, «cavamos un agujero más profundo de lo que pensábamos en términos de nuestra preparación. El monto de mantenimiento de buques es enorme, nos ha llevado tiempo intentar salir de eso y tenemos una línea presupuestaria plana que ni siquiera está al día con la inflación». Lo explicaban otros congresistas: EEUU debe dividir su astronómico presupuesto en centenares de líneas para mantener un punto de equilibrio.

Otra cuestión de la que se debe tomar nota es la siguiente: en 2020, durante un debate en el Senado de EEUU, se conoció un informe oficial en el que se aseguraba

que, en los últimos cinco años, los buques de la Marina habían acumulado un total de 33.700 días extra en reparaciones, es decir, días no planificados. Tal cifra equivalía a que los buques pasaran noventa años varados en los astilleros. El informe indicaba que, entre 2014 y 2019, la Marina no había podido concluir las labores de mantenimiento en los plazos programados en un 75% de casos. De la flota de 290 buques que tenía EEUU, diecinueve estaba fuera de servicio. «Una de las razones de los retrasos es el envejecimiento y desactualización de la infraestructura de los astilleros navales en todo el país», se comentó en el Senado. Para modernizar los astilleros hacían falta, como mínimo, 21.000 millones de dólares, cantidad que, entonces, no había en presupuesto. No hubo noticias, en 2021, sobre ninguna modernización de los astilleros. En la otra orilla del Pacífico se está en una situación diametralmente opuesta. China dispone de los mayores y más modernos astilleros del mundo.

Hay otro episodio, recogido por *Defense News,* en noviembre de 2021, que da cuenta de que la US Navy había canibalizado partes del futuro portaaviones *John F. Kennedy* para poder garantizar que «el muy retrasado y costoso portaaviones *Gerald R. Ford*» estuviera listo para desplegarse en 2022. La canibalización del *Kennedy* incluyó «pantallas HMI para ascensores de tiendas, así como controladores de motor, fuentes de alimentación, bombas pequeñas, interruptores de límite y actuadores de válvulas para varios sistemas en todo el barco». En suma, que, aunque EEUU disponga del mayor presupuesto militar del mundo, no hay dinero suficiente para mantener adecuadamente su fuerza naval. No hay, hasta este 2022, dinero para construir los 66 buques que dicen necesitar para hacer frente suficientemente a China; no hay dinero para modernizar los astilleros, lo que obliga a mantener sus buques tiempos larguísimos en dique seco; no hay dinero para terminar un portaaviones, de forma que se canibaliza otro. Si esto proviniera de fuentes rusas o chinas, se diría que se trata de una innegable campaña de desinformación enemiga; pero, viniendo de fuentes oficiales, ¿qué se puede pensar?

El citado congresista republicano Bob Wittman hizo este comentario: «Si nos tomamos en serio la lucha contra la amenaza china, será en el Pacífico. Y la única forma de hacerlo es con los barcos y con la capacidad de crear un riesgo para China a través de las cargas útiles de esos barcos». Eso es más que evidente, pero, si no hay suficientes barcos, ¿harán la guerra a China jugando al juego *Hundir la flota*?

La Ley de Stein

«Si algo no puede durar para siempre, se detendrá.» Esta frase apareció publicada en la primera página del número de junio de 1989 de la revista –ya desaparecida– *The AEI Economist*. Su autor era Herbert Stein, quien luego fue presidente del Consejo de

Asesores Económicos de los presidentes Richard Nixon y Gerald Ford. El artículo de Stein se titulaba «Problems and Not-problems of the American Economy» («Problemas y no problemas de la economía estadounidense») y trataba sobre el déficit comercial y el déficit presupuestario de EEUU. Su tesis se hizo popular y fue elevada a «regla de hierro» de la economía, aplicable tanto a niveles macro como micro, estados y hogares. Se la bautizó como la «Ley de Stein», y así se la encuentra citada.

Dicha ley recuerda a la primera Ley de Newton, que establece que «un cuerpo no modifica su estado de reposo o de movimiento si no se aplica ninguna fuerza sobre él, o si la resultante de las fuerzas que se le aplican es nula». Galileo y Descartes habían propuesto, tiempo atrás, que *los cuerpos tienden a mantener su estado de movimiento,* en lo que se conoce como *inercia* de los cuerpos. Según se explica en Física, lo que hace que los cuerpos terminen deteniéndose es la existencia de una fuerza contraria a su movimiento: la fuerza de rozamiento dinámica. Un balón pateado rodará por el campo hasta que el rozamiento de la hierba «agota», digamos, la fuerza que puso el balón en movimiento. En economía, es posible seguir con una costumbre –asistir al gimnasio o al teatro– o mantener un determinado nivel de gastos –vehículos costosos, vacaciones en hoteles de cinco estrellas– mientras fluyan fondos suficientes para sufragar gimnasio, teatro, viajes o automóviles. Cuando los fondos menguan, mengua el gasto y, si los fondos se acaban, se acabó lo que hacíamos con esos fondos. Así de simple. «Lo que no puede durar siempre, terminará deteniéndose», sea un balón o un presupuesto estatal. En economía, podría hacerse la paráfrasis de que la fuerza de rozamiento de un movimiento de gastos es el descenso o el fin de los ingresos. El gasto rueda hasta acabarse el ingreso.

No habría forma de librarse de esta regla, como puso de manifiesto la brutal y desoladora crisis económica y financiera de 2008, que barrió con casi todo, en primer lugar con el gasto social y el empleo, al sucederse un colapso en los ingresos públicos y privados. Herbert Stein fue de los primeros en expresar, de forma razonada, su preocupación por el creciente déficit estadounidense en los ámbitos presupuestario y comercial, una cuestión que ha venido acrecentándose con el tiempo, haciendo de EEUU, como es sabido, uno de los países más endeudados del mundo. La Ley de Stein se haría evidente, también, cuando se canibaliza un portaaviones para poder terminar otro. Esa canibalización sería consecuencia de una falta de recursos.

En 2021, el déficit comercial de este país aumentó un 27%, aunque esto se ha explicado por el despunte de la demanda y el comercio mundial luego de la casi parálisis provocada en 2020 por la covid-19 en la economía global. El Departamento de Comercio informó que, el pasado año, el déficit comercial alcanzó un récord de 859.130 millones de dólares, en comparación con el de 2020, que fue de 676.700 millones de dólares. Por países, el déficit comercial de EEUU con China –un tema que levanta ampollas en el país– alcanzó un valor de 355.300

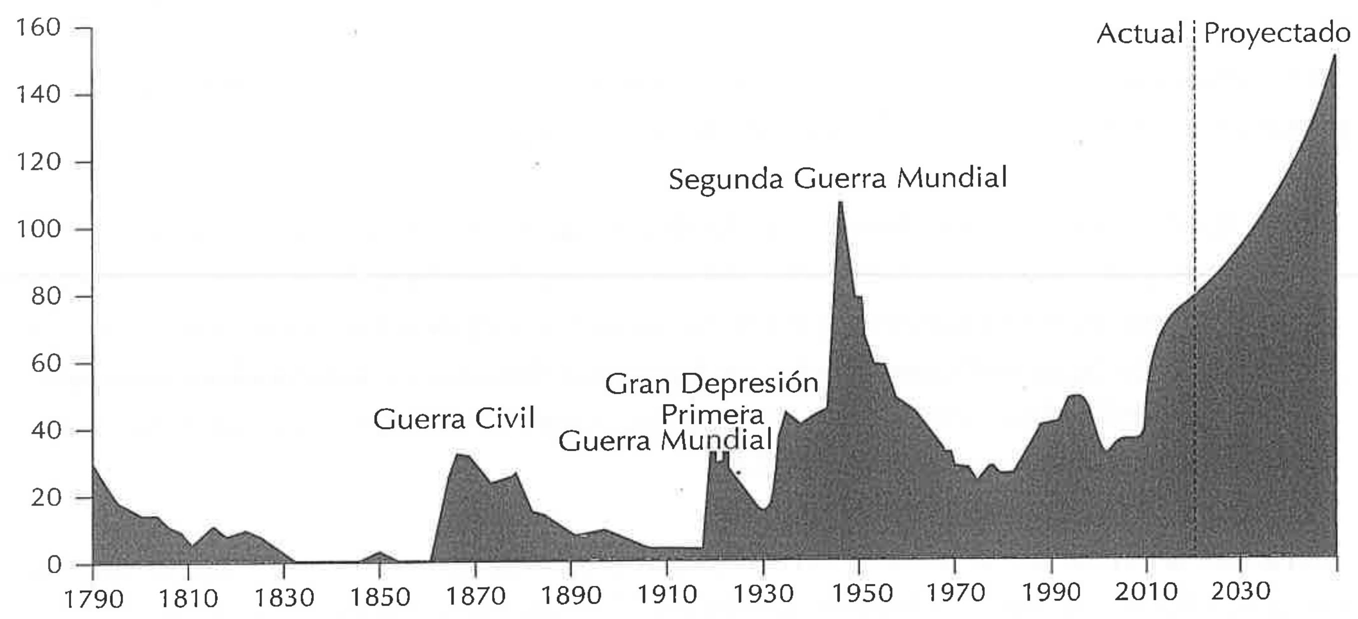
millones. Con la UE, la balanza comercial fue igualmente negativa, llegando a los 219.600 millones de dólares (más de un tercio de ese déficit corresponde al comercio con Alemania).

Por su parte, el Departamento del Tesoro informó que la deuda pública estadounidense había superado los 30 billones de dólares (26,5 billones de euros), a causa, también, del gasto provocado por la pandemia. A pesar del volumen de la deuda pública, el Congreso aprobó un presupuesto militar de 760.000 millones de dólares, dirigido a hacer frente a los desafíos planteados por China y Rusia. Lo cierto es que, desde la década de los setenta del siglo xx, la deuda pública de EEUU no ha cesado de crecer, como puede verse en este gráfico, elaborado por la Oficina Presupuestaria del Congreso de EEUU:

DEUDA PÚBLICA



Porcentaje del Producto Interior Bruto



Fuente: Oficina Presupuestaria del Congreso (CBO por sus siglas en inglés).

En noviembre de 2018, la revista *The American Conservative* publicó un artículo titulado «The Coming Bankruptcy of the American Empire» («La quiebra venidera del imperio estadounidense»), de Hunter Derensis, en el que el autor afirmaba que «es mejor traer a casa a las tropas según nuestros términos, que esperar a que la crisis de la deuda lo haga por nosotros». Derensis basaba su análisis en lo siguiente:

> La deuda nacional de Estados Unidos se aproxima a los $22 billones con un déficit presupuestario federal actual de más de $800 mil millones. Como el senador Rand Paul señala a menudo, la bancarrota es la espada de Damocles que cuelga peligrosamente sobre el cuello del Tío Sam. Fuera de un puñado de artilugios libertarios en el

Congreso, como Paul, no hay un movimiento político serio para frenar el gasto excesivo del país. Se necesitaría un trastorno de magnitud muchas veces mayor que la victoria de Donald Trump en 2016 para cambiar este curso.

En su artículo, Derensis hacía referencia a la Ley de Stein al señalar que llegará un momento en que el interminable endeudamiento de EEUU provocará la ruina del país:

> Estados Unidos tiene mayor deuda que cualquier otro país en la historia del mundo. Para ser justos, cuando se tiene en cuenta nuestra relación deuda-PIB, hay muchos países en situaciones económicas mucho más peligrosas que la de EEUU, pero llegará un punto de inflexión. ¿Cuánta deuda puede soportar el sistema? ¿Cuándo las grietas serán demasiado grandes para esconderlas? ¿Cuándo se derrumbarán los cimientos? Hay una gran cantidad de ruina en una nación, dijo Adam Smith, y nuestra ruina debe llegar en última instancia.

El analista expresa su preocupación por el tremendo impacto del gasto militar en el proceso de endeudamiento con la siguiente pregunta:

> ¿Qué ocurriría si los cheques de la Seguridad Social dejaran de aparecer en los buzones y se cortaran los beneficios del Medicare? Cuando se le presente esa disyuntiva, ¿elegirá el estadounidense promedio su red de seguridad social o la financiación continua de bases militares remotas en Stuttgart, Okinawa y Yibuti? Incluso el congresista más militarista sabrá de qué manera va a votar, no sea que encuentren una multitud esperando en sus castillos del DC.

Derensis termina su análisis con un párrafo premonitorio de lo que le podría pasar a EEUU si no busca detener la deriva del endeudamiento, un texto que la realidad se ha encargado de revalorizar y que se explica por sí mismo:

> Debe llevarse a cabo un reexamen radical de los activos y obligaciones de Estados Unidos en el extranjero. Las guerras ideológicamente motivadas nos han llevado al precipicio del desastre financiero. La política exterior estadounidense debe adoptar una visión limitada y altamente estratégica de su interés nacional, y utilizar su riqueza restante con moderación y sólo cuando sea necesario. El realismo puede evitar la ruina nacional. Cierra las bases en Alemania y lleva el dinero a casa, en lugar de obligar a las tropas a evacuarlas en la oscuridad de la noche después de que sea demasiado tarde. Entra en negociaciones con los talibanes y planea retirarte de Afganistán para que no termine con helicópteros huyendo de Kabul como lo hicieron en Saigón. Toma las decisiones difíciles antes de que las circunstancias las hagan por ti.

Todos vimos a las tropas estadounidenses evacuando Kabul en agosto de 2021 de una forma poco gloriosa que recordaba, gráfica y políticamente, la humillante huida de Saigón, en 1975. Derensis había escrito su análisis en noviembre de 2018, no olviden el dato.

El 21 de abril de 2018, el columnista Christopher A. Preble publicó en *The New York Times* el artículo titulado «Adapting to American Decline» («Adaptándose a la decadencia estadounidense»), en el que afirmaba:

> La participación de Estados Unidos en la riqueza global se está reduciendo. Según algunas estimaciones, Estados Unidos representaba aproximadamente el 50% de la producción mundial al final de la Segunda Guerra Mundial. [...] Ha caído al 15,1% hoy.

Más adelante exponía:

> Admitir que Estados Unidos es incapaz de resolver efectivamente todas las disputas territoriales o de frustrar todas las amenazas a la seguridad en todas las partes del mundo no equivale a rendirse. Es más bien una sabia admisión de los límites del poder estadounidense.

Poco tiempo después, el 24 de abril de 2018, Patrick J. Buchanan, exconsejero de los presidentes Richard Nixon, Gerald Ford y Ronald Reagan, publicaba un artículo titulado «America´s Insustainable Empire» («El insostenible imperio estadounidense»), en el que afirmaba que las dimensiones del despliegue militar de EEUU eran imposibles de sostener y que era hora de empezar a reorganizar los criterios de defensa para adaptarlos a la realidad:

> ¿Cuánto tiempo puede este país, con su proporción cada vez menor del PIB mundial, mantener sus compromisos en expansión para hacer frente y luchar en todo el mundo?
>
> ¿Cuántas guerras de este siglo (Afganistán, Iraq, Siria, Libia, Yemen) merecieron la sangre derramada y la riqueza perdida? ¿Y qué han hecho todas las «revoluciones codificadas por colores» que hemos instigado para promover la «democracia» para Estados Unidos?
>
> Es imperativo, escribió Walter Lippmann [en 1943], que los compromisos de Estados Unidos se equilibren con su poder. Este «principio olvidado» [...] debe ser recuperado y devuelto al primer lugar en el pensamiento estadounidense.
>
> Estamos demasiado extendidos hoy. Y los conservadores no tienen un deber más alto que tratar de situar las garantías de guerra de Estados Unidos conforme a los intereses vitales de Estados Unidos y al poder de Estados Unidos.

La Ley de Stein. «Si algo no puede durar para siempre, se detendrá.» Por más que los partidarios del Imperio estadounidense lo quieran mantener en movimiento y lo sueñen inmortal, el rozamiento de los hechos lo está haciendo bajar a tierra, incluso de forma catastrófica, como ocurriera en Vietnam y Afganistán. Esto lo decía con sus palabras Paul Kennedy, en 1988, en su conocida obra *Auge y caída de las grandes potencias*:

> [...] como la España imperial de 1600 o el Imperio británico de 1900, los Estados Unidos han heredado toda una serie de compromisos estratégicos contraídos décadas antes, cuando la capacidad política, económica y militar de la nación para influir en los asuntos mundiales parecía mucho más asegurada. En consecuencia, corren ahora el riesgo, tan conocido por los historiadores del auge y caída de las anteriores grandes potencias, de lo que podríamos llamar toscamente «excesiva extensión imperial»; es decir, los que toman las decisiones en Washington deben enfrentarse con el desagradable y perdurable hecho de que la suma total de los intereses y obligaciones mundiales de los Estados Unidos es hoy mucho mayor que la capacidad del país para defenderlos todos simultáneamente.

Escrito en 1988. En aquel entonces, el PIB de China era de 312.400 millones de dólares, mientras que el de EEUU ascendía a 5.236 billones de dólares. Billones. La diferencia era abismal: de 4.923 billones de dólares. En este año 2022, el PIB de China suma 18.000 billones de dólares por 23.000 billones el de EEUU. La diferencia es de 5.000 billones y en constante reducción; una diferencia que, en términos de PPA (paridad de poder adquisitivo), se invierte. Medido en PPA, el PIB de China es de 25.300 billones de dólares por 20.500 billones de EEUU. Nada que comentar al respecto, pues las cifras lo dicen todo. *Sic transit gloria mundi*. Así pasan las glorias del mundo. Hoy son, mañana dejan de serlo. Y los sueños que un día fueron, en pesadillas pueden terminar convertidos. Pesadillas en chino, pesadillas en ruso, pesadillas en ruso y en chino. Y a ver quién les pone el cascabel a esos gatos... Perdón, a ese dúo de oso y dragón.

Mensajes desde Beijing

En el 70 Aniversario de la entrada de la República Popular China en la Guerra de Corea (1950-1953), el presidente de China, Xi Jinping, presidió el acto que honraba la memoria de los combatientes «voluntarios» chinos que casi echan al mar a las tropas estadounidenses. Aquella guerra fue, de muchas formas, la presentación al mundo del nacimiento de una nueva potencia comunista. Xi aprovechó la ocasión para dejar clara la voluntad que guía a la primera economía mundial:

> Hace setenta años, los invasores imperialistas abrieron fuego sobre el umbral de una nueva China... [Entonces] el pueblo chino comprendió que hay que utilizar un lenguaje que los invasores puedan entender: combatir la guerra con la guerra y detener una invasión por la fuerza, ganando la paz y el respeto mediante la victoria. El pueblo chino no buscará pelea pero no la teme, y no importa las dificultades o desafíos que encaremos: no nos temblarán las piernas ni agacharemos la cabeza.

En esas advertencias de Xi Jinping hay un eco, un fondo, una música que recuerdan las pronunciadas por Mao Zedong, tras la firma del armisticio que ponía fin a la Guerra de Corea, en el otoño de 1953:

> Le hemos tomado la medida a las fuerzas armadas de Estados Unidos. Cuando no lo has hecho nunca, es normal sentirse asustado por estas... [Ahora sabemos] que el imperialismo de Estados Unidos no es tan terrible, nada de lo que tengamos que preocuparnos... El pueblo chino está ahora organizado, no permitirá que jueguen con él. Cuando provoquen su ira, las cosas se pondrán muy difíciles.

No sé qué pensarán en EEUU o en la Europa atlantista, pero por aquí nos tomamos en serio esas admoniciones. Si alguien cree que China volverá a ser humillada como lo fue por británicos y japoneses ignora los idus de este siglo XXI. Y no habrá Mujer Maravilla que salve a los que sueñan con mantener contenida y constreñida a China. Y si va con Rusia, menos aún.

4. RUSIA ES UNA GEOGRAFÍA INCONMENSURABLE

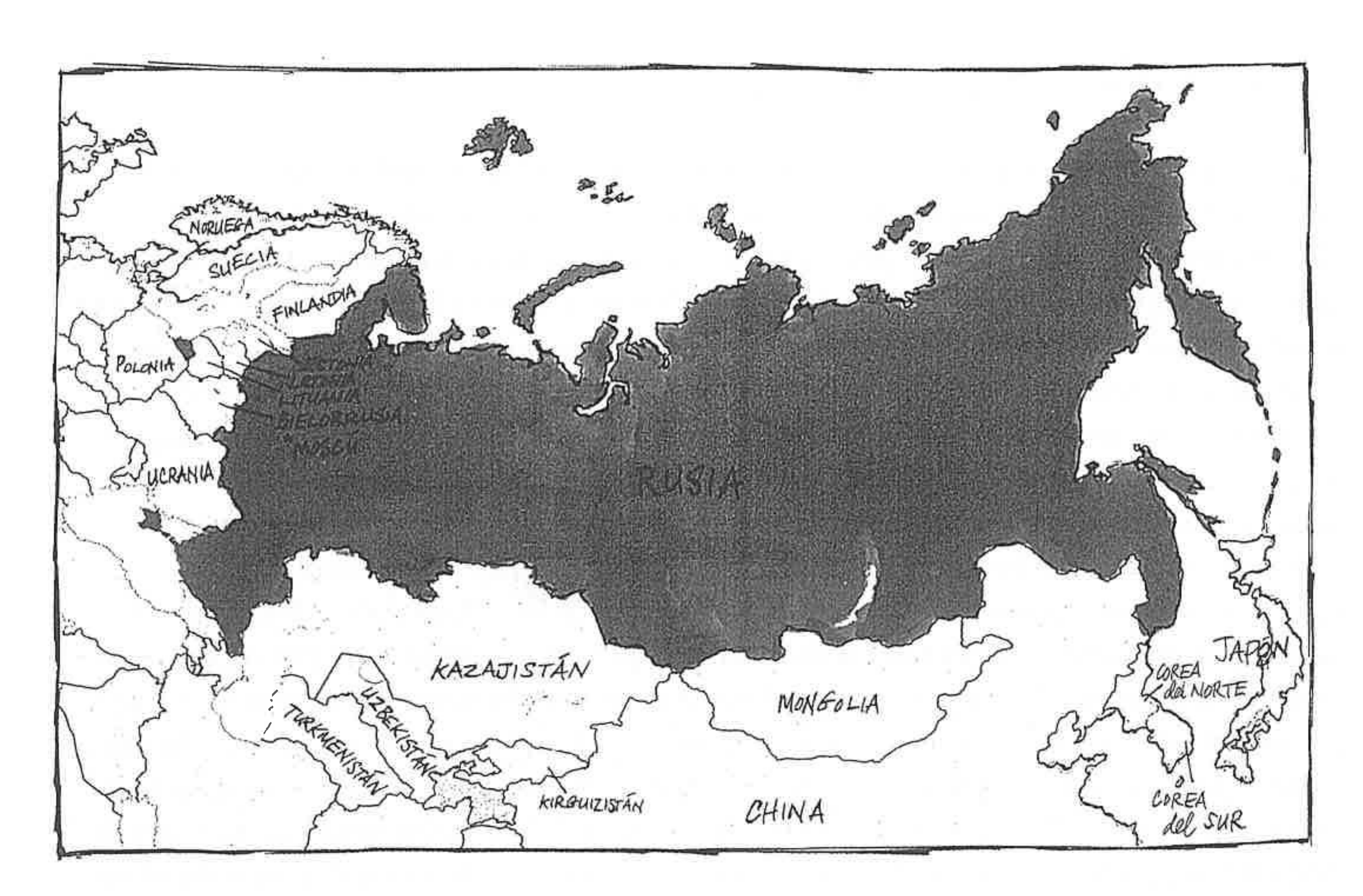
Todo país es, de muchas y varias maneras, una creación de su geografía. De hecho, la geografía determina modos y medios de vida, economía, costumbres, tradiciones... Pensemos, simplemente, en las diferencias que existen, en todo el mundo, entre zonas costeras, interiores, montañosas o esteparias, diferencias que derivan o imponen trabajos, hábitos y pitanzas, todo determinado por las condiciones geográficas, que, a su vez, determinan climas y temperaturas. Veamos, si no, los contrastes profundos que existen entre las inhóspitas zonas desérticas y aquellas generosas en temperaturas y agua. No es, en absoluto, casualidad, que la cocina de las regiones muy frías sea rica en grasa y pobre en vegetales, y generosa en platos y productos en las regiones cálidas. La modestia de las cocinas de los países nórdicos o Rusia contrasta con la magnificencia y variedad de la cocina mediterránea. Todo ello a consecuencia de los distintos climas y tierras, es decir, de la geografía. Cultivar frutas y vegetales en las zonas árticas es imposible, mientras que la huerta murciana inunda de productos Europa. Podríamos continuar con los ejemplos *ad infinitum*, pero no es tal el propósito de este capítulo.

Hay países marítimos, con costas que dan a uno o dos mares u océanos, con especial mención a los Estados archipelágicos, como el Reino Unido, Japón o Indonesia, y países mediterráneos, es decir, sin costa alguna (Paraguay, Eslovaquia, Burkina Faso). La norma es que los países se encuentren insertos en su región geográfica (europea, americana o asiática), sin que aspectos menores, como poseer pequeñas islas lejos de las metrópolis o reducidas porciones de territorio en otro continente (Egipto en Asia, Turquía en Europa o España en África), modifiquen ese hecho sustancial. Los países con extensas costas suelen ser potencias marítimas (Portugal, España, Inglaterra, Holanda, Japón). Los que las poseen exiguas o donde el territorio ejerce un peso dominante, suelen ser potencias terrestres (Rusia, Alemania, Austria, China).

El desarrollo tecnológico, potente a partir de mediados del siglo XIX, ha ido borrando o aminorando esta división impuesta por la geografía, de forma que potencias terrestres por excelencia, como el Imperio alemán (1871-1918) o la Unión Soviética (1921-1991) quisieron convertirse en potencias marítimas, pero el costo económico de sostener el esfuerzo determinaría, a la postre, su fracaso como tales potencias marítimas e incluso su desaparición como Estados. El Imperio británico, casi invencible en el mar –sólo derrotado por la Marina española–, cuando debía combatir guerras largas en tierra (Afganistán) o contra potencias terrestres, sufría auténticas carnicerías, como ocurrió en las batallas del Somme –420.000 muertos– o en Gallipoli –100.000–, en la mal llamada Primera Guerra Mundial. En Dunkerque, en la Segunda Guerra Mundial, una evacuación desesperada salvó a 140.000 soldados (el filme *Dunkerque*, de Christopher Nolan, de 2017, es una certera reconstrucción del episodio; lo mismo puede decirse de la película *Gallipoli*, de Peter Weir, de 1981). A la inversa, las potencias terrestres que querían elevarse a potencias marítimas terminaban en desastre. La derrota de Trafalgar fue provocada por los errores garrafales del almirantazgo francés, en contra de la más inteligente opinión del español (Francia fue de desastre en desastre en el mar), mientras que la poderosa marina alemana, tras la Primera Guerra Mundial, fue hundida indecorosamente o repartida entre los vencedores. La explicación a estos resultados estaría –entre otros detalles– en que una cuestión es construirse una Marina de guerra en pocos años y otra disponer de buenos oficiales y marinos. De igual modo, no es de días ni de años crear ejércitos consistentes. Napoleón fue imbatible en tierra, pero la Armada francesa fue de derrota en derrota. Igual destino tuvo Alemania en las dos guerras, dizque mundiales, con ejércitos arrolladores y una Marina que no supo ni pudo resistir dos años a la flota británica.

El entorno y el contorno geográfico pueden ser una desgracia absoluta (tomemos por caso a México, tan lejos de todo y abducido por su vecino, parafraseando al dictador Porfirio Díaz) o una bendición (digamos Nueva Zelanda, lejos de todos los problemas del mundo, hasta de las pandemias). No obstante, son escasos los países del mundo donde la geografía tiene un peso tan mayúsculo como en Rusia, pues es la piedra angular de su condición de potencia euroasiática y, por extensión, mundial. Sólo hace falta echar un vistazo a este país-continente para darse cuenta de su insoslayable y única geografía (quien quiera darse cuenta, claro). La razón es simple: además de ser el país más extenso –con diferencia– del planeta, su geografía cubre todo el norte de Eurasia.

Como puede observarse, la geografía rusa se extiende, como un pájaro de vastas alas, desde el mar de Barents y Noruega, en el occidente, hasta las islas Kuriles y Japón, en el este, pasando por el mar de Chukotka y el mar de Bering, frontera con Alaska, en el este. De Noruega a Chukotka se extienden 17.500 kilómetros de costa



sobre el océano Glacial Ártico, sobre un total de 45.000 kilómetros lineales de costa que posee dicho océano. Es decir, Rusia sola posee más de un tercio de las costas árticas, lo que la convierte en la potencia hegemónica, sin rival alguno, en esa hoy estratégica región. Por el sur, su geografía se dilata de Kaliningrado, en el mar Báltico, a China y Corea del Norte, en el mar del Japón y el océano Pacífico, con límites con dieciséis países de Europa, Asia Central, el Lejano Oriente y Norteamérica.

(EEUU es la geografía opuesta. El país norteamericano es un Estado-isla en un continente-isla. EEUU está lejos del resto del mundo. Los océanos Atlántico y Pacífico son muros de agua que, para ser sorteados, requieren de un gasto descomunal en bases militares en el extranjero y en buques de guerra de todo tipo y calado. Pero no hay nada más costoso y vulnerable que los medios de fabricación humana en la vastedad de los océanos, más aún en esta era de misiles, particularmente los hipersónicos.)

La geografía rusa es factor determinante del papel y peso de Rusia en Eurasia, que es, con infinita diferencia –el continente más esencial en el devenir de este planeta que llamamos Tierra–, por extensión, por población y por riqueza. Lo ha sido siempre; el resto de continentes tiene un papel periférico desde hace no menos de 500 años. Y Rusia, con sus 17.125.191 kilómetros cuadrados de extensión, el doble que Oceanía, es un país ineludible en Eurasia y el mundo. Las razones las explicaremos una a una.

La suma de climas y despensas hace poder

Se atribuye a Napoleón Bonaparte la frase «un ejército marcha sobre su estómago». La dijera o no el emperador, recoge una cuestión tan evidente como antigua. El hambre ha sido, desde el principio de la historia humana, causa de guerras y también instrumento y estrategia bélicos. Procurar la rendición del enemigo por hambre se ha utilizado desde Asiria y Babilonia hasta Afganistán, Cuba y Venezuela. La primera represalia impuesta por EEUU, en 1980, a la Nicaragua sandinista fue un embargo a las importaciones de trigo, cereal muy consumido pero que Nicaragua no produce. La Unión Soviética salió al rescate y, desde entonces, el trigo que consume el país es ruso.

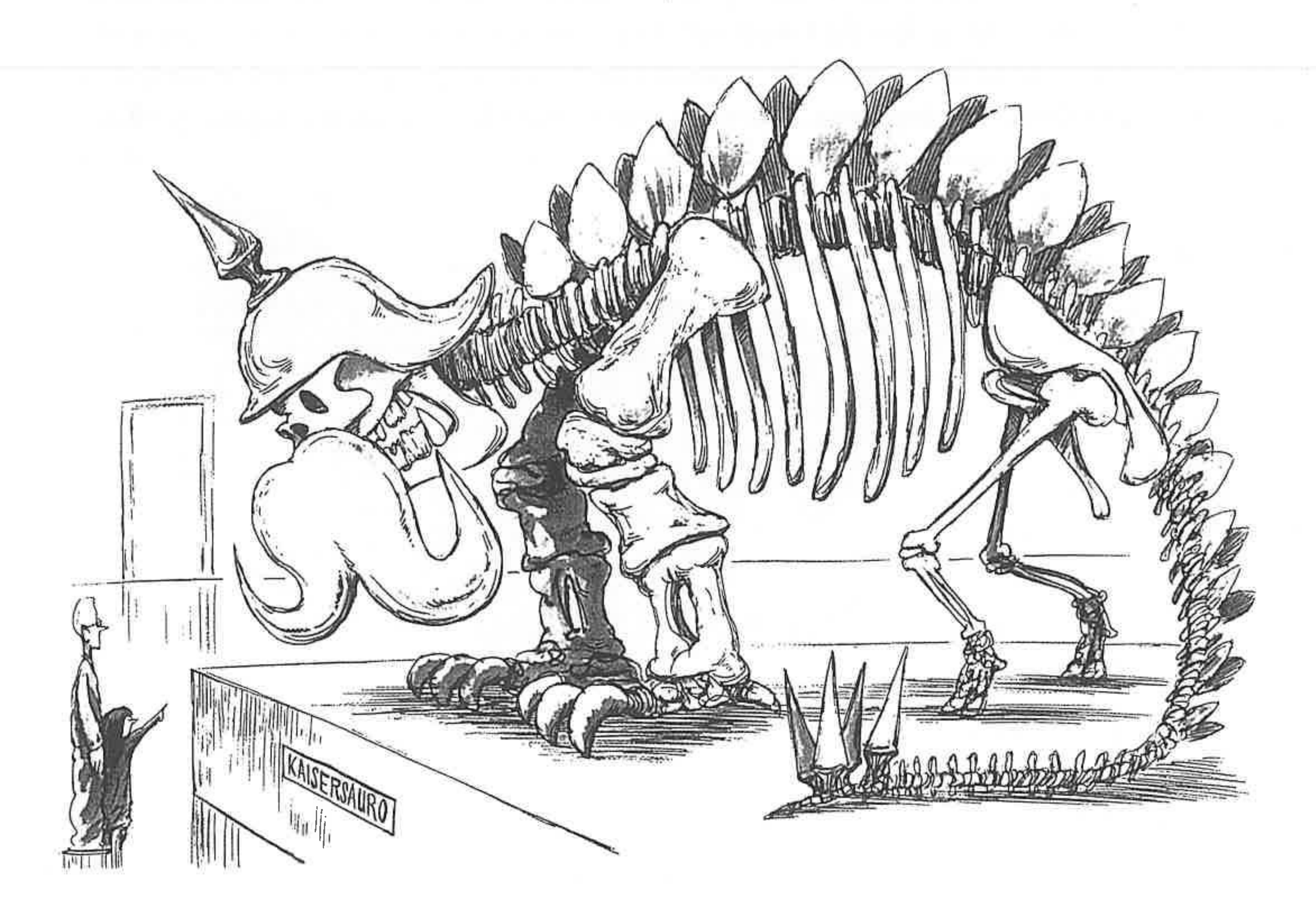
Mover un ejército ha requerido, desde siempre, disponer de provisiones suficientes y también de medios adecuados para transportarlos. Napoleón perdió más soldados por consumir alimentos en mal estado que en combate. Por ese motivo, encontrar una forma de conservar los alimentos en condiciones se convirtió en una prioridad para el Gobierno de Francia. En 1795, un confitero francés, Nicolas Appert, inventó un procedimiento que consistía en introducir alimentos en un tarro de cristal cerrado de forma hermética y ponerlo a hervir un tiempo. El invento de Appert fue aprobado, y el antiguo confitero abrió una fábrica con decenas de obreros para suministrar sus tarros de cristal a la Armada y el Ejército francés. De esas necesidades militares (como ha ocurrido en tantas ocasiones) nacerá la industria de los alimentos enlatados. Al departamento encargado de garantizar el abastecimiento a los soldados, a través de una eficaz cadena de suministro, se lo llamó Intendencia y es, como puede imaginar cualquier persona, un pilar esencial para el éxito en una guerra, sea la que sea, donde sea y sea cual sea su escala.

¿A qué viene este tema? Muy simple: la fortaleza y poder de un país no se mide únicamente contando sus armas, municiones, tropas y demás. Se mide tomando en cuenta su fortaleza económica y su capacidad de intendencia. Para explicarnos mejor no hace falta remontarse al Medievo o siquiera al siglo XIX. En la Primera Guerra Mundial (realmente una guerra entre las ocho grandes potencias imperiales de entonces), el Imperio alemán no fue derrotado en el campo militar. De hecho, no se libró ninguna batalla en territorio germano. La Alemania imperial tuvo que rendirse presionada por el hambre y las penurias de la población, que amenazaban con estallar en una revolución como la que había barrido Rusia en 1917. Eric Hobsbawn lo resume así:

> La única arma tecnológica que tuvo importancia para el desarrollo de la guerra de 1914-1918 fue el submarino, pues ambos bandos, al no poder derrotar al ejército contrario, trataron de provocar el hambre entre la población enemiga. Dado que Gran Bretaña recibía por mar todos los suministros, parecía posible provocar el es-

> trangulamiento de las islas Británicas mediante una actividad cada vez más intensa de los suministros contra los navíos británicos [...]. Por su parte, los británicos trataron por todos los medios de impedir el envío de suministros a Alemania, a fin de asfixiar su economía de guerra y provocar el hambre entre su población. Tuvieron más éxito de lo que cabía esperar...

El invierno de 1916-1917 fue particularmente duro, lo que causó una desastrosa cosecha de patatas, el principal alimento de los países en guerra, particularmente Alemania, que sufría un bloqueo casi general por parte de las potencias enemigas, sobre todo por mar. Los alemanes llamaron a ese invierno *Kohlrübenwinter*, «el invierno del nabo», pues ese tubérculo pasó a convertirse en el alimento principal, empleándolo para hacer desde pan hasta cerveza. La hambruna multiplicó las enfermedades y la mortalidad en la población civil, generalizando el descontento social, que estalló en la revolución de noviembre de 1918. El caso es que, como señala Pierre Renouvin, «el Ejército alemán tenía en 1918 municiones en suficiente cantidad e incluso disponía de material artillero suficiente». Recordando al premio Nobel de Economía Paul Samuelson, Alemania disponía de cañones, pero no de mantequilla. Tan desesperada era la situación que, en marzo de 1918, el Ejército



envió 20 divisiones a Ucrania para conseguir trigo y carne. En octubre de ese año, cuando el Alto Mando alemán decidió echar los restos para obtener una victoria, Ludendorff sostuvo que las 20 divisiones debían permanecer donde estaban, porque Alemania no podía prescindir de tales fuentes de abastecimiento. Finalmente, Alemania se desmoronó, poniendo fin al Imperio alemán y a la monarquía. Si las guerras son terriblemente malas, las hambrunas son terriblemente peores.

Los alemanes jamás olvidarían esas penurias. Tanto que, cuando el ascenso del nacionalsocialismo, fue cuestión primordial para el Gobierno nazi garantizar el abastecimiento de la población y de sus fuerzas armadas. Tal política tuvo éxito, pues pese a los incesantes y devastadores bombardeos de los aliados, no se repitió el escenario de la Primera Guerra Mundial. El hambre, en cambio, fue utilizada por el Ejército nazi para tratar de rendir Leningrado. El sitio de gran urbe soviética se prolongó por 872 días, del 8 de septiembre de 1941 al 27 de enero de 1944, y en él perecieron más de 600.000 personas, el 97% de ellas por inanición.

Ahora entraremos en el tema. Rusia, en su demoledora geografía, goza de múltiples climas, lo que, merced al desarrollo científico-técnico de las últimas décadas, facilita en grado sumo el aprovechamiento de sus tierras en las zonas templadas y cálidas. En este mapa podemos contemplar la valiosa y estratégica variedad climática:

En 2014, a raíz del golpe de Estado en Ucrania apoyado –si acaso no promovido– por EEUU y la OTAN, se dio la secesión de Crimea, que pasó a incorporarse a la Federación Rusa. La respuesta atlantista, como era de esperar, fue rápida y dura,



Los climas de la Federación Rusa.

y desde la UE y EEUU llovieron las sanciones económicas, financieras y tecnológicas. Rusia respondió, en agosto de 2014, prohibiendo la importación de productos agroalimentarios provenientes de los países que habían apoyado las sanciones.

La reacción rusa parecería ir contra la lógica, pues no es usual que nadie se prive a sí mismo de parte importante de sus fuentes de alimento. La geografía nos da la respuesta. Este país posee, como se ha señalado, una gran variedad climática y tierras fértiles suficientes pero que, hasta ese año 2014, habían estado poco aprovechadas o, sencillamente, desaprovechadas. El Gobierno ruso vio en esa coyuntura la ocasión de lanzar un ambicioso y vasto plan para dar la vuelta a la situación con dos objetivos: uno, reducir a mínimos la dependencia agroalimentaria externa financiando a los sectores agropecuarios nacionales, de forma que ellos produjeran la más amplia gama posible de lo que el país importaba; dos, utilizar sus recursos en tierra y agua para convertir el país en una potencia agroexportadora, lo que, además de garantizar su soberanía alimentaria, vendría a fortalecer los planes de convertir a Rusia en la cuarta o, al menos, la quinta economía mundial. Se daba, en fin, una buena dosis de su propia medicina a los sancionadores occidentales, que, además de perder el mercado ruso, vieron cómo Rusia repartía las cuotas de los europeos entre países exsoviéticos, Egipto, Turquía, Irán y otros, algo que estos países agradecieron ampliamente. Los resultados de esta política superaron las expectativas y objetivos.

Para 2019, según declarara el presidente Vladímir Putin, las sanciones impuestas por Rusia a las importaciones agroalimentarias habían causado unas pérdidas totales a los países comunitarios europeos por valor de 240.000 millones de dólares y de 17.000 millones a los productores estadounidenses.

A partir de 2014, la nueva política agropecuaria empezó a demostrar el acierto de la política gubernamental. En 2017, Rusia obtuvo unas cosechas récord de 135.539 millones de toneladas de cereales y 86.003 millones de toneladas de trigo. En el año agrícola 2019-2020, las exportaciones rusas de cereales ascendieron a 41,7 millones de toneladas y las de trigo a 33,2 millones de toneladas. En 2020, las exportaciones agroindustriales alcanzaron cifras récord, según informara el Ministerio de Agricultura. En 2020 se logró la segunda mayor cosecha de cereales y trigo de la historia reciente del país, con un total de 133.465 millones de toneladas de cereales y 85.896 millones de toneladas de trigo. Como resultado, en 2020 Rusia exportó 79 millones de toneladas de productos agroalimentarios, por valor de 30.700 millones de dólares, un 20% más que lo exportado en 2019. Los principales destinos de las exportaciones agroalimentarias rusas fueron China (el mayor importador, con un 13%), Turquía (10%) y Kazajistán (7%). La balanza de pagos se tornó positiva, pues Rusia obtuvo más ingresos que egresos. Otras cifras dan fe del acierto de esta política agropecuaria:

- Las exportaciones de carne aumentaron, en 2020, un 53%, hasta las 525.000 toneladas.
- La exportación de aceites y grasas se incrementó un 12%, alcanzando los 8,1 millones de toneladas, con China como principal importador.
- Las exportaciones de productos lácteos crecieron un 16%, llegando a las 207.000 toneladas, siendo sus principales destinos Kazajistán, Bielorrusia y Ucrania (sí, sí, Ucrania, la misma que persigue desde 2014 todo lo ruso).

Se espera que la cosecha 2021-2022 sea de 123 millones de toneladas de cereales y 81.300 millones de toneladas de trigo. El éxito de la política agroalimentaria hizo que el presidente Putin, en octubre de 2021, con no poca sorna, agradeciera a la UE las sanciones impuestas, recalcando los efectos positivos que habían tenido para el país las contramedidas tomadas por su Gobierno respecto a los productos agrícolas comunitarios. Hablando en una reunión del Valdai International Club, en Sochi, Putin expresó:

> Gracias a los europeos por las sanciones en la agricultura. [...] Por las sanciones en general, pues introducimos contramedidas relacionadas con la agricultura, invertimos los recursos adecuados, por cierto, no sólo en la agricultura, sino también en la sustitución de importaciones en esta industria. Y debo decir que el efecto es bueno. Primero tuve un sentimiento de ansiedad, no lo oculto, pero el efecto general es muy bueno [...]. La exportación de nuestros alimentos ya superó los 25.000 millones de dólares. Lo he dicho ya muchas veces, y quiero dar las gracias una vez más a nuestros productores agrícolas. Hicieron un buen trabajo.

Entre otras moralejas sobre las generalmente inmorales sanciones de unos países sobre otros (aplicadas con una virulencia inaudita este 2022 por la crisis de Ucrania), cabe sacar las siguientes conclusiones, evidentes desde hace más de medio siglo: las sanciones son inútiles y sólo castigan a los pobres de los países pobres. Las sanciones aplicadas a grandes potencias, como Rusia, devienen contraproducentes, pues, por una parte, afectan mínimamente al país y, por otra, provocan reacciones de dignidad e inteligencia que terminan perjudicando más a los sancionadores. Pero de todo este entresijo de dislates destaca una cuestión: Rusia, como potencia agroalimentaria, no podría nunca ser rendida por hambre. Su cada día más poderoso sector agropecuario produce los alimentos fundamentales en cantidades millonarias: cereales, trigo, carnes, lácteos, aceites y grasa. Frutas y vegetales le llegarían de sus aliados y vecinos. En suma, el desarrollo agropecuario ha hecho a Rusia una superpotencia alimentaria, de modo que ha podido prescindir de sus incómodos y extraviados vecinos europeos. De ahí que, en la draconiana gama de sanciones

impuestas por Ucrania, el sector agroalimentario no haya jugado ningún papel. Rusia ya no importa de la UE y una suerte similar tendrá otra batería de sanciones. Golpean a lo corto y pierden a lo largo.

Hay que agregar otro dato para hacer más pesado el sueño a sus adversarios. La capacidad productiva permitiría a Rusia sostener alimentariamente a aliados estratégicos, como podrían ser China o Irán, o a ambos a la vez (aunque debe anotarse que Irán es también exportador de productos agrícolas). Rusia nunca será como la Alemania de las dos guerras mundiales, sino todo lo contrario. En caso de un conflicto abierto con la OTAN, Rusia y sus aliados encontrarían sus almacenes atiborrados de provisiones y con su capacidad productiva en máximos. Por lo demás, el «episodio ruso» demuestra, de forma contundente, que lo que vale contra los débiles se convierte en un bumerán contra los fuertes, lo que convendría no olvidar, ahora que los países atlantistas quieren asfixiar económicamente a Rusia. Escribió el economista estadounidense Paul Craig Roberts, el 13 de marzo de 2022 (*Washington and Moscow Vie for the Stupid Prize*; Washington y Moscú compiten por un estúpido premio), comentando la borrasca de sanciones, lo siguiente:

> Los rusos podrían cerrar la industria occidental si Rusia dejara de exportar energía y minerales, pero temen hacerlo debido a la pérdida de divisas. Por el contrario, Estados Unidos no tiene nada que Rusia necesite. Biden ha propuesto una prohibición de las exportaciones estadounidenses de artículos de lujo a Rusia, lo que solo incomoda a unos pocos oligarcas y sus amantes. Rusia no tiene necesidad de divisas. No necesita importar energía y minerales. [...]
>
> Rusia está llena de ingeniería y ciencia y puede fabricar lo que necesite. El Banco Central puede financiar todos los proyectos internos.
>
> La conclusión es que en el juego de las sanciones los rusos tienen todas las cartas pero no saben jugarlas.

Puede concluirse que lo que destruye a los pobres, fortalece a los poderosos. O, recordando *El crepúsculo de los ídolos*, de Nietzsche, «lo que no me mata me hace más fuerte». Los miembros de la OTAN debieron tomar nota de esta frase de Nietzsche antes de hundirse en el desvarío de sanciones contra Rusia: pero presumimos que, en la organización atlántica, los libros deben considerarse material radiactivo.

Por demás, seis semanas después de imponer el diluvio de sanciones contra Rusia, los mismos atlantistas están reconociendo –con frustración y dolor– que esas sanciones están fracasando. El 30 de marzo, un informe de *The Economist* concluía que el efecto de las sanciones era casi nulo, como demostraban varios datos. Uno, que el rublo, que se había devaluado hasta a 150 por dólar, había vuelto al cambio de 85 por uno. Dos, que la inflación era del 5% (la mitad de la española). Pero la

principal referencia era que las acciones rusas –que se habían desplomado un tercio– habían recuperado buena parte de sus pérdidas. El último dato de la revista era sobre los depósitos bancarios. Los rusos habían retirado casi 3 billones de rublos (31.000 millones de dólares), pero el proceso se había revertido y los bancos rusos habían recuperado gran parte de esos fondos. El 2 de abril, el primer ministro polaco, Mateusz Morawiecki, afirmó, en un tuiter, que las sanciones contra Rusia no marchaban. «Esto significa que nuestras acciones no funcionaron como los líderes (de los países occidentales) deseaban», afirmaba Morawiecki.

Concluimos esta historia –interminable– de fracasos, con las declaraciones, de 2 de abril de 2022, dadas a la agencia NTV, de Janis Kluge, de la Fundación Alemana para la Ciencia y la Política. Kluge afirmó que Rusia recibirá, en 2022, ingresos récords por energía. «El presupuesto ruso podría incluso tener superávit este año.». Rusia «planificó su presupuesto con un tipo de cambio dólar-rublo de 72, y ahora el rublo está en 85, lo que es mucho más débil, pero en términos de exportaciones de energía es una ventaja», dijo Kluge. El petróleo ruso cuesta hoy 82 dólares el barril, y «Moscú, que esperaba ingresos de unos 4.500 rublos por barril de petróleo, está recibiendo cerca de 7.000 rublos». Respecto al gas, la situación es similar, indicó Kluge. «El precio del gas en los mercados al contado se ha quintuplicado en el último año», lo que significa que Gazprom «recibirá ingresos récord» (de hecho, la UE paga cada día a Rusia mil millones de dólares). Kluge concluyó diciendo que las ventas de energía permitirán cubrir el impacto de las sanciones impuestas a Rusia. «Un superávit presupuestario le daría a Putin el dinero necesario para compensar los daños causados por las sanciones, protegiendo en cierta medida a parte de la economía rusa de las consecuencias.» Si esto dicen polacos y alemanes, habrá que creerles. El 3 de abril de 2022, el portavoz del Kremlin, Dmitry Peskov, afirmó: «Estamos bajo sanciones sin precedentes. En la historia, nunca ha habido tal presión de sanciones en ningún país del mundo. Pero hay una bendición disfrazada. Nos hace girar, trabajar, nos hace producir algo que no hemos producido antes... Esto nos obliga a introducir las tecnologías que antes se compraban en el exterior, para acelerar el programa de la industria aeronáutica, el programa del complejo agroindustrial». Hacia la tercera gran industrialización de Rusia...

El control de la energía es el control del poder

Si queremos que funcione el televisor, hace falta energía. Si queremos calentar el café con el microondas, hace falta energía. Si queremos que un país funcione, hace falta energía. Si queremos mover una brigada de blindados, hace falta energía. Esta verdad que, de tan evidente, parece necio referirla, es olvidada de forma aún más

necia por los halcones que comandan la OTAN y la UE, que son casi lo mismo, por más que quieran presentarse como dos personas distintas. Es de general conocimiento –con excepción de aquellos que no saben y no quieren saber, como, por ejemplo, el alto funcionariado de la UE– que ambas entidades son un solo dios verdadero: EEUU.

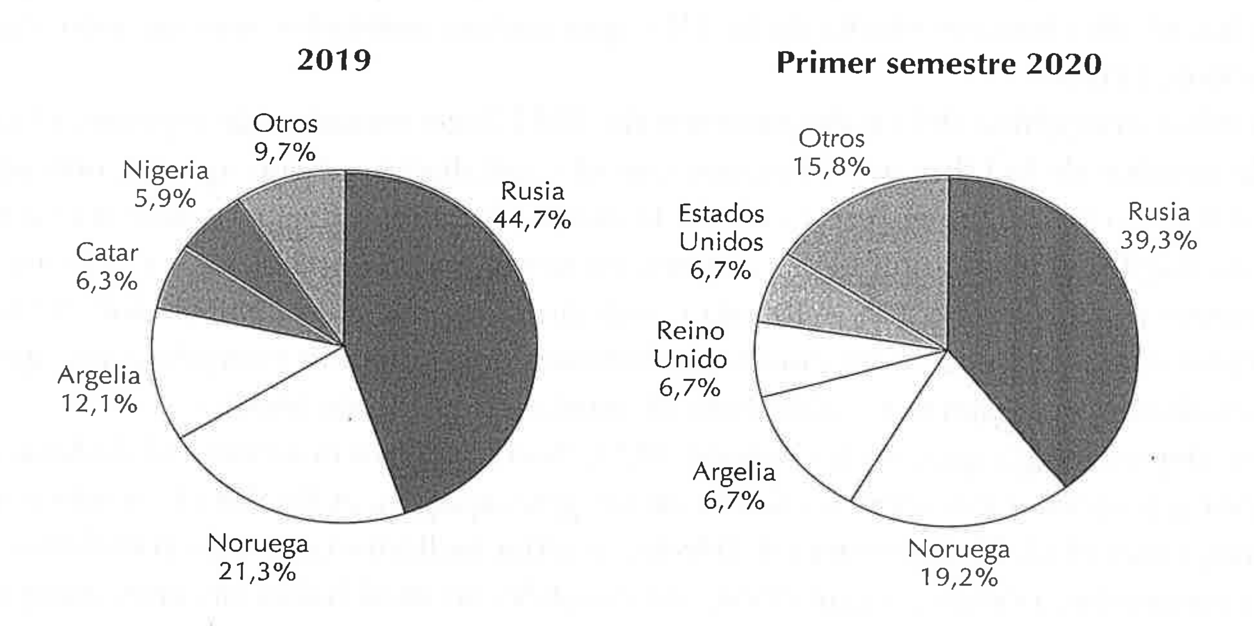
La crisis energética del otoño-invierno de 2021 hizo recordar, de repente, el talón de Aquiles de la UE, cuyo himeneo con el capitalismo salvaje, que manda privatizar todo lo privatizable, hizo evidente la notoria fragilidad de su modelo energético. Esta fragilidad estructural la estudiamos en *Réquiem polifónico por Occidente*, y lo hicimos por un hecho tan evidente como simple, pese a lo cual el club de los atlantistas rara vez lo toma en cuenta: la extrema dependencia energética europea de suministradores externos, sobre todo de Rusia y de Oriente Medio.

Una dependencia que, en la crisis de 2021, llevó a Gobiernos como el de Austria a alertar a su población sobre el riesgo de un gran apagón. A finales de octubre de ese año, tanto el Gobierno como el Ejército austríacos llamaron a sus ciudadanos a estar preparados, porque, según ellos, «la cuestión no es si habrá un gran apagón, sino cuándo». Ante esa amenaza, recomendaron tener en casa reservas suficientes de alimentos no perecederos –conservas, pasta y arroz, así como dos litros de agua por día y persona– para dos semanas. También recomendaron acordar previamente con familiares y amigos puntos de encuentro y crear redes de cooperación vecinal, así como disponer de un hornillo de gas portátil, una radio a pilas y dinero en efectivo (nosotros agregaríamos una bicicleta por hogar y tres docenas de preservativos, que ya se sabe lo que suele pasar en la oscuridad, cuando la gente se encuentra mortalmente aburrida).

La motorización de las sociedades y de los ejércitos ha elevado a bien supremo los combustibles fósiles y sus principales derivados: gas licuado, gasolina y diésel. Estos productos son los causantes en gran medida –dicho sea de paso– del cambio climático, que más que un gran apagón lleva décadas provocando un gran calentón, que convertirá al tercer planeta de nuestro (es un decir) sistema solar en una fritanga mundial y a sus habitantes en unas más que merecidas salchichas requemadas.

Dejando de lado preservativos y fritangas –sobre cuya necesidad sería necio insistir–, el caso es que la UE recuerda el mito de Aquiles, ya saben, el hijo de Peleo y la nereida Tetis, a quien su madre sumergió en las aguas del río Estigia para hacerlo inmortal, sujetándolo del talón izquierdo, que no fue bañado por las aguas. Ese talón era el único punto vulnerable de Aquiles y hacia él fue la flecha disparada por el troyano Paris, merced a la intervención de su diosa protectora, Afrodita, que guio la flecha hacia el talón del héroe griego. La UE, siendo la región del mundo más rica y desarrollada, tiene un talón de Aquiles mayúsculo, que ni la intervención de todo el Olimpo podría solucionar: es una región agónicamente necesitada de petróleo y

gas, cuyo mayor y más seguro proveedor (aporta el 40%) es la denostada Rusia, como se puede ver en este gráfico:



La UE depende, en un 80%, de suministros extranjeros, siendo de notar que el gas proveniente de EEUU no alcanza el 7%, que es la mitad de lo que proporciona Argelia, principal suministrador de España. Finalmente, la crisis energética que tanta alarma causó, fue resuelta, ¿adivinen por quién? El hoy demonizado presidente ruso, Vladímir Putin, ordenó bombear cuanto gas necesitaran los países europeos hasta llenar a tope sus reservas. Sólo el gasoducto Yamal-Europa aumentó un 25% el suministro de gas a... Alemania –Alemania, Alemania, qué listillos eran con Angela Merkel–, dejando, también hay que referir el dato, unos beneficios de 33.000 millones de dólares a Gazprom, el mayor consorcio estatal ruso de petróleo y gas. Apunten este dato, pues volveremos a él, y también este: en medio de la crisis por Ucrania, la UE aumentó la compra de gas ruso, al punto de pagar diariamente 800 millones de euros a Moscú.

Rusia es la otra cara de la moneda. Los últimos datos publicados por el grupo de investigaciones geológicas Rosgeologia indican que hay reservas de gas ruso para los próximos setenta años, manteniendo el ritmo de extracción y de consumo en los parámetros presentes, y sin tomar en cuenta los nuevos yacimientos que están siendo explorados en las regiones árticas. Refiriéndose a estas prospecciones, el redactor jefe de la revista *Natzionálnaya Oborona (Defensa Nacional),* Ígor Korótchenko, afirmó: «El Ártico es una despensa de recursos naturales de Rusia. Las reservas de petróleo y gas que pueden extraerse en su plataforma continental cubrirán la demanda nacional de hidrocarburos por unos 150 o 200 años».

Por su parte, el consorcio estatal de hidrocarburos Rosneft anunció, en diciembre de 2020, el descubrimiento de uno de los mayores yacimientos de gas hallados hasta

ese momento. Según Rosneft, dicho yacimiento podría contener hasta 800.000 millones de metros cúbicos de gas. El comunicado del consorcio expresaba lo siguiente:

> Los resultados de la perforación de Rosneft en el mar de Kara mostraron un alto contenido de petróleo y gas en esta zona, lo que confirma el descubrimiento de una nueva zona petrolera [...] en términos de recursos, podría superar a zonas de petróleo y gas como el golfo de México, la plataforma brasileña, la plataforma ártica de Alaska y Canadá, así como las zonas más grandes de Oriente Medio.

El inmenso yacimiento fue bautizado con el nombre del mariscal Gueorgui Zhúkov, el héroe soviético que dirigió la contraofensiva contra los nazis y que ocupó Berlín. Un último yacimiento fue encontrado, en marzo de 2022, en el sector ruso del mar Caspio, con 48.000 millones de metros cúbicos, más 8,2 millones de toneladas del condensado de gas. En suma, Rusia está asentada sobre yacimientos casi infinitos de petróleo y gas.

Sí, ya sabemos. La lucha contra el cambio climático precisa, perentoriamente, un cambio en las fuentes de energía contaminantes –entre las que se encuentra el gas natural–, lo que implica, si ese cambio inevitable culmina, una desvalorización de los hidrocarburos. No obstante, como dejó de manifiesto la cumbre sobre el asunto celebrada en noviembre de 2021, entre bombo, platillos y, sobre todo, muchísimas gaitas, en Glasgow –llamada COP26–, son escasos y poco relevantes los países realmente comprometidos en el cambio de paradigma energético. Al final pasó lo de siempre, mucho ruido, escasas nueces y un aluvión de selfis, de manera que los hidrocarburos seguirán gozando de buena salud –a costa de la del planeta– cuanto menos tres décadas más, que son muchas para la urgencia climática que hay, pero, en política o economía, es mala receta confundir los deseos con las realidades.

Por otra parte, y más importante aún, la Comisión Europea sorprendió, a principios de enero de 2022, a moros, cristianos y budistas con la propuesta de considerar «energías verdes» el gas y la ¡energía nuclear!, lo que ha provocado un terremoto en muchos Gobiernos y organizaciones medioambientales. La propuesta de la Comisión Europea tiene como telón de fondo el temor a un colapso energético en la UE, puesto que, según cálculos pragmáticos, está lejos aún el objetivo de sustituir las actuales fuentes de energía por otras energías verdes. Con todo, las mayores objeciones giran en torno a la energía nuclear, por el irresoluble problema de qué hacer con los residuos radiactivos. Para concluir, como afirmó Manuela Schwesig, ministra presidenta de Mecklemburgo-Pomerania Occidental, «si queremos abandonar la energía nuclear y el carbón, necesitamos gas, al menos para el periodo de transición». Lógica cartesiana, dicho sea. Una lógica que está imponiendo su ley de hierro, pues, como hemos visto, pese a quien pese, el sueño de prescindir del gas

ruso –objetivo terminal en el ambiente de rusofobia que impera hoy en la Europa atlantista– hace temblar a muchos países europeos.

En cualquier caso, en Rusia se están preparando para los nuevos escenarios, de forma que el país siga siendo un relevante y consistente proveedor de energías renovables y de gases inocuos de muchos colores, de esos que visten los campos en las primaveras. En opinión del presidente de la compañía Uniper SE, Klaus-Dieter Maubach,

> [Rusia] tiene no sólo enormes reservas de petróleo, gas y hulla. Si quisiera, podría llegar a ser el mayor productor mundial de energía solar y eólica, y también ser el país con la mayor producción de energía hídrica [...] [Europa] necesitará importar [de Rusia] hidrógeno porque nadie piensa que pueda cubrir ella sola sus necesidades a largo plazo.

Para aclarar quién es el señor Maubach, vale decir que su empresa «posee centrales eléctricas de carbón, gas, petróleo y combinadas de gas y vapor, centrales hidroeléctricas, centrales nucleares en Suecia, una planta de biomasa en Francia, así como instalaciones de energía solar y eólica», como se lee en revistas especializadas. Es decir, que el señor Maubach sabe de qué habla viendo el futuro inmediato.

En este tema nos encontramos, de nuevo, con Alemania. En abril de 2021, este país acordó aportar 2.000 millones de euros para investigaciones sobre hidrógeno por empresas rusas y alemanas. El ministro de Economía alemán, Peter Altmaier, afirmó que Rusia «se puede convertir en una parte importante de la industria internacional del hidrógeno» (no hay noticias sobre si la lluvia de sanciones ha afectado a este sector). Por su parte, el Ministerio de Energías de Rusia expuso en un documento, presentado en abril de 2021, que Rusia estaría en condiciones de exportar al mercado mundial entre 7,9 y 33,4 millones de toneladas métricas de diversas clases de hidrógeno ecológico, lo que podría proporcionarle ingresos de 23.600 a 100.000 millones de dólares en 2050. En el corto plazo, el ministerio ruso calcula que, para 2024, estaría en condiciones de vender entre 200.000 y un millón de toneladas de hidrógeno limpio. Rusia proyecta abarcar un 20% del mercado mundial de gases ecológicos en 2030. Como puede verse, se encuentra desarrollando una política estratégica en energías renovables y ecológicamente inocuas para el periodo 2030-2050 (si para entonces seguimos vivos).

Veamos, ahora, la relación energética entre Rusia y China. En mayo de 2014, ambos países firmaron un acuerdo de treinta años de duración para la construcción de un gasoducto, bautizado como *Sila Sibiri (Fuerza de Siberia)*, que debía proporcionar 38.000 millones de metros cúbicos de gas a la potencia asiática. China pagaría un total de 400.000 millones de dólares. En diciembre de 2019, los presiden-

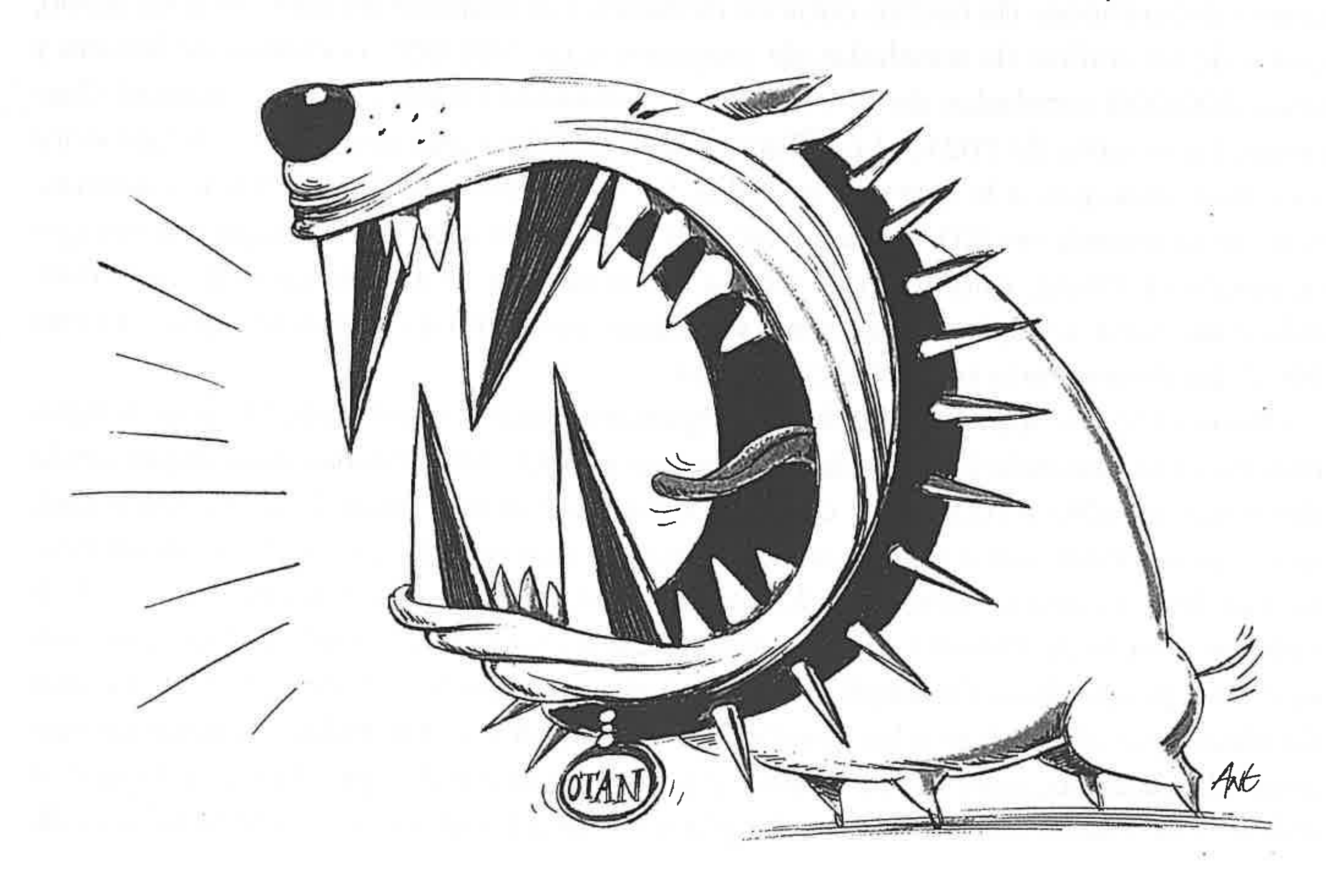
tes de Rusia, Vladímir Putin, y China, Xi Jinping, inauguraron el gasoducto, que, además de energía, daba visibilidad a la creciente alianza entre los dos países. *Sila Sibiri* tiene una longitud de 8.000 kilómetros y un costo de 17.200 millones de dólares. Cuatro años antes, en 2015, China y Rusia habían acordado la construcción de un nuevo gasoducto, el *Fuerza de Siberia 2,* que saldría de Siberia Occidental hasta Novosibirsk y, desde esta ciudad rusa, hacia China. El objetivo de Gazprom es que el gasoducto *Fuerza de Siberia 2* se convierta en una nueva vía de exportación de gas a China, a través de Mongolia, con capacidad de alcanzar 50.000 millones de metros cúbicos de gas, similar al *Nord Stream 2,* que une Rusia con Alemania por el mar Báltico. Combatido a muerte por EEUU y algunos de sus aliados europeos, ya está terminado, si bien ha sido de las primeras víctimas de las sanciones contra Rusia. Alemania ha cancelado el proceso de autorización final, de forma que su futuro estará a lo que decida el Gobierno alemán. La nueva situación ha revalorizado al *Sila Sibiri 2,* pues, de cerrarse el mercado europeo del gas, este nuevo gasoducto permitiría a Rusia compensar el cierre de dicho mercado.

En junio de 2021, el presidente Putin inauguró el inicio de actividades de la planta procesadora de gas de la provincia de Amur, perteneciente al consorcio estatal Gazprom. Dicha planta es una de las más grandes del mundo en su clase, con capacidad para producir 42.000 millones de metros cúbicos de gas al año. La meta es producir 38.000 millones de metros cúbicos anuales, destinados a China, así como «60 millones de metros cúbicos de helio; 2,4 millones de toneladas de etano; cerca de un millón de toneladas de propano; unas 500.000 toneladas de butano y unas 200.000 toneladas de la fracción de pentano-hexano», como anunció Gazprom. En octubre de 2021, el Gobierno chino pidió a Rusia aumentar al máximo los suministros de gas, a lo que esta accedió, incrementando hasta un 19% los suministros. Se comentó, en 2014, que, merced a estos acuerdos, Rusia aseguraba energéticamente a China, mientras que China financiaría la modernización de la economía rusa. Una complementariedad ventajosa para ambas potencias que, en este 2022, ha demostrado sus potencialidades.

Tiene el lector todo el derecho a preguntarse: esto ¿a qué viene? Vamos a retrotraernos a la Segunda Guerra Mundial para entender más claramente la importancia del tema, no sólo en cuanto al cambio climático y al funcionamiento de los países, sino a situaciones poco gratas –o muy ingratas– que podrían presentarse en un futuro mediato. Como hemos referido varias veces, la UE es la versión política de la célebre novela de Robert Louis Stevenson. La UE sería el facsímil político y económico del peripatético Dr. Jekyll y la OTAN, el tenebroso Mr. Hyde, que no tiene más finalidad que aterrorizar a las buenas gentes. Mientras la UE habla –cuando le interesa– de derecho, normas, libertades y justicia (sobre todo, ya saben, en lo que se refiere a Arabia Saudí, Marruecos, Egipto o Guinea Ecuatorial), la OTAN se ha dedi-

cado a bombardear países, invadir otros y destruir a alguno más, provocando muerte, terror y destrucción por donde pasaba, sin miramientos por el Derecho internacional, ese que, hoy, invoca contra Rusia a propósito de Ucrania. Cada año realiza entre 40 y 60 maniobras militares de todo tipo en las proximidades de Rusia, país al que, si ya tenían demonizado, satanizado y luzbelizado, al punto de que le culpaban de todo lo imaginable –de la crisis del gas a los resultados de las elecciones en los clubes de fútbol, e incluso de que Putin estuvo detrás de la salida de Messi del Barcelona F. C.–, en el presente Rusia y su principal aliado, Bielorrusia, han pasado de vivir en estado de alerta a una situación prebélica. A principios de noviembre de 2021, el presidente Putin calificó de «serio desafío para Rusia» las maniobras navales y aéreas de la OTAN en el mar Negro, un mar que, cuando existía la URSS, era espacio vetado a la Alianza Atlántica (de puro morbo, nos entran reconcomios por ver maniobras militares ruso-chinas en el golfo de México, a ver qué tal les sientan a esos estadounidenses que creen que el mundo es suyo).

Ahora veamos algunos episodios de la Segunda Guerra Mundial. De previo toca aclarar que, hasta los años treinta, la mecanización de los ejércitos no entraría en fase de producción industrial. Buena parte de los transportes seguía siendo de caballos de tiro, como ilustró notablemente Steven Spielberg en su filme *War Horse*, de 2011. Tal realidad queda evidenciada con este dato: pese a ser el ejército más moderno del mundo, la Wehrmacht dependía hasta en un 70% del transporte de tiro.



Tan era así que había 5.375 caballos asignados a cada división de Infantería, una dependencia que se haría mayor a medida que la guerra se prolongaba y la escasez de combustible se hacía catastrófica.

Las películas de guerra, cualquiera de ellas, nos ofrecen como escenario el campo de batalla con densas raciones de fuego, sangre y plomo, mucho plomo (según el presupuesto del filme, claro). Pensemos en películas célebres, como *Apocalypse Now*, de 1979, de Francis Ford Coppola, o la increíble trilogía *La condición humana*, de Masaki Kobayashi, filmada entre 1959 y 1961. Podemos ver el despliegue de medios de transporte, el número de soldados, artillería, aviación, blindados, sin que nos preguntemos –eso podría arruinar el disfrute de la sangre– de dónde ha salido todo lo que los soldados, de uno y otro bando, dilapidan con tanta desesperación. El derroche de material es asombroso en los filmes estadounidenses (véanse, para ello, *Salvad al soldado Ryan*, de 1998, de Steven Spielberg, o también la superproducción china, *The Battle at Lake Changjin*, de 2021), lo que resulta, en películas, cuando menos espectacular.

Ahora bien, ¿qué pasaría si se cortaran las líneas de suministro de combustible, armas, provisiones o medicinas? Pues... el desastre. Se dice que el mariscal Edwin Rommel, uno de los más brillantes de la Wehrmacht y jefe del mítico Afrika Korps (fusilado por Hitler), habría afirmado que «los intendentes discuten y deciden una batalla antes de que comience el fuego». En otras palabras, que el destino de una batalla o de una guerra viene decidido de antemano por la cantidad y fluidez de suministros de que dispongan los contendientes (hablamos, obviamente, de guerras regulares o convencionales; las irregulares se guían por otras reglas, como puso de manifiesto el desastre de la OTAN en Afganistán, derrotada por un ejército de desharrapados que no necesitó de blindados ni de aviación para vencer). La historia está llena de derrotas desastrosas causadas por la falta de suministros. Pedro el Grande rehusó dar batalla al ejército invasor de Carlos II de Suecia hasta asegurarse de que sus líneas de suministro estaban tan deterioradas que el ejército sueco había perdido buena parte de su capacidad de combate. En Poltava, en junio de 1709, el ejército sueco sufrió una derrota total a manos del ruso, lo que puso fin a la Gran Guerra del Norte y a la hegemonía sueca. En Stalingrado, el ejército soviético cortó todas las líneas de suministro al ejército alemán, lo que determinó su capitulación, porque, para el mariscal Paulus, era rendirse o morir de frío y hambre. Para entonces –1943– se habían invertido las tornas y las fábricas de la Unión Soviética producían 24 horas al día cantidades ingentes de armamentos y municiones, y sus yacimientos petrolíferos proporcionaban todo el combustible que necesitaba el Ejército Rojo.

Cuando Japón decide bombardear Pearl Harbor y protagoniza el bombardeo más cinematográfico de la historia mundial, se afana en destruir portaaviones y buques de guerra, pero, asombrosamente, deja intactos los enormes depósitos de combustible. Aquel fue un error que se revelará trágico para los imperialistas japoneses, pues, como

comentaría después el almirante Kimmel, quien estaba al mando de la Flota del Pacífico, si los japoneses «hubieran destruido el petróleo [...] habrían forzado la retirada de la flota a la costa [oeste de EEUU], porque no había petróleo en ningún otro lugar para mantener en funcionamiento la flota». Los japoneses hicieron lo contrario que los aliados, que dedicaron buena parte de su esfuerzo a bombardear los depósitos de combustible de la Alemania nazi. La mitad de las reservas de petróleo de Alemania se consumieron en la guerra contra la Unión Soviética. Miles de vehículos blindados de transporte y tanques eran abandonados por la falta de combustible. Sin combustible no había vehículos y sin vehículos no había suministros. La derrota alemana, como la de Japón, estaba cantada y contada en litros de gasolina. Sin energía no hay poder; sin combustible de nada sirve acumular miles de blindados y tanques. De nada.

Llegamos al resumen. En este mundo en transición, los ejércitos, como las sociedades, siguen dependiendo esencialmente de los combustibles fósiles. No hay tanques ni vehículos de transporte que funcionen con hidrógeno, ni cazabombarderos que utilicen gases verdes. Para poner en marcha una estrepitosa maquinaria militar hace falta, de previo, acumular decenas de millones de litros de combustible y disponer de una red densa de aprovisionamiento. Cuanto más se alarga un conflicto, mayor es el consumo de todo, llevando la economía y las reservas de los contendientes a una tensión máxima. EEUU llegó a gastar 300 millones de dólares diarios en la guerra de Afganistán, haciendo de esta guerra –la más larga de este país– un insoportable pozo sin fondo. La economía, más que las bajas militares (que fueron exiguas), determinó la bochornosa retirada de territorio afgano en agosto de 2021. Momento para recordar a Tucídides, quien, en su insuperable *Historia de la guerra del Peloponeso*, puso en boca del siracusano Hermócrates la frase «tampoco la fuerza es garantía de éxito» y en la de Arquidamo, rey de los lacedemonios, que «los avatares de la guerra son inciertos».

Sin energía las sociedades modernas, menos modernas y poco modernas se paralizan. En Alemania, un estudio que se hizo al respecto concluyó que el país, sin energía, dejaría de funcionar en una semana. Una conclusión que, *mutatis mutandis*, podría generalizarse. Aunque se prolongara el doble de tiempo, la paralización –que sería paulatina– llegaría a las dos semanas. Esto es consecuencia directa de una realidad: la UE, Europa en general, carece de soberanía energética. Rusia, por el contrario, dispone de una soberanía energética abundante y sobrada, sin prácticamente ningún tipo de dependencia tecnológica externa. Su vasta geografía, sumada al desarrollo del país merced al milagro científico-técnico de la Unión Soviética –de la que es heredera–, le ha permitido forjar una contundente y sólida soberanía alimentaria y energética. Es una potencia con los pies bien asentados y cuya alianza con China hace que tenga más acero que Superman. Sería conveniente recordar estas realidades a propósito de la guerra en curso contra la energía proveniente de Rusia. Como afirmara Putin, es Europa la que necesita gas, no Rusia. Si la UE no lo compra, lo comprarán China e India.

Cuando la geografía da y quita poder

Después de la desastrosa y vergonzosa retirada de Afganistán ya mencionada, EEUU se vio privado de toda presencia militar en el corazón de Eurasia. Los planes elaborados tras el suicidio de la URSS para establecer su dominio militar, político y económico en Asia Central saltaron por los aires con aquella retirada. EEUU vio, por vez primera y en primera persona, lo extremadamente difícil que es para una potencia marítima –que eso es EEUU– sostener su presencia en países interiores, sin costa. Sin resignarse a su expulsión, el Gobierno estadounidense hizo gestiones ante distintos países, solicitando autorización para abrir bases militares. La reacción de Rusia fue inmediata y enérgica. Según expresó el ministro de Relaciones Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, en noviembre de 2021, Vladímir Putin hizo saber a Joe Biden su oposición:

> En este sentido y desde el principio el presidente se lo dijo a Biden en junio cuando se reunieron en Ginebra –porque salió este tema, ya preveíamos lo que iba a pasar–: «Nos oponemos categóricamente a que intenten, como hemos oído, negociar con los países de Asia Central el despliegue de algunas infraestructuras militares en su territorio para llevar a cabo los llamados ataques por encima del horizonte en Afganistán».

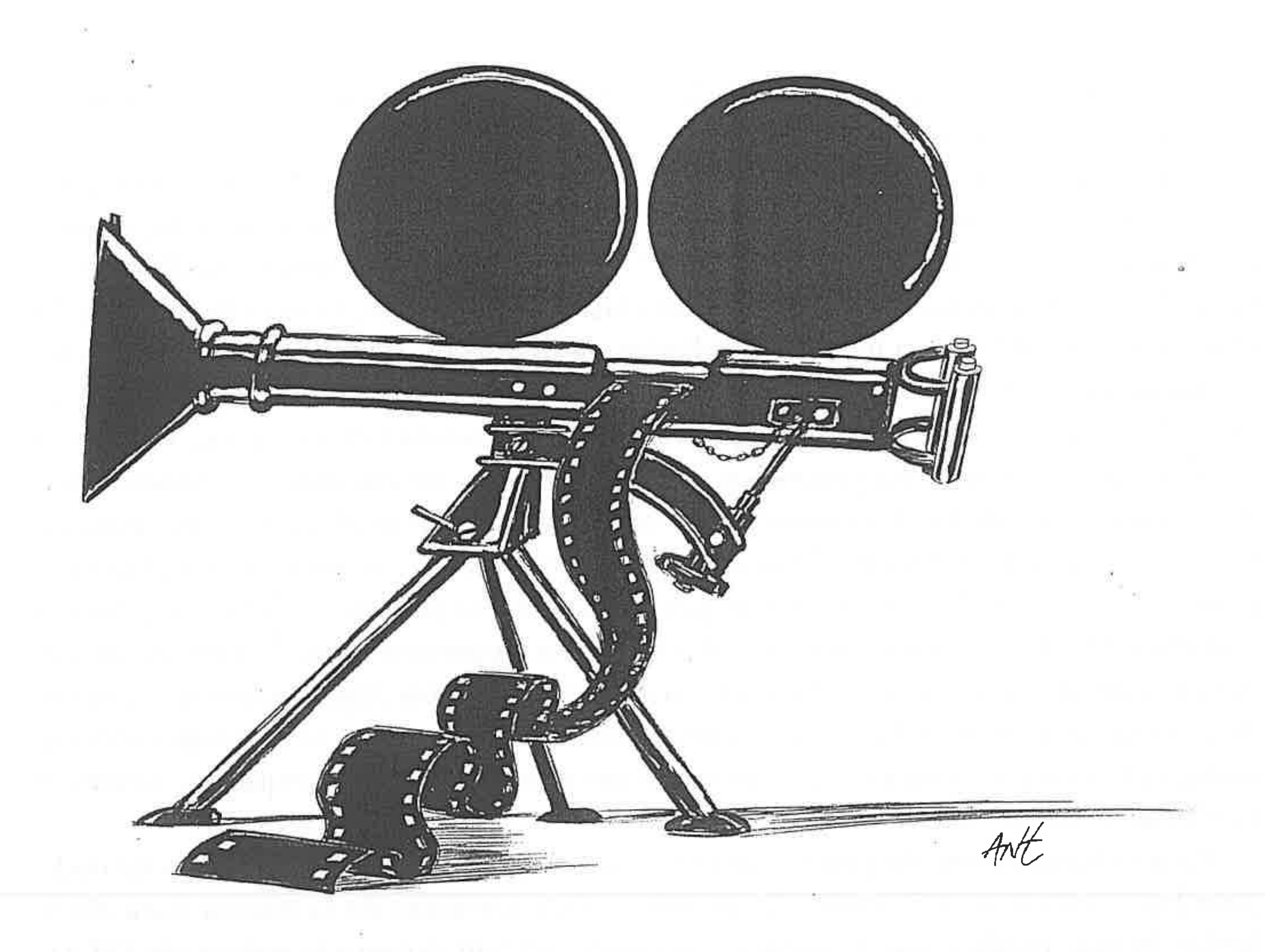
Hay, en el siglo XIX, un episodio que ilustra –con amarga ironía para unos y con risa socarrona para otros– el muro imposible de saltar que son las geografías mediterráneas (espacios sin costa, no lo olviden). Es el siguiente. En 1868, el presidente de Bolivia, Mariano Melgarejo, obligó al ministro [embajador] de Su Majestad británica a ser paseado en burro por La Paz, por cuanto el señor ministro se había negado a asistir a una fiesta oficial organizada por Melgarejo. Informada de la afrenta, la reina Victoria pidió un mapa para localizar Bolivia y, aunque el país andino aún no había perdido su franja costera a manos de Chile, S. M. supo que una misión militar de castigo era casi imposible. La Paz estaba a 4.000 metros de altura, unida a la costa del Pacífico por una trocha imposible, y, por el lado oeste, estaba el Chaco, zona semidesértica de imposible tránsito. Ante esa situación, la reina Victoria, enojada, tomó un tintero y tachó de negro la carta geográfica. «Bolivia no existe», espetó a sus secretarios. El poder marítimo británico había sido derrotado, sin disparar un tiro, por la geografía boliviana.

Rusia, potencia terrestre por excelencia, no tiene esos problemas. Su presencia y poder militar se extiende de Murmansk a las islas Kuriles y del Báltico a Asia Central, pasando por el Cáucaso, todo ello sin salir de territorio ruso. Por lo demás, la existencia de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), integrada por Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán, además de Rusia, da forma jurídica al ascendiente ruso en esa región. Las relaciones con Uzbekistán, otra ex república soviética, son estrechas. Según declaraciones del presidente de esa república, Shavkat Mir-

ziyoyev, en octubre de 2018, no existía «ni un solo campo en el que Rusia y Uzbekistán no cooperen». Resultado de esas estrechas relaciones, el consorcio ruso Rosatom construirá la primera central nuclear de Uzbekistán, por 11.000 millones de dólares, con previsión de que el primer reactor empiece a funcionar en 2028. El presidente uzbeko no desea alianzas militares, no obstante lo cual Moscú y Tashkent suscribieron un acuerdo sobre utilización del espacio aéreo uzbeko por aviones militares rusos. Rusia se encarga –historia manda– de la formación del Ejército uzbeko, participando regularmente Uzbekistán en maniobras militares del Ejército ruso (las últimas, de tropas especiales, en agosto de 2021, en la frontera con Afganistán). El ministro ruso de Defensa, Serguei Shoigú, ha calificado a Uzbekistán de «socio estratégico de Rusia». Por lo demás, hay en Rusia dos millones de inmigrantes uzbekos, cuyas remesas son esenciales para la economía de Uzbekistán. Turkmenistán es el socio díscolo de esta región clave, pero ello no ha obstado para que, en agosto de 2018, Rusia y Turkmenistán firmaran un acuerdo estratégico, cuyo contenido no dejó trascender (es fama el hermetismo del Gobierno turkmeno). Los sucesos de Kazajistán, a principios de enero de 2022, con una revuelta especialmente violenta en Almaty, la mayor ciudad del país, llevaron a su presidente, como ya vimos, a solicitar el apoyo de la OTSC, que se le dio de inmediato. El mayor contingente era ruso y este hecho disipó las dudas que podían existir sobre el ascendente de Rusia en la extensa república exsoviética.

En suma, Rusia está asentada en Asia Central desde su inmediatez geográfica, que es la base que sustenta las alianzas, las relaciones económicas, políticas y comerciales, y la emigración. Por si alguna duda tuviera algún Gobierno, al lado está China, atenta con ojo avizor a lo que ocurre en el vecindario, espacio esencial para su más ambicioso proyecto planetario, que es la Nueva Ruta de la Seda. En Asia Central, desde el siglo XIX, la geografía da poder a Rusia –y a China desde este siglo XXI–, mientras que la derrota en Afganistán ha quitado todo su poder a EEUU y sus aliados atlantistas. El «corazón del mundo», del que hablaba Halford Mackinder en 1924, salvo hecatombe, no volverá nunca a estar al alcance de la potencia marítima. Los buques de EEUU podrán patrullar, impotentes, desde el mar de Omán, viendo de lejos las costas de Irán y Paquistán, y nada más. La geografía da y quita poder. En este caso, EEUU lo ha perdido, de forma abrupta y sin gloria. ¡Ay, si se pudieran hacer las guerras como las cuenta Hollywood!

Pues bien, no crean que nos hemos olvidado de otros dos protagonistas en el tablero de Asia Central: Irán y Paquistán, pero, de esos dos, descolla uno: la República Islámica de Irán. Este país, con su enorme geografía (1.711.000 kilómetros cuadrados), es pieza insoslayable en el tablero de Asia Central (y de Oriente Medio y Próximo, obviamente), por sus fronteras con Turkmenistán, Afganistán y Paquistán. Su importancia, en las últimas décadas, no ha dejado de acrecentarse, siendo socio estratégico de Rusia y China, países con los cuales tiene suscritos relevantes acuer-



dos económicos, comerciales y militares. Irán, país maldito para la OTAN, es la llave que cierra a fuego la puerta de Asia Central. La aversión a muerte de EEUU y sus aliados contra Irán no deja espacio a ninguna veleidad de colaboración con los atlantistas. La situación opuesta se da en las relaciones con Rusia y China. En marzo de 2021, Irán y China firmaron un acuerdo estratégico económico y comercial por 25 años. En octubre de ese año, el Gobierno iraní anunció que, en los primeros meses de 2022, firmaría un acuerdo de asociación estratégica con Rusia, similar al suscrito con China. El portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores iraní, Said Khatibzadeh, declaró, al anunciar el próximo acuerdo, que «entre Irán, China y Rusia se esboza el eje oriental. En los últimos años se ha vuelto necesario mejorar las relaciones entre Irán y Rusia, y concentrarse en asociaciones estratégicas». Según expresó, el acuerdo se titula «Pacto global de cooperación entre Irán y Rusia», lo que da idea de sus objetivos. El interés de ambos países en ampliar sus vínculos estratégicos quedó confirmado, de manera indirecta, en la reunión celebrada por los ministros de Exteriores de Irán y Rusia, a mediados de marzo de 2022, sobre la reactivación del acuerdo nuclear, boicoteado por EEUU en 2018. Según Lavrov, Rusia recibió «garantías por escrito» de EEUU, de que «la cooperación entre Rusia e Irán está protegida» de las sanciones impuestas a Rusia por la crisis ucrania. Esto

implicaría, si el pacto se reactiva, que los dos Estados podrán ampliar sus relaciones económicas y comerciales sin ningún tipo de restricción.

Queda Paquistán, un país que es lo menos fiable que puede Occidente buscar de aliado. Fue la retaguardia de los talibanes, que, gracias al apoyo paquistaní, pudieron hacer frente a las tropas de la OTAN. Sin ese apoyo, otro hubiera podido ser el desenlace de la guerra. Paquistán es aliado histórico de China, y esa relación ha sido clave en la rivalidad con India. A mediados de marzo de 2022, la Fuerza Aérea de Paquistán presentó el primer lote de aviones de combate Chengdu J-10C de fabricación china, siendo la primera vez que China vende aviones de esa serie. Paquistán y China tienen en marcha proyectos que son, además de estratégicos, milmillonarios, como el Corredor Económico China-Paquistán, que establecería una ruta de carreteras y ferrocarriles de China al mar de Omán, con terminación en el puerto paquistaní de Gwadar, reconstruido por China. Por lo pronto, se han completado con éxito las dos grandes carreteras del Corredor Económico, que ya están en uso para el tránsito de vehículos. Paquistán aspira a monitorear Afganistán para convertirse en un país esencial en Asia Central, mirando de reojo a su enemigo mortal, India, que lo ha derrotado en sus tres guerras grandes y en las pequeñas, como el conflicto de Kargil, de 1999, en Cachemira.

Tanto China como Paquistán necesitan un Afganistán pacificado y controlado para hacer efectivo el Corredor Económico (parte también de la Nueva Ruta de la Seda), lo que implica que Paquistán no puede admitir presencia militar de EEUU, excepción hecha de ciertas facilidades aéreas o de inteligencia que no molesten al vecindario. Esta posición fue expresada, de forma tajante, por el ministro de Exteriores paquistaní, Shah Mahmood Qureshi, quien afirmó, en mayo de 2021, lo siguiente: «No tenemos intención de permitir tropas extranjeras en el territorio. Ninguna base extranjera estará presente en Paquistán». Debe recordarse que Paquistán cerró la base cedida a EEUU en 2011, después de que un bombardeo de la OTAN matara a 24 soldados paquistaníes en la provincia de Baluchistán.

Se mire por donde se mire, la derrota en Afganistán ha devaluado el papel de EEUU en esta estratégica región, en la que, en el presente, apenas tiene una presencia simbólica. No debe olvidarse que esa parte del océano Índico denominada mar Arábigo está dominada por India, Paquistán e Irán. El único país que podría dar acceso a EEUU al interior de Asia es Paquistán y, si este se niega, EEUU está fuera del todo.

El Ártico se calienta, y no sólo por el cambio climático

Vayamos, ahora, a otro escenario, diametralmente distinto en todo, absolutamente en todo: el océano Glacial Ártico. Como sabe el lector, este océano tiene una ca-

racterística única: es todo agua. Es decir, salvo las islas y archipiélagos costeros, el resto es agua, convertida en hielo durante los gélidos inviernos y con un casquete de hielo permanente en los veranos, cada vez más reducido a causa del cambio climático. El preocupante y notable deshielo está haciendo posible establecer lo que Rusia llama la Ruta Marítima del Norte o Ruta del Ártico, que viene ofreciendo como alternativa marítima al canal de Suez. Desde hace poco más de una década, el Gobierno ruso está realizando inversiones millonarias en las costas de Siberia, para crear no sólo una densa cortina de misiles, misiles antimisiles y bases militares, sino también una red de puertos que puedan atender a los cargueros que transiten por la ruta ártica. Como resume Sergey Kondratyev, del Instituto de Energías y Finanzas ruso,

> la ventaja clave de Rusia no es sólo la presencia de una flota de rompehielos, sino también la de la propia Ruta Marítima del Norte; porque tenemos la Ruta Marítima del Norte con una infraestructura suficientemente desarrollada. Es económicamente eficiente, puede ser demandada en el mundo para el transporte marítimo civil.

El Ártico, antes del desastre climático, sólo podía navegarse en verano, pues en invierno la espesura del hielo lo hacía imposible (pueden ilustrarse, al tiempo que se divierten, viendo la miniserie *The Terror*, de 2018, sobre un buque británico que queda atrapado en los hielos árticos, en 1847; pero la primera lectura debe ser *Frankenstein*, de Mary Shelley, que inicia su relato con un barco varado en los hielos del Ártico). En el presente, y a menos que medie un milagro (que andan más escasos que un salario decente en España), el aumento de la temperatura, según estimaciones de científicos rusos, lo hará navegable todo el año después de 2030 (esta fecha terminará siendo un número cabalístico). En la línea de hacer realidad el proyecto de la Ruta Marítima del Norte, la corporación rusa de energía atómica Rosatom y el Ministerio para el Desarrollo del Lejano Oriente y el Ártico firmaron un acuerdo para impulsar dicha ruta, que incluye crear dos grandes terminales de contenedores en Murmansk y Vladivostok, así como identificar los lugares intermedios para el recalado de buques. El director general de Rosatom, Alexéi Lijachov, declaró que el acuerdo busca construir «un corredor marítimo de transporte que incluye las aguas territoriales y la zona económica exclusiva de Rusia desde la frontera estatal marítima con Noruega en el mar de Barents hasta la frontera estatal marítima con Corea del Norte en el este». La Ruta Marítima del Norte, mucho más corta que la de Suez, es de 5.600 kilómetros, medidos desde el estrecho de Kara, en el occidente, fronterizo con el mar de Barents, hasta la bahía de Providéniya, en el oriente, en la región de Chukotka.

Este hecho –reiteramos que lamentable y atroz– ha provocado, por una parte, ansiedad en EEUU y sus aliados, y, por otra, una mezcla de envidia y odio –que suelen ir de la mano–, de forma que andan afilando sus uñas para ver cómo pueden

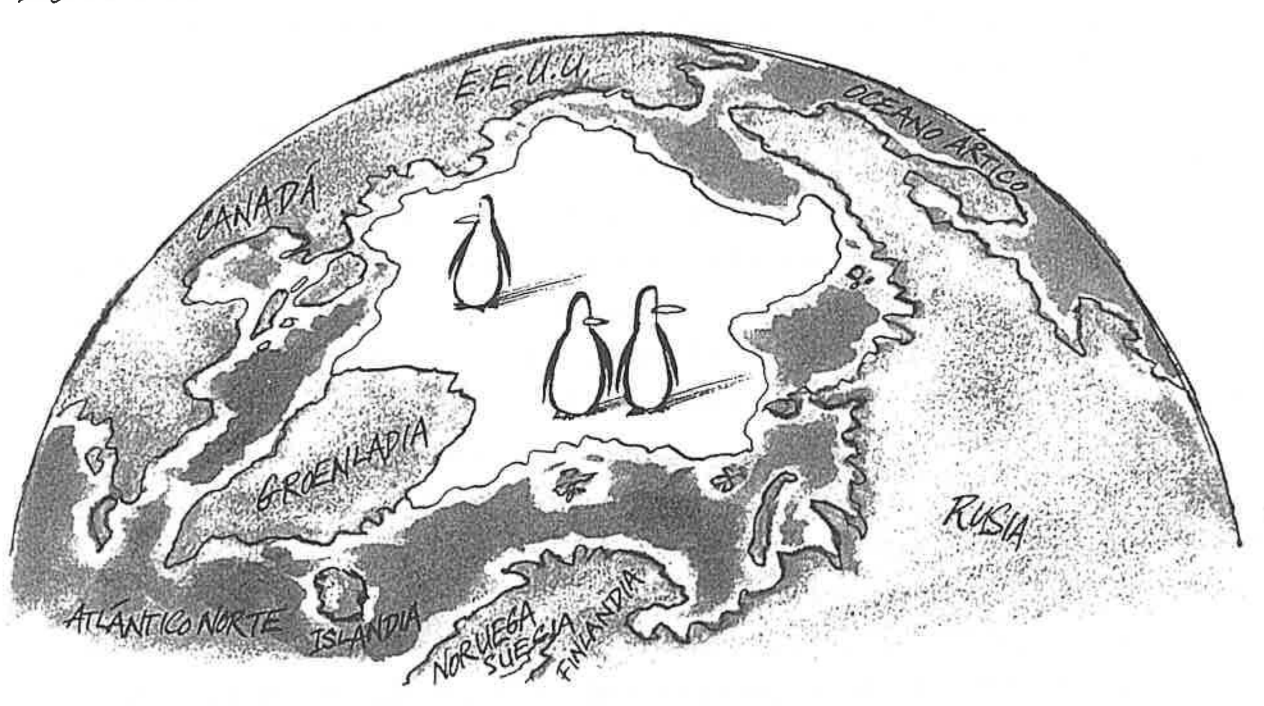
medrar en los inmensos dominios árticos de Rusia. El problema, aquí, es de más imposible solución que el de Afganistán, porque, como señalamos, en el Ártico no hay tierra, y la que hay pertenece a los Estados costeros. Esto tampoco les produce muchas alegrías, pues las costas canadienses ofrecen pocas venturas y las de Alaska y Noruega son angostas y están en el extrarradio del Ártico. Pese a actuar hacendosamente Rusia dentro de su territorio (algo absolutamente legal y legítimo), los miembros de la OTAN, juntos y separados, están poniendo el grito, no en el cielo, sino en rompehielos y en cutachas.

Notable lugar ocupa un documento de la UE, titulado *Informe sobre el Ártico: oportunidades, preocupaciones y retos en materia de seguridad 2021*, en el que, entre un bosque enmarañado de buenas, dulces y angelicales intenciones y deseos, destacan, por ser imposibles de tapar, los verdaderos propósitos del referido informe. Entre esa maraña de palabras no tiene desperdicio la descripción que hace la UE de las actividades –insistimos que legítimas y legales– que desarrolla Rusia en su territorio:

> Considerando que durante mucho tiempo se ha preservado relativamente bien la estabilidad del Ártico, pero que esta se ve cada vez más afectada por el creciente interés internacional en la región y el panorama de seguridad cambiante, incluida la remilitarización progresiva de la Federación de Rusia en la región; que las inversiones económicas y militares de la Federación de Rusia en el Ártico superan con mucho las del resto de los Estados árticos; que la Federación de Rusia ha modernizado antiguas bases militares y establecido otras nuevas en las regiones septentrionales, e impulsado la capacidad de antiacceso y negación de área (A2/AD), restringiendo los derechos de navegación en la estratégica Ruta Marítima del Norte, que considera falsamente como una vía navegable interior; que Rusia ha modernizado su flota septentrional hasta convertirla en una zona militar y ha ampliado diferentes ramas de sus Fuerzas Armadas, equipadas, *inter alia*, con nuevos submarinos, rompehielos nucleares y convencionales, radares listos para combate y sistemas de misiles; que Rusia ha reactivado el concepto de defensa de bastiones con el fin de proteger sus capacidades estratégicas desde el mar de Barents hasta el estrecho de Bering; que Rusia también ha incrementado sus patrullas navales y aéreas, la actividad submarina y las tácticas de guerra electrónica, lo que constituye un paso muy preocupante; que estos acontecimientos geopolíticos han dado lugar a un aumento de los ejercicios, despliegues, patrullas e inversiones en capacidad en el Ártico; que la militarización de la zona va en contra del espíritu de cooperación que ha guiado las relaciones entre los Estados árticos hasta la fecha [...].

¿Lo leyeron bien? Que Rusia procure desarrollar y aprovechar los recursos naturales de sus territorios árticos y que desarrolle labores de vigilancia e incluso manio-

El Ártico – Mapa físico



El Ártico ~ Mapa político

Ant

bras militares, es presentado por la UE como una amenaza existencial a sus intereses. Lo que no explican es qué intereses podrían tener en el Ártico un montón de países que carecen de costas y de territorios en ese océano. La única respuesta a esta pregunta aparece en el mismo informe, en el que se reafirma «que el Ártico reviste una importancia estratégica y política para la Unión, como parte interesada y actor global en el Ártico». Concepto imperial: «actor global en el Ártico», océano donde sólo dos países europeos tienen costas: Noruega y Dinamarca (por Groenlandia). ¿Qué pinta el resto? Si aplicáramos ese criterio de la UE sobre el Ártico, ¿dónde quedarían las disposiciones del Derecho del mar y los derechos soberanos de los Estados a sus aguas soberanas y jurisdiccionales? ¿Qué se pensaría si Rusia y China aplicaran esos criterios al mar Mediterráneo y al golfo de México? ¿Se imagina, lector, qué pasaría si anclaran buques de guerra rusos o chinos a 12 millas de Barcelona, Marsella o Nápoles? Seguro que nunca lo habrá pensado, porque la idea esa de «el mundo es nuestro» es esencialmente occidental.

Para no hacer interminable esta historia (menos divertida que *La historia interminable*, el filme fantástico de 1984, de Wolfgang Petersen), pasemos a las escenas de acción que propone la UE en el antedicho informe. Después de reconocer lo innegable, que es «la particular situación geográfica de la Federación de Rusia, cuyas aguas territoriales y zonas económicas superan con creces las de todos los demás Estados árticos»,

> expresa su profunda preocupación a la vista del progresivo aumento del dispositivo militar de Rusia, que ha sido el más extensivo de los Estados árticos e incluye el desarrollo de capacidades A2/AD, así como la reactivación y reconstitución de las fuerzas nucleares marítimas y una flota de rompehielos, habiendo previsto Rusia equipar algunos de ellos con misiles de crucero y sistemas de guerra electrónica; estima que tales acciones no están justificadas por la situación militar sobre el terreno y exceden significativamente los fines defensivos legítimos, siendo un reflejo de la voluntad de Rusia de alcanzar la superioridad militar estratégica en la región, lo que se traduciría en inestabilidad y un mayor riesgo de confrontación, y se apartaría de la Iniciativa Murmansk de 1987, destinada a transformar el Ártico en una «zona de paz» internacional; insta a las naciones circumpolares a no implantar puestos avanzados militares o científicos protegidos por fuerzas militares.

Bueno, es claro que, de 1987 al presente, el mundo es algo diametralmente distinto, entre otras cuestiones porque ya no existe la Unión Soviética ni el Pacto de Varsovia y, hoy, la OTAN está en las mismas fronteras de Rusia, algo inimaginable en 1987. Para demostrar su compromiso con el «espíritu de 1987», y tras considerar la «gran ventaja numérica de Rusia en los programas de rompehielos y el desarrollo de dichos programas en China», la UE «anima a los Estados miembros y otros países

socios a desarrollar sus propias capacidades en ese ámbito; estima que la Unión debe promover la construcción y el despliegue de más rompehielos y de buques con casco reforzado para el hielo con pabellón de la Unión». Ya lo saben: el «espíritu de paz de 1987» de la UE se sostiene construyendo muchos rompehielos para, con ellos, romperse los hielos con Rusia. A la UE sólo le hace falta fichar a Iceman y a la Reina de las Nieves para imponer su paz.

Superhéroes aparte, la UE no se olvida de China, que eso hubiera sido una ofensa mayúscula para Beijing. Se afirma en el informe sobre el Ártico que la UE

> estima que la inclusión del Ártico por China en sus programas de desarrollo económico, aspirando a integrar la Ruta Marítima septentrional del Ártico en su iniciativa de la Franja y la Ruta (como una «Ruta de la Seda Polar»), debe ser objeto de particular atención por parte de la Unión y tenerse en cuenta en su política actualizada para el Ártico.
>
> Opina que la mejor respuesta a la creciente cooperación chino-rusa en el Ártico consiste en alcanzar una mayor coordinación en el plano de la Unión y en mantener consultas con países del EEE [Espacio Económico Europeo], los Estados Unidos, Canadá y también el Reino Unido, Japón, la República de Corea, India y otros socios comprometidos en garantizar una cooperación pacífica y la libertad de navegación en el Ártico y en sacar el máximo partido de las posibles sinergias.

Es interesante el listado de países que hace la UE, porque equivale a identificar a los que, en un potencial conflicto con Rusia y China, formarían parte del «frente ártico» (y de otros frentes también, que, si llegaran a estallar los juegos y los fuegos, los únicos que estarían a salvo –y con duda– serían los pingüinos antárticos). El citado informe olvida hechos sustantivos, como, por ejemplo, la alianza estratégica entre India y Rusia, que haría virtualmente imposible que India participe en esas políticas, amén de incluir a países que tienen tanta relación con el Ártico como Nicaragua con la Antártida.

El «amigo americano» no se ha quedado atrás en las preocupaciones. En la primera sesión del 117.º Congreso de EEUU, el Senado aprobó, el 24 de junio de 2021, la llamada «Ley de Iniciativa de Seguridad Ártica de 2021» (el texto completo puede verse en [https://www.congress.gov/bill/117th-congress/senate-bill/2294/text]), que, tras asegurar que «la seguridad, estabilidad y prosperidad de la región ártica son vitales para los intereses nacionales de Estados Unidos», disponía estas joyas para la paz en el mundo:

1) Modernizar y fortalecer la presencia de las Fuerzas Armadas, incluidas aquellas con capacidades avanzadas.

2 Mejorar las capacidades logísticas y de mantenimiento y el preposicionamiento de equipos, municiones, combustible y material.
3) Realizar un programa de ejercicios, juegos de guerra, educación, entrenamiento, experimentación e innovación para la fuerza conjunta.
4) Mejorar la infraestructura para ampliar la capacidad de respuesta y resiliencia de las Fuerzas Armadas.
5) Desarrollar las capacidades, la capacidad y la cooperación de defensa y seguridad de aliados y socios.
6) Fortalecer los mecanismos de consulta y la planificación colaborativa del Ártico.

No hace falta llegar a mayores conclusiones. Como se dice en Derecho, *in claris non fit interpretatio*, en las cosas claras no hace falta interpretación. Para la OTAN y sus aliados, la idea de dominio mundial sigue marcando las pautas de sus políticas. Pero también aquí la geografía dicta sus implacables reglas. Excepción hecha de Alaska, Noruega y Groenlandia, los atlantistas no tienen puntos de apoyo en el corazón del océano Glacial Ártico. Canadá, cuyos territorios árticos están entre Groenlandia y Alaska, se encuentra lejos de los puntos estratégicos y carece de ciudades o bases militares en su zona, excepción de una modesta base de entrenamiento inaugurada en 2013.

Para inducir a depresión a los atlantistas, les dejamos esta última noticia. A mediados de enero de 2022, el presidente Vladímir Putin ordenó iniciar los trabajos para construir un ferrocarril que alcanzara el mar de Barents, en las proximidades de Indiga, en la región autónoma de Nenets. El proyecto, a concluirse en 2024, contempla un nuevo puerto marítimo, desde el cual los Urales del norte y Komi quedarán conectados con el océano Ártico por ferrocarril. El nuevo puerto marítimo tendría una capacidad de 80 millones de toneladas de carga, para productos como el carbón coquizable, madera, fertilizantes, productos químicos y papel, según informaciones de la agencia Sputnik.

El proyecto de puerto y ferrocarril creará una nueva ruta de exportaciones para una amplia región, que incluirá Komi, el territorio de Perm, los Urales, Siberia, el Lejano Oriente y el Volga, sin tener que utilizar puertos bálticos y ucranianos (algo que, en las circunstancias presentes, debe ser descartado). Servirá, además, para proporcionar logística para la Nueva Ruta Marítima del Norte, que impulsaría aún más el comercio entre Europa y Asia, así como para el desarrollo del Ártico ruso.

Este proyecto se unirá a otro en marcha, el llamado Ferrocarril Longitudinal del Norte, que empezó a construirse en 2018, en la Región Autónoma de Yamalo-Nénets. La capacidad de este ferrocarril será de casi 24 millones de toneladas de carga por año y su longitud total, de 686 kilómetros. «El ferrocarril cambiará radicalmente toda la infraestructura de transporte de la región norte del país. Este es el proyecto del futuro, y este futuro comienza hoy», declaró el entonces ministro de Transpor-

te ruso, Maksim Sokolov. El Ferrocarril Longitudinal del Norte conectará las regiones de Urales y Siberia Occidental con la Nueva Ruta Marítima del Norte y creará las condiciones para incrementar el volumen de carga a través de las aguas del Ártico. Al anunciar la construcción de Ferrocarril Longitudinal del Norte, el presidente Putin aseguró, en noviembre de 2017, que el nuevo ferrocarril «reducirá la distancia de la entrega de mercancías a las regiones de Siberia Occidental y dará un nuevo impulso al desarrollo del Ártico ruso y de la Ruta Marítima del Norte». Que obras son amores...

Mientras Rusia no cesa en ampliar, fortalecer y desarrollar sus proyectos en sus territorios árticos, en el otro lado pasan estas cosas. En diciembre de 2018, la Guardia Costera de EEUU rehusó la propuesta de realizar maniobras militares en el Ártico por temor a quedar atrapada en los hielos. El entonces comandante de la Guardia Costera declaró que, en caso de avería o problemas, «tendría que dirigirme a Rusia para que remolquen [el buque] a un sitio seguro». Un escenario peor que el de la miniserie *The Terror*, ya citada. La OTAN, por lo que se ve, no sólo ha querido incrustarle a Rusia misiles desde Ucrania –plan ya abandonado, por razones de fuerza mayor, y qué fuerza–, sino también desplegar una flota en las aguas rusas del océano Glacial Ártico. Una forma bastante curiosa –por decirlo de alguna manera– de promover la paz. La geografía puede quitarnos el sueño y dejarnos helados, aunque no tanto como los gélidos delirios imperialistas de la UE y EEUU.

Cerrando el capítulo, es de suyo evidente que la geografía de Rusia es un poder decisivo en sí misma. No tienen, en Rusia, que salir de su vasto territorio para incidir con rotundidad en las regiones más estratégicas de este maltratado planeta. Un factor tan relevante que malo sería ignorarlo. Si hubiera un campeonato de geografías, la rusa se llevaría todos los premios. Y por contundente goleada. ¿O sería «misileada»?

5. LA OTAN Y EL CODICIADO –E IMPOSIBLE– NUEVO BREST-LITOVSK

A principios de marzo de 1918, la Rusia soviética se vio obligada, por las desgraciadas circunstancias que atravesaba, a firmar un tratado con el Imperio alemán en la pequeña ciudad bielorrusa de Brest-Litovsk. El Tratado ponía fin a la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial, participación que había sido desastrosa por las pésimas condiciones materiales y militares del ejército ruso, lo que hizo de este hecho un detonante principal de la Revolución bolchevique de octubre de 1917. El Tratado de Brest-Litovsk fue una capitulación y una derrota para el Gobierno bolchevique, que no disponía de soldados ni de medios para oponerse a las draconianas exigencias de Alemania, no obstante lo cual los comisarios rusos hicieron lo imposible para evitarlas.

Las negociaciones debían haberse iniciado en noviembre de 1917, pero, pese a las prisas alemanas, las reticencias rusas las pospusieron hasta finales de diciembre de ese año. La delegación rusa, presidida por el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, León Trotski, y el diplomático bolchevique Adolph Joffe, hizo esfuerzos mayúsculos para retrasar al máximo el inicio de las negociaciones. La delegación alemana, dirigida por el general Max Hoffmann, por el contrario, chirriaba de impaciencia ante las tácticas dilatorias rusas. Era un juego de supervivencia. La Rusia revolucionaria retrasaba las negociaciones, pues era consciente de que Alemania estaba urgida de alcanzar un acuerdo con Rusia, para así poder mover las tropas del frente ruso hacia el frente francés antes del arribo del Ejército de EEUU. También para tener tiempo de difundir la propaganda revolucionaria entre las tropas alemanas. Al retrasar las negociaciones, esperaba que Alemania, por sus urgencias, redujera sus onerosas exigencias. El alto mando alemán, por su parte, apremiaba al Gobierno para una inmediata conclusión de las negociaciones, pues tenía proyectada una gran ofensiva en el frente occidental.

La delegación bolchevique había presentado sus propuestas, que se resumían en la fórmula «paz sin anexiones ni indemnizaciones». Es decir, cese de hostilidades sin pérdidas territoriales para Rusia, con el compromiso alemán de evacuar los territorios rusos ocupados, y paz sin que Rusia tuviera que pagar ningún tipo de reparación. Alemania, en un principio, pareció aceptar la fórmula rusa, pero pronto revelaría sus verdaderos propósitos. A finales de diciembre, Hoffmann comunicó que Alemania no concebía la paz sin anexiones territoriales. Por esas mismas fechas, los alemanes informaron a la delegación rusa que la Rada Central de Ucrania había enviado una delegación a Brest-Litovsk. Hoffmann también comunicó que, si Rusia se mostraba intransigente ante las exigencias de Alemania, Alemania utilizaría a los nacionalistas ucranianos contra Rusia. Lenin, previendo la encerrona que planeaba Alemania, propuso trasladar las negociaciones a Estocolmo, lo que fue rechazado por Berlín.

El 2 de enero de 1918 se reanudaron las negociaciones, pero, en esta ocasión, la delegación alemana había abierto negociaciones paralelas con los nacionalistas ucranianos, cuyo interés principal era obtener armas y apoyo de Alemania. Fueron incluso a más. Para obtener el soporte alemán, la delegación ucraniana ofreció suministrar a Alemania trigo, víveres y hierro –que Alemania necesitaba a gritos–, dejándoles, además, el control de los ferrocarriles. A cambio de esos suministros, Alemania enviaría su ejército a Kiev y al resto del territorio ucraniano, en lo que sería, de hecho, una anexión de Ucrania al Imperio alemán. La «pinza» germano-ucraniana, sin embargo, no lograba doblegar la resistencia rusa a ceder sus territorios, pues Rusia también conocía las crecientes dificultades germanas, no sólo en los frentes de batalla sino, y sobre todo, internas. En Viena, capital del Imperio austrohúngaro, se habían sucedido motines provocados por el hambre. Las huelgas estallaban en Alemania ante la falta de comestibles. La agitación comunista y del movimiento por la paz se extendía entre obreros y soldados. El mando militar alemán seguía precisando la firma del Tratado, pero esta no llegaba ante la inflexibilidad del Gobierno imperial, empeñado en las anexiones territoriales. El 18 de enero, Hoffmann presenta un mapa con una línea trazada. Alemania y Austria-Hungría se anexionaban Polonia y Lituania y partes de Bielorrusia, Ucrania, Estonia y Letonia. En total, más de 150.000 kilómetros cuadrados. Rusia rehúsa esa línea y las negociaciones vuelven a estancarse.

(Aquí puede hacerse un paréntesis para una pregunta: si Alemania estaba urgida hasta el extremo por firmar la paz con Rusia, ¿por qué persistió hasta el límite en sus exigencias territoriales? Con el país bloqueado por Gran Bretaña, la población hambrienta y la agitación social en auge, la lógica militar y de supervivencia recomendaba flexibilizar esas exigencias y facilitar la firma del acuerdo. Si tal hubieran hecho en diciembre, en enero habrían podido enviar decenas de miles de soldados al

frente occidental y, quizá, obtener de Rusia suministros importantes de alimentos, petróleo y minerales. La respuesta podría estar, al menos parcialmente, en la ideología dominante –en Alemania y otras potencias imperiales–, que había elevado a dogma la relación guerra-expansión territorial. En 1916, en plena Gran Guerra, el politólogo germanosueco Rudolph Kjellen había publicado *El Estado como forma de vida*, en el que sostenía que «los Estados vitalmente fuertes que posean sólo un espacio limitado, se deben a sí mismos agrandar este espacio por colonización, amalgamación o conquista». Alemania, sumida en esa idea geopolítica, no era capaz de imaginar paz sin conquista. De ahí la afirmación del general Hoffmann de que Alemania no concebía la paz sin anexiones. Al final, la intransigencia ideológica aceleraría la derrota alemana. Los dogmas, en política, más cuando se está en guerra, suelen producir monstruos que terminan devorándolos.)

A inicios de febrero, Alemania y Austria-Hungría firman un acuerdo de paz con los nacionalistas ucranianos, a pesar de que la Rada ucraniana apenas conservaba territorios por el rápido avance del Ejército Rojo. A cambio del apoyo alemán, los nacionalistas ucranianos se comprometen a proporcionar 400 millones de huevos, 50.000 toneladas de carne y otros miles de centenares de toneladas en productos alimenticios variados. El 9 de febrero de 1918, Alemania comunica a Rusia lo siguiente: «Hemos reconocido al Gobierno de la Rada ucraniana y, por consiguiente, para nosotros existe» (aunque no existiera en la realidad, pues la Rada apenas controlaba Kiev y sus alrededores).

Ese mismo día, Alemania presenta a Rusia un ultimátum: debía aceptar las condiciones al día siguiente. Al propio tiempo, la guerra se recrudecía y los alemanes avanzaban hacía Petrogrado (hoy San Petersburgo). Lenin y Trotski, sabiendo al país sin medios ni recursos –la industria estaba casi paralizada, la agricultura postrada y los transportes en ruina–, entendieron que no había otra opción más que aceptar los términos draconianos impuestos por Alemania. El 13 de febrero, el Gobierno alemán decidió «asestar un golpe corto, pero fuerte, sobre las tropas rusas». El 18 de ese mes comenzó la ofensiva de las tropas austroalemanas, desde el Báltico al mar Negro. Lenin, ante tan desesperada situación, propuso firmar la paz de inmediato. Tras debatir la crisis, se envió a Alemania el siguiente radiograma: «El Consejo de Comisarios del Pueblo se ve obligado, en las circunstancias presentes, a suscribir formalmente la paz en las mismas condiciones en que el Gobierno alemán lo pedía en Brest-Litovsk». Pese al radiotelegrama, la guerra se intensificó. El Gobierno bolchevique, ante el avance alemán, llamó a la movilización general, declarando que «la patria soviética está en peligro».

En esas dramáticas circunstancias se firmó, finalmente, el tratado de paz. Ocurrió el 3 de marzo de 1918. El Tratado de Brest-Litovsk impuso a Rusia reconocer la independencia de Ucrania, Georgia y Finlandia, además de entregar Polonia, Litua-

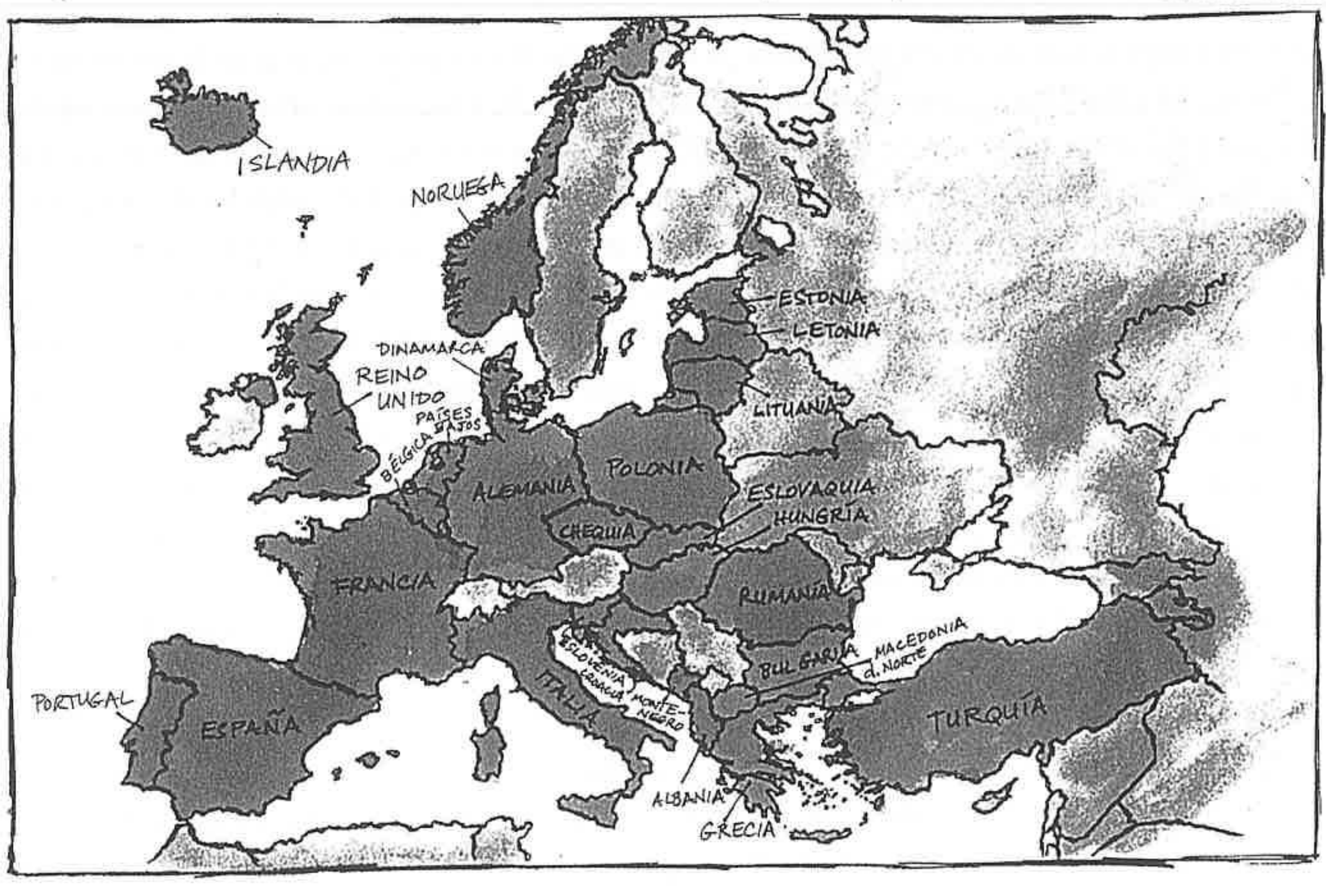
nia, Letonia y Estonia a Alemania y Austria-Hungría. Debía, finalmente, ceder las poblaciones de Kars, Ardahan y Batum a Turquía. En total, Rusia perdía más de 2,5 millones de kilómetros cuadrados y 55 millones de habitantes, así como veía reducirse seriamente sus reservas de petróleo, hierro y carbón. Quedaba, asimismo, obligada a pagar seis mil millones de marcos en indemnizaciones de guerra. Una catástrofe general para el recién nacido Estado bolchevique, a cuyas puertas asomaba la guerra civil contra las tropas blancas.

Lenin se refirió al Tratado de Brest-Litovsk como «ese abismo de derrota, desmembramiento, esclavitud y humillación». Trotski se niega a firmarlo, para evitar que su nombre quede vinculado a una de las mayores humillaciones sufrida por Rusia. El tratado en cuestión da alas a las fuerzas reaccionarias e influye en no poca medida en la sangrienta guerra civil, que durará de noviembre de 1917 a junio de 1923. También sirve de pretexto para la intervención extranjera contra el Estado soviético, que quiere aprovechar la postración de Rusia para provocar la caída del Gobierno revolucionario.

De Brest-Litovsk a la nada: la OTAN, sucesora del Imperio alemán (¿y del nazismo?)

Bueno, dirán algunos, es interesante esa página de la historia de hace más de un siglo, pero ¿qué relevancia tiene esa historia en nuestro siglo XXI? Acudamos al Eclesiastés para situarnos: «Lo que pasó, eso pasará; lo que se hizo, eso se hará: no hay nada nuevo bajo el sol. Si de algo se dice: "Mira, esto es nuevo", eso ya sucedió en otros tiempos mucho antes de nosotros» (Ecle 1, 9-10). Purificados luego de este baño bíblico, volvamos a la opacidad terrestre, que es lo que nos toca a diario, para explicarnos. De entrada, podemos contemplar estos dos mapas, uno de 1918, el otro de 2021.

¿Ven similitudes, parecidos, analogías o semejanzas? Como acabamos de señalar, en 1918 Alemania le impuso a la Rusia soviética un tratado oneroso que la privaba de 2,5 millones de kilómetros cuadrados. Alemania traza un arco o abrazo de la muerte en torno a Rusia, que se inicia en Finlandia y termina en Georgia. EEUU y la OTAN siguen la misma, exactamente la misma, estrategia del arco mortal en torno a Rusia. Quitando a Finlandia, a la que Lenin le reconoce la independencia, el trazado atlantista repite el guion alemán: un arco mortal que, partiendo de Letonia, aspiraba a terminar en Georgia, con Ucrania como Estado-pivote contra Rusia, en términos similares a los que quiso –y no pudo– imponer Alemania en Brest-Litovsk. Volvamos al siglo XX. La Conferencia de Versalles, de 1919, mangoneada por EEUU, procede a desintegrar a los imperios vencidos –Alemania, Austria-Hungría y el otomano–, algo comprensible –*vae victis*, que decían los antiguos romanos–, pero, y es



Arriba: Tratado de Brest-Litovsk, 1918 / Abajo: Pacto Atlántico u OTAN, 2022.

un hecho a anotar, también trata a la Rusia revolucionaria como Estado vencido y consagra en lo sustantivo las imposiciones del Tratado de Brest-Litovsk. La causa es simple. Rusia ha sido invadida por las cinco potencias imperialistas que están haciendo un festín con los derrotados, y está sumida en una guerra civil promovida y apoyada por esas mismas cinco potencias imperialistas. La invasión y la guerra civil son aprovechadas para dejarla en la máxima desventaja.

Rusia quedaba, en 1918, en su parte europea y caucásica, amputada territorialmente y rodeada de Estados enemigos, controlados directamente por Berlín. De no haber terminado la Gran Guerra con la derrota de Alemania, muy duro hubiera tenido la Rusia soviética salir adelante, invadida como estaría, a partir de ese año, por tropas de EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. La idea que guiaba a los invasores era una pinza que, de oeste a este, terminara asfixiando a Rusia, sumida también en una guerra civil alentada y apoyada por los invasores, en la que desempeñaban un papel relevante los nacionalistas ucranianos y georgianos. A lo largo de 1918, más de 200.000 soldados de las potencias occidentales y de Japón ocupan territorio soviético de este a oeste y de norte a sur, impulsando movimientos nacionalistas para asfixiar la sitiada y agredida Revolución bolchevique. Lenin resume la situación: «Murmansk en el norte, el frente checoslovaco en el este, Turkestán, Bakú y Astracán en el sudoeste: vemos que casi todos los eslabones del anillo forjado por el imperialismo anglo-francés se han unido entre sí».

Mencionemos por su nombre, ahora, a las potencias imperialistas que habían invadido Rusia: EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. Hagamos ahora la comparativa después de responder a esta pregunta: ¿Qué países forman el núcleo de la OTAN? EEUU, Gran Bretaña, Francia e Italia. ¿Qué país era el principal aliado del Imperio británico en 1918? Japón ¿Qué país asiático es el principal aliado de EEUU? Japón.

No formaba Alemania parte del grupo en 1918, pero no hacía falta. Ya había invadido Rusia y cumplido su papel con el Tratado de Brest-Litovsk, de forma que, aunque en otro escenario, Alemania era el otro «eslabón del anillo forjado por el imperialismo». Tan así, que las potencias triunfadoras no revierten los resultados de ese tratado. Rusia no recuperará lo perdido hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Contra la Rusia soviética estaban todos, incluida Alemania, con el Japón imperial ocupando Vladivostok con 100.000 soldados –a los que después se unieron tropas de EEUU y otros países–. El primer ministro británico, Lloyd George describía así la situación:

> Un cordón muy diverso por su composición de tropas aliadas custodiaba toda Siberia a lo largo del Transiberiano hasta los Urales. Estaba integrada por guardias blancos rusos, checos, unidades de la Marina y de Infantería británica, japoneses, norteamericanos y pequeños grupos de franceses e italianos.

Las circunstancias históricas han cambiado sustancialmente –en 1918 no había internet ni videojuegos, tampoco aburridos milmillonarios volando al espacio–, pero los protagonistas no, ni sus intenciones tampoco, aunque ahora las decoren con la defensa de su democracia de plastilina y de unos derechos humanos que naufragan cada día en las aguas del Mediterráneo, Canarias, Grecia o el canal de la Mancha.

Hagamos ahora un listado de objetivos germanos y «aliados» contra Rusia, para ir afinando la cuestión:

- En 1918, Alemania, por su lado, y los «aliados», por otro, buscan cercenar territorio ruso y establecer un cerco militar y político contra Rusia para derrocar a su Gobierno (y colocar uno «modelo ucraniano», como pueden imaginar).
- Los nacionalistas de Ucrania desempeñan un papel central en la estrategia antirrusa, pues, al quedar alineados primero con Alemania y luego con los «aliados», su papel en el juego es cercenar a Ucrania de Rusia para, después, utilizarla de punta de lanza. El nudo de esta política es debilitar cuanto sea posible a Rusia.
- Tras la independencia de los países bálticos y Finlandia, Rusia queda prácticamente sin salida propia al mar Báltico, siendo este mar indispensable para su economía y comercio, pues es su única vía de comunicación con el océano Atlántico desde «aguas calientes». Los puertos árticos, en los gélidos inviernos, eran poco menos que inviables para el nivel de desarrollo naval de esa época.
- La ocupación de Vladivostok deja a Rusia sin salida al océano Pacífico.
- La ocupación de Murmansk y Arcángel priva a Rusia de sus puertos árticos, de forma que el país queda prácticamente incomunicado por vías marítimas.
- La ocupación de Bakú y el sur del Cáucaso reduce drásticamente el acceso a las fuentes de petróleo y debilita su dominio del mar Negro.

En suma, las potencias imperialistas actúan coordinadamente para bloquear por mar y asfixiar a Rusia económicamente, de la misma forma que habían hecho con el Imperio alemán. La única diferencia entre Rusia y Alemania, entonces y ahora, era la magnitud geográfica. Alemania podía ser bloqueada y rodeada por ser un país mediano. Rusia, con sus 24 millones de kilómetros cuadrados, no podía ser ocupada. Por esa magnitud geográfica pudo resistir el Gobierno bolchevique y por esa misma magnitud los invasores se vieron obligados a retirarse, muy a su pesar, dejando abandonados a sus lacayos del Ejército Blanco. Eso, repetimos, ocurrió en 1918. ¿Qué pasa ahora, en 2022?

En esencia, ha cambiado el protagonista principal, pero no los objetivos perseguidos. Entre 1914 y 1918, Alemania puso en marcha una política dirigida a expan-

dirse a costa de Rusia, especialmente en Ucrania y el Báltico, con el doble propósito de disponer de tierras de colonización y extender el imperio y debilitar a Rusia, desde criterios bañados de racismo, pues había arraigado entre los germanos la creencia de que los eslavos eran un pueblo inferior (esclavo viene de eslavo; en inglés, el mismo término –*slave*– designa a eslavo y esclavo). Clausewitz consideraba que, en el siglo XVIII, «los rusos apenas podían ser considerados como europeos». Thoman Mann, premio Nobel de Literatura en 1929, escribió, en 1907, que «Rusia está mucho más próxima a la barbarie que nuestra mitad occidental de Europa». Hitler llevará al extremo de la barbarie el antieslavismo. No en vano los nazis llamaban *Untermensch* (subpersona) a los eslavos, formados por rusos, bielorrusos y ucranianos, conviene recordar.

(El desprecio hacia los eslavos, en Alemania, tiene sus raíces en el siglo XIX y llegó de la mano del nacionalismo germano. En el siglo XIX, los nacionalistas alemanes, buscando crear señas de identidad germanas y territorios nuevos, concibieron la idea de *Drang nach Osten*, o «Expansión hacia el este», empleada en los siglos XIX y XX para justificar la necesidad de Alemania de conquistar y colonizar espacios en el Imperio ruso. El promotor de esa idea fue el historiador prusiano Heinrich von Sybel [1817-1895], fundador de la Asociación Panalemana [Alldeutscher Verband], que impulsaba un movimiento hacia el este como demostración de la «vitalidad» germana.

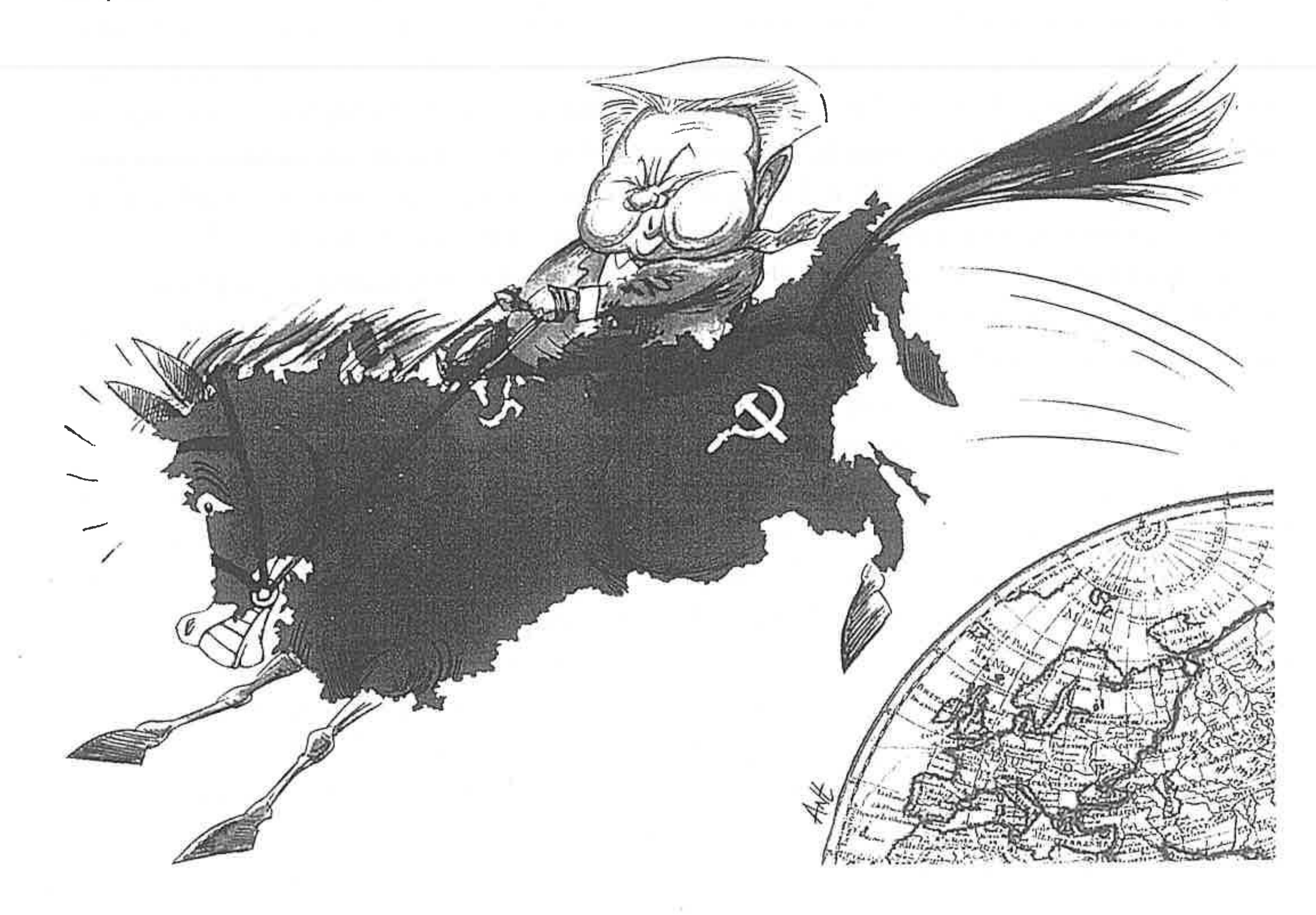
Sybel –un fervoroso creyente de la «misión» de Prusia de unificar Alemania– se inspiraba, a su vez, en la expansión de población germana durante el Medievo, que fue llamada *Ostsiedlung* [establecimiento en el este], un movimiento poblacional que se dio entre los siglos XII y XV, con algunos episodios en los siglos XVI y XVIII. «El afán antiguo de ir hacia el este debe ser revivido», había dicho Sybel. La obsesión alemana con Ucrania y partes de Bielorrusia en las negociaciones de Brest-Litovsk habría estado influenciada por la idea del *Drang nach Osten;* idea que fue revivida con más fuerza por el nacionalsocialismo, denominándola *Lebensraum* o «espacio vital». Stalin, en su discurso al pueblo el 9 de mayo de 1945, expresó: «La lucha de siglos de los pueblos eslavos por su existencia e independencia terminó con la victoria sobre los ocupantes alemanes y la tiranía alemana». Vistas las ambiciones de la OTAN sobre Ucrania y la obsesión atlantista de avanzar sobre Rusia, «la lucha de siglos de los pueblos eslavos» no parece haber concluido, repitiéndose el episodio de nacionalistas ucranianos haciendo piña con los herederos de Alemania contra otros ucranios, rusos y bielorrusos.)

En 2022, el papel de Alemania –*mutatis mutandis*– lo desempeña EEUU, jugando, en lo sustantivo, las mismas cartas, con la diferencia de que EEUU tiene a su lado –y no en contra– a los países que habían combatido contra Alemania. Todo este *déjà-vu* se produce a partir del suicidio de la Unión Soviética, que deja, por vez primera en siglos, a Europa sin una potencia terrestre dominante. Boris Yeltsin había

sumido a Rusia en un pozo de pobreza, desintegración, corrupción y caos, en lo que Vladímir Putin calificó como el mayor desastre geopolítico de la historia (lo fue). Aprovechando el inmenso vacío dejado por la URSS, EEUU trasmuta a la OTAN en un remedo de potencia terrestre, con la que quiere rellenar el agujero negro dejado por la URSS y conseguir un avance territorial similar, demasiado similar, a lo arrancado por Alemania a la Rusia soviética en el Tratado de Brest-Litovsk.

En cuanto a los nacionalistas ucranianos, desempeñan hoy un papel similar al de sus pares en 1918. Si aquellos suplicaban a Alemania ocupar Kiev y Ucrania, los actuales hacen lo mismo con EEUU. La diferencia mayor –casi la única– es que, en 1918, Ucrania era parte de Rusia y, a partir de 1991, es un Estado independiente por vez primera en la historia. Excepción hecha de este factor, son lo mismo. Los unos suspiraban por ser colonia de Alemania; los actuales lo hacen por ser colonia de EEUU. La operación militar de Rusia en Ucrania encontraría en estos antecedentes una explicación histórica de los intereses en conflicto, que han terminado desencadenando una guerra por razones demasiado semejantes a las de 1918.

Volvamos al hilo conductor. Por vez primera en la historia –vivimos una época de primeras cosas–, una potencia marítima convertía una alianza militar en una suerte de potencia terrestre que la potencia marítima manejaba –y maneja– como triunfan-



te y feliz titiritero. El papel que había desempeñado Alemania entre 1870 y 1944, como potencia terrestre hegemónica en Europa, y que había ocupado la URSS desde 1945, pasa a ser desempeñado formalmente por la OTAN, aunque, en la realidad de los hechos, es EEUU el país que ejerce efectivamente el papel de potencia hegemónica, ampliando su espacio de dominio a casi toda Europa, de Portugal a Estonia.

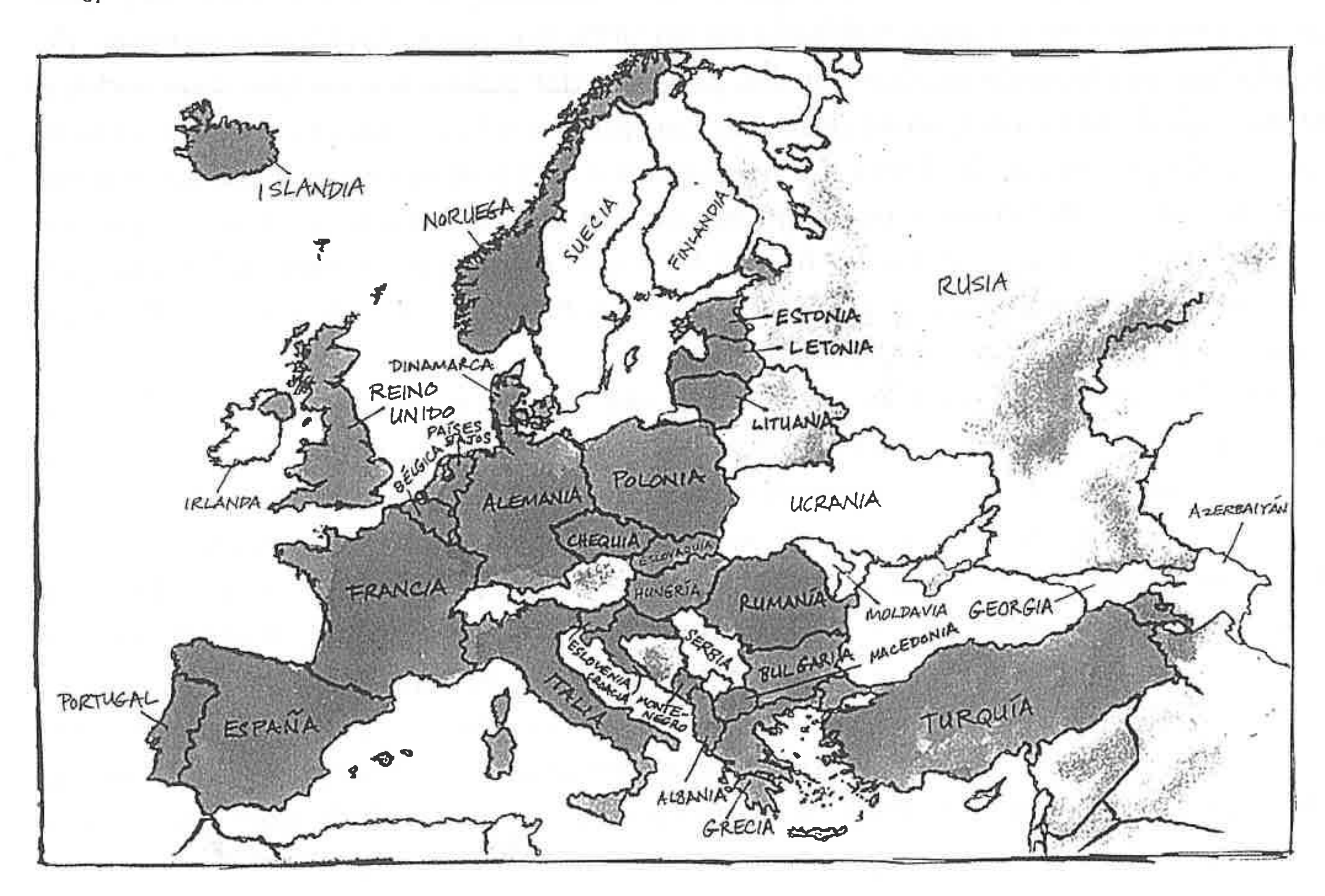
Nunca Europa, a lo largo de su dilatada historia, había estado sometida a un poder único. No pudo Carlos I de España y V de Alemania, fracasó Napoleón y Hitler vio desmoronarse su sueño de los Mil años del Reich en cuatro años. EEUU lo quiere intentar, pero está el obstáculo infranqueable y –por lo mismo– intolerable, de Rusia, donde quedó sepultado el sueño imperial napoleónico. Había –todavía hay– un Estado «disidente», que era la «isla Yugoslavia», último aliado de Rusia en Europa Central, y ese pecado la llevó a ser destruida por la OTAN en la guerra de agresión de 1999 (que será el inicio de las guerras e invasiones que querían moldear el mundo a imagen y semejanza de EEUU, y que terminarán en el desastre de Afganistán). A partir de entonces, EEUU pone en marcha su sueño supremo: ser la megapotencia mundial que domine el siglo XXI. (Patético fue ver, en los inicios de 2022, a dirigentes europeos intentando unir la UE para que desempeñara un papel protagónico en las conversaciones en marcha entre EEUU y Rusia sobre la nueva arquitectura de seguridad de Europa, proyecto de unión que era inviable, a partir del hecho de que varios países europeos sólo responden a EEUU. La crisis ucraniana, como la yugoslava de 1999, ha terminado de echar por tierra todos los proyectos de autonomía de la UE, hoy sometida completamente a EEUU, un sometimiento que, como ya se viera, ha llevado a la UE a hacer suyas la geoestrategia imperial de EEUU, al punto que está dispuesta a ir al enfrentamiento con China.)

La jugada maestra de ese plan, el jaque mate a Rusia, el colofón al propósito del control de Europa por EEUU, era Ucrania. Por su posición geográfica; por ser el Estado europeo exsoviético más extenso; por la cercanía de sus fronteras al corazón de Rusia; porque, con Ucrania en la OTAN, Bielorrusia quedaría rodeada por tres lados y sería cuestión de tiempo que el Gobierno prorruso cayera y Bielorrusia fuera devorada por la OTAN; porque desde Ucrania –y Georgia– la OTAN pasaría a dominar la casi totalidad del mar Negro, dejando a Rusia al fondo y con un pedazo mínimo de dicho mar; por todo ello, Ucrania era pieza imprescindible e insustituible, la guinda que culminaría la dominación de Europa por EEUU y el golpe final al país heredero de la Unión Soviética. Aislada de Europa, empujada hacia los Urales y rodeada de Estados atlantistas enemigos, Rusia quedaría –política, económica y militarmente– fuera de juego en el ámbito europeo. Un paria del que harían befa EEUU y la OTAN. Una vez Rusia quedara acorralada y Europa dominada a través de la OTAN, EEUU tendría las manos –y los recursos– libres para dedicarse a su verdadero objetivo: el pleno control del Pacífico, estableciendo una muralla militar insu-

lar en torno a China. Con Rusia fuera de juego y China acorralada, el *New American Century* podría hacerse realidad.

A esa tarea se aplicará sin ambages EEUU, de forma que, en 2008, propone el ingreso de Ucrania en la OTAN. Francia y Alemania se oponen a la propuesta, por considerar que tal paso iba más allá de lo que podía tolerar Rusia y que, de darse, se abrían las puertas a un grave conflicto. Rusia, pese a haber quedado arruinada y humillada durante el Gobierno de Yeltsin, seguía siendo una superpotencia nuclear y había hecho saber su firme oposición a la absorción de Ucrania por la OTAN.

El proyecto ucraniano no fue abandonado. Era demasiado importante para dejarlo de lado. Fue, simplemente, pospuesto por EEUU, para materializarlo por otros medios, muy bien conocidos por la CIA: la desestabilización por medio de una «revolución de colores», llamada Euromaidán. El año: 2014. No serían colores los que se usarían, sino balas (el 2 de mayo de ese año, extremistas ucranianos asaltan la Sede de los Sindicatos en la muy rusa ciudad de Odessa y matan a 42 personas; los atacantes gritaban «¡Viva Ucrania!» y remataban a los heridos. Fue el inicio de la persecución de todo lo que significara ruso, tan así que, en este 2022, sigue sin aclararse la matanza de Odesa). Tampoco se trató de un movimiento popular –la mitad de la población ucraniana es rusa o rusoparlante–, sino de un bien organizado golpe de Estado, revestido de europeísmo y democracia, que derrocó al Gobierno –¿prorruso?– de Viktor Yanukovich. En Rusia sabían de ese empecinamiento de



EEUU y, como expresó su ministro de Exteriores, Serguéi Lavrov, en junio de 2021: «Si no hubiera habido el golpe de Estado en Ucrania, después de lo cual nos vimos obligados a defender a aquellas personas que se negaron a obedecer a los perpetradores neonazis del golpe, entonces se habría inventado otra cosa».

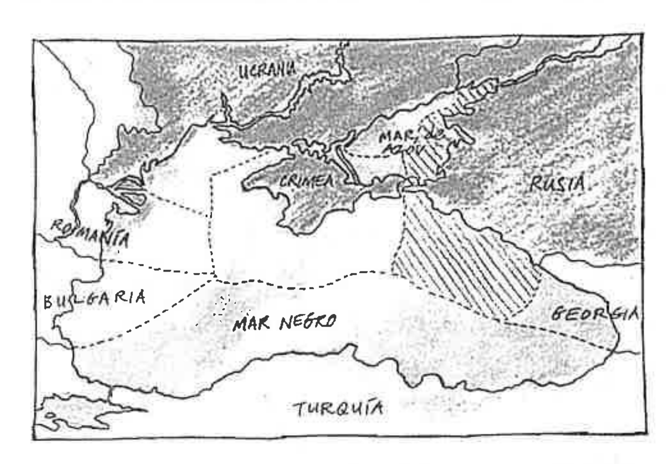
Pero lo que EEUU imaginó iba a ser una fiesta para mayor gloria del *New American Century*, ha terminado convirtiéndose en la mayor pesadilla de Europa y, más peligroso aún, en el punto que ha hecho saltar por los aires buena parte de los cimientos de la estructura mundial organizada desde el neoliberalismo, aunque tanto EEUU como la OTAN han descartado la posibilidad de una guerra nuclear (?). En 2014, EEUU y sus socios atlantistas pudieron darse cuenta de que la Rusia de Vladímir Putin no tenía nada que ver con la Rusia del dipsómano Boris Yeltsin. Y que Ucrania era una línea roja, muy roja. Que apoderarse de Ucrania no iba a ser un paseo militar, ni nada parecido.

De Noruega a Georgia, la OTAN podría cercar a Rusia, con Ucrania apuntando al corazón de Moscú. En 1918, las fuerzas interventoras occidentales bloquearon a Rusia desde el Ártico, Ucrania, el Cáucaso y el Pacífico.

La respuesta de Rusia fue contundente, porque sabía muy bien las consecuencias que tendría para el país el zarpazo sobre Ucrania. Si EEUU tenía sus objetivos, Rusia tenía los suyos y eran más perentorios. Las provincias ucranianas habitadas por rusos se rebelaron, dando inicio a la guerra en el Donbás; pero lo esencial era preservar la península de Crimea, habitada en un 98% por rusos. En Moscú se había decidido que era hora de acabar con los juegos y dar paso a los fuegos. Con todo, el punto crítico era Crimea. Rusa desde su conquista en 1774, fue, casi de inmediato, colonizada por rusos. En 1954 fue traspasada a Ucrania para conmemorar los mil años de unión entre rusos y ucranianos, cuando la URSS era fuerte y se la creía inmortal. Crimea, desde un inicio, fue un territorio estratégico y esencial, tanto para el Imperio ruso como para la URSS, pues el mar Negro es el único que posibilita el tránsito a y desde el mar Mediterráneo.

El poder ruso se ha proyectado, a partir del siglo XVIII, desde Crimea y desde la ciudad y base naval de Sebastopol, cuya historia es paralela a la de Rusia. La defendieron los rusos en la guerra contra los otomanos entre 1768 y 1774; contra la coalición franco-británica en la Guerra de Crimea (1853-1856); fue ocupada por Alemania en la Primera Guerra Mundial y luego recuperada por el Ejército Rojo de manos del Ejército Blanco; los nazis ocuparon la ciudad en 1942, después de 250 días de sitio, y exterminaron a su población luego de ocuparla. En 1944, el Ejército Rojo no dudó en aniquilar al Ejército nazi al reconquistar la ciudad. No hay nada de Ucrania en Crimea, salvo una decisión administrativa. Creer que Crimea volverá a Ucrania es creer que la Tierra es plana (aunque es bien sabido que, en política, abundan los terraplanistas), que en Marte hay marcianos y que la OTAN cree en

Gandhi y en la madre Teresa de Calcuta. La importancia geoestratégica de Crimea y Sebastopol no ofrece ninguna duda. Desde ellas se domina el mar Negro. Con ella, Rusia es potencia sin rival; sin ella, apenas una orilla en la esquina noroeste de ese mar. Para entenderlo basta con repasar los siguientes mapas:





El mar Negro. Izquierda, marcadas, las áreas marinas que le quedarían a Rusia sin Crimea. Derecha, las áreas con Crimea incorporada. En azul, el resto que pertenece a miembros de la OTAN con Ucrania y Georgia como Estados aliados.

El golpe de Estado de 2014 en Ucrania fue un hecho funesto para Europa, pero aún más para los ucranianos. Narra Tucídides que, antes de que estallara la Guerra del Peloponeso, los espartanos enviaron una delegación encabezada por Melesipo, hijo de Diacrito, para ver si los atenienses cedían algo en sus posiciones. Los atenienses, siguiendo a Pericles, se negaron a recibirlo, pues ya habían decidido no aceptar a ningún heraldo. Recoge Tucídides que, cuando estuvo en la frontera, Melesipo dijo lo siguiente: «Este día supondrá para los griegos el comienzo de grandes infortunios».

Las líneas rojas que pueden ser de rojo nuclear

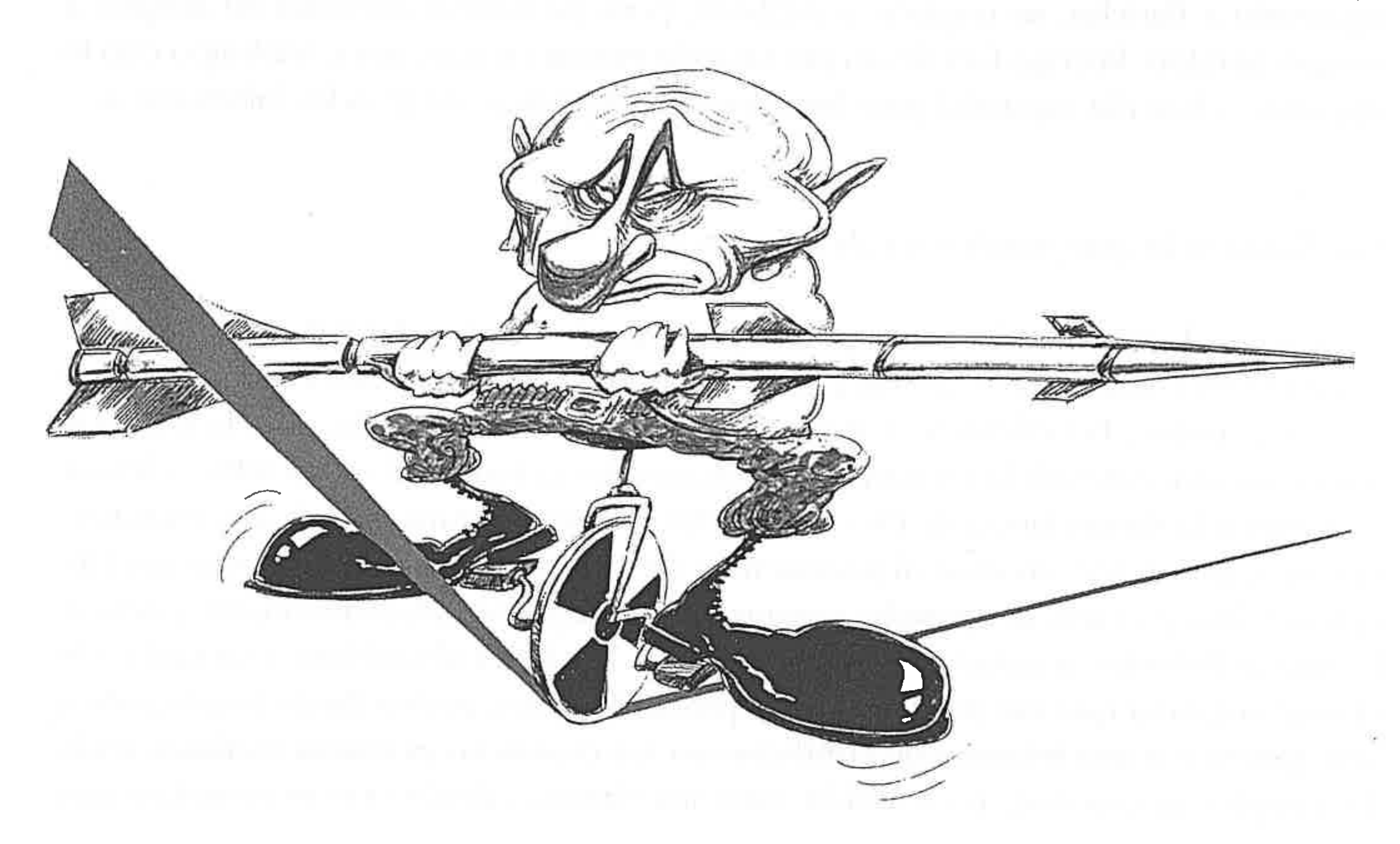
A partir de 2014 se abrió una grieta enorme entre Rusia y los Estados atlantistas. Como se examina en otro capítulo, estos respondieron con una batería de sanciones que, a la postre, beneficiaron a Rusia. En vez de verse debilitada, para la potencia eslava las sanciones de la UE fueron un acicate para potenciar su desarrollo y reducir a mínimos la dependencia de Occidente. Pero el tema Ucrania seguía ahí, enquistado como un cáncer, sin visos ni perspectivas de solución. Una crisis, hay que decirlo, que persistía y a ratos se agravaba porque EEUU y algunos países atlantistas –particularmente Polonia– seguían empeñados en que la OTAN absorbiera a Ucrania, sin querer entender que ese paso, con altas probabilidades, podría llevar terminando a una guerra y a una telaraña de conflictos en los cuales las primeras víctimas serán los propios ucranianos. En realidad, eran las víctimas desde que se rompiera con

Rusia, su principal mercado, y vieran cómo naufragaba su economía (un dato ilustra el desamparo del pueblo ucraniano: el PIB per cápita. En Ucrania era, en 2021, de 3.283 dólares, por 5.601 en Bielorrusia y 8.846 dólares en Rusia; es decir, es un 40% inferior al de Bielorrusia y apenas un tercio del ruso. En 2012, el PIB per cápita de Ucrania era de 3.014 dólares, y de 1.915 en 2016).

Ucrania, repetimos, era una línea roja, rojísima. Lo había dicho y repetido Rusia, con hechos, desde 2014, y, en el último año, con palabras. En 2021, el presidente Putin insistió de forma reiterada que Rusia tenía unos límites que no podían ser traspasados por la OTAN. En su discurso sobre el estado de la nación, de 21 de abril de 2021, hizo una advertencia a Occidente: que evitara involucrarse en «provocaciones» y que no cruzara las «líneas rojas»; de hacerlo, se enfrentaría a fuertes medidas de represalia. Putin expresó la posición de Rusia con suma claridad en su discurso:

> Debo decir que hemos tenido suficiente paciencia, responsabilidad, profesionalidad, confianza en nosotros mismos y en nuestra corrección y sentido común al tomar decisiones. Espero que a nadie se le ocurra cruzar ninguna línea roja con Rusia. Dónde queda esta línea roja lo decidimos nosotros en cada caso.

Singular fue que Putin no diera detalles sobre qué eran esas líneas rojas, limitándose a enfatizar que el Kremlin las determinaría como mejor le pareciera, siempre que surgiera la necesidad de señalarlas. A diferencia de lo acontecido en 2014,



Putin enfatizó que no se escondía nada sobre la preparación militar de Rusia. Por el contrario, quería que Ucrania, EEUU y la UE conocieran con claridad cuáles eran sus capacidades militares. El mensaje no podía ser más claro. En caso de que la OTAN cruzara las líneas rojas, Rusia no actuaría de manera encubierta. Lo haría con todo el potencial militar que la OTAN y la UE conocían, pues bien enterados estaban de su capacidad militar.

Las advertencias continuaron a lo largo de 2021. Así, el 30 de noviembre, preguntado sobre el tema durante el Foro de Inversiones VTB, Putin respondió:

> ¿Las líneas rojas? Esas serían las probables amenazas desde ese territorio [Ucrania] hacia nosotros. Si ellos [la OTAN] continúan de esta manera, si estacionan y despliegan sistemas de ataque en territorio ucraniano, el tiempo de vuelo hasta nuestras fronteras, hasta Moscú, sería de 5 a 7 minutos... ¿Y qué deberíamos hacer nosotros? Tendremos que crear algo similar para responder a los que nos amenazan. Y podemos hacerlo.

En la misma intervención, volvió a referirse al poderío militar de Rusia, poniendo de ejemplo el misil de crucero hipersónico *Tsirkon,* capaz de volar a nueve veces la velocidad del sonido, lo que le permitiría alcanzar su objetivo «en 5 minutos». El *Tsirkon,* dijo Putin, será entregado a la Armada rusa a principios de 2022. Este misil tiene un alcance superior a mil kilómetros y puede portar ojivas nucleares, algo que se sabe, aunque el Gobierno ruso no ha querido confirmarlo. Desde Kaliningrado, el *Tsirkon* podría alcanzar en pocos minutos Varsovia (a 277 km), Berlín (a 524 km), Copenhague (a 512 km), París (a 1.400 km) o Londres (a 1.414 km).

> Así que aquellos que dan esas órdenes [de acercarse cada vez más a las fronteras de Rusia] deberían pensar probablemente en esto. Y esas amenazas son las líneas rojas para nosotros.

Hay que repetirlo una y otra vez. La crisis europea que tiene su epicentro en Ucrania es resultado y consecuencia de la ampliación de la OTAN hacia el este y del empeño de EEUU de hacer de Ucrania una pieza títere para expulsar a Rusia, país que es un contrapeso a su sueño de dominación de toda Europa. Hacer de Ucrania lo que quería hacer de ella Alemania en 1918 (un objetivo similar, aunque menor en relevancia, ha sido el interés de EEUU por el ingreso de Georgia en el Pacto Atlántico). En cuanto a la posición de Rusia sobre el futuro de Ucrania, la resumió, en noviembre de 2021, el canciller Lavrov:

> No se trata de invadir con tropas rusas Ucrania o de librar una guerra. No, deberíamos mejorar las relaciones para un desarrollo más justo y estable, unas relaciones

que tengan en cuenta los intereses de seguridad de todos los miembros de la comunidad internacional. Si trabajamos en esta dirección, nadie se sentirá amenazado.

Es preciso comprender a cabalidad lo que está en juego en Ucrania para entender la obstinación de EEUU y la OTAN con este país, así como la línea roja trazada por Rusia. No es un tema relacionado con la manoseada democracia, los derechos humanos o, como dicen últimamente, el derecho de Ucrania a su soberanía. Estamos ante un escenario, el más crudo y grave escenario europeo, de geopolítica y poder. En EEUU y la OTAN hay conciencia de que, si pierden el pulso por Ucrania, pierden la última ocasión de infligir un golpe contundente a Rusia, cada vez más fuerte y más armada. Y a la inversa, en Rusia saben que, si la OTAN absorbe Ucrania, su situación en Europa y, por ende, en el mundo se hace peligrosamente precaria. Es un escenario de suma cero, sin medias tintas. Eso explica la respuesta de Putin a la pregunta de un periodista, en una rueda de prensa el 8 de diciembre de 2021. El presidente ruso calificó de «crimen» quedarse «de brazos cruzados» viendo lo que estaba haciendo la OTAN:

> ¿Cómo podemos no pensar en ello? Sería simplemente una inacción criminal de nuestra parte quedarnos de brazos cruzados y ver lo que ocurre allí [...]. No podemos dejar de estar preocupados por la perspectiva de la posible admisión de Ucrania en la OTAN, porque a ello seguirá, sin duda, el despliegue de los correspondientes contingentes militares, bases y armas que supondrán una amenaza para nosotros.

Rusia, insistía Putin, demandaba garantías jurídicas a su seguridad de que no habría más ampliaciones de la OTAN al este, porque las garantías verbales no servían para nada, pues los países occidentales nunca habían cumplido sus promesas verbales, recalcando que las «legítimas preocupaciones de Rusia en materia de seguridad» habían sido y seguían siendo ignoradas por la OTAN. La respuesta de la OTAN llegó por boca de su secretario general, Jens Stoltenberg, quien afirmó que la organización considera «inaceptable» la idea de que Rusia tenga una esfera de interés, ya que sus vecinos son Estados soberanos y, recalcó, Rusia «no tiene derecho de veto o derecho de voto» en la entrada de Ucrania en la Alianza. En ese cruce de espadas, en aquel momento verbal, el ministro de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, dijo que la OTAN estaba provocando un agravamiento de la situación al negarse a considerar las propuestas de Moscú. Lavrov señaló que «el principio de indivisibilidad de la seguridad [...] establece que nadie debe fortalecer su seguridad a costa de la seguridad de los demás», y que para Rusia era «categóricamente inaceptable» que los países vecinos de Rusia se convirtieran en «un trampolín para el enfrentamiento» con Moscú. La posición de la OTAN, dijo Lavrov, estaba produciendo un retorno «al escenario de pesadilla de una confrontación militar».

La situación había llegado a tal punto muerto que ni siquiera las conversaciones entre Putin y Biden, el 7 de diciembre de 2021, dejaron entrever un cambio de escenario. Putin demandó garantías de seguridad y Biden respondió que EEUU apoyaba la independencia e integridad territorial de Ucrania, es decir, «de aquí no nos movemos». Interesante fue la respuesta de Biden, al día siguiente, 9 de diciembre, a la pregunta sobre si EEUU enviaría tropas a Ucrania en caso de invasión rusa. Aquí la tienen:

> Tenemos una obligación moral y una obligación legal con nuestros aliados de la OTAN si ellos atacasen en virtud del artículo 5, eso es una obligación sagrada. Esa obligación no se extiende a Ucrania. Pero dependería de lo que el resto de los países de la OTAN estuvieran dispuestos a hacer también. Pero la idea de que Estados Unidos vaya a utilizar unilateralmente la fuerza para enfrentarse a Rusia si invade Ucrania no está sobre la mesa ahora mismo.

En otras palabras, EEUU, solo, no enviaría tropas, pero si otros países de la OTAN «estuvieran dispuestos» a enviarlas, entonces sí iría de la manita con ellos. Para terminar de descifrar este aparente enigma, hay que saber una cosa: a EEUU no le ha gustado nunca ir a una guerra en solitario, salvo si es contra indios, negros o mexicanos, como decía Billy el Niño (ya saben, el famoso pistolero, muerto en circunstancias no aclaradas, que se ufanaba de que «había matado a 21 hombres, sin contar a indios, negros y mexicanos»). Atentos, ya sé qué estarán tentados de decir que EEUU peleó solo solito contra Japón en la Segunda Guerra Mundial (sobre el ataque a Pearl Harbor hay muchas películas, como la de Michael Bay, *Pearl Harbor*, de 2001; también *Banderas de nuestros padres*, de 2006, de Clint Eastwood). Es así según los guionistas de Hollywood, que son los más documentados e imparciales del mundo; pero no. Lo cierto es que, al tiempo que Japón peleaba contra EEUU, también peleaba en Corea, China, Vietnam, Birmania, Filipinas y Singapur. Sufrió Japón más bajas en China que contra EEUU (sobre la Guerra chino-japonesa, el filme *Los 800*, de Guan Hu, de 2020).

Al final, las palabras de Biden fueron eso, palabras, pues se ha aplicado a fondo en desmentir que la OTAN vaya a participar de ninguna forma en el conflicto de Ucrania. Ya se verá, en su momento, si EEUU estaría dispuesto a exponer a su país a una guerra nuclear por defender países insignificantes como los Bálticos (Atención a este artículo del prestigioso analista conservador, Pat Buchanan, en su artículo *Have We Cornered Ourselves?* (¿Nos hemos acorralado a nosotros mismos?), en el que expresa: «Aunque es una nación de 44 millones de habitantes y casi tan grande como Texas, Ucrania no es un interés vital para Estados Unidos ni es miembro de la OTAN. Sin embargo, si el presidente ruso Vladímir Putin invadiera Estonia, cuya

población es el 3% de la de Ucrania, Estados Unidos estaría obligado a entrar en guerra con Rusia. ¿Tiene esta disparidad sentido estratégico? ¿No debería Estados Unidos tener la misma libertad de acción para decidir si lucha por Estonia que para decidir si lucha por Ucrania? Después de todo, Ucrania es mucho más grande y más poblada y estratégica».

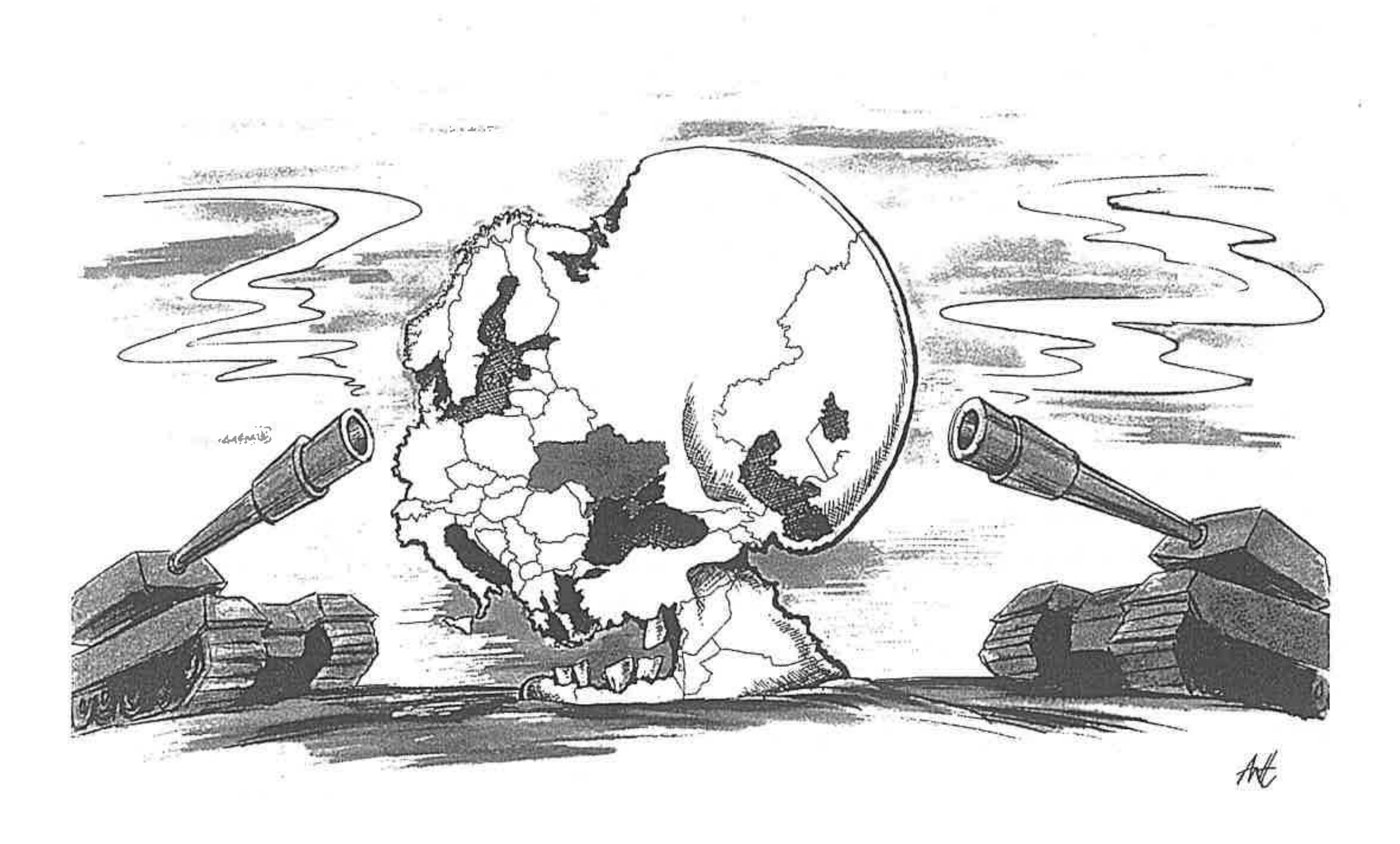
(En este punto es irresistible no traer a colación –y no nos referimos a esa comida ligera que se toma por la noche en días de ayuno– unas memoriosas –por no emplear un adjetivo más adecuado, como por ejemplo majaderas– declaraciones de la ministra de Defensa alemana, Christine Lambrecht, en octubre de 2021, diciendo que la OTAN debería «dejarle muy claro» a Rusia que está «dispuesta» a utilizar medios militares, «incluidos los nucleares», para «contener» a Moscú. Respondió el ministro de Defensa ruso, Serguéi Shoigú, diciendo que «la ministra de Defensa de Alemania debería saber bien cómo han terminado cosas parecidas para Alemania y Europa». ¿Querrá Alemania una tercera?)

De que las conversaciones presidenciales entre Putin y Biden no habían logrado nada daba cuenta, el 9 de diciembre, el viceministro de Exteriores ruso, Serguéi Riabkov, al afirmar que no se podía descartar que las relaciones entre Rusia y EEUU acabaran en una situación parecida a la de la crisis de los misiles de Cuba de 1962, cuando la URSS y EEUU estuvieron a un paso de la guerra nuclear por el establecimiento de misiles soviéticos en Cuba. «Saben, se puede llegar a esto», expresó Riabkov. Ese episodio ayuda a poner las cosas en perspectiva. En 1962, EEUU descubrió que los soviéticos estaban instalando misiles en Cuba, a 90 millas de Florida. Para EEUU, tal despliegue de misiles en sus mismas costillas era inadmisible. En eso no contaba que Cuba era un país libre, soberano e independiente, y tenía derecho –Derecho internacional en mano– a instalar lo que quisiera en su territorio. Pero para EEUU esos derechos no valían ni un clavo de olor, así que... a desmontar los misiles para evitar la guerra nuclear. En el caso de Ucrania, en cambio, valía lo que no valía para Cuba. Ucrania es un Estado soberano y podía, por supuesto, ingresar en la OTAN y llenar su territorio de misiles apuntando a Rusia, y Rusia –al contrario que EEUU en 1962– debe quedarse quieta y calladita. Pero Rusia no se callaba y mantenía las advertencias, como las expresadas en un comunicado oficial del Ministerio de Exteriores, de 10 de diciembre de 2021:

> Se ha tomado un rumbo para arrastrar a Ucrania a la OTAN que está plagado de la aparición de sistemas de misiles de ataque con un tiempo mínimo de vuelo a Rusia central, así como de otras armas desestabilizadoras. Este comportamiento irresponsable plantea amenazas inaceptables para nuestra seguridad y allana el camino por serios riesgos militares para todas las partes involucradas, llegando incluso a un conflicto a gran escala en Europa. [...]

> Con la situación de Ucrania como pretexto, Occidente se ha embarcado en un curso de fomento de la rusofobia y blindaje de las acciones del régimen de Kiev que buscan descarrilar los acuerdos de Minsk y preparar un escenario militar en Donbás.
>
> Es imposible interpretar de otra manera los cada vez más frecuentes ejercicios no programados que realizan Estados Unidos y sus aliados en el mar Negro. Los aviones de los Estados miembros de la OTAN, incluidos los bombarderos estratégicos, realizan regularmente vuelos provocativos y maniobras peligrosas cerca de las fronteras de Rusia. En Ucrania, el territorio sigue siendo explotado militarmente y se siguen canalizando armas hacia el país.

El 17 de diciembre de 2021, Rusia envió a EEUU y la OTAN sendos proyectos de acuerdos de seguridad, para establecer un nuevo modelo de garantías mutuas en ese campo que ayudara a evitar un eventual conflicto armado. También invitó a reuniones bilaterales Rusia-EEUU y Rusia-OTAN para tratar las propuestas enviadas. A lo largo del mes de enero de 2022 se sucedieron distintas reuniones de delegaciones rusas con otras de EEUU y la OTAN, en conversaciones que se calificaron de informales y que no llegaron a nada concreto. Según los protagonistas, las conversaciones seguirían en los próximos meses y, dado el calado de los temas, nadie las espera fáciles ni rápidas. En ese ambiente de posiciones antagónicas, el 12 de ene-



ro, después de finalizada la reunión con Rusia, el secretario de la OTAN, Jens Stoltenberg, expresó que la OTAN y Rusia no son amigos, para luego afirmar que «hay un riesgo real de conflicto armado en Europa». Calificó las peticiones de Moscú de «quimera» y, respecto a la petición rusa de no incorporación de Ucrania a la OTAN, sostuvo que «eso no pasará». «No vamos a cambiar nuestra estrategia, y Rusia no tiene nada que decir porque es algo que sólo compete a la OTAN y a Ucrania.» Bravo. A mediados de enero de 2022, el ministro de Exteriores de Polonia, Zbigniew Rau, en el momento de asumir la presidencia de turno de la OSCE, confirmó las palabras de Stoltenberg: «Parece que el riesgo de guerra en la región de la OSCE es más grande ahora que nunca en los últimos 30 años». Como puede verse, los cuchillos estaban desenvainados y no hacían falta muchas chispas para que la OTAN, que «no va a cambiar de estrategia», nos invitara a una fiesta no deseada.

Cuando, en la madrugada del 24 de febrero de 2022, estallaron los fuegos (que no eran artificiales), no podía nadie decir que no se habían dado avisos suficientes. La prepotencia de la OTAN, menospreciando y rechazando las demandas de seguridad de Rusia, no dejaba casi ningún espacio a la negociación y la diplomacia. Es así como empiezan las guerras, con idiotas que creen que pueden pisar a quien les dé la gana y luego son ellos los que terminan pisados. Afganistán, digamos. ¿O no?

En todo caso, 2022 será un año largo y lleno de nuevas y puede que de más explosivas sorpresas...

De la rusofobia y otros dogmas sagrados del Occidente viril y civilizado

Como ya se viera, en diciembre de 1918, Alemania y el general Hoffmann tuvieron en la mano la paz con la Rusia bolchevique, que, de haberse firmado, habría puesto fin a la guerra en el frente oriental, que iba del Báltico a Crimea. De esa forma, Alemania hubiera podido trasladar la enorme cantidad de soldados y recursos destinados en Rusia para aplicarlos al frente occidental. Puede que, si tal hubiera pasado, el final de la guerra se habría pintado de colores distintos. Pero no firmaron. El peso del dogma ideológico –en aquellas críticas circunstancias un total disparate– de que no había paz sin anexiones territoriales retrasó la firma casi tres meses vitales. Cuando se firmó el acuerdo, en febrero, ya era demasiado tarde. En abril, EEUU declaraba la guerra a Alemania y ya no quedaba nada por hacer, salvo rendirse. Un dogma ideológico hizo perder a Berlín lo que era el último bejuco del que colgarse, no para ganar la guerra, sino para una paz honrosa. Lo había anotado Clausewitz: «La causa política de una guerra siempre tiene gran influencia sobre la manera como esta es dirigida». Valía en 1918. Vale ahora, en 2022, en el que un dogma –«[Sobre el ingreso de Ucrania a la OTAN] Rusia no tiene nada que decir

porque es algo que sólo compete a la OTAN y a Ucrania»– que ha llevado a una guerra absolutamente evitable, si hubiera prevalecido la prudencia sobre un dogma que sólo dejaba opciones a la confrontación.

En la última década, una serie de dogmas recorren Europa. Dogmas ideológicos –todo dogma es ideología, de igual forma que una ideología puede quedar reducida a un puñado de dogmas– sostenidos desde simplismos teóricos y maniqueos, que han llenado los espacios políticos con un montón de generales Hoffmann, particularmente en los países del Este del llamado Viejo Continente (que es viejo, pero no continente, pues el continente realmente viejo es África, de donde procedemos todos), a tal punto que es casi imposible encontrar debates serios y documentados sobre lo que está aconteciendo.

El dogmatismo político tiene su origen en EEUU, un país que desayuna, almuerza y cena dogmas en un escenario de buenos y malos, donde los buenos son ellos, herederos de los heroicos colonos blancos que mataron a los malos indios salvajes, que cortaban cabelleras y secuestraban a núbiles mujercitas rubias, bellas y cristianas. La llamada «Conquista del Oeste» dará lugar a una profusa filmografía, que ha sido determinante en configurar el mito-dogma de la superioridad moral y la misión civilizadora de EEUU.

«El único indio bueno es el indio muerto» solía decir el general Philip Sheridan, que se hizo famoso por sus campañas de exterminio en las «guerras indias». Otro icono fundador fue el general George Custer y su 7.° de Caballería, derrotado y muerto por una coalición indígena en la batalla de Little Big Horn, en 1876. Ambos personajes fueron elevados a mitos dignos de los padres fundadores de EEUU, con omisión de las atrocidades perpetradas contra poblaciones indefensas. La forma utilizada para justificar aquellos crímenes fue la demonización y degradación humana de los indígenas, considerados poco menos que animales («Eran miles de salvajes con rifles de repetición», dice un oficial del Ejército en el filme *El Séptimo de Caballería*, de Joseph Lewis, de 1956).

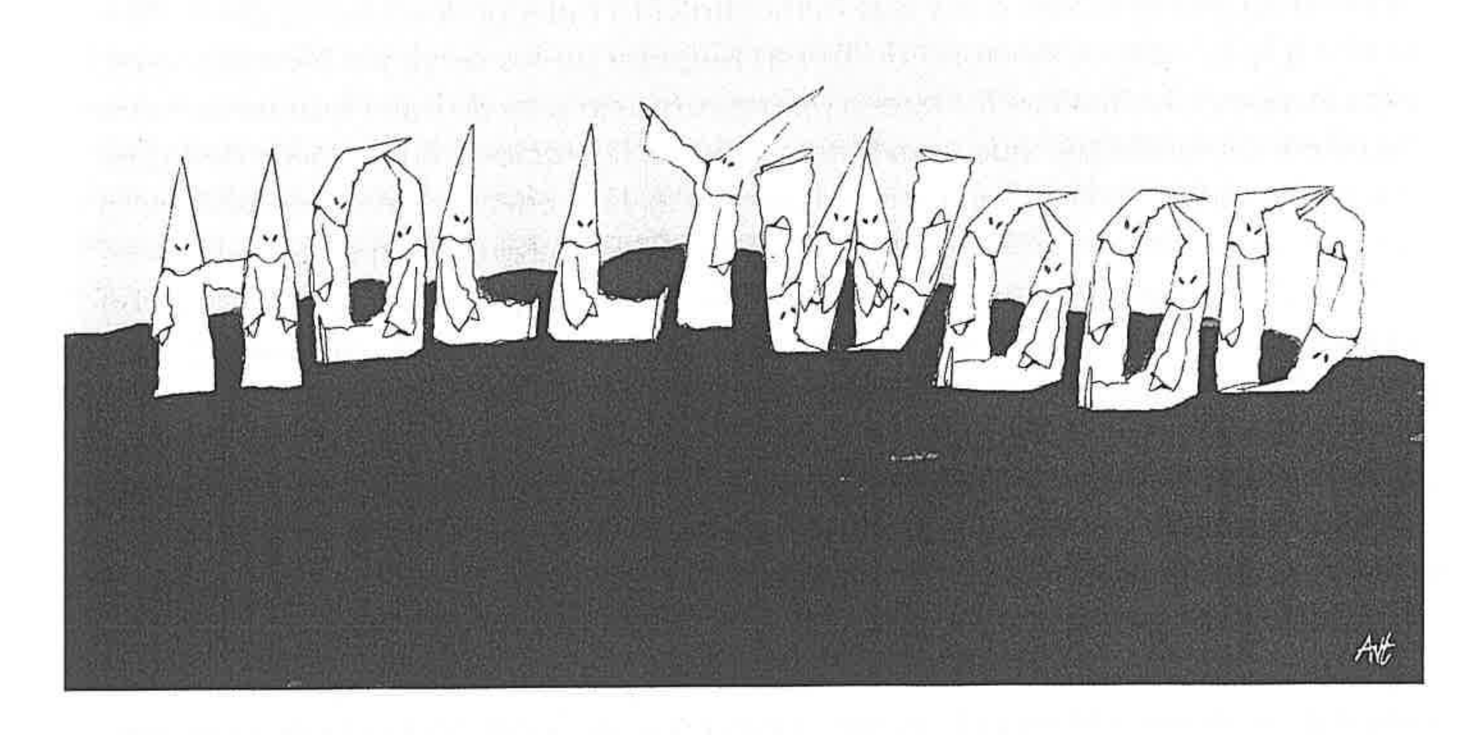
Estas dos líneas ideológicas adquirirán carta de naturaleza en la política estadounidense: una, la de actuar sobre adversarios minúsculos y, dos, justificar el atropello demonizando a ese adversario. Así, entre 1893 y 1894, España fue demonizada por la gran prensa estadounidense, que saturaba a sus lectores sobre presuntas atrocidades cometidas por el Ejército español en Cuba, que un periodista enviado a La Habana por el magnate de la prensa William Random Hearst desmintió, recibiendo como respuesta de Hearst: «Tú haz los dibujos, que yo haré la guerra». Igual ocurrió entre 1917-1918. Para que EEUU entrara en la Primera Guerra Mundial, los alemanes fueron pintados como poco menos que animales asesinos de niños. Otras tantas campañas propagandísticas se dieron en las guerras de agresión contra Yugoslavia, en 1999, e Iraq –las famosas «armas de destrucción masiva»–. Demostración de que la propaganda desempeña un papel esencial en las guerras y que sin el uso masivo de la misma no pocas guerras se

habrían evitado. (En el presente, asistimos a una demonización paranoica e irracional de la figura del presidente de Rusia, Vladímir Putin, de quien se ha dicho de todo y se le ha comparado con todo lo perverso y malo del mundo. Pero esta demonización brota de un pozo hondo y oscuro, que es la rusofobia, un pensamiento irracional que, con la crisis de Ucrania, ha sido llevado hasta la paranoia, prohibiendo cursos sobre Dostoievski, conciertos de Tchaikovski y hasta la participación de árboles, gatos y perros de origen ruso en concursos en países atlantistas. Sólo falta quemar rusos en Londres o Varsovia).

Desde sus orígenes, el cine de Hollywood ha atiborrado a los espectadores con películas de buenos y malos, donde los buenos eran –son– siempre los estadounidenses –si blancos, mejor– y malos, todos sus enemigos, fueran del color que fueran. La división del mundo en buenos y malos saltó a la Guerra Fría, y los oficiales de EEUU repetían por el planeta que el único comunista bueno era el comunista muerto (si alguien piensa en reírse, ya lueguito le pondremos sonrisa del Joker de Batman). Y Hollywood, siempre obediente y colaborador, fue uno de los principales instrumentos ideológicos de EEUU en la Guerra Fría, como antes en mantener la opresión de negros e indígenas.

(Para quien crea que esto es paranoia, le damos la siguiente información. Según recoge Samuel Vega Durán, en su trabajo *Hollywood y el Pentágono*, de 2019, existe una oficina de enlace entre el Pentágono y Hollywood, a cargo de la cual estuvo Philip Strub de 1989 a 2018, cuando se jubiló, siendo sustituido por David Evans. Dice Vega que «Strub se ha convertido en la persona que más aparece en los agradecimientos del top 200 de películas comerciales realizadas entre 1997 y 2016, siendo mencionado en los créditos de 35 películas diferentes». Luego de confirmar los datos de Vega, nos encontramos con un listado de películas de éxito patrocinadas por el Pentágono, obtenidas por unos curiosos organizados en la web *Spy Culture*. Según estos cultos espías, hay cuando menos 410 filmes que llevan el sello del Pentágono, entre los cuales seleccionamos unos cuantos, con algunas sorpresas: *Indiana Jones y la última cruzada* (1989), *El silencio de los corderos* (1991), *Batman y Robin* (1997), *Black Hawk Derribado* (2001), *Parque Jurásico 3* (2001), la trilogía *Transformers* (2007, 2009 y 2011) y *Mujer Maravilla 1984* (2021). En [https://www.spyculture.com/updated-complete-list-of-dod-films/] se puede consultar la lista actualizada de filmes patrocinados por el Departamento de Defensa de EEUU.)

La Europa atlantista fue una esponja absorbiendo los dogmas estadounidenses, entre otras razones porque ellos tenían una corriente similar nacida del colonialismo del siglo XIX, que había dividido el mundo en civilizados, bárbaros y salvajes (y lo siguen haciendo, que las formas cambian, pero los contenidos no), siendo los europeos blancos –y no todos– los únicos civilizados. Había, pues, terreno abonado, y en esa fertilidad prosperó la OTAN. Según la visión del mundo de la Alianza Atlántica, los buenos



del mundo son los occidentales, poseedores de la verdad, la bondad, la libertad, la piedad, la humanidad y la hipocridad (esta palabra *cadabra* la acabamos de inventar para expresar la suma de hipocresía y mediocridad), que luchan bravamente contra la maldad, la perversidad, la malignidad, la indignidad, la inmoralidad y la escabrosidad.

Desde esa visión dogmática, los atlantistas han hecho del mundo un remedo de las obras de J. K. Rowling. En una esquina se colocan ellos, al lado de Harry Potter y de todos los niños y niñas buenas del mundo –como la niña Hilaria Clinton, que reía a carcajadas viendo el asesinato de Muamar el Gadafi, que así de buena es–; en la otra sitúan a los malos, devotos del pérfido Voldemor, con sus huestes de seres siniestros que odian al mundo y quieren convertirlo en un lugar oscuro, sin *youtubers*, *instagramers*, selfis suicidas y videojuegos (dejamos constancia de que somos del equipo de Harry Potter, que no vive, realmente, en Occidente sino en el castillo de Hogwarts, en otra dimensión, a la que los *muggets* atlantistas no pueden acceder, pues son más peligrosos que Voldemor).

Tenemos aquí, por tanto, el primer dogma: Occidente, representado por EEUU y la OTAN, son el Bien; los que se oponen a EEUU y la OTAN son el Mal. Y a los malos, ya se sabe, hay que derrotarlos y destruirlos, como el paladín san Jorge abatió al dragón, bestia terrible que aterrorizaba y oprimía a los desvalidos del aquel reino.

Hay un segundo dogma, muy en boga en años recientes –y que tiene viejas y pútridas raíces–, que es el de la rusofobia, ya mencionada. Para ser europeo occidental se debe ser liberal y democrático –sea lo que sea que signifiquen esas cosas,

amén– y, además, es preciso ser rusófobo. Si no se es rusófobo, no se puede ser europeo occidental, liberal y democrático purasangre. Por mandato de ese dogma, un occidental purasangre debe creer que el movimiento independentista catalán lo dirige Putin; que la victoria electoral de Trump fue obra de los servicios secretos rusos; que los ataques informáticos los hacen piratas rusos sin pata de palo; que las vacunas rusas llevan un microchip que convierte a quienes las reciben en esclavos de Putin; que Rusia quiere invadir Europa y que Putin no es la reencarnación del diablo sino algo peor: ¡es la reencarnación de Lenin!... Haciendo esa profesión de fe, usted, devoto dogmático, puede ser secretario general de la OTAN, presidente de la Comisión Europea y hasta ingresar en el selecto Club de Los Vengadores (TAC, por sus siglas en inglés, siglas que tienen, debe reconocerse, ecos hospitalarios). Cierto, estamos exagerando. Para ingresar al TAC hay, primero, que ser estadounidense; pero, ¿en lo demás? Para verificar lo aquí expuesto sólo tiene que dedicar un tiempo –poquito, que no somos sádicos– a escuchar a los funcionarios de la OTAN o de la UE. Verá cuán objetivos son, sobre todo con Rusia.

Fuera ya de Hogwarts, si uno, pecando de ingenuo, creyera en el rosario de dislates que casi a diario difunden los atlantistas, sería preciso concluir que Rusia es el Estado más poderoso del mundo y que, como Dios, lo puede todo, desde crear movimientos independentistas donde no los hay hasta elegir al presidente de EEUU. Para tristeza de los occidentales purasangre, nada de eso se ha podido probar, lo que no ha impedido que la rusofobia se convierta en parte consustancial de discursos y políticas de toda clase, que no tienen otro propósito que demonizar a Rusia y ocultar los verdaderos propósitos que les mueven, que nada tienen que ver con una posible multiplicación de panes y peces para los pobres del mundo (esos, mejor que se ahoguen en el Mediterráneo o se pudran en campamentos infectos en Lesbos, Turquía o Marruecos). Hemos escogido tres ejemplos de cómo se manifiesta la rusofobia.

Todos los gasoductos son desiguales, pero unos más desiguales que otros

No hay, en Europa, casi nadie que desconozca la alharaca que cíclicamente se sucede sobre los gasoductos que pasan por Ucrania y llevan el gas ruso a media Europa. Para Occidente es un tema cardinal, pues Rusia paga, de media, 2.500 millones de dólares a Ucrania por derechos de tránsito. EEUU, Polonia y otros países hicieron una cruzada contra el gasoducto *Nord Stream II,* que llevará (en algún momento del futuro descompuesto) gas directamente de Rusia a Alemania a través del Báltico –como ya sucede con el *Nord Stream I*–, para impedir su construcción. El objeto de la guerra contra este gasoducto era el temor de que Rusia, al usar el *Nord Stream II,* dejara de bombear gas por Ucrania y, por tanto, que Ucrania perdiera los 2.500 millones de dólares que paga Rusia. Cuando, en julio de 2021, se

reunieron en la Casa Blanca Joe Biden y Angela Merkel, el *Nord Stream II* fue tema principal. «No se puede permitir que Rusia use la energía como un arma para coaccionar o amenazar a sus vecinos», dijo Biden. «No es un proyecto para reemplazar el tránsito a través de Ucrania», respondió Merkel. Y acordaron que sancionarían a Rusia si, por cualquier causa, decidía cortar el tránsito de gas por Ucrania. ¿Es así como deben suceder estas cosas si, a fin de cuentas, el gas es ruso y rusos son los 2.500 millones de dólares? El caso es que, ni en los peores momentos de la crisis ucrania, Rusia detuvo el tránsito de gas por este país. También es de recalcar que la UE, por ese gas, está pagando 800 millones de euros diarios.

Veamos, ahora, el caso del gasoducto del Magreb. Este gasoducto transporta gas de Argelia a España por dos ramales. Uno es submarino y va de Beni Saf, en Argelia, a Almería, a través del Mediterráneo. El otro atraviesa Marruecos y pasa a España de Tánger a Tarifa. A principios de noviembre de 2021, Argelia, que había roto relaciones diplomáticas con Marruecos en agosto de ese año, anunció el cierre del tránsito de gas argelino por Marruecos. Dado que ambos países estaban enfrentados, Argelia se negó a seguir pagando a Marruecos los 500 millones de dólares anuales que costaba el tránsito del gas de Argelia a España por territorio marroquí. Uno no financia al enemigo, eso es algo básico. ¿Pasó algo? ¿Algún país o grupo de países se lanzó contra Argelia por cortar el suministro gasífero a España a través de Marruecos? Pues no. A pesar de que Argelia provee el 50% del gas que consume España, nadie puso en duda que era derecho soberano de Argelia administrar su gas y transportarlo por donde quisiera. El gas de Argelia le pertenece a Argelia y lo maneja según sus criterios, aunque su decisión cause daños económicos a España. Así de simple y así de claro (más bien claroscuro en el presente, después de cambiar España, el 19 de marzo de 2022, su posición hacia el Sáhara Occidental, sometiéndose vergonzosamente a las tesis colonialistas e ilegales de Marruecos).

¿Por qué Rusia no puede hacer lo mismo si, a fin de cuentas, distintos Gobiernos de Ucrania se declararon enemigos de Rusia y a Rusia país enemigo? ¿Por qué razón debe Rusia usar los gasoductos por Ucrania y pagar a Ucrania 2.500 millones de dólares si ese dinero se ha estado usando para dañar a Rusia y reprimir en Ucrania todo lo que sepa a ruso? La respuesta es simple: Occidente, la OTAN, no tiene, ni quiere verse en la tesitura de tener que poner de su bolsillo los 2.500 millones de dólares que paga Rusia a Ucrania y que Ucrania, país en bancarrota y sumido en una horrenda corrupción, necesita como nosotros el aire y el agua. Por tal motivo se ha hecho del tránsito de gas ruso por Ucrania un *casus belli*, amenazando a Rusia con todos los truenos de Thor si corta el gas. Es decir, se trataba de obligar a Rusia a financiar a un Gobierno enemigo para evitar una nueva ola de castigos económicos y la furia de la UE y la OTAN. A eso, en buen castellano, se le llama chantaje. Argelia sí, Rusia no. ¿Cuánto tiempo durará esta situación? ¿Cuánto más soportará Rusia

esa presión asfixiante? No apuesten que mucho tiempo. Tal y como están pintando las cosas, perderían.

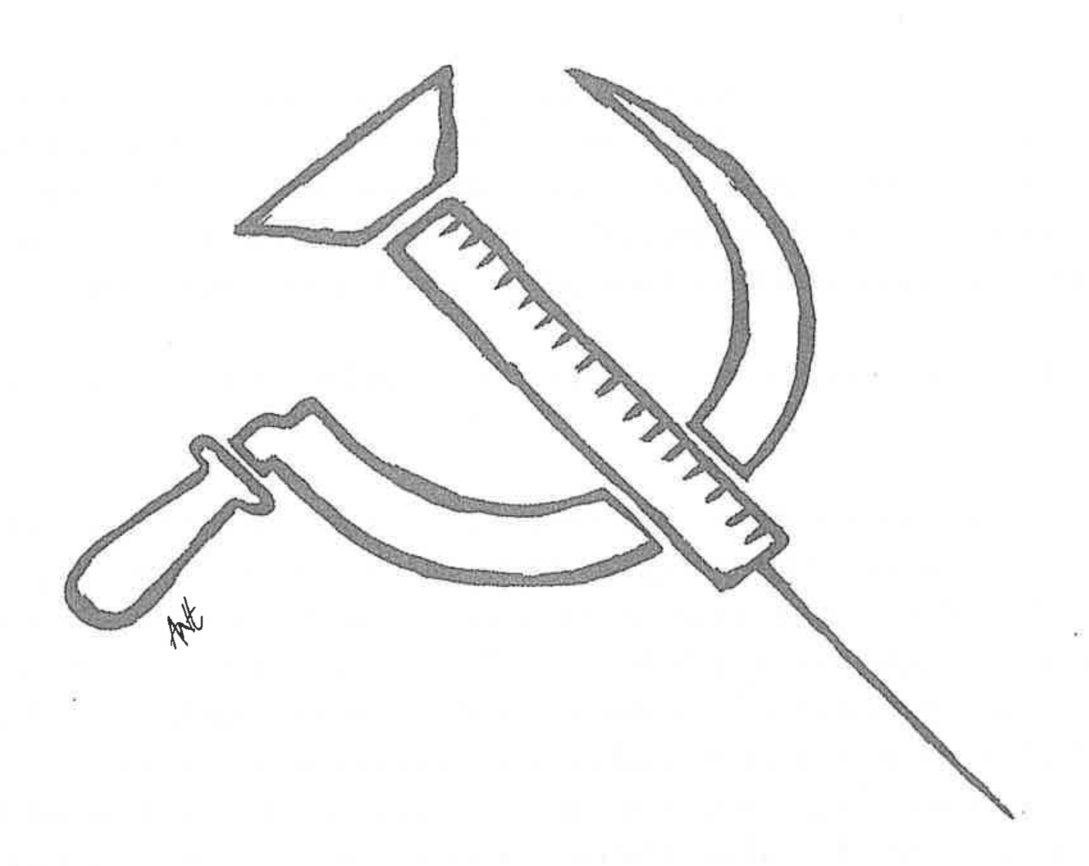
Todos los inmigrantes son mal recibidos, pero, si llegan desde Bielorrusia, es guerra híbrida

Estará en la memoria de una mayoría de lectores las terribles imágenes de la crisis de refugiados propiciada por Turquía en 2015. El aluvión de personas –más de un millón habían cruzado a Grecia hasta diciembre de ese año– desató una crisis humanitaria, política y económica sin precedente alguno en Europa. Una crisis provocada adrede por el Gobierno turco, que, para presionar su adhesión a la UE, abrió sus fronteras y dejó el paso expedito a los más de dos millones de refugiados que esperaban cruzar a Europa. Aquel desgarrador drama humano se resolvió con criterios mercenarios.

La UE ofreció a Turquía 3.000 millones de euros, adelantar un año la supresión de visados y reabrir la negociación de adhesión a la UE. A cambio, Turquía debía volver a taponar sus fronteras para detener el tsunami de refugiados. Dicho y hecho. Turquía, además de no sufrir ningún tipo de sanción ni castigo, salió premiada con un fondo millonario (más tarde se dará cuenta de que la UE no la quiere dentro ni pintada). En junio de 2021, la UE renovó el acuerdo antimigratorio, ofreciendo otros 3.000 millones de euros, lo que ponía de manifiesto que la política de soborno a Turquía seguía vigente.

En mayo de 2021, más de 8.000 inmigrantes procedentes de Marruecos asaltaron las vallas fronterizas que separan Ceuta de Marruecos, causando una durísima crisis humanitaria, política y diplomática entre Marruecos y España y, por ende, con la UE. Marruecos había desguarnecido la frontera para favorecer el aluvión humano con el propósito de castigar a España por negarse a reconocer la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental. Ante las presiones europeas y el despliegue del Ejército español, la crisis fue desactivada una semana después, con la devolución a Marruecos de casi 7.500 inmigrantes. No hubo sanciones ni castigos ni denuncias contra Marruecos. Se organizó una devolución masiva de inmigrantes y se cerró la crisis. Borrón y cuenta nueva y todos felices comiendo perdices. Y el Gobierno marroquí muerto de rises (otra licencia). Al final, Marruecos se ha salido con la suya, poniendo de rodillas al Gobierno español.

En noviembre de 2021, varios miles de inmigrantes llegaron a la frontera de Bielorrusia con Polonia y Lituania, y empezaron a cruzarla. La cifra de refugiados era inferior a la del aluvión sufrido por España desde Marruecos y absolutamente ínfima comparada con el tsunami de refugiados llegados de Turquía. A las islas Canarias arribaron, en 2021, casi 20.000 inmigrantes. Pese a no tratarse de un número preocupante de refugiados, el hecho fue convertido en un *casus belli*, dando lugar a una violenta y obscena campaña contra el Gobierno de Bielorrusia y –por extensión–



contra Rusia. Se llegó a afirmar que los refugiados eran «un arma» del Gobierno bielorruso y que eran parte de la «guerra híbrida» de Bielorrusia contra la UE. El Gobierno polaco desplegó a 20.000 soldados y el de Lituania afirmó que los migrantes eran parte de una estrategia para «desestabilizar» a la UE. El ministro de Exteriores lituano, Gabrielius Landsbergis, sostuvo que «Lukashenko [presidente de Bielorrusia] intenta utilizar como armas a los migrantes» y que la UE debía aplicar nuevas y duras sanciones contra Bielorrusia.

Por el ingreso a Lituania de 1.716 refugiados, el Gobierno declaró el estado de emergencia (siguiendo esos criterios, las Canarias deberían estar en estado de guerra permanente). La demencia llegó a tales extremos que hubo quienes pidieron invocar el Pacto Atlántico y la intervención de la OTAN. Todo esto sería de chiste de no ser porque puso de manifiesto la extrema hostilidad de la UE y la OTAN, el nivel de odio y rechazo que les provoca todo lo que provenga del mundo ruso. Una rusofobia tan aguda que no dio el menor espacio para manejar el problema negociando una salida, pues, a fin de cuentas, eran unos pocos miles de personas –personas, no animales salvajes contagiados de rabia–. Aunque el Gobierno bielorruso se ofreció repetidamente a dialogar sobre el tema, no hubo respuesta. La UE sólo supo blandir garrotes, emulando la política del *big stick* aplicada por EEUU a los países del Caribe un siglo atrás. Para Turquía, miles de millones de euros; para Marruecos, una discreta regañina seguida de cenas pantagruélicas; para Bielorrusia, el Gran Garrote y la amenaza de sanciones. Si hubieran podido invadir Bielorrusia –alguno lo pidió–, lo hubieran hecho.

(En México, extenso y duro país de tránsito, población, Gobierno y autoridades regionales facilitan –dentro de lo que pueden y les deja EEUU– el paso de centenares de miles de migrantes centroamericanos en su rumbo hacia EEUU. Nadie hace escándalo, nadie se siente agredido, nadie toca a rebato, salvo los fanáticos supremacistas blancos del Ku Klux Klan y los seguidores de Trump. ¿Entienden la diferencia?)

Por defender a unos, guerras de agresión; por defender a otros, sanciones y amenazas

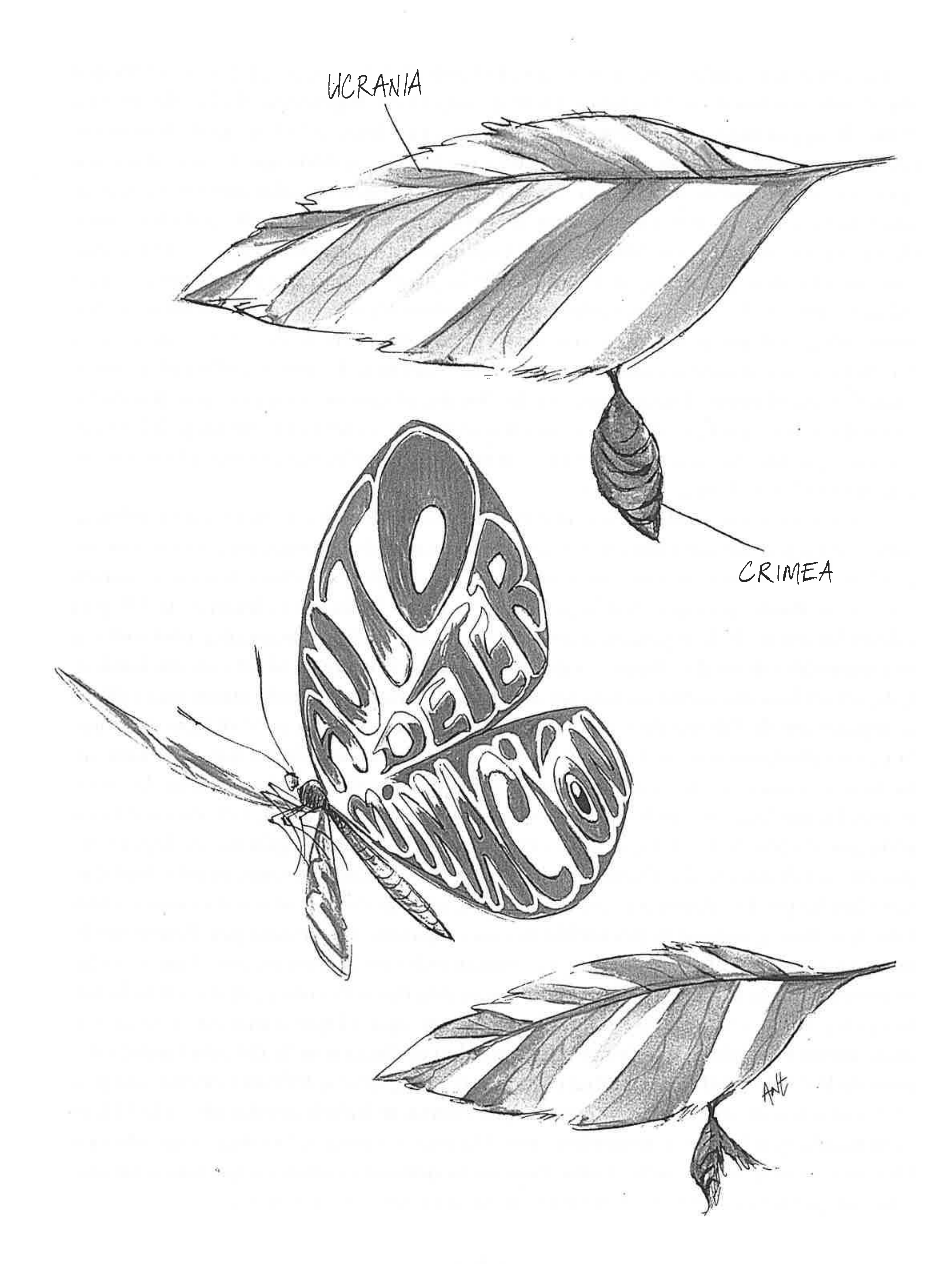
Como recordarán, en marzo de 1999 la OTAN lanzó una ilegal y brutal guerra de agresión contra la reducida Yugoslavia de Serbia y Montenegro, so pretexto de matanzas de ciudadanos albanokosovares en la provincia serbia de Kosovo. Kosovo tenía una gran significación histórica para Serbia, pues allí, en 1389, los serbios fueron vencidos, tras una terrible batalla, por los otomanos. Andando el tiempo, por esa batalla, Kosovo pasó a ser considerada la cuna del pueblo serbio.

La destrucción de Yugoslavia a manos de los nacionalismos enfermizos fue la espoleta que encendió los odios étnicos en Kosovo. Temeroso el Gobierno yugoslavo de que los nacionalistas albanokosovares quisieran la independencia de Kosovo, aplicó mano dura y, en el juego de represión-rebelión, estalló el conflicto, alimentado desde el exterior. Los grupos radicales de nacionalistas-fascistas crearon el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK, UCK en albanés), apoyados por Albania, emigrantes albaneses y países de la OTAN. El conflicto se fue generalizando, con graves abusos por todos los combatientes.

En Derecho internacional, el nacionalismo de un grupo humano, por numeroso que sea, no autoriza el desmembramiento del territorio habitado por ese grupo. Si tal premisa se aceptara, una generalidad de Estados se rompería en pedazos, pues, conviene recordarlo, en este planeta se hablan alrededor de 7.000 lenguas y dialectos. En el conflicto de Kosovo se hubiera podido recurrir a una gama de medios pacíficos para presionar al Gobierno yugoslavo con el objeto de que aceptara un régimen que reconociera la identidad de los albanokosovares –como han hecho muchos países, entre ellos España–, dentro de la integridad territorial del Estado yugoslavo. No ocurrió así. La OTAN, por motivos descaradamente geopolíticos, lanzó una feroz campaña de bombardeos sobre Serbia, que duró 78 días. Serbia, aislada y sin medios, se vio obligada a rendirse. Kosovo pasó a ser controlada por la OTAN y, en 2008, declaró su independencia. La población serbia huyó masivamente a Serbia, y la OTAN impuso un Gobierno dirigido por el ELK, no obstante después de conocer que muchos miembros del ELK habían perpetrado numerosos crímenes de guerra. Amnistía Internacional denunció esos crímenes, pero no pasó nada. Los criminales eran amigos de Occidente y ninguno de sus Gobiernos hizo caso a las denuncias.

La situación cambió en 2008, cuando Carla Del Ponte, fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional de Naciones Unidas para la ex Yugoslavia (TPIY) de 1999 a 2007, hizo público, en un libro de memorias, que durante la Guerra de Kosovo se habían perpetrado graves crímenes contra nacionales serbios que habían decidido quedarse en Kosovo tras la guerra. Los crímenes iban desde violaciones y otros abusos hasta asesinatos y desapariciones de prisioneros en una amplia red de centros de detención del ELK en Albania. Del Ponte también denunció que el ELK había organizado un negocio ilegal de tráfico de órganos extraídos a prisioneros en una clínica médica. Entre los acusados estaba Hashim Thaci, el primer ministro de Kosovo independiente y desde 2016 su presidente y el «hombre de EEUU» en Kosovo. En 2015, dos excomandantes del ELK fueron condenados por un tribunal internacional. Para el resto, impunidad. Por lo demás, el uso de la fuerza por potencias extranjeras para independizar con medios violentos el territorio de un país ha provocado que medio centenar de países, entre ellos España, sigan negándose a reconocer la independencia de Kosovo.

Crimea, península habitada en un 98% por rusos, decidió en 2014, en un referéndum, sin ningún derramamiento de sangre, separarse de Ucrania, un país creado por la URSS y con el que no tenía ningún vínculo real, salvo el administrativo, y reunificarse con Rusia, a la que había pertenecido hasta 1954. No obstante, la UE y la OTAN hicieron de la separación de Crimea un escándalo mayúsculo, obviando su intervención criminal e ilegal contra Yugoslavia por Kosovo. Si Occidente hubiera aplicado el baremo usado en Kosovo a Crimea, habría carecido de razón para criticar la separación de Crimea de Ucrania. Puestos los dos casos en una balanza de la justicia, es infinitamente más justo, legítimo y legal el caso de Crimea que el de Kosovo. La independencia de Kosovo ha sido, es y seguirá siendo un crimen contra la paz y contra los fundamentos más esenciales del Derecho Internacional. Crimea estará más próxima al caso de Escocia, si acaso los escoceses deciden, algún día no lejano, separarse del Reino Unido. Kosovo nació de una intervención armada, ilegal y brutal sí, pero hecha por los «buenos»; por eso mismo, el caso de Kosovo es «bueno» y «moral». En Crimea, aunque la población decidió separarse de Ucrania pacíficamente, lo hizo para irse con el «malo malísimo»; entonces lo de Crimea es, por dogma, malo, perverso e inaceptable. Y es que, como nos suelen decir mamás y papás –cuando son buenos–, andar con «malas compañías» se paga, que el que a mal árbol se arrima mala sombra le cobija, y la única buena sombra en Europa es la del árbol todopoderoso de la OTAN, paladín infalible de bondad y que, en esa infinita bondad, arrojó a Ucrania a los desastres de una guerra que nunca se habría producido si la OTAN –apostando por la paz y seguridad para Ucrania y Europa–, hubiera aceptado una Ucrania neutral, como pedía Rusia. Pero no la querían neutral. La querían «otanizada» y en guerra con Rusia. Ahora está en guerra y fuera de la OTAN.


UCRANIA
CRIMEA
AUTODETERMINACION

Hay mercenarios buenos, mercenarios malos y mercenarios feos

El 13 de diciembre de 2021, tal vez como regalo anticipado a Rusia, la UE aprobó una suma se sanciones (a las que se ha vuelto tan adicta que menester será crear una nueva patología política: la sancionadicción) a la empresa rusa Wagner, dizque mercenaria, mala y fea, por actuar de manera ilegal en Ucrania y Siria y en varios países africanos (Libia, Malí, República Centroafricana), perpetrando graves violaciones de derechos humanos. «Las actividades de este grupo representan las tácticas de ataques híbridos de Rusia [...]. [Wagner] supone una amenaza y provoca inestabilidad en varios puntos del planeta», declaró, luego de la reunión de ministros, Josep Borrell, alto representante de Política Exterior de la UE. Las sanciones son, en esencia, prohibición de entrar en territorio comunitario y la congelación de los bienes que posea en cualquiera de los 27 Estados miembros. La lista negra de la UE la forman ex altos cargos del Ejército y de los servicios de espionaje rusos y directivos de Wagner, acusados de dirigir acciones armadas en los países mencionados (contra los intereses de Occidente, debe agregarse).

No corresponde aquí entrar a juzgar la veracidad de tales acusaciones, que sería tema de tribunales, sino hacer una comparativa con una muy célebre y conocida empresa estadounidense de mercenarios llamada Blackwater (Aguas negras). De entrada, sus empleados no son llamados mercenarios sino «contratistas», un neutral adjetivo que transmite la idea de un trabajo honesto, correcto y legal. A fin de cuentas, nos dice el *Diccionario de la Lengua,* un contratista es una «persona o entidad que por contrata ejecuta una obra material o está encargada de un servicio para el Gobierno, una corporación o un particular». Como es de casi general conocimiento, la empresa Blackwater, fundada en 1997, fue contratada por el Gobierno de EEUU en Iraq y Afganistán como una forma de reducir el número de bajas oficiales, es decir, que murieran contratistas de Blackwater y no soldaditos estadounidenses.

También para que hicieran el trabajo sucio, de forma que, si trascendía, el Gobierno de EEUU no apareciera implicado. En 2006 había unos 100.000 mercenarios –nosotros los llamamos por su nombre– desplegados en Iraq. A medida que aumentaba su número, se multiplicaban las denuncias de matanzas, torturas, abusos, etcétera, cometidos por los contratistas contra la población civil iraquí. Salvo unos pocos casos, no hubo ningún Gobierno europeo interesado en investigar las denuncias. En Afganistán se repetirá el escenario. En 2009, los contratistas desplegados en ese país sumaban 104.000 mercenarios y su hoja de crímenes y abusos permitía llenar una biblioteca. Los únicos cuatro mercenarios condenados en EEUU por el asesinato de 14 civiles iraquíes serán indultados por Donald Trump en diciembre de 2020, lo que fue criticado por Naciones Unidas. ¿Hay algún documento en la UE sancio-

nando a Blackwater? Ninguno. Son los buenos. Por lo demás, dada la pésima fama acumulada, Blackwater decidió cambiar de nombre. Ahora se llama Academi, que no tiene nada que ver con la fundada por Platón.

Para dejar en evidencia el cínico doble rasero de la UE en esta materia, les pasamos los datos básicos de otras empresas de mercenarios, todas ellas occidentales:

G4S SECURE SOLUTIONS

Empresa multinacional de servicios de seguridad, fundada en 2004, con sede en Crawley, Reino Unido. Considerada la mayor empresa de seguridad del mundo por ingresos, mantiene operaciones en unos 125 países. Gestiona la seguridad de siete prisiones en Inglaterra y Gales, y proporciona servicios de seguridad en aeropuertos. De sus operaciones secretas, ni palabra.

TRIPLE CANOPY

Empresa militar privada, con sede en Virginia, EEUU, especializada en operaciones de riesgo, apoyo a misiones y servicios de seguridad integrados. Fundada en 2003 por exveteranos de las Fuerzas Especiales del Ejército de EEUU, cuenta con personal altamente especializado (expolicías, *rangers*, SEAL's). La integran 5.000 mercenarios. En 2004 participó en la guerra de Iraq en labores de protección de las tropas invasoras. Es contratada regularmente por el Gobierno de EEUU para actividades que sólo conoce el Gobierno de EEUU.

GARDA WORLD

Compañía canadiense fundada en 1974, dispone de un ejército de hombres procedentes de las fuerzas especiales británicas y de otros países. Desde 2013, Garda mantiene operaciones en Nigeria dando «apoyo logístico» a empresas petroleras internacionales. Participó en la guerra contra Libia y, según Bloomberg, pocas semanas antes de que Gadafi fuera asesinado en Sirte, el 20 de octubre de 2011, los sublevados pidieron apoyo a Garda para «asediar el bastión pro Gadafi de Sirte». Durante la caída de Kabul, en agosto de 2021, unos 250 mercenarios de Garda custodiaban las embajadas de EEUU y Gran Bretaña. Sobre sus actividades, silencio total.

Como pueden ver, Wagner es una empresa más, y de las más pequeñas. La UE y los medios de prensa de tendencia conocida aseveran que Wagner trabaja para los intereses del Gobierno de Rusia. La pregunta a hacer es esta: ¿acaso las empresas de mercenarios occidentales trabajan en contra de los intereses de Occidente? El personaje «el Manco», de las célebres películas de Sergio Leone, era un cazarecompensas. Pero era el Bueno.

Para cerrar ese capítulo, que ha terminado –en esas dicotomías estamos– como una película de buenos y malos, les dejamos de obsequio esta figura legal de EEUU, encontrada en la Cornell Law School. Resulta que las leyes estadounidenses recogen una figura penal, que denominan «Foreign malign influence» (Influencia extranjera maligna). Aunque parezca broma, el sistema legal de EEUU emplea el adjetivo *maligno* en su corpus legal, pese a haber suficientes adjetivos para designar lo que se quiere sancionar. Citamos algunos: *dañino, perjudicial, pernicioso* o *peligroso (harmful, pernicious o dangerous),* por poner unos ejemplos. *Maligno* es sinónimo de diablo (el Maligno); se usa en medicina para designar algo muy nocivo (cáncer maligno) y, en el cine, es adjetivo recurrente para películas de terror (sin ir más lejos, el filme *Maligno,* de James Wan, de 2021). Pero, bueno, ya sabemos que, en EEUU, el Derecho se guarda en sacristías *(God bless America)* y las armas las carga el Diablo (para disparar en escuelas, universidades o centros comerciales). Así que; para evitarle, lector, que caiga en malas compañías, servimos de ángeles anunciadores del bien, eso sí, sin las trompetas de Jericó, que hacen mucho ruido, citando el documento en cuestión. En él se dispone lo siguiente:

> (2) Influencia maligna extranjera. El término «influencia maligna extranjera» significa cualquier esfuerzo hostil realizado por, bajo la dirección de o en nombre o con el apoyo sustancial del Gobierno de un país extranjero oculto con el objetivo de influir, a través de medios abiertos o encubiertos: (a) en las políticas o actividades políticas, militares, económicas o de otro tipo del Gobierno de los Estados Unidos o de los Gobiernos estatales o locales, incluidas las elecciones dentro de los Estados Unidos; o (b) en la opinión pública dentro de los Estados Unidos.

Para dejarles la información completa, agregamos que existe una «Office of the Director of National Intelligence a Foreign Malign Influence Response Center (in this section referred to as the "Center")». También un listado de los países «malignos», bajo el enunciado «COVERED FOREIGN COUNTRY. The term "covered foreign country" means the following» («PAÍS EXTRANJERO ENCUBIERTO. El término "país extranjero cubierto" significa lo siguiente»). Lo siguiente es este listado, que dejamos en inglés (si no lo entienden o les resulta confuso, nos llaman, que la traducción es gratis) y que identifica a los Estados que representan al Diablo y la Malignidad en la Tierra:

a) *The Russian Federation.*
b) *The Islamic Republic of Iran.*
c) *The Democratic People's Republic of Korea.*
d) *The People's Republic of China.*

e) *Any other foreign country that the Director of the Center determines appropriate for purposes of this section.*

Así que, ya saben, estos son los malos de la película. Malos malísimos que quieren perjudicar a los buenos buenísimos. Hay que tomar nota. Nada de malas compañías, pues si, por un casual andan con ellas y los buenos buenísimos los descubren, harán caer sobre ustedes el peso del Código Penal de EEUU y, en ese caso, ¡que Dios los agarre confesados!

6. CHINA: SON MIS BARCOS MI TESORO...

La República Popular China, con 9,6 millones de kilómetros cuadrados, es el cuarto país más grande del mundo, el más poblado y también el que tiene menos superficie de tierra cultivable (apenas ocupa el 12% de su territorio). En porcentaje de tierras infértiles, China se ve superada sólo por Australia, que es el Estado más seco del mundo.

China posee tres regiones muy extensas e inhóspitas, que ocupan casi cuatro millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente el 40% de su extensión territorial, a saber:

- La meseta tibetana, conocida también como meseta de Qinghai-Tíbet, que ocupa 2,5 millones de kilómetros cuadrados. La meseta más grande y elevada del mundo, con una altitud media de 4.500 metros sobre el nivel del mar, es una región árida, con grandes lagos salobres y extensos pastizales, que han mantenido principalmente poblaciones nómadas, salvo su capital, Lhasa, y otras pequeñas urbes. Pese a formar parte del país más poblado del planeta, la áspera geografía hace de esta meseta la región más despoblada de China, con menos de cuatro millones de habitantes –a pesar de los grandes esfuerzos hechos por el Gobierno chino para poblarla, con Golmud como principal proyecto.
- El desierto de Gobi ocupa 1.040.000 kilómetros cuadrados, divididos entre China y Mongolia. Esta vasta meseta pedregosa, con una altitud media de mil metros sobre el nivel del mar, está prácticamente deshabitada, con una densidad de población de 0,3 habitantes por kilómetro cuadrado. Desde hace décadas, el Gobierno chino viene promoviendo ambiciosos proyectos de reforestación, con resultados en algunos casos espectaculares, pero que van al ritmo de la naturaleza.

- El desierto de Takla Makan o Taklamakán, situado en la región uigur de Xinjiang, con una extensión de 300.000 kilómetros cuadrados. Segundo desierto de dunas y arena del mundo, es extremadamente árido, lo que explica la casi nula presencia humana en él.

La geografía ha condicionado la historia de China, tanto que su civilización y sus grandes centros culturales y poblacionales se desarrollaron en los territorios que hay entre Mongolia y Rusia, al norte, y Myanmar, Laos y Vietnam, al sur. Casi toda su población se concentra en esta vasta área, particularmente en las zonas costeras o en las riberas de sus grandes ríos. Vemos, pues, que la China histórica fue construida en torno a las fronteras naturales e inhóspitas que son la meseta tibetana al sur –que la separa del subcontinente indio– y los inhabitables desiertos del norte y el oeste, que impedían su expansión poblacional. La colosal muralla china, que tanta admiración provoca, era expresión del problema que representaban para el país los pueblos nómadas del norte, principalmente los mongoles, en las casi deshabitadas fronteras del naciente imperio, protegidas por tropas con éxito irregular. No era posible crear pueblos de frontera –tan conocidos en geografías como la europea– por la ausencia de tierras fértiles y agua, lo que hacía inviable el establecimiento permanente de colonos. A la postre, la muralla no fue suficiente, y los mongoles se hicieron con China. En 1215, Gengis Kan conquistó Pekín y, luego de conquistar toda China, su nieto Kublai Kan fundará la dinastía Yuan (1279-1368). Kublai trasladó la capital de Karakorum hasta un lugar próximo a Pekín, desde donde gobernó el mayor imperio de su época, que iba desde Europa Oriental hasta Corea y del norte de Siberia a la India. Expulsados los mongoles, China volvió a su territorio histórico.

De darle la espalda al mar a mirar la mar océana

En la realidad de los hechos, la geografía obligaba a China a permanecer constreñida entre la meseta tibetana, los desiertos y las gélidas llanuras. En ese espacio de cuatro millones de kilómetros cuadrados creó una civilización asombrosa y un imperio que fue, hasta el siglo XVIII, la primera economía del mundo. Pese a las limitaciones que imponían las fronteras naturales, China vivió de espaldas al mar, salvo para las relaciones comerciales con países vecinos. La única excepción a esta regla la constituyen las expediciones de Zheng He, el único almirante de la historia china hasta el siglo XX. Zheng realizó siete viajes entre 1405 y 1431, que tuvieron nulo impacto en el devenir del país y del mundo; a su muerte, la flota fue destruida y China volvió a dar la espalda al mar. Esto acontecía en China justo cuando, al otro lado del mundo, portugueses y castellanos iniciaban su expansión en el Atlántico –los portugueses, buscando una ruta marítima a las islas de las especies; los castellanos, conquistando las islas Canarias.

Dar la espalda al mar llevó al aislamiento de China, algo que podía haber superado abriéndose, como harán las potencias europeas, a los espacios marítimos. No fue así y aquel aislamiento natural, que había estado en la base del desarrollo y éxito de su civilización, se volverá en su contra. Sin relaciones con un mundo que iba a vivir tres siglos de cambios vertiginosos de la mano de las grandes potencias europeas, el Imperio chino será presa fácil de los colonialismos europeos (británico, alemán, francés y ruso) y, finalmente, de las ambiciones imperialistas de Japón.

El triunfo del PCCh y la proclamación de la República Popular China no modificaron la visión del mar del nuevo Gobierno, por razones más que comprensibles. En 1949, China salía de 150 años de expolio colonialista, de la guerra contra Japón y de la subsiguiente guerra civil contra el Kuomitang. Con un país analfabeto, destruido y empobrecido hubiera sido irresponsable destinar a armamento lo que el pueblo necesitaba perentoriamente en alimentos y servicios básicos. China siguió siendo un país volcado a su interior, y esa tendencia se mantendrá hasta finales del siglo xx, una vez vencido el hambre y educada su gente. A partir de ahí entrará en una fulgurante senda de crecimiento económico, que se traducirá en una revisión de la doctrina militar existente, sobre la base de un acelerado desarrollo económico, científico-técnico, industrial y comercial. Un cambio asombroso en apenas medio siglo de la mano de PCCh.

Aunque en la década de los noventa del siglo xx se empezaron a ver cambios, hasta el ascenso a la presidencia de China, en marzo de 2013, de Xi Jinping no se iniciará una verdadera transformación del Ejército Popular de Liberación. Xi inicia el proceso con un relevo general de los altos mandos del EPL, la reorganización de su estructura de funcionamiento y el ascenso de oficiales jóvenes a los puestos dirigentes. Un dato ilustra la profundidad del cambio. En el XIX Congreso del PCCh de 2017, sólo un 17% de los representantes militares habían conservado sus asientos; el 83% restante había pasado a cargos menores o a retiro, voluntario o forzoso. Xi asciende y nombra comandantes del Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y la Fuerza de Apoyo Estratégico a generales que, además de serle leales, destacaban por sus hojas de servicios, su experiencia en combate y un alto conocimiento de la guerra moderna.

Desde 2013 hasta la fecha, el desarrollo de la Armada china ha sido, sencillamente, espectacular, a tal punto que se ha convertido en la mayor preocupación de EEUU en cuanto a su indisputada hegemonía en el océano Pacífico desde la Segunda Guerra Mundial. De entonces a ahora, decenas de informes, análisis, estudios y elucubraciones se han elaborado en EEUU, tanto por órganos gubernamentales como privados, dedicados a indagar y diseccionar el creciente poderío naval de China. Interesa, a nuestros efectos, el último, salido a la luz en octubre de 2021, titulado *China Naval Modernization: Implications for U. S. Navy Capabilities – Background and Issues for Congress* (puede leerse en [https://sgp.fas.org/crs/row/RL33153.pdf]), elaborado por la Oficina de Inteligencia Naval (ONI, en sus siglas en inglés), donde se expresa:

En una era de renovada competencia entre las grandes potencias, el esfuerzo de modernización militar de China, incluido su esfuerzo de modernización naval, se ha convertido en el foco principal de la planificación y del presupuesto de defensa de Estados Unidos. La Armada china, que China ha estado modernizando constantemente durante más de 25 años [...] se ha convertido en una fuerza militar formidable dentro de la región próxima al mar de la China, y está llevando a cabo un número creciente de operaciones en aguas más distantes, incluyendo aguas abiertas del Pacífico Occidental, el océano Índico y aguas de Europa.

Se considera que la armada de China representa un gran desafío para la capacidad de la Marina de EEUU de mantener el control, en tiempo de guerra, de las áreas oceánicas de aguas azules en el Pacífico Occidental, en el primer desafío de este tipo que ha enfrentado la Marina de EEUU desde el final de la Guerra Fría. La Armada china constituye un elemento clave de un desafío chino al estatus de larga data de Estados Unidos como la principal potencia militar en el Pacífico Occidental. Algunos observadores estadounidenses expresan preocupación o alarma con respecto al ritmo del esfuerzo de construcción naval de China y las tendencias resultantes con respecto a los tamaños y capacidades relativos de la Armada china y la Marina de EEUU.

El informe de la ONI incluye un cuadro comparativo de las fuerzas navales de China y EEUU, con proyección hacia 2030, un año que parece ser definidor y axial en cuanto a la competencia entre las grandes potencias:

Table 2. Numbers of Battle Force Ships, 2000-2030

Figures include both less-capable older units and more-capable newer units

	2000	2005	2010	2015	2020	2025	2030
Ballistic missile submarines	1	1	3	4	4	6	8
Nuclear-powered attack submarines	5	4	5	6	7	10	13
Diesel attack submarines	56	56	48	53	55	55	55
Aircraft carriers, cruisers, destroyers	19	25	25	26	43	55	65
Frigates, corvettes	38	43	50	74	102	120	135
Total China navy battle force ships, including types not shown above	**110**	**220**	**220**	**255**	**360**	**400**	**425**
Total U.S. Navy battle force ships	***318***	***282***	***288***	***271***	***297***	***nía***	***nía***

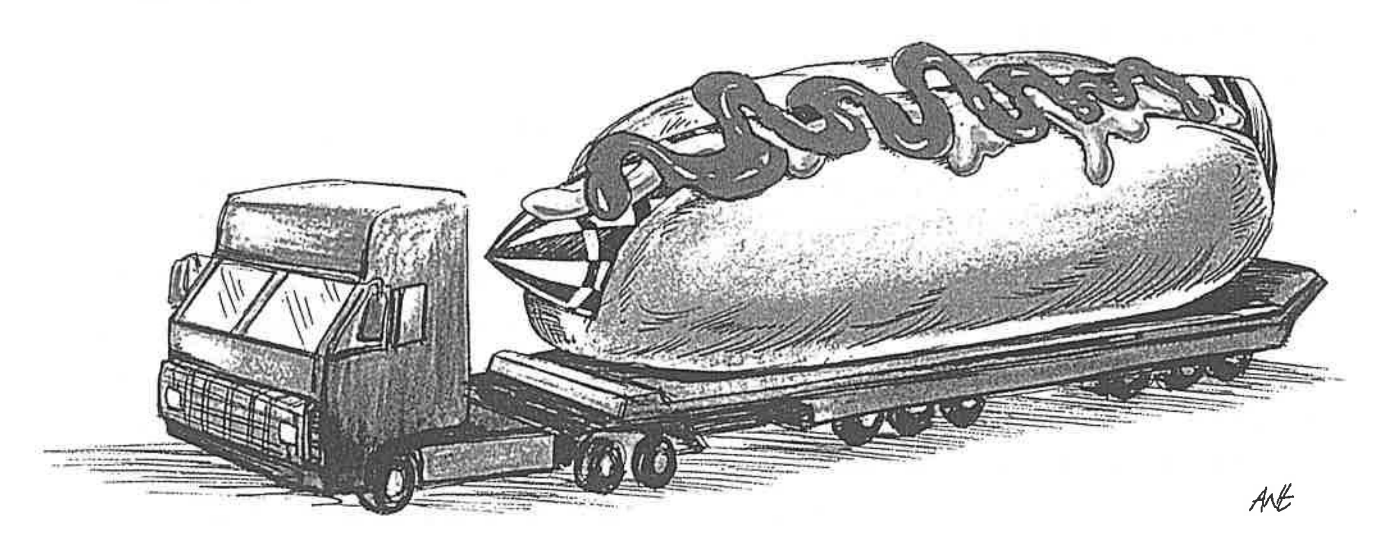
Obsérvese en este cuadro que, en 2000, China disponía apenas de 110 buques, casi todos obsoletos, por 360 en 2020, la mayoría dotados de tecnología punta. Es decir, en dos décadas construyó 250 buques de guerra, mostrando una industria naval vigorosa.
[Por fidelidad al original mantenemos esta tabla en inglés.]

También señala que la fuerza naval de China «tiene actualmente ciertas limitaciones y debilidades, y está trabajando para superarlas». Ciertamente, uno debe ser consciente, sobre todo en materias bélicas, de que una cuestión es la cantidad y otra diferente la calidad (algo así como la diferencia que había, en la época gloriosa del colonialismo y el imperialismo, entre los fusiles de chispa de los invadidos y las ametralladoras de los invasores). En comentarios a la británica BBC, Christopher Yung, profesor de la Universidad del Cuerpo de Marines, un mayor número de buques no significa que China pueda superar la capacidad de combate de la Marina de EEUU:

> En estos casos debe analizarse en tamaño –es decir, en número de barcos– y en capacidad militar. Yo diría que tenemos poco tiempo para que China nos alcance en la primera, pero creo que faltaría todavía al menos una o dos décadas antes de que alcance a Estados Unidos en capacidad de poder de combate.

Entre otros factores diferenciales entre cantidad y calidad, los expertos señalan que EEUU dispone de once portaaviones nucleares de gran tamaño, mientras que China sólo posee dos (ya está terminando el tercero; planea disponer de cinco portaaviones), notablemente más pequeños y sin poder nuclear. Por último, hacen hincapié en que, aunque China esté desarrollando una potente fuerza submarina, la de EEUU sigue siendo superior y, además, «contamos con mayor experiencia», se recalca (a este respecto, la prudencia aconsejaría no apostar mucho al factor experiencia después de las duras derrotas en Vietnam y Afganistán, guerras que eran bastante distintas a las operaciones de invasión de países exiguos como Granada o Panamá).

Otro factor, a nuestro juicio más relevante y no suficientemente valorado en los informes y análisis de EEUU, es la geografía. China está en su mar y EEUU, a 12.000 kilómetros del mar de la China Meridional, un hecho que fue reconocido, en mayo



de 2018, por Lyle Goldstein, profesor del Instituto de Estudios Marítimos de China del Colegio Naval de EEUU. Goldstein admitió que es «es una región que está más cerca del terreno continental de China, por lo que geográficamente ellos tienen una mayor ventaja. Pero, en mar abierto, la Armada de Estados Unidos seguirá siendo la más poderosa por un largo tiempo». Cada quien se consuela como puede, pues, por ahora, China no parece plantearse desafíos en mares abiertos, sino que está concentrada en sus aguas aledañas.

La proximidad geográfica implica que, en caso de conflicto, China dispondría de una poderosa fuerza naval y de una –seguramente más poderosa– fuerza de misiles, que multiplicaría su poder de fuego. Es decir, combinaría sus capacidades navales con sus capacidades terrestres. En lo relativo a la potencia de fuego, es obvio que EEUU da por hecho que contará con el apoyo de países aliados –Japón, en primer lugar, y Australia, en segundo, sin olvidar a Corea del Sur (aunque este país podría estar sumamente ocupado en hacer frente a Corea del Norte, pues en caso de conflicto EEUU-China sería una quimera pensar que no estallaría la guerra entre las dos Coreas)–. En la visión de los analistas y estudiosos estadounidenses, EEUU estaría consistentemente acompañado y China, creen ellos, desoladoramente sola. Engañarse es humano, pero engañarse en estos temas puede ser error fatal. Sobre esto volveremos más adelante.

De los aliados millonarios y los aliados suicidas

Con todo lo poderoso que ha sido, y que sigue siendo –pero cada día menos–, EEUU es un país que no gusta de ir solo a las guerras. Excluyendo del cuadro las guerras –genocidio– contra los pueblos indígenas, la guerra de 1847 contra un México que era un cadáver de país y, en 1894, contra una decrépita España, cuya mayor gloria en ese conflicto fue hundir sus propios barcos, EEUU evita ir de único. Es hecho constatable que las guerras mencionadas fueron tan asimétricas que da vergüenza llamarlas guerras.

En las otras guerras, las de verdad, EEUU ha buscado llevar consigo a todos los países que podía reclutar, aunque sólo fuera para tenerlos de figurantes, ya que el peso EEUU lo solía llevar EEUU, aunque en fase decreciente por su propio declive económico. Así ocurrió en Corea, Vietnam, Iraq y Afganistán. En una eventual guerra con China no podría ser de otra manera, aunque, para tal contexto, EEUU no quiere figurantes, sino países que puedan, efectivamente, aportar consistentes fuerzas de combate. Dado que el escenario bélico sería fundamentalmente naval, deben ser aliados dispuestos a gastarse decenas de miles de millones de dólares (o euros) en aviones, buques y submarinos. En otras palabras, quiere socios ricos, sumisos y… suicidas.

Así, siguiendo esos caminos oceánicos, en septiembre de 2021, el presidente de EEUU, Joe Biden, anunció la creación de una alianza entre Australia, Reino Unido y EEUU, para compartir tecnología militar avanzada y dotar a Australia de nueve submarinos nucleares. La alianza, bautizada AUKUS –acrónimo en inglés de Australia, United Kingdom, US–, era, obviamente, una medida para mostrar el apoyo de esos socios al país norteamericano en su confrontación con China. En el comunicado de «puesta de largo», firmado por los dirigentes de estos tres países, se decía:

> Guiados por el compromiso compartido con el orden internacional basado en reglas, resolvemos profundizar en la cooperación diplomática, de seguridad y de defensa en la región del Indo-Pacífico, para afrontar los desafíos del siglo XXI, para lo que anunciamos la creación de AUKUS.
>
> [Aukus permitirá] una integración más profunda de la ciencia, la tecnología, las bases industriales y las cadenas de suministro relacionadas con la seguridad y la defensa.
>
> Por nuestra tradición común como democracias marítimas, nos comprometemos a apoyar a Australia en la adquisición de submarinos de propulsión nuclear para la Royal Australian Navy.

La dotación se haría efectiva en un plazo de 18 meses, según se expresa en dicho comunicado.

Hubo gente sorprendida –o que se hizo la sorprendida– ante un acuerdo que era todo menos nuevo. En 1951, impactados por la entrada de China en la Guerra de Corea (1950-1953), EEUU, Australia y Nueva Zelanda firmaron un tratado de seguridad que recibió el nombre de ANZUS (Australia, New Zeland, US), con el objetivo de fortalecer el dominio estadounidense en el Pacífico. Este acuerdo se quedó colgado del limbo cuando Nueva Zelanda se retiró –sin hacerlo formalmente–, adoptando una posición antinuclear y neutral en las rivalidades del mundo. El AUKUS sería, por tanto, la actualización del ANZUS, poniendo a Gran Bretaña en lugar de Nueva Zelanda.

En puridad geoestratégica o geopolítica, el AUKUS es un acuerdo innecesario, pues es verdad sabida que británicos y australianos han ido voluntarios a prácticamente todas las guerras de EEUU. Fuerzas australianas combatieron en Corea, Vietnam, las guerras del Golfo y Afganistán sin que mediase ningún tratado. Si estallara la guerra con China, los australianos (como los canadienses y los británicos) irían de cabeza a luchar por EEUU, con tratado, sin tratados y sin necesidad de ser contratados. Son un equivalente modernizado de los ejércitos cipayos creados por los británicos en India, amamantados en el socialdarwinismo, que sigue predicando que los anglosajones son seres divinos. Puede que tarde, y mal, se enteren del crepúsculo de los dioses (Billy Wilder, 1950).

Para los mal pensados (o, quizá, mejor informados), el AUKUS se habría creado, más que por razones militares, para crear una tapadera política a una operación bastante menos seductora que una alianza militar: arrebatar a Francia –ese «querido socio» en la OTAN– el archimillonario contrato que había firmado con Australia para construirle nueve submarinos. Retrocedamos en el tiempo. En 2016, Australia firmó con la francesa Naval Group, uno de los mayores constructores navales de Europa, un contrato de 40.000 millones de dólares para renovar su vetusta flota submarina. 40.000 millones de dólares son muchos millones y, para EEUU, un jugoso bocado a inyectar en sus maltrechos astilleros (que, ya hemos visto, están urgidos de modernización, y en EEUU no hay fondos para ello). Francia calificó la cancelación del contrato como «una puñalada por la espalda», pues, aparte de un palo a su prestigio, era un golpe mucho mayor a su industria naval. Por tales motivos, París abrió una crisis diplomática y hasta retiró a sus embajadores de EEUU y Australia para… nada. A finales de octubre de 2021, Macron y Biden se reunieron en Francia y pelillos a la mar –y nunca mejor dicho–. «Yo no sabía nada», dijo Biden; «Miremos al futuro», espetó Macron; dicho lo cual, se fueron a la mar, a pescar perdices, para volver así a ser felices, que donde manda capitán no manda marinero, y del capitán son los meros, los dineros y los deslices. ¿A que sí, Emmanuelle? Perdón, Emmanuel (inolvidable Sylvia Kristel). Porque al capitán se le sigue sin rechistar, aunque lo que pida sea suicida o ruinoso.

Perdices aparte, lo cierto es que la capacidad de construcción de los astilleros de EEUU se está revelando inferior a la de los astilleros chinos. Como se ha indicado antes, en veinte años los chinos botaron 250 buques. Entre 2012 y 2019, construyeron 19 destructores –unos tres por año–, cifra que triplicaba el número de destructores en servicio de la Royal Navy británica. Los astilleros chinos producen un 30% más buques que los estadounidenses, de forma que los 40.000 millones de dólares de Australia permitirán dar aire –y trabajo– a EEUU, que poderoso caballero es don Dinero.

Terminemos este capítulo con una remembranza histórica. Después de la guerra con España en 1894, EEUU quedó dueño de Cuba, Puerto Rico y, sobre todo (un hecho que cambiará la historia estadounidense), de Filipinas y los vastos archipiélagos españoles de Marianas, Carolinas y Palaos. La dimensión marina de estos inesperados dominios oceánicos llevó al presidente Theodore Roosevelt a ordenar el fortalecimiento de la Marina de EEUU. Entre 1904 y 1907, de los potentes astilleros estadounidenses fueron botados once acorazados. Para mostrar al mundo que había surgido una nueva potencia naval, Roosevelt ordenó que una flota estadounidense diera la vuelta al mundo visitando una veintena de países. En diciembre de 1907 partió de Nueva York la que fue bautizada como Great White Fleet (Gran Flota Blanca), porque los buques iban pintados de ese color. La formaban dieciséis acorazados y doce buques auxiliares. Regresará a EEUU hasta en febrero de 1909. Cuando,

AUKUS



en diciembre de 1902, Roosevelt anunció su decisión de fortalecer el poder naval de EEUU, afirmó: «Una buena Marina no es una provocación de guerra; es la más segura garantía de paz». Tararí, tarará...

La Gran Flota Blanca sirvió para demostrar algo más que el poder militar. Fue una carta de presentación del impresionante desarrollo industrial de EEUU. Construir once acorazados en menos de cuatro años, con la tecnología de la época, demostraba una capacidad superior a la de las otras grandes potencias industriales, como los Imperios británico o alemán. A lo largo del siglo XIX, el grueso de las exportaciones estadounidenses eran productos agrícolas. En 1907, EEUU fabricaba el 35% de los productos industriales del planeta. Aquellas cifras eran el anuncio del nacimiento de una potencia mundial que se convertiría en hegemónica después de la Segunda Guerra Mundial, compartiendo poder con la Unión Soviética.

En este año 2022 del siglo XXI se vive un proceso similar, para quien quiera entenderlo (que gente hay que, por más que le expliquen con claridad absoluta algo, no lo ve). En el presente, China produce el 28,47% de bienes industriales planetarios; EEUU, el 16%; Japón, el 7,23%, y Alemania, el 5,58%. Si retrocedemos más en el tiempo (tomando prestado el vehículo de Doc y regresando al pasado en vez de al futuro), encontraremos que el nacimiento del Imperio británico estuvo precedido de la primera Revolución industrial, que convirtió a Gran Bretaña en «la fábrica del mundo» y, sobre esa plataforma productiva, en la potencia hegemónica del siglo XIX. Esperamos, lector, que haya captado la grácil sutileza histórica sobre máquinas, fábricas... y buques.

China no es Japón, no se equivoquen caballos y caballeros

«El caso más parecido a la carrera naval de China sería la formidable Armada construida por Japón a principios del siglo XX», afirmó, en julio de 2021, el comandante de la Marina de EEUU Bryan McGrath. Un parecido sólo en apariencia, empezando por la geografía. Japón es un Estado insular, archipelágico, que hizo una apuesta decidida por convertirse en la mayor potencia marítima del Pacífico Oriental. En sus 377.900 kilómetros cuadrados no había –ni hay– minerales estratégicos, tampoco hidrocarburos, ni siquiera tierras suficientes para abastecer a su población. Esta carencia de elementos esenciales para su desarrollo económico, industrial y militar fue determinante para que decidiera invadir Corea (1910) y luego China (1931). Como señala Brett L. Walker *(Historia de Japón)*, «el ansia de recursos naturales impulsó la conquista terrestre de Manchuria. A medida que crecía la población japonesa, los planificadores vieron un terreno fértil para aumentar el rendimiento agrícola y alimentar a las hambrientas bocas».

Aunque Japón tenía un grave problema alimentario, recoge Walker, buena parte de los productos del mar que obtenía su inmensa flota pesquera «eran enlatados y vendidos en los mercados occidentales para reunir recursos en caso de guerra, como petróleo, caucho y mineral de hierro». Japón era una potencia con una poderosa Marina y un implacable ejército que no disponía de recursos propios para mantenerlos. Invadió a todo su vecindario –en el momento álgido, sus frentes de guerra iban de Australia a Corea–, pero las invasiones consumían los recursos que obtenía y, al final, para decirlo en parámetros de etología, la relación costo-beneficio resultó totalmente negativa. Si para obtener 3.000 calorías tiene uno que gastar 5.000 calorías, está muerto. En la guerra con EEUU, Japón sólo pudo emplear el 30% de sus recursos, mientras que EEUU le dedicaba el 90% de los suyos. Lo dicho, una relación costo-beneficio netamente negativa. Así que Japón fue barrido y, en la hora de los hornos –atómicos–, le salvó la campana de la Guerra Fría.

China es una potencia terrestre, de 9,6 millones de kilómetros cuadrados, con ingentes recursos propios y, para los que le faltan, con vecinos amistosos –algunos, muy amistosos– que le surten de lo que necesita, particularmente Rusia. No está en ninguno de sus planes ir a la guerra con el vecindario, sino lo contrario, quiere sumarse a los planes del vecindario para crear la más próspera región del mundo. El desarrollo naval chino sólo apunta a los aliados de EEUU y, muy concretamente, a EEUU. Por lo demás, Japón era un enano comparado con EEUU. Enano en territorio, enano en recursos, enano en producción industrial. China no. No es enana. Es de igual o mayor tamaño que EEUU en territorio, desarrollo industrial, comercial y científico-técnico. En población ya no digamos: 1.400 millones de chinos por 340 millones de estadounidenses. Como se diría en jerga callejera, EEUU, por primera vez en su historia, tiene enfrente a uno de su tamaño. ¡Y qué tamaño! Por si acaso alguien se anima, aquí apostamos triple contra sencillo por China.

7. CHINA COMO ALEMANIA, UN SÍ, PERO NO, CLARO QUE NO...

Alemania y China, como ya señalamos, tienen geografías disímiles, pero, al mismo tiempo, comparten algunos factores económicos, geográficos y geoestratégicos. Buscar o identificar esas similitudes ayudaría a aproximarnos a escenarios hoy muy presentes, permitiéndonos entender con más claridad los intereses en presencia, aunque más adecuado sería llamarlos «intereses en conflicto». También ayudaría a entender la magnitud o relevancia de las disimilitudes. En 1914, los intereses en conflicto llevaron a la Gran Guerra. En este siglo XXI, ¿llevarán a otra?

Anotemos en nuestra memoria un factor diferenciador: las dos guerras mundiales fueron, esencialmente, guerras entre imperios coloniales, o provocadas por potencias imperiales, en su afán por mantener o ampliar sus dominios o por consolidar su poder frente a otras potencias imperiales. La Gran Guerra se empezó a gestar en 1894, cuando Francia y Rusia firman un tratado de alianza que amenazaba a Alemania en dos frentes. Continuó gestándose con la suscripción de un acuerdo naval entre Gran Bretaña y Japón, en 1901, que daba vía libre a las ambiciones imperialistas de este último (lo que le llevará a la guerra con Rusia en 1905, que pierde Rusia). No obstante, el detonante principal, el hecho que dejaba claro que la guerra era inevitable, fue la creación de un frente antialemán con la alianza de Gran Bretaña con Francia (1904) y Rusia (1907). El Imperio británico, de esa forma, rompía su política tradicional de no implicarse en conflictos europeos, salvo apoyando a un país contra otro, sin pasar a más. En razón de ese pacto, Alemania se encontraba rodeada de enemigos: al norte, Rusia, con la que compartía una extensa frontera; al sur, Francia, país que era un pozo de rencor antialemán desde la derrota de 1870 y la pérdida de Alsacia y Lorena; al oeste, el Imperio británico, que controlaba el mar del Norte. El pacto, que establecía un cerco militar en torno a las dos potencias germanas –el Imperio alemán y el Imperio austrohúngaro– ahondó al límite la des-

confianza entre las cinco grandes potencias, convirtiéndose en un factor determinante en el estallido de la guerra.

Este cambio de política obedecía a una razón: impedir la consolidación de Alemania como gran potencia europea, lo que menguaría el poder británico, más cuando Alemania, temerosa de Gran Bretaña, venía desarrollando desde finales del siglo XIX un ambicioso plan de desarrollo naval que le permitiera mitigar la superioridad de esta última. La respuesta alemana fue promover una alianza de los imperios centrales (Alemania, Austria-Hungría y el Imperio otomano), lo que dejó a Europa dividida en dos bloques enemigos, sumida en una voraz carrera armamentista y con las bayonetas caladas, a la espera de una orden para cargar. No había quedado espacio para negociaciones y la desconfianza y temor entre las potencias lo llenaba todo.

Los acontecimientos de principios del siglo XX son similares, *in nuce*, a los que estamos viviendo desde los inicios del siglo XXI. La política de EEUU, como la de sus parientes británicos, es crear un frente antichino en Asia y ampliar y reforzar un frente antirruso en Europa, por una razón similar a la británica: impedir que Rusia y China sean actores globales, lo que está minando la hegemonía que EEUU quiere mantener. Poco importa que esa hegemonía se encuentre igual que la británica a finales del siglo XIX, es decir, en decadencia. Lo cierto es que esta política está dividiendo Europa en dos bloques antagónicos, al igual que está ocurriendo en el Sudeste Asiático.

La gran diferencia entre la Europa de inicios del siglo XX y el mundo de inicios del siglo XXI radicaría en los escenarios. La Gran Guerra ocurrió esencialmente en territorio europeo, y los daños y la devastación los sufrieron los europeos. La guerra que podría provocarse en ese siglo XXI abarcaría la mitad del planeta y a más de la mitad de su población, aunque el escenario principal sería Eurasia. Por lo demás, la magnitud de un bloque chino-ruso hace pensar que las alianzas que están promoviendo EEUU y la OTAN podrían tener un final muy distinto al de las promovidas por Gran Bretaña.

En el presente, merced al proceso de descolonización, ya no hay imperios formales; tampoco sistemas coloniales, salvo residuos, como las Malvinas o Gibraltar. La descolonización hizo surgir imperios informales –las neocolonias–, de independencia legal y dependencia inmoral; no obstante, también los imperios informales se han ido diluyendo con el paso del tiempo, gracias, entre otros factores, al ascenso de nuevas potencias económicas –China, en primer lugar– y al surgimiento de nuevos mercados. El proceso imparable de democratización de la economía internacional ha dado mayores espacios de autonomía a los países pobres y complicado su dominio a las antiguas metrópolis o a los nuevos centros de poder occidentales. Este hecho, repetimos, marca una diferencia, sustantiva y fundamental, con aquel mundo de potencias imperiales que provocó las dos guerras mundiales.

La desaparición de los imperios coloniales es un hecho capital, en este y otros múltiples temas. En el siglo XXI, los países atlantistas ya no tienen colonias a las que exprimir para financiar sus guerras, ni pueblos dominados a los que reclutar para que mueran en las trincheras europeas (los británicos movilizaron a dos millones de soldados de sus colonias, principalmente India, y Francia hizo otro tanto, reclutando a 600.000 soldados de sus colonias africanas). Por tal motivo, el bloque atlantista tendrá que recurrir a la recluta general de su propia población, que está en general, envejecida y con escasos nacimientos. Tampoco dispondría de las reservas alimentarias que proporcionaban sus colonias –imprescindibles en el caso británico, porque Gran Bretaña era, y sigue siendo, un país con un grave déficit alimentario.

(También el fin de la Guerra Fría puso el mundo patas arriba, cambiando el reparto del poder mundial y abriendo nuevos escenarios, pero eso se ha examinado en otro capítulo.)

A pesar de los profundos cambios experimentados por la sociedad internacional, hay potencias que quieren seguir actuando como imperios, aunque no los llamen así, y que buscan ocultar sus intenciones con palabras de connotaciones franciscanas. No dicen «Nuestro propósito es mantener un sistema imperial». No. Nos recitan, hasta el bostezo, términos como libertad, democracia, derechos humanos, sociedades abiertas o libertad de navegación, que creen perfectos para disfrazar anacrónicas prácticas imperiales. Escudándose en esas palabras han lanzado guerras de agresión, invadido países, bombardeado hasta destruir otros o se imponen castigos brutales –llamados sanciones– para doblegar a Gobiernos. Por último, se desestabilizan Gobiernos con «revoluciones –llamadas– de colores» para derrocarlos, porque de colores han querido vestir golpes de Estado como el ocurrido en Ucrania, en 2014. Es esa política de resonancias decimonónicas la que está arrastrando al mundo a una situación similar a la de 1914.

Detrás de esos discursos y de esos «colores» subyacen ideologías colonialistas y racistas, heredadas de pasados imperiales y que rehúsan morir, como la idea de que Occidente es moralmente superior y que sus sistemas políticos y económicos deben ser imitados, con razones o a palos, por los demás países. Que esos sistemas, con sangre –a veces con mucha sangre–, terminan entrando y por eso hay que formar bloques militares que puedan doblegar a los adversarios de las «sociedades abiertas». En un pasado reciente, la supuesta defensa de la libertad frente al comunismo llevó a llenar Latinoamérica de sangrientas dictaduras y, en el presente, nos ha instalado en un teatro sin sillas, donde los pueblos no son siquiera espectadores, porque los centros de poder actúan, pero no informan sobre los derroteros de sus políticas, como podría demostrarse en el caso de Ucrania. Estamos en manos de fanáticos y de dogmáticos que quieren, con una suma de amenazas, sanciones y provocaciones, obligar a los adversarios designados –Rusia, China, Irán– a que se

sometan a sus intereses. Eso no ocurrirá, como no ocurrió en 1914. Según apuntan los derroteros de los tiempos, tales sueños imperiales y esos espejismos de superioridad no parecen comprender que el siglo XX ha quedado atrás, que este es otro mundo y que esos espejismos, si no se entierran de forma responsable y pacífica, tendrán que ser enterrados por otros medios. En ese camino andamos y, si no hay cambios, de misiles lleno veremos el azul cielo, como se está viendo en Ucrania.

Pues bien, volvamos ahora al tema de las similitudes y disimilitudes entre Alemania y China.

Siguiendo la tesis de Halford Mackinder, debemos considerar tanto a China como a Alemania potencias terrestres que, aunque dispongan de costas –de escasa longitud las alemanas, extensas las de China–, dan a mares cerrados, en el sentido de que, tanto a sus costados como en su frontis, hay territorios terrestres e insulares que pertenecen a otros Estados. Este condicionamiento geográfico los obliga a transitar por aguas ajenas, lo que, en caso de conflicto bélico, los sitúa en posición desventajosa en cuanto a su proyección marítima. Las costas alemanas estaban –están, en lo que le queda de ellas, pues ha perdido más de la mitad– encapsuladas por los territorios de Dinamarca, Noruega, Países Bajos y, sobre todo, las islas Británicas.

La «cápsula china», en el mar de la China Oriental, la forman la península coreana y el archipiélago japonés. En el mar de la China Meridional, la cápsula está formada por una cadena de islas, sobre todo las Filipinas, y la cierran Malasia y Singapur. La única isla china que daría salida propia a aguas abiertas (o «aguas azules» como las califica EEUU siguiendo la terminología británica) es Taiwán, pero Taiwán es independiente *de facto,* enemiga de China y está –por ahora– bajo el paraguas de EEUU. Este país, a través de su red de alianzas, mantiene el control de toda la primera cadena de islas en los mares chinos, formando un muro de costoso franqueo para China. La situación de esta última es similar a la de Alemania en 1914, en cuanto a la mediterraneidad de sus costas. No tiene acceso propio a aguas abiertas, de forma que, en caso de conflicto, puede ser objeto de un bloqueo marítimo. Incluso en el caso de que haya países que se puedan declarar neutrales –Dinamarca, Suecia y Países Bajos lo fueron entre 1914 y 1918–, la configuración geográfica sigue siendo desventajosa.

Por sus circunstancias históricas, China y Alemania vivieron, hasta la época moderna, de espaldas al mar. China, porque, primero, renunció adrede a disponer de una Marina poderosa, aunque podía tenerla, pues poseía recursos y tecnología para ello; y, segundo, porque sufrió los embates de los imperialismos europeos y japonés. Estos imperios pudieron medrar y vencer en gran medida porque China había renunciado a desarrollar su propia Marina de guerra, una Marina que pudiera defenderla de invasiones desde el mar, pues del mar llegaron los piratas imperialistas. En las dos Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860), barcos de junco debieron

hacer frente a los acorazados británicos, que practicaron con ellos el tiro al blanco. El desplome de lo que fue el Imperio chino, con la transitoria república que surgió en 1911, no terminará hasta 1949, con la proclamación de la República Popular China por el Partido Comunista Chino.

Alemania, por su parte, nace tarde como país y como Imperio, empujada por la ola de nacionalismos que empezó a barrer Europa desde principios del siglo XIX. Bajo la égida de Prusia, el Estado alemán moderno se forja entre 1860 y 1871, cuando los grandes países europeos –España, Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Portugal, incluso Dinamarca– llevaban siglos constituidos y habían creado sus propios imperios coloniales. Prusia, bajo la dirección de Otto von Bismarck, lanza tres guerras sucesivas, que llevan a la derrota de Dinamarca (1864), de Austria (1866) y de Francia (1870). Cuando se proclama, en 1871, el Imperio alemán, este dispone de la más poderosa maquinaria de guerra terrestre, pero de ningún poder naval. Alemania se instaura como la gran potencia continental, pero una gran potencia sin barcos y sin colonias. En su condición de potencia terrestre dominante, reclama un reajuste del mapa colonial y se lo dan. Dicho reajuste tiene lugar en la Conferencia de Berlín (1885), que determina el reparto de África entre las grandes potencias europeas. Pero tener colonias demanda tener barcos y Alemania tenía pocos.

Al Imperio británico no le inquieta demasiado el auge alemán, pues sus intereses están lejos de Europa, repartidos entre Asia y África. Más bien aprovecha la situación para establecer un denso intercambio económico y comercial, que resulta provechoso para ambas potencias. Los problemas se inician cuando Alemania decide dotarse de una poderosa Marina para rivalizar en poder con el Imperio británico. De esa guisa, a principios del siglo XX, las grandes potencias imperiales europeas y Japón se enzarzan en una febril carrera armamentista que, entonces, sus pueblos aplaudían gozosos, pues veían en ella un reflejo de su poder y su gloria. Era el periodo de apogeo del nacionalismo más virulento, donde los pueblos, divididos en supuestas razas, pugnaban por imponerse unos a otros y expandirse por el mundo. En estos derroteros, los destinos de Alemania y China no podían ser más distintos, pero esto, a nuestros efectos, es hecho adjetivo (sólo y únicamente a estos efectos, se aclara para evitar bufos y rebufos).

El reparto del poder en el mundo era el núcleo de las contradicciones, que se sumaba a la creciente rivalidad económica y comercial entre Alemania, Gran Bretaña y Francia. No obstante, donde más fácil podía observarse la deriva belicista-imperialista era en el desarrollo naval, que abre una grieta abisal entre el Imperio británico y el alemán. En 1898, este último era la primera potencia militar del mundo, pero, como era una potencia terrestre, no despertaba recelos en Gran Bretaña, sabedora de su condición de potencia marítima hegemónica. Alemania prevalecía en Europa y Gran Bretaña dominaba los océanos; la Royal Navy y los mercantes británicos eran dueños

de los mares y, a través de ellos, del comercio mundial (Latinoamérica, por ejemplo, se había convertido en colonia informal de los británicos, que le habían prohibido poseer sus propios barcos mercantes, siendo los únicos que podían comerciar con ella, hasta la irrupción de EEUU). La emergencia de una potencia naval que pudiera rivalizar con Gran Bretaña era otra cuestión, y muy peligrosa.

Pese a las suspicacias británicas, Alemania, desde su supremacía como potencia terrestre, estaba decidida a convertirse en potencia naval, decisión que los británicos –desde su prepotencia imperial– tomarán como una amenaza directa e inminente a su imperio colonial y un desafío a su supremacía marítima mundial. En otras palabras, mientras los germanos permanecieran quietecitos en tierra, los británicos no tenían ningún problema. A fin de cuentas, no habían intervenido en absoluto en las guerras prusianas contra Dinamarca, Austria y Francia. Eran problemas de continentales. Pretender sumar potencia terrestre y potencia naval era un desafío que el Imperio británico no podía tolerar. ¿Van siguiendo el hilo?

En 1898, el káiser Guillermo II afirma: «El porvenir de Alemania está en los mares». En esos años, Alemania disponía de 22 buques de guerra (acorazados o cruceros) por 147 buques de los británicos. Una diferencia inmensa. Para reducirla, leyes alemanas de 1898 y de 1900 disponen aumentar los buques a 50. Entre 1906 y 1907, se ordena construir cuatro acorazados por año. En 1912, el programa de construcción naval es ampliado. Como recoge Pierre Renouvin en su *Historia de las relaciones internacionales,* el jefe de la flota germana, almirante Alfred von Tirpitz, desde 1911 ministro de Marina, escribe que Alemania debe «crear una flota capaz de actuar entre Heligoland y la costa inglesa». En criterio de Tirpitz, cuando Gran Bretaña viera, en el mar del Norte, una flota de guerra capaz de hacer frente a la británica, entendería la necesidad de «transigir» con Alemania y de «respetar en todas partes los intereses alemanes». No pretendía Alemania, al menos de inicio, desbancar a Gran Bretaña como la gran potencia marítima, sino ascender en el rango del poder naval para apuntalar la expansión de sus intereses, que eran, esencialmente, financieros y mercantiles: la construcción de ferrocarriles en el Imperio otomano o Persia; colocación de empréstitos –onerosos– en América; fortalecerse en Europa Central; alcanzar Asia y hacerse un hueco en China, y así... Así funcionaban las potencias colonialistas.

(Un episodio reciente hace necesario otro paréntesis. El 22 enero de 2022, el sucesor en el cargo de Tirpitz, el vicealmirante Kay-Achim Schönbach, *Inspekteur der Marine* [literalmente Inspector de la Marina], nombre de quien «dirige toda la fuerza naval y la representa externamente, y es responsable de la preparación personal y material de la Armada», según define el cargo la ley alemana–, se vio obligado a presentar su renuncia. La causa de la destitución fueron unos comentarios informales, hechos días atrás por el *Inspekteur der Marine* durante una visi-

ta oficial a India. Schönbach había comentado que las afirmaciones de una invasión de Ucrania «eran un disparate», que «Crimea nunca volverá a Ucrania y que nuestro Estado no cumplirá con los criterios de membresía de la OTAN». Más aún: «Lo que Putin realmente quiere es respeto en pie de igualdad. Y, Dios mío, mostrar respeto a alguien no cuesta casi nada, no cuesta nada. Es fácil darle el respeto que exige, y que probablemente se merece». Las similitudes entre las ideas de Tirpitz y Schönbach hacían casi ineludible recoger este episodio, donde ambos hablan de respetar los intereses del otro. ¿Actuará EEUU hoy como el Imperio británico ayer? ¿Pensó en algún momento Schönbach en la Alemania de 1907, en su antecesor Tirpitz y en la forma en que terminó el desafío naval alemán a la arrogancia imperial británica? Ciertamente da igual, pero la similitud es más que una curiosidad.)

En otras palabras, ni el Gobierno alemán ni Tirpitz planteaban, en esos principios, crear una flota de alcance mundial que amenazase a la potencia británica. Su preocupación inmediata era más limitada y estaba centrada en el mar del Norte, por la simple razón de que era la principal vía de acceso a las aguas atlánticas y del Atlántico a puertos alemanes, es decir, al comercio y los suministros mundiales. El canal de la Mancha y el paso de Calais estaban descartados, por la abrumadora presencia de fuerzas británicas y francesas (particularmente estas últimas). Por esa razón, el desarrollo naval alemán estaba dirigido a crear una flota poderosa que



sustentara sus intereses en el mar del Norte, que hiciera ver a Gran Bretaña que, además de ser la potencia terrestre suprema, era una potencia naval digna de respeto. Eso facilitaría a la Alemania imperial su expansión económica y comercial por el mundo.

Los motivos de fondo que la impulsaban no eran, pues, estrictamente militares, sino el resultado del poderoso desarrollo industrial, financiero y comercial del país, que requería de nuevos mercados, muchos de los cuales, en aquellos momentos, estaban controlados por los bancos, las financieras y las industrias británicas. A fin de cuentas, como había escrito Clausewitz en su célebre libro, «la guerra es sólo una parte del intercambio político y, por tanto, de ninguna manera constituye algo independiente en sí mismo». Para el Almirantazgo alemán, en la parte del «intercambio político» que le correspondía, la competencia imperial con Gran Bretaña debía definirse en ese mar cerrado, en la cápsula de agua que era el mar del Norte, única vía de entrada y salida marítima a las aguas del Atlántico. Un mar que Gran Bretaña podía cerrar desde la base naval de Scapa Flow, situada en el archipiélago de las Orcadas, lo que sabían bien los alemanes. Los intentos anglo-germanos para alcanzar un acuerdo sobre la construcción de buques de guerra fracasan, y el fracaso se debe, particularmente, a la soberbia británica y a su desconfianza hacia la cada vez más potente capacidad industrial alemana. Si hoy construían cuatro buques, ¿cuántos construirían mañana?

En 1905, Gran Bretaña inicia la fabricación de un nuevo modelo de buque, que recibe el nombre de *Dreadnought* (Acorazado), para fortalecer su primacía marítima, pensando que Alemania necesitaría años para construir un buque similar. Se equivocaron: en 1906, se dispone por ley que todos los buques de guerra alemanes debían ser del tipo *Dreadnought*. La política inglesa se basaba en que, «por cada barco alemán, Inglaterra pondría en quilla dos, manteniendo de este modo su actual superioridad relativa», algo que pudo conseguir sin mayores dificultades en la Primera Guerra Mundial, pues Alemania nunca pudo acercarse al número de buques de que disponían los británicos. Esta inferioridad numérica pesaría dolorosamente en el mando alemán, pues el temor a perder la flota le hizo adoptar una política conservadora, de mantener los buques en sitios seguros, como quedó demostrado después de que la flota británica atacara por sorpresa, en agosto de 1914, a la flota alemana en Heligoland.

Aunque el combate dejó pocas pérdidas, tuvo un gran impacto psicológico en el mando germano. El káiser, contra el criterio de Tirpitz, decidió que la flota debería «reprimirse y evitar acciones que puedan provocar mayores pérdidas». El último intento alemán para romper el cerco llevó a la batalla de Jutlandia, en mayo-junio de 1916. Fue la mayor confrontación naval de la Gran Guerra y una de las mayores de la historia, pues involucró a más de un centenar de buques. El resultado, en lo táctico, fue una derrota británica –perdieron 14 buques y 6.100 marinos, por 9 los

alemanes con 2.550 bajas–, pero una victoria estratégica, pues la flota germana quedó maltrecha y dejó de presentar batalla, lo que implicó que Alemania renunciara al mar, vital para el aprovisionamiento del ejército y del país, y, por tanto, renunciara a resistir. Escribió Sun Tzu: «Lo más hábil es someter un ejército contrario sin batalla». Aquí las hubo, pero apenas dos en cuatro años de guerra, que bastaron para someter a la flota alemana, pues Alemania perdió su voluntad de lucha por temor a perderla. Al final la perderán, de forma más trágica y humillante.

Terminada la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918, se ordenó a la flota alemana concentrarse en el archipiélago de las Orcadas, cerca de la base de Scapa Flow. Allí se juntaron 9 acorazados, 5 cruceros de combate, 7 cruceros ligeros y 49 destructores, la flor y nata de la Marina alemana, que el káiser quiso preservar de la destrucción, incurriendo en uno de los mayores errores de la estrategia alemana. En la Conferencia de Versalles se iba a decidir su destino. En las Orcadas esperaba la decisión el comandante de la flota, el almirante Ludwig von Reuter. La decisión en Versalles fue –como era de prever– que la flota germana se repartiese entre las potencias vencedoras.

En la mañana del 21 de junio de 1919, del buque insignia de almirante Von Reuter, el *Emden,* mediante semáforos y reflectores, se envió un mensaje al resto de naves germanas. Era un mensaje de dos palabras y un número. Sólo decía «Párrafo 11: confirmar». Se trataba de un código que ordenaba a las tripulaciones hundir todos los buques alemanes para evitar que terminaran en manos de los vencedores. Un último gesto de dignidad de una flota que hubiera merecido mejor final. Los marineros abrieron las válvulas de los barcos para que entrase el agua. Fueron hundidos un total de 52. Hoy conforman el mayor cementerio marino de barcos del mundo.

Este trágico episodio ilustra que Alemania no fue vencida militarmente –la flota estaba casi intacta–, sino por el bloqueo marítimo impuesto por sus adversarios. Evidencia, también, que controlar los pasos marítimos –sean estrechos, cadenas de islas o rutas de navegación– es un factor determinante en las guerras navales. La cápsula que era el mar del Norte resultaría fatal para Alemania, desde el momento en que no pudo igualar o aproximarse al número de buques de la flota británica y, por tanto, estar con condiciones más equilibradas para presentar batalla y luchar por el dominio de ese mar. El sentimiento de inferioridad naval en el Gobierno alemán llevó a recluir la flota en los puertos o aguas costeras. Cuando EEUU entró en la guerra, en junio de 1918, no había ya nada que hacer, salvo rendirse. El hambre se había extendido por Alemania y no había voluntad ni suministros que permitieran continuar. Una vez más, las antiguas estrategias de sitio, bloqueo y rendición por hambre habían demostrado, cuatro mil años después, su eficacia. También que de nada servía construir una poderosa marina si no había voluntad de combatir y resistir. Al final, se pierden los barcos y se pierde la guerra.

La estrategia naval británica

No actuaba la Royal Navy al azar. En fecha temprana como 1913, el almirante John Jellicoe había trazado unos objetivos de cara al inminente conflicto con el Imperio alemán. Dichos objetivos eran, de manera sucinta, los siguientes:

1. La Royal Navy debía garantizar el desplazamiento libre y sin impedimentos de los barcos británicos por los mares del mundo. Esta libertad irrestricta de navegación era imprescindible para Gran Bretaña, pues dependía, para su subsistencia, del abastecimiento que llegaba por mar de todas sus colonias.
2. La Royal Navy debía ejercer una presión económica sobre el enemigo de tal magnitud que le obligara a aceptar la paz. Esto significaba imponer el bloqueo más duro posible sobre Alemania. Los mercantes eran abordados y la mercancía incautada. Los suministros fueron cortados, provocando la asfixia de Alemania.
3. La Royal Navy, en caso de guerra, debía garantizar el tránsito y apoyar a cualquier ejército enviado a ultramar, así como proteger las comunicaciones y los suministros de y desde las colonias.
4. La Royal Navy debía prevenir e impedir una invasión de las islas Británicas y proteger los dominios de ultramar de fuerzas enemigas.
5. La Royal Navy debía controlar el mar del Norte y rastrear y capturar los barcos mercantes con destino a Alemania, para cortar sus suministros. En caso de que la flota alemana se hiciera a la mar, la *Grand Fleet* debía estar en una posición favorable para atacar y derrotarla, poniendo especial atención en los submarinos germanos, que eran, técnicamente, mejores que los británicos.

La priorización del mar del Norte no era fortuita. A principios del siglo XX, el Almirantazgo británico había previsto que los escenarios bélicos decisivos iban a tener lugar en dicho mar. Las alianzas del Imperio británico con Japón y Francia, y las buenas relaciones con EEUU permitían a los británicos concentrar el grueso de su flota en las islas, de manera que su número abrumador y su potencia de fuego desanimarían a los alemanes de acciones ofensivas contra la Royal Navy o las islas Británicas. En suma, la supremacía naval británica la determinaron:

- Un factor material: la superioridad numérica de buques de guerra de Gran Bretaña sobre los alemanes.
- Una red de alianzas y relaciones, que permitían a la flota británica concentrarse en el objetivo alemán.

- Un factor psicológico: la inferioridad alemana en el número de buques generó, a su vez, un sentimiento de inferioridad, del que nació el temor de perder la flota y, por tanto, la decisión de sacarla de la guerra, dejando inerme a Alemania.

Para que después digan que el tamaño no importa.

En términos generales, este escenario se repitió en la Segunda Guerra Mundial, aunque para entonces el desarrollo de los submarinos obligaría a los aliados a pagar un elevadísimo costo en barcos y vidas humanas. Aunque los alemanes hundieron 2.828 buques mercantes, la entrada de EEUU en la guerra y las nuevas tácticas antisubmarinas determinaron que Alemania perdiera el 76% de U-Bootes, como los alemanes llamaban a sus submarinos, y, con ellos, se perdiera la guerra naval en 1943. Alemania quedará, otra vez, bloqueada por mar y sin acceso a suministros de otros países (sobre la guerra submarina, el filme *Das Boot*, de Wolfgang Petersen, de 1981, por demás, el mayor éxito del cine alemán de las últimas décadas).

Demasiados frentes para tan pocos recursos

Vamos a otra cuestión. Entre 1871, año de la proclamación del Imperio alemán, y 1945, fin de la Segunda Guerra Mundial, la potencia alemana fue un país rodeado de enemigos, Francia el primero, después de la derrota de 1870 por la que perdió los territorios de Alsacia y Lorena. El flanco sur alemán, por tanto, lo ocupaba su más vehemente adversario. Al norte estaba el Imperio ruso, luego la Unión Soviética, con quien Alemania mantuvo una política errática que la llevó, en la Primera Guerra Mundial, a declararle la guerra, con lo cual debía combatir en tres frentes: el norte, el sur y el marítimo. La retirada de Rusia de la guerra, en marzo de 1918, tras el Tratado de Brest-Litovsk (analizado en otro capítulo), llegará demasiado tarde. Alemania está agotada y EEUU se prepara para entrar en guerra. Nada podía hacerse, salvo rendirse.

En la Segunda Gran Guerra, Hitler repite escenario cuando, rompiendo el acuerdo con la URSS, firmado en agosto de 1939, decide invadir el país soviético en 1941. Así, Alemania se encuentra nuevamente con múltiples frentes de combate, al norte, al sur y en el mar. La decisión de Hitler de invadir Yugoslavia y Grecia, y de abrir un frente en el norte de África no tiene mayor impacto en la guerra. Esta se desarrolla, realmente, en tres ámbitos: el sur –Francia, Bélgica y Holanda, aunque la resistencia aquí, tras la capitulación francesa, es residual hasta 1944–, el mar –donde la Marina alemana logra golpear fuertemente a la británica hasta 1943– y, sobre todo, el oriental o norte, la Unión Soviética, donde la Wehrmacht terminará naufragando.

Entre junio de 1941 y mayo de 1945, el ejército alemán pierde el 80% de sus recursos humanos y materiales en el Frente Oriental, donde acumula desastre tras desastre que se traducen en la destrucción casi total de la Wehrmacht. Por lo demás, la Operación Barbarroja nunca habría funcionado a pesar de los tres millones de soldados enviados. Dada la inmensa extensión territorial de la patria soviética, la Wehrmacht y sus aliados rumanos y húngaros no hubieran podido reunir nunca tropas suficientes para conquistar y ocupar un territorio tan vasto. Hitler había tenido tiempo de aprender de Japón, cuya invasión de China consumía el 50% de su esfuerzo militar, o de repasar la invasión napoleónica, para sacar conclusiones, pero no hubo tal. Disponer de un ejército altamente mecanizado y técnicamente superior no ha sido nunca garantía de victoria. De poco sirvió el poderío japonés ante la enorme extensión de China, como lo había advertido Sun Tzu: «Cuando se hallan distantes [los soldados], es necesario distante transporte. Cuando se hallan distantes y es necesario distante transporte, se empobrecen los cien clanes». Y la pobreza anticipa la derrota.

Una cuestión debemos destacar. Según señala el historiador británico Anthony Beevor, especialista en la Segunda Guerra Mundial, la decisión de Hitler de invadir la URSS pudo haberse originado en el final de la Primera Guerra Mundial. El cabo Adolf Hitler padeció en carne propia las penurias del bloqueo y del desabastecimiento, que llevó a la invasión de Ucrania. Hitler aborrecía el bolchevismo, pero la idea de ocupar Ucrania, como se había hecho en 1918, partía del hecho de que podría convertirse en el granero de Alemania, evitando así que se repitiera el bloqueo británico y la hambruna sufrida en la Primera Guerra Mundial. Dicho en otras palabras, el temor a que un nuevo bloqueo provocara otra hambruna habría desempeñado un papel decisivo en cuanto a invadir la URSS. Hitler dominaba Europa Central, pero esta región, pese a su extensión, carecía de recursos suficientes, como se había visto en la Gran Guerra. Habría que agregar que la necesidad del petróleo del Cáucaso y el fondo ideológico anticomunista, sumado al racismo antieslavo, habrían sido tan determinantes como el factor alimentario.

En suma, estar combatiendo en dos flancos y bloqueada por mar hacía imposible que Alemania ganara aquellas guerras. Los ejércitos caminan sobre sus estómagos y los aviones y blindados sobre combustibles (puede verse la película *Stalingrado*, de Joseph Vilsmaier, de 1993, quizá la mejor de las filmadas sobre ese episodio bélico, que marcó una inflexión en el rumbo de la Segunda Guerra Mundial). Si se carece de provisiones y de combustible, los soldados perecen y las máquinas se vuelven inútiles. (A propósito de máquinas: el 80% de los vehículos usados por los alemanes para invadir la URSS provenían del derrotado ejército francés, que los había entregado sin rechistar al ejército nazi. Por esa razón, Stalin detestaba a los franceses y, en la Conferencia de Teherán, en1943, propuso que fuesen juzgados como traidores y colaboracionistas. El presidente Franklin D. Roosevelt les agarró tirria también y

por eso no fueron invitados a la Conferencia de San Francisco, en 1945, que fundó la Organización de las Naciones Unidas. Este capítulo «heroico» de Francia no se conoce ni en las alcantarillas de París.)

Al final, las guerras prolongadas terminan definiéndose según el nivel de agotamiento de recursos materiales y humanos de los contendientes. Como dejó escrito Clausewitz, «la idea de desgaste en una lucha implica un agotamiento gradual del poder físico y de la voluntad del adversario por la prolongada continuidad de la acción». Llevar al límite extremo a una potencia hasta vencerla por extenuación. Y, sigue diciendo Clausewitz, un contendiente «no pondrá en juego al mismo tiempo la totalidad de sus recursos». Eso hizo Alemania en las dos guerras y ese mismo error cometió el Japón imperialista, que, en una política ciega y sin límites, abrió un frente bélico que iba de Hawái a Australia y de Australia a Corea, pasando por China. De esos casi 6.000 kilómetros, lo peor lo constituyó el frente chino, que consumió –hemos dicho– un 50% de los recursos de Japón (el imperialismo japonés naufragó en China; EEUU se limitó a rematar en el mar a un ejército que combatía con un tercio de sus capacidades; Hollywood cuenta otra cosa). Alemania y Japón compartieron dos elementos fatales: ambos estaban rodeados de enemigos dispuestos a combatir a muerte (excepción hecha de Francia en la segunda Gran Guerra, que se quedó esperando que otros llegaran a salvarla de sí misma) y ambos perdieron la guerra por agotamiento de recursos, y buena culpa de ese agotamiento lo tuvo perder el dominio del mar, imprescindible para las fuentes de aprovisionamiento en un país que carecía ágonicamente de ellas.

Intentando repetir escenarios

Toca ahora aterrizar concretando –o intentando concretar– los puntos en común entre la Alemania de las grandes guerras y la China actual, sin guerra presente pero con alto grado de probabilidades de tener que librar una, quiera, no quiera o sin querer queriendo, como diría un sabio mexicano de renombrado nombre (o de nombre renombrado, que, ya saben, el orden de los productos no altera los factores). Empecemos, como debe ser en rigor, por la geografía.

Señalamos que tanto Alemania como China, países costeros, dan a mares cerrados por la confluencia con otros países. Alemania sufría el muro de Gran Bretaña en el mar del Norte y el tapón de Dinamarca en las costas bálticas. China, por su parte, tiene, en el mar de la China Oriental, dos muros: la península coreana y, sobre todo, el de Japón. En el mar de la China Meridional el muro principal son las Filipinas, con tapón de cierre en Singapur. La invasión por Alemania de Noruega, en abril de 1940, tuvo dos objetivos esenciales: por una parte, asegurar el suministro de hierro

que exportaba la neutral Suecia; por otra, los deseos del Almirantazgo alemán de establecer bases navales para combatir a la flota británica en el mar del Norte. Para la *Kriegsmarine*, los fiordos noruegos eran una base inmejorable para sus submarinos y buques, lo que permitiría impedir que Gran Bretaña repitiera el bloqueo naval sufrido en la Gran Guerra al cerrar el mar del Norte.

Si se sigue la política de EEUU en los mares de China, se encontrarán coincidencias notables con la política británica hacia Alemania. Si los británicos, valiéndose de sus ventajas geográficas, cerraron el mar del Norte, EEUU, apoyándose en la geografía de sus aliados –con especial relevancia Japón y, en Japón, la base de Futenma, en Okinawa, la mayor base militar de EEUU en toda Asia Oriental–, ha erigido una muralla de bases militares que, en caso de conflicto, le permitiría cerrar los mares chinos a la República Popular.

En caso de que India se alineara con EEUU, cumpliría un papel similar al de Francia en las dos guerras mundiales; EEUU desempeñaría el de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial y parte de la Segunda. La diferencia –sustantiva, esencial– la marca Rusia, que, desde 2014, ha venido forjando una alianza cada vez más firme con China, modificando de manera radical el escenario, como se explica en otro capítulo.

Pues bien, como ya se viera, esta muralla o muro se extiende de Corea del Sur a Singapur, de forma que China –como antes Alemania– queda constreñida a su territorio continental. Japón no posee, por ahora, el poderío naval de Gran Bretaña, pero eso no es menester, porque el poder naval corre a cuenta de EEUU, que sólo necesita –también por ahora– facilidades portuarias y bases militares en territorios aliados.

Cuando EEUU habla de «normas» o «reglas» para proteger la libertad de navegación en los mares y océanos del mundo, está, en realidad, hablando de su supuesto derecho a situar sus flotas en cualquier océano o mar del planeta. En este caso, en los mares chinos para encerrar a China, siguiendo el ejemplo de lo visto con Alemania en las dos guerras mundiales. La política de cerrar mares a flotas adversarias fue una estrategia continuada durante la Guerra Fría y en relación al mar de la China Oriental. Japón, dentro de su alianza con EEUU, cerró a los submarinos soviéticos tres estratégicos estrechos japoneses, que iban de Corea del Sur a las islas Kuriles. Recuerda Okamoto Yukio, exconsejero personal de los primeros ministros Yashimoto Ryutaro y Koisimi Jun Ichirro: «Durante la Guerra Fría, Japón siguió la estrategia de bloquear los estrechos marítimos de Sōya, Tsugaru y Tsushima para encerrar la flota de submarinos nucleares soviéticos en las aguas del mar de Ojotsk». Este dato confirmaría la política británico-estadounidense de cerrar estrechos a países enemigos.

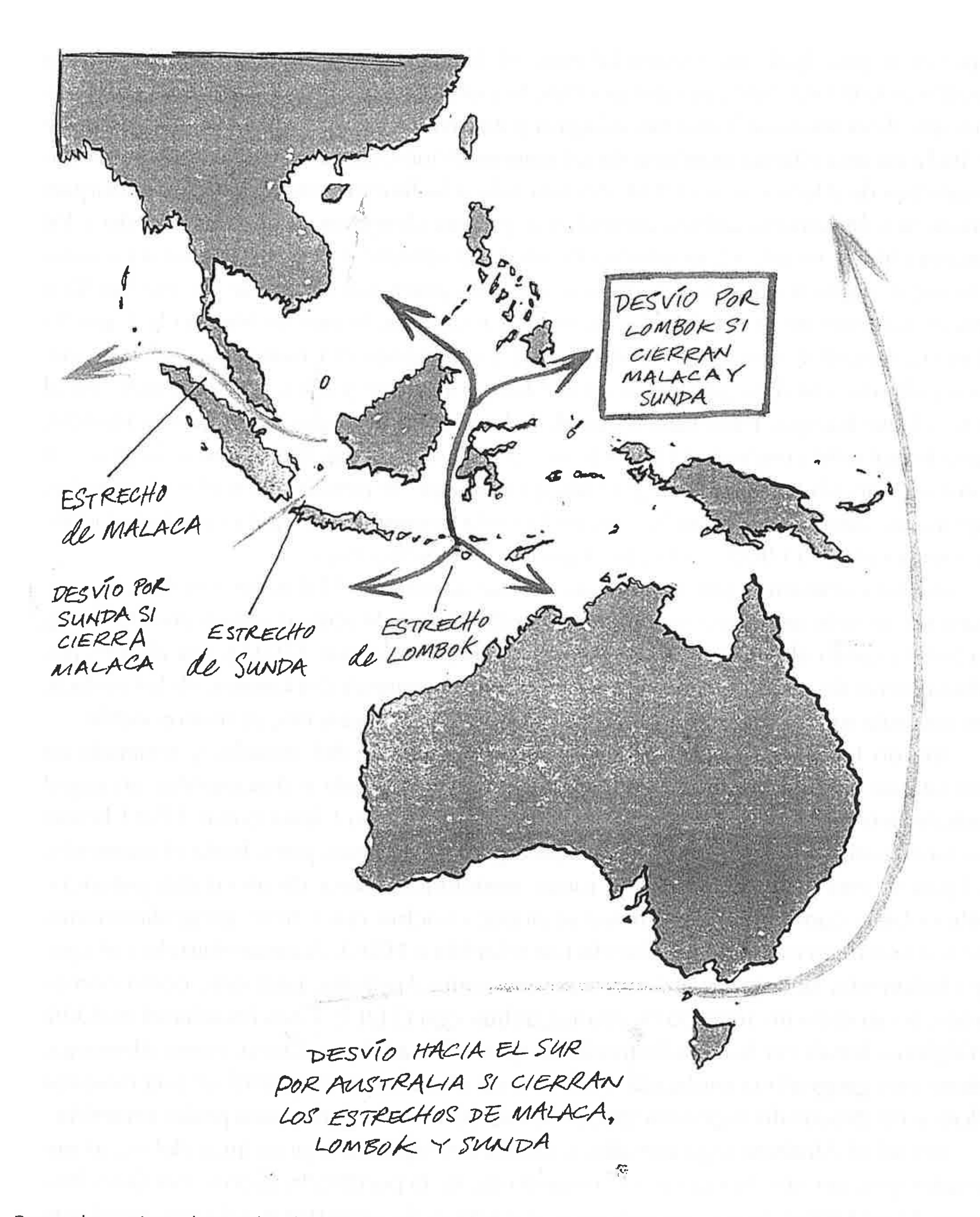
Los bloqueos producen daños terribles a cualquier economía; por eso, desde el principio de las civilizaciones (?) humanas los bloqueos o sitios han gozado de tanta popularidad. Nada hay más fácil que cerrar los estrechos, como el de Malaca,

que es la principal ruta comercial entre el Pacífico y el Índico. Si examinamos la política de EEUU desde esa perspectiva, se entienden mejor los esfuerzos vehementes que lleva años haciendo Washington para involucrar a países europeos, Australia e India en una alianza marítima de tal magnitud que coloque a China en la situación marítima de Alemania en 1914. Atendiendo a la llamada estadounidense, buques franceses, británicos, indios, australianos y hasta alemanes se han desplazado a los mares chinos, en una clara misión de amedrentamiento. EEUU estaría en el proceso de forjar alianzas que –en sus planes soñados– permitan organizar en Asia-Pacífico un equivalente de la OTAN. Hacer, *mutatis mutandis,* lo que se hizo en la Segunda Guerra Mundial, con EEUU controlando los océanos del mundo y, todos a una, aniquilando a la flota japonesa, en el Oriente-Pacífico y a los ejércitos nazis en el Occidente-Europa. Todo esto recuerda a la alianza británica con Japón y Francia, que le permitió concentrar el grueso de su flota en las islas Británicas, y, luego, a su alianza con EEUU en ambas grandes guerras, que le permitió derrotar al enemigo germano, aunque, como se ha señalado, en la Segunda Guerra Mundial ese mérito corresponde a la URSS y a la apisonadora del Ejército Rojo.

No debe extrañar que, contemplando ese panorama, China haya realizado contactos con Indonesia para examinar las posibilidades de utilizar el estrecho de Sunda o Sonda como alternativa al de Malaca, considerando que EEUU y sus aliados podrían cerrar sin mayor esfuerzo ese estrecho. Otro estrecho indonesio, el de Lombok, es una ruta más complicada y, al estar más próximo a Australia, es menos viable.

Siendo Indonesia el país archipelágico más grande del mundo, y teniendo en cuenta su ubicación, puede entenderse que esté llamada a desempeñar un papel estratégico en la rivalidad chino-estadounidense. Tanto China como EEUU llevan tiempo realizando intensas gestiones para ganarse su favor, pero, hasta el momento, el país se está dejando querer sin tomar posiciones a favor de una u otra potencia. Ahora bien, contemplando el mapa se puede concluir que China, geográficamente, se encuentra en evidente inferioridad en relación a EEUU. Aunque obtuviera el apoyo indonesio, debajo de Indonesia se encuentra Australia, país que, como hemos visto, ha suscrito un acuerdo de alianza militar con EEUU y Gran Bretaña (el AUKUS) dirigido a fortalecer la muralla marítima que rodea a China. China, como Alemania, tiene una geografía complicada y adversa en el mar, que requerirá de una inmensa flota y un desarrollo exponencial de misiles de variada gama para poder revertirla.

Acertó el Almirantazgo alemán, a finales del siglo XIX y principios del XX, al entender que, sin una fuerza naval competente, tenía perdida la guerra con Gran Bretaña. El problema radicó en que no tuvo tiempo de construir esa fuerza naval que sembrara temor en los británicos. El estallido, en 1914, de la Gran Guerra, truncó los planes alemanes de fortalecer suficientemente su flota. China, en cambio, no está teniendo problemas a ese respecto. La construcción de la mayor fuerza naval



Rutas alternativas al estrecho de Malaca, las que pueden ser controladas o cerradas desde Australia.

del mundo está casi terminada, calculando que, para 2030, podría disponer –según algunos analistas, que, ya sabemos, China es hermética en cuanto a informar sobre estos temas– hasta de 600 buques de guerra, lo que casi duplicaría el número de los que poseería EEUU –a estos últimos habría que agregar las flotas de los países aliados, Japón y Australia sobre todo, que son casi los únicos de los que los estadounidenses podrían fiarse.

Alguien –o muchos– podrían pensar que eso de los bloqueos es historia antigua y que hoy, entradito ya el siglo XXI y ante un país como China, no sería posible. Como alguien dijo –y no decimos quién, pues carecemos de fuentes fiables– que la realidad supera a la ficción, les dejamos este ejemplo. En agosto de 2018, el entonces secretario de Interior de EEUU, Ryan Zinke, durante un discurso en Pittsburgh –una ciudad con un famoso equipo de béisbol, los Pirates, vaya casualidad–, afirmó, según recogió el diario *Washington Examiner*, refiriéndose a Rusia, que «Estados Unidos tiene la capacidad, gracias a nuestra Armada, de asegurar que las rutas marítimas estén abiertas y, de ser necesario, bloquearlas para asegurar que su energía no salga al mercado».

En opinión de Zinke, el bloqueo impediría que Rusia controlara el suministro de energía de Oriente Medio, «como ya lo hace en Europa». Como podrán sabiamente imaginar, la respuesta de Rusia fue contundente y la dio el vicepresidente del Comité de Defensa y Seguridad del Consejo de la Federación de Rusia, Frants Klintsévich: «De llegar a ese escenario, se emplearán recursos militares, una gran cantidad de buques de guerra. Eso desembocará inevitablemente en un conflicto, estoy seguro. Este tipo de acciones no las determinan las leyes del Derecho internacional y, por tanto, las consecuencias serán colosales».

De este episodio, que es anecdótico sí y anecdótico no, se desprende que, aunque sea desde un punto de vista teórico, en EEUU se ha estudiado la posibilidad de aplicar bloqueos a Rusia. Y si en 2018 ya lo pensaban para Rusia, ¿alguien dudará de la existencia de elaborados planes de bloqueo contra China, cuyas costas son mucho más fáciles de encerrar que las rusas? EEUU lleva años hablando de las amenazas de China a la libertad de navegación y a las rutas comerciales marítimas. Esa denuncia carece de lógica, dado que, como ya se ha señalado, China es la principal beneficiaria del tráfico comercial pacífico. No obstante, si se hace la lectura al revés, esto es, que EEUU diga blanco para señalarle a China el negro, el discurso de EEUU adquiere una lógica cartesiana. Le estaría diciendo que dispone de suficiente poder naval para cerrarle las rutas de navegación, lo que podría significar la ruina para la República Popular. Estaríamos ante la reproducción del modelo británico, que EEUU estaría en condiciones de aplicar a China, razón por la cual esta última, sin prisa pero sin pausa, está construyendo un poder naval capaz de hacer frente al estadounidense, algo que Alemania no tuvo tiempo de hacer a principios del siglo XX.

Para situar este vital tema en su justa perspectiva, debemos recurrir nuevamente al documento clave de la estrategia marítima de EEUU. En el *Advantage at Sea,* de diciembre de 2020, las fuerzas navales estadounidenses han establecido este objetivo:

> Los mares disputados requieren un énfasis renovado en el control del mar. Negar a nuestros adversarios el uso de los mares frustra sus objetivos bélicos directos y desbarata sus esfuerzos por amenazar a nuestros aliados y a la patria estadounidense desde el dominio marítimo. Debemos aumentar nuestro énfasis en el control de los mares en los conflictos para proporcionar a las fuerzas conjuntas y aliadas la libertad de maniobra para atacar a las fuerzas adversarias e imponer costes a nivel mundial.

Más adelante (p. 13), en el *Advantage at Sea* se indica este propósito clave (los subrayados son nuestros):

> El control de los mares permite al Servicio Naval proyectar poder en apoyo de los esfuerzos de la Fuerza Conjunta y proteger a las fuerzas conjuntas y aliadas que se dirigen a los teatros de conflicto. Cuando los adversarios deben cruzar aguas abiertas, la negación del mar les roba la iniciativa, impide un hecho consumado y les impide alcanzar sus objetivos. Controlamos o negamos los mares destruyendo la flota del adversario, conteniéndola en zonas que impiden operaciones significativas, prohibiéndole salir de puerto o controlando las líneas de comunicación marítimas. En colaboración con los aliados y socios, seremos capaces de controlar los puntos de estrangulamiento críticos, lo que nos permitirá salvaguardar las fuerzas conjuntas que fluyen hacia el teatro de operaciones e imponer costes militares y económicos a nuestros adversarios.

Aunque los párrafos citados se explican suficientemente, destaca el plan de la Marina de EEUU de «controlar las líneas de comunicación marítimas» y de «controlar los puntos de estrangulamiento críticos». Estos puntos son los estrechos estratégicos de las rutas marítimas, como Malaca. Es decir, de cerrar a China las rutas de comercio y comunicación «para imponer costes militares y económicos a nuestros adversarios». Alemania, 1914-1918 y Alemania 1939-1943. Pero hoy es China.

Pero hay una cuestión más relevante. El documento *Advantage at Sea* constituye una refutación de las aseveraciones de EEUU, de que China amenaza la libertad de los mares. Es al contrario. Quien amenaza esa libertad y piensa cerrar las rutas marítimas mundiales es EEUU, en su objetivo de adueñarse de los océanos y mares.

Tales planes geoestratégicos, si llegaran a aplicarse, llevarían a la Tercera Guerra Mundial. La última.

La disimilitud mayor: la Nueva Ruta de la Seda y un actor llamado Rusia

Después de 2013, año en que Xi Jinping accede a la presidencia de China, Xi toma dos decisiones con mucha carga de profundidad. Una es una radical reforma del ejército chino y, la otra, promover lo que llamó una Nueva Ruta de la Seda. La reforma del ejército iba con dos medidas estratégicas: impulsar el desarrollo de la fuerza naval, con la construcción masiva de buques de guerra, y desarrollar una fuerza misilística de primer orden, factores complementarios en el panorama militar de este siglo XXI. Las otrora temibles flotas de guerra ha devenido en casi inútiles a partir del desarrollo de los sistemas de misiles –en su amplia variedad–, particularmente los hipersónicos, en los que Rusia lleva la delantera. Los misiles están convirtiendo a los buques de guerra –entre ellos, los portaaviones– en armatostes con los que se podría practicar tiro al blanco. Un símil, por así decirlo, de los acorazados británicos disparando contra los juncos.

Esta realidad ha provocado una revolución en la industria bélica naval, de forma que, por ejemplo, EEUU está priorizando la construcción de buques-drones y buques sin tripulación –de los que ya han sido entregados cuatro, con el nombre de *Ghost Fleet Overlord*, «Señor Flota Fantasma»–, para que, en caso de ser destruidos, haya pérdidas económicas y militares, pero no humanas. El desarrollo de esta nueva tecnología naval parte de realidades geográficas. En EEUU son conscientes de que, al ser una potencia esencialmente marítima, las batallas las deben librar en el mar y en las proximidades de las costas enemigas (chinas). Es decir, como hemos señalado repetidas veces, a 12.000 kilómetros de EEUU. En este escenario, la ventaja la tiene la potencia que domina la tierra –China–, que combatiría –también lo hemos señalado– en sus mares y desde su territorio. Las desventajas las tiene la potencia marítima, que debe batallar desde el agua, con todos los inconvenientes que eso tiene en un escenario batido y barrido por sistemas de misiles y de misiles antimisiles (habría que imaginar a un equipo de waterpolo compitiendo con uno de balonmano para hacerse una idea de las ventajas de lo terrestre sobre lo acuático). El otro tema, costoso y complejo, es el abastecimiento de una fuerza expedicionaria naval situada a 12.000 kilómetros de sus principales bases de aprovisionamiento. Porque, en caso de conflicto, debe partirse de que las bases de EEUU próximas a territorio chino, en Taiwán y Japón, serían las primeras en ser destruidas, ya que de esa forma China obligaría a la Marina estadounidense a replegarse bien al segundo cinturón de islas, bien a Alaska. Recuérdense los comentarios del almirante norteamericano, después

del bombardeo japonés de Pearl Harbor, del gravísimo error que supuso dejar incólumes los depósitos de combustible.

Otra cuestión es el cierre de las vías marítimas comerciales. Ni Malaca ni Sunda serían estrechos utilizables por China, ya que se podrían cerrar fácilmente desde Australia o Guam, como ya se ha señalado. Lo cierto es que, a medida que pasa –y pase– el tiempo, EEUU seguirá fortaleciendo el cerco militar en torno a China. En noviembre de 2021, la subsecretaria de Defensa para Asuntos Políticos, Mara Karlin, anunció que EEUU tenía la intención de continuar ampliando y reforzando sus infraestructuras militares en Australia y las islas del Pacífico, como parte de su política de «disuasión» sobre China: «Estas iniciativas incluyen [...] ampliar las infraestructuras en Australia y las islas del Pacífico y basar aviones en Australia de forma rotativa». En otras palabras, la estrategia estadounidense es seguir fortaleciendo su potencia militar en las dos líneas o murallas de islas, lo que implicaría, entre otras cosas, que las rutas marítimas podrían ser cerradas a China en el momento en que EEUU decida que deben cerrarse. Australia, por su parte, sería convertida en la retaguardia sur y base principal para dominar, desde su territorio, todos los estrechos y rutas de navegación. Alemania 1914.

Es en este punto cuando puede contemplarse la Nueva Ruta de la Seda (NRS) desde una perspectiva militar y de retaguardia. Alemania no tenía retaguardia. La Royal Navy cerraba los estrechos turcos en la Primera Guerra Mundial y, en la Segunda, la ocupación alemana de Grecia y de Crimea los hacía inviables para todos. Tan es así que los suministros aliados a la URSS llegaban al puerto de Murmansk, en el Círculo Polar Ártico. La posición geográfica de China, colindante con Asia Central y Rusia, le permitiría disponer de una inmensa retaguardia, no sólo en su propio territorio –de Beijing a Urumqi hay 2.800 kilómetros, y de Urumqi a Teherán, 3.200– sino hacia toda Eurasia. El proyecto de la NRS contempla unir China al conjunto del continente por rutas terrestres, sean autovías o ferrocarriles, de manera que el comercio –y los suministros– puedan moverse desde y hacia China sin precisar del mar. La NRS marítima –que algunos llaman «collar de perlas»– quedaría descartada en caso de conflicto, lo mismo que la ruta polar que proyectan Rusia y China, al menos en cuanto a la salida de mercantes desde puertos chinos, pues deberían cruzar el paso entre Corea del Sur y Japón, que equivaldría a lo que era el canal de la Mancha en las dos guerras mundiales para Alemania: un paso marítimo hostil controlado por los adversarios.

En un escenario de conflicto en los mares chinos, la NRS se constituiría en la mayor retaguardia terrestre del planeta. Merced a una densa red de ferrocarriles, China puede mantener una parte importante del movimiento de mercancías por vías férreas, sin menospreciar las autovías (en junio de 2021, quedó abierta al tráfico la autovía Beijing-Urumqi, la más larga que mundo, que une la costa china con Asia Central).

Pues bien, hagámonos ahora una pregunta, que se han hecho muchos –Gobiernos, expertos, analistas y opinólogos de todo, aunque no sepan de nada–. Es general la respuesta de que la NRS tiene dos componentes principales: por una parte, abrir nuevas vías comerciales a las industrias chinas, que, por ferrocarril, podrían acceder a nuevos mercados en Eurasia en menos tiempo y costos más bajos, reduciendo así la dependencia del mercado de EEUU; por otra, criterios geopolíticos, como medio de aumentar la influencia política china en Eurasia y el mundo. Resulta bastante obvio y, además, son factores complementarios. Latinoamérica es ejemplo dramático de cómo una inicial dependencia económica se trasmuta, casi mágicamente, en dependencia política. México, que tiene el 90% de su comercio con EEUU, es un país en una jaula, que, aunque parezca de oro, no deja de ser prisión, para decirlo con música de rancheras. No parece que China quiera seguir los pasos de EEUU. Desde Washington pudieron hacer lo que quisieron en Latinoamérica por el aislamiento geográfico, la extrema debilidad de los países y porque estaban gobernados por oligarquías dispuestas a venderlos para engrosar sus bolsillos. Así de fácil le resultó establecer su dominación.

El vecindario de China no tiene nada que ver con el de EEUU. Se parece más al de Alemania, que era vecina de potencias imperiales que individualmente podían ser vencidas (como Francia en 1870 y 1940), pero que, aliadas, constituían una fuerza formidable, superior al poderío alemán. China tiene límites con Rusia, India y Japón, que militan entre las principales economías del mundo. Son, además, grandes potencias militares, con recursos humanos y científico-técnicos suficientes para saber hacerse respetar por vecinos y no vecinos. Japón sería el eslabón más complejo, pues su alianza con EEUU y su geografía le otorgan un papel clave en caso de conflicto. Las repúblicas exsoviéticas mantienen vínculos estrechos con Rusia, y algunas –Kazajistán y Kirguistán– forman parte de la Unión Económico Euroasiático (UEEA), además de integrar la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) con Tayikistán. También pertenecen o son observadores en la Organización de Cooperación de Shanghái, de la que forman parte, además, India, Paquistán e Irán. Rusia es, además, aliado estratégico de India y de Vietnam, país que firmó un acuerdo con la UEEA. Rusia, en fin, es el principal proveedor de armas de esos dos Estados, con los que mantiene una alianza que se remonta a la Unión Soviética. En julio de 2019, Irán y la UEEA ratificaron un Tratado de Libre Comercio que se quiere consolidar en fechas próximas. En esa misma línea, Rusia quiere «que comiencen cuanto antes las negociaciones entre India y la Comisión Económica Eurasiática para establecer un área de libre comercio», según declaró, en julio de 2021, el ministro de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov, luego de consultar el tema con su homólogo indio, Subrahmanyam Jaishankar. En suma, el vecindario de China está unido por una telaraña de tratados y alianzas variopintas que tienen su epicentro o pivote en

Rusia, lo que convierte a esta última en actor determinante en esa vasta y sumamente estratégica región.

Esto es un hecho que debe recalcarse: en caso de conflicto con EEUU y sus socios, Rusia es un país clave y decisivo para China, tanto en lo referente al éxito de la NRS como en lo referente a otros campos determinantes como son el energético y el agroalimentario. En estos ámbitos, la geografía y los recursos rusos son factores que vienen a equilibrar la asimetría económica y comercial entre las dos potencias: China tiene el mayor poder económico, pero Rusia tiene la geografía, el potencial militar, las reservas agroalimentarias y las alianzas políticas y militares claves. La posición adoptada por Rusia, de establecer una alianza con China, ha modificado radicalmente el escenario político y militar para esta última: una Rusia adversa situaría a China en un «escenario alemán», de potencia rodeada de enemigos; una Rusia aliada hace de China una fortaleza inexpugnable, pues Rusia y sus socios cubrirían los flancos norte, oeste y parte del sur, así como el Pacífico norte. De esa manera y con ese aliado, China podría dedicar el grueso de su potencia a EEUU y sus socios, de la misma forma que EEUU, en la Segunda Guerra Mundial, dedicó el grueso de su potencia a combatir a Japón. Cuando la URSS, en 1945, le declaró la guerra, Japón se derrumbó.

Las realidades geográficas dejan, por tanto, dos escenarios posibles para Rusia y China, según sean aliados o adversarios: según militen en el mismo bando o en bandos diferentes. Esos dos escenarios serían los siguientes:

1. Escenario alemán: Rusia y China no consolidan su alianza, y la primera se inclina a favor de la coalición dirigida por EEUU. China queda rodeada de potencias adversarias. Este sería el escenario ideal o perfecto para EEUU.

2. Escenario actual: alianza entre Rusia y China, con la incógnita de India, país aliado de Rusia y receloso de China. China puede dedicar el grueso de sus fuerzas a hacer frente a la alianza marítima de EEUU. El peor escenario para EEUU.

Podríamos decir, salvando las diferencias, que China está condicionada por su geografía y el peso y fuerza de su vecindario como lo estuvo Alemania en las dos guerras mundiales. Es obvio que los tiempos han cambiado y, más obvio aún, que China no contempla situarse en un escenario «modelo» alemán o japonés estilo Segunda Guerra Mundial. Su política, hasta la fecha, es una combinación de negociación e inversiones, inversiones y negociación, con un objetivo central: evitar que EEUU logre crear un «collar de aliados» en la región Indo-Pacífico que la deje aislada y sola en su entorno geográfico próximo y mediato. De ahí la política china de

procurar un acuerdo regional para encauzar los litigios territoriales en el mar de la China Meridional por vías pacíficas y de negociación, así como las seguridades dadas por Xi Jinping de que China no considera, en ningún caso, el recurso de la fuerza en las controversias con sus vecinos. Las islas artificiales, ya vimos, responderían a consideraciones y objetivos de índole militar, ante las dos murallas de islas que EEUU ha tejido frente a China.

Aquí es donde toca hablar de Rusia y de Irán desde una perspectiva de aliados y de eventual retaguardia china. Para empezar, la NRS necesita, insoslayablemente, pasar por territorio ruso para alcanzar Europa. No hay forma de obviar esta realidad geográfica. De igual manera, la NRS necesita transitar por el territorio de Irán para acceder a Oriente Medio, Próximo y el mar Mediterráneo. De esa guisa, está en primer lugar de interés para China cimentar relaciones estrechas con Rusia e Irán para dar viabilidad a la NRS, ya que, sin estos dos países, no pasaría de Asia Central. En caso de conflicto con EEUU, la NRS sería el pulmón de China, un equivalente de lo que fue Siberia para la URSS en la Segunda Guerra Mundial: el territorio-catapulta desde el cual pudo el poder soviético montar sus fábricas, reorganizar su ejército y establecer una red de suministros de todo tipo que le permitió aplastar –literalmente– al III Reich (buena parte de estas infraestructuras fueron instaladas en Kazajistán, dicho sea de paso, de la misma forma que un millón de kazajos combatieron en el Ejército Rojo).

Ya hemos referido cómo Rusia se ha convertido en una potencia mundial en productos agroalimentarios. Una potencia mundial en crecimiento, que espera, incluso, desbancar a la UE como la mayor exportadora de cereales del mundo.

En junio de 2018, China impuso un arancel del 25% a la soja estadounidense como respuesta a los aranceles impuestos por EEUU a una serie de productos chinos. Poco tiempo después, China aprobó la importación de grandes cantidades de trigo y soja de Rusia. Aunque en septiembre de 2019 el Gobierno chino retiró los aranceles a la soja estadounidense, había quedado claro que la dependencia agroalimentaria de China respecto a EEUU era un punto débil de China. En caso de conflicto, resultaba obvio que EEUU detendría de inmediato las exportaciones de todo tipo, incluidas las agroalimentarias. También podría EEUU bloquear o impedir las exportaciones de soja y otros productos agroalimentarios y minerales procedentes de Latinoamérica, de forma que China perdiera a sus grandes abastecedores de esos productos (Alemania 1914, perdonen la insistencia). Ideas similares deben de estar sobre la mesa, pues, en 2019, Beijing decidió abrir su mercado a las agroexportaciones rusas, decisión que fue recibida en Rusia con júbilo. Más de 30 empresas rusas, las principales de la creciente industria agroalimentaria, aceptaron la invitación: el mercado chino es el de mayor expansión en el mundo y está al lado, ahí, a vuelta de ferrocarril. Eso hace su producción más próxima y, claro, más barata (e imposible de bloquear).

Un dato para ilustrar. En 2019, Rusia exportó la cifra récord de 207.000 toneladas métricas de aves de corral, de las cuales 62.600 toneladas, por valor de 143,4 millones de dólares, se enviaron a China. En agosto de ese año, Beijing propuso a Moscú hacer una «alianza de la industria de la soja» como forma de responder a las amenazas de una disminución de suministros procedentes de países occidentales. En 2020, China ingresó en la lista de los 10 principales mercados de compra de grano ruso. En los primeros diez meses de 2021, los suministros alcanzaron 1,8 millones de toneladas. Podríamos seguir, pero es innecesario. Rusia está decidida a hacer de la industria agroalimentaria un sector estratégico y, anualmente, el Gobierno invierte mil millones de dólares en el sector. Teniendo a China al lado, sería un error no hacerlo. También pesa en la memoria la mala gestión agrícola de la URSS, que había años que necesitaba importar hasta 50 millones de toneladas de granos de Occidente. En 2021, las agroexportaciones crecieron un 16%, en general y en este orden: las de cereales aumentaron un 41%; grasas y aceites, un 39%, y la de carne y productos lácteos un 17%. Los principales destinatarios fueron Turquía (16% de las exportaciones) y China (15,5%). Si China perdiera proveedores, Rusia estaría en condiciones de suplir buena parte de esos bienes. En caso de bloqueo naval, hay millones de hectáreas en Rusia esperando peticiones de China.

Estos datos dejan un tema relevante que anotar: como potencia agroexportadora, Rusia podría abastecer a China de una suma de alimentos esenciales, de soja a carne, pasando por aceites y lácteos. Teniendo acceso a esa despensa, no habría forma de imponer a China bloqueos para rendirla por hambre, como ocurrió con Alemania en 1918. Si Alemania hubiera podido disponer de una retaguardia rusa aliada, otro podría haber sido el desenlace de la Primera Gran Guerra. Los ejércitos marchan sobre sus estómagos, y con barrigas llenas es mejor la disposición al combate. Y a la inversa: pocas cosas desmoralizan más a un ejército que el hambre. Pregunten, si no, a los alemanes en Stalingrado (y antes, mucho antes, a la Grande Armée de Napoleón Bonaparte en Rusia).

Hablemos ahora de la energía, que, ya se sabe por el principio de conservación, no se gasta ni se pierde, sólo se transforma... en vehículos varados, blindados abandonados y aviones que no despegan. Rusia, en este campo, está servida, demasiado bien servida. Según últimos cálculos, ocupa el octavo lugar en el mundo en reservas de hidrocarburos, aunque tales cálculos varían de un año a otro. De lo que nadie duda es de que posee una de las mayores reservas de hidrocarburos del mundo y de que esas reservas podrían durar, cuando menos, cien años (si acaso sigue la especie humana por aquí; nosotros, por supuesto no, ni ganas de estar). Rusia es el principal proveedor de gas de la UE (40% de media), de Turquía (por el gasoducto *Turk Stream*) y, desde 2019, con la inauguración del gasoducto *Fuerza de Siberia*, un proveedor esencial para China.

Como ya se viera, en junio de 2021 Vladímir Putin autorizó la construcción de un segundo gasoducto a China –el *Fuerza de Siberia 2*–, que suministraría gas desde la península de Yamal y duplicaría los envíos a China. Yamal contiene las mayores reservas de gas conocidas de Rusia, lo que garantizaría los suministros. La importancia que han adquirido las relaciones entre Rusia y China en materia energética las dejó claras el propio presidente chino, Xi Jinping, a finales de noviembre de 2021. En una carta dirigida al III Foro Empresarial de Energía chino-ruso, expresó: «China está dispuesta a desarrollar una colaboración energética más estrecha con Rusia, a mantener conjuntamente la seguridad energética y a responder a los desafíos del cambio climático global».

Según Xi Jinping, los excelentes resultados de la cooperación energética entre Rusia y China ponían de manifiesto «el gran potencial para el desarrollo de las relaciones ruso-chinas de asociación integral e interacción estratégica en la nueva era». En su carta de respuesta, el presidente Vladímir Putin expresó que «ahora la asociación estratégica integral de coordinación para una nueva era entre Rusia y China se encuentra en un alto nivel sin precedentes». En resumen, tanto China como Rusia tienen intereses coincidentes en el campo energético, en el que se juntan el segundo exportador de gas del mundo –Rusia– con el primer consumidor de petróleo y gas –China–. Perfecto.

China importa, a través del estrecho de Malaca, una media del 30-40% de petróleo y gas procedente de Oriente Medio y Próximo. Dicho estrecho es un cuello de botella que, ya lo vimos, podría ser cerrado en un momento cualquiera en caso de conflicto. En una coyuntura tal, el gas suministrado por Rusia adquiriría un carácter vital para China. El gasoducto *Fuerza de Siberia 2,* previsto que entre en funcionamiento antes de 2030 –año casi cabalístico–, proporcionaría de forma directa gas a las regiones más pobladas de China, lo que le aseguraría el funcionamiento normal –dentro de la emergencia– de una amplia parte de su territorio y población. También China negocia con Turkmenistán, su segundo mayor proveedor de gas, un cuarto gasoducto. No obstante, este proyecto ha experimentado distintos retrasos, lo que hace del *Fuerza de Siberia 2* un proyecto más viable en el tiempo (de manera similar negocia con Irán un incremento de sus exportaciones, pero no hay proyectos de gasoductos sobre la mesa). Es sabido que los gasoductos son asuntos complejos, pero Rusia ha demostrado sobradamente su capacidad para construirlos, sorteando todas las dificultades y boicots (recuerden, miren, si dudan, el gasoducto *Nord Stream II,* que está ya listo para funcionar pese a las guerras, la de EEUU y ahora Ucrania). En el momento en que el *Fuerza de Siberia 2* entre en funcionamiento, la península de Yamal se convertirá en el punto clave del suministro de gas tanto para China como para Europa (¡ay, Europa, Europa!, si acaso para entonces queda algo funcionando en ella). Rusia, además, tiene otras cartas en reserva, como el recién descubierto yacimiento del mar Caspio o los enormes yacimientos árticos, que,



transportados por la Ruta Marítima del Norte o por gasoductos, apuntalarían los suministros a Asia. Y a China. Sin olvidar sus ingentes recursos en combustibles ecológicos y verdes, como se viera en un capítulo anterior.

Rusia es, por todos los factores descritos, el socio imprescindible de China en su conflicto con EEUU. China necesita de esa alianza estratégica que, además de proteger y guardar su extenso flanco norte, favorezca la neutralidad de India en su flanco sur. En caso de cierre de los mares chinos, Rusia y su red de alianzas asegurarían los suministros chinos en todos los ámbitos estratégicos, desde la despensa hasta la energía. Sólo de esa manera podría tener las manos libres para hacer frente a la potencia marítima y sus aliados. Rusia también necesita a China, pero eso va en otro capítulo.

Al compás del cha cha cha, del cha cha del tren...

Entre los múltiples trastornos provocados por la pandemia del coronavirus estuvo un inmenso atasco de buques mercantes en los principales puertos del mundo. Decenas de miles de contenedores no podían ser descargados por falta de espacio en los almacenes de los puertos. Centenares de barcos debían aguardar semanas para poder descargar los contenedores. El colapso naviero llegó a tal punto que las tarifas por un contenedor de

transporte de mercancías de Asia al norte de Europa aumentaron un 574,23% en octubre de 2021 en relación a octubre de 2020, según datos de Freightos Baltic Index (FBX). El transporte de puertos de Asia al Mediterráneo subió un 470,45%, y al este de Estados Unidos, un 351,70%. Transportar mercancías por mar se hizo tarea casi imposible y miles de empresas tuvieron, bien que disminuir el ritmo de producción, bien detenerla. Aún en estos primeros meses de 2022, industrias como la automotriz y la informática siguen padeciendo el colapso portuario y fabril generado por la covid-19.

En esa situación, centenares de empresas buscaron rutas alternativas allí donde podía haberlas, especialmente en Europa. Así, merced a la pandemia, pudo medirse, como efecto colateral, el valor estratégico de la NRS y de la red de ferrocarriles rusa. Según informara Russian Railways (RR), los volúmenes de carga, en el periodo de enero a septiembre de 2021, aumentaron un 47%, sumando 568.700 contenedores, una cantidad superior a todo lo transportado en 2020 según los últimos datos disponibles. Los trenes de China a Europa incrementaron el transporte de mercancías un 40%, alcanzando 379.600 TEU (una TEU es la capacidad de carga que tiene un contenedor estándar de seis metros, para aclarar). Lo más singular fue, no obstante, el crecimiento del transporte ferroviario de Europa a China, que llegó a alcanzar un incremento del 70%, hasta 189.100 TEU, en apenas nueve meses. RR informó también que la mayor parte de la mercancía transportada correspondía a productos industriales y químicos, vehículos, suplementos, máquinas-herramienta y motores. Para hacernos una idea mejor y complementaria, según las autoridades chinas, solamente en los primeros diez meses de 2021 «partieron 12.605 trenes de mercancías China-Europa que transportaron 1.216 millones de TEU de mercancías, un aumento del 26% y 33% interanual respectivamente». El peso transportado superó los 10 millones de toneladas, con un aumento de casi el 100% respecto al año anterior. Había, hasta esa fecha, 58 vías férreas con destino a 38 países de Europa, una red impresionante si se considera que, en 2010, no había prácticamente comercio ferroviario entre China y Europa. Justo es recordar, aquí, a Halford Mackinder:

> Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado «corazón continental» de Eurasia, vastas regiones en las que no se dispone de madera ni de piedra para la construcción de carreteras. Los ferrocarriles tienen un papel muy destacado en la estepa, porque reemplazan directamente la movilidad del caballo y del camello, habiéndose pasado por alto el periodo de la carretera.

No puede negarse que el geógrafo británico pudo anticipar lo que otros, aún hoy, son incapaces de ver. La NRS ha transformado ya la geopolítica de Eurasia y,

por lo tanto, mundial, pero su éxito se sustenta en la fortaleza de la alianza de China con Rusia e Irán. Sin estos dos países, como ya se ha indicado, la NRS quedaría amputada. La geografía, insistimos, impone sus reglas, y esas reglas suelen ser axiomáticas.

Volvamos a los ferrocarriles, pues no han salido de la nada. Russian Railways explicó que el aumento del tráfico ferroviario se había visto impulsado por el «establecimiento de condiciones de precios competitivos», así como por «el desarrollo de la infraestructura de transporte y logística, y la diversificación de las rutas de tránsito por el país». Este desarrollo responde a las fuertes inversiones hechas por Rusia para mejorar su densa red ferroviaria en los últimos años, en una política que busca optimizar el uso de esa red aprovechando que muchas empresas de transporte están buscando alternativas más competitivas y rápidas al transporte aéreo y marítimo.

Este desarrollo del comercio ferroviario tuvo también, como era natural, sus efectos negativos, pues los crecientes volúmenes ferroviarios en Rusia ejercieron presión sobre la infraestructura, demandaron más personal y provocaron escasez de material rodante, lo que se tradujo en el surgimiento de cuellos de botella y retrasos, ya que nadie estaba preparado para un incremento de la demanda del transporte ferroviario como el que se produjo a causa del colapso del transporte marítimo. Según Jacky Yan, fundador y director ejecutivo de New Silk Road Intermodal, la congestión de carga se había dado principalmente en Manzhouli y Erenhot, los principales pasos fronterizos en la ruta China-Rusia. Pero los efectos negativos tienen también una lectura positiva: merced a la demanda de trenes, ahora Rusia y China disponen de datos y conocimiento directo tanto de las potencialidades de transporte de sus rutas ferroviarias como de los fallos y carencias que deben resolver para hacer de la NRS un medio más eficaz, rápido y competitivo de transporte de mercancías (y de armamento, municiones, víveres, tropas, blindados y repuestos para todo lo que sea menester). En otras palabras, la súbita demanda de transporte ferroviario ha servido de ensayo general de lo que podría ocurrir en caso de clausura por EEUU de las rutas marítimas de comercio. China estaría obligada, al menos por el tiempo que dure la guerra naval, a recurrir a las redes de ferrocarriles y carreteras para minimizar al máximo los daños provocados por un bloqueo en el mar. Cosas de la vida, sin la pandemia de la covid-19 no hubiera sido posible realizar un ensayo de esas magnitudes. Puede que nadie hubiera pensado siquiera en que hacía falta un ensayo de ese género.

Lo dicho: la NRS asegura una retaguardia vigorosa y suficiente para que China, en su alianza con Rusia, tenga las espaldas protegidas, la despensa llena y las manos libres. Y aquí es casi obligatorio citar –otra vez– el artículo de Mackinder, de 1904, que da otra prueba de su conocimiento visionario de los cambios que provocaría el ferrocarril en Eurasia:

> En lo que se refiere al comercio, no debe olvidarse que el transporte oceánico, si bien relativamente barato, exige por lo general cuatro manipulaciones de las mercaderías: en la fábrica de origen, en el muelle de exportación, en el muelle de importación y en el almacén de destino para la distribución a la venta al por menor; en cambio, el furgón del ferrocarril continental puede recorrer directamente la distancia que separa la fábrica exportadora del almacén importador.

No le ocurrirá a China, en este siglo XXI, lo que le ocurrió a Alemania en la primera mitad del siglo XX, no. Si baja Superman y saca conclusiones, seguro que, previendo el desenlace final de un choque cósmico entre EEUU, de una parte, y la alianza ruso-china, de otra, decide emigrar a Próxima Centauro a través de algún agujero de gusanos (que es, ya lo saben, una especie de portal que dura breves momentos y que une dos agujeros negros en lugares diferentes del espacio-tiempo, de modo que el viajero sale a un agujero blanco situado en las chimbambas del Universo, algo fácil de entender, que, a fin de cuentas, se trata de gusanos de dos colores y dos agujeros).

8. DE LAS PESADILLAS QUE SE HACEN REALIDADES (Y NO EN ELM STREET)

En 2017, poco tiempo antes de su muerte, Zbigniew Brzezinski –antiguo asesor de seguridad del presidente Jimmy Carter y quien, como asesor de seguridad, había colaborado estrechamente con China para contrarrestar a la Unión Soviética– afirmó que, «analizando las amenazas a los intereses estadounidenses, el escenario más peligroso sería una gran coalición de China y Rusia, unidas no por ideología sino por agravios complementarios... [Esta coalición] recordaría en escala y alcance el desafío que una vez planteó el bloque chino-soviético, aunque esta vez China probablemente sería el líder y Rusia el seguidor». A este escenario geopolítico, que era digno de temor, de temer y de temblar, se lo llamó en EEUU «la pesadilla de Brzezinski».

Pese a lo terrorífico del escenario, cuando Brzezinski hizo su advertencia, nadie reparó en ella y, menos, le dio importancia. Ideas preconcebidas, arrogancia y, de fondo, un desprecio mal ocultado hacia Rusia y China llevaron a políticos, militares y expertos estadounidenses a creer que una coalición chino-rusa era, simplemente, imposible, dadas las enormes diferencias, los intereses contrapuestos y el natural y casi inevitable recelo que suele darse entre los grandes países. En 2018, el entonces secretario de Defensa de EEUU, James Mattis, sostuvo repetidamente la «no convergencia natural de intereses» entre Moscú y Beijing, haciendo énfasis en la diferencia de objetivos, valores y cultura entre los dos países. Según miembros del Gobierno estadounidense, los estrategas rusos, pensando a largo plazo, estarían viendo el ascenso de China con consternación. El mapa de estos Estados mostraba una línea divisoria entre Rusia y China donde territorios que eran chinos en siglos anteriores, hoy estaban en el lado ruso de la línea limítrofe. La frontera entre ambos había sido testigo de repetidos enfrentamientos violentos, el último en 1969. Así que, existiendo tantos elementos de contradicción, una coalición ruso-china era imposible.



Estos eran, de forma resumida, los análisis que se hacían en EEUU sobre el futuro de las relaciones entre China y Rusia, análisis que recuerdan –por su agudeza visual– el último informe de la CIA sobre Irán, en 1979, en el que la agencia de espionaje afirmaba que el sah tenía controlada la situación y que era virtualmente inverosímil que triunfara una revolución en aquel estratégico país. Semanas después triunfaba la Revolución islámica y el ayatolá Ruhollah Jomeini entraba triunfante en Teherán.

Pues bien, «la pesadilla de Brzezinski» se ha venido haciendo realidad, impulsada por dos acontecimientos que hicieron cambiar el rumbo de Rusia, uno, y el de China, otro. Lo paradójico, tragicómico o como el lector prefiera calificar, es que ambos acontecimientos fueron resultado de las políticas de EEUU hacia Rusia y China, que, de no haber acontecido, posiblemente –sólo posiblemente– habrían cambiado esa deriva.

Vamos por orden cronológico.

En junio de 2012, el presidente de Rusia, Vladímir Putin, realiza un viaje oficial a China para reunirse con su homólogo chino, Hu Jintao. Un día antes del viaje, Putin publicó un artículo sobre las relaciones chino-rusas, que resumía, por vez primera de forma clara, el marco de relaciones al que podrían aspirar los dos países:

> Reitero que la asociación estratégica entre Rusia y China es un poderoso factor que fortalece la estabilidad regional y mundial. Es en esta lógica en la que estamos

> trabajando para reforzar la cooperación dentro de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), cuyo décimo aniversario se celebró el año pasado [...]. Después de todo, Rusia necesita una China próspera. Y, a su vez, China necesita una Rusia exitosa. Nuestra asociación no va dirigida contra nadie, sino que se orienta a la creación, el fortalecimiento de la justicia y los principios democráticos en los asuntos internacionales. Y, por lo tanto, demandada por el tiempo.

Aunque entre 2001 y 2012 Putin realiza seis viajes a China y las relaciones prosperan, estas se desarrollan sin mayores prisas ni proyectos ambiciosos. El intercambio comercial mejoraba pero era modesto, sobre todo para China. En 2010, las relaciones comerciales entre ambos países alcanzaron la cifra récord –para entonces– de 59.300 millones de dólares. En 2021, el intercambio entre China y Rusia había aumentado un 35,8% respecto a 2020, alcanzando el récord de 146.887 millones de dólares, según informara la Administración General de Aduanas china. Es decir, en once años, el comercio bilateral se había incrementado un 250%.

El año clave es 2013, cuando asciende a la presidencia de China Xi Jinping, ingeniero químico y doctor en marxismo, cuyo padre, Xi Zhongxun, había sido uno de los fundadores de la guerrilla comunista y, por tanto, había formado parte de la alta jerarquía del Partido Comunista Chino. Xi inicia una nueva era, cuyo objetivo es el «rejuvenecimiento de China», para lo cual reorganiza –como ya se viera– el ejército, el partido y el Gobierno. El crecimiento y desarrollo espectaculares de China en las últimas décadas convierten a este país en la fábrica del mundo y, en el presente, en la primera economía en términos de paridad de poder adquisitivo (PPA). La conversión de China en potencia mundial lleva al choque con EEUU en distintos campos, desde los geoestratégicos hasta los económico-comerciales y científico-técnicos; es decir, a un conflicto de carácter general que, entre otras ramificaciones, tiene su versión militar marítima, surgida de la decisión de Xi, de crear una poderosa fuerza naval que rivalice con la de EEUU, para lo que ordena la construcción masiva de buques de guerra.

El temor a perder la supremacía marítima mundial lleva a EEUU a elevar el nivel de confrontación y a organizar una red de aliados para crear un muro militar frente a China, tema examinado en otro capítulo. La política de confrontación que asume EEUU, con desprecio a cualquier diálogo geoestratégico, deja el campo de relaciones con China en una dimensión básicamente militar, de forma que –como los Imperios británico y alemán a inicios del siglo xx– el único camino que ha quedado es la carrera armamentista y la preparación para un conflicto armado general (situación que puede cambiar si EEUU, por ejemplo, decide abrir un diálogo con China, algo que, hoy por hoy, no aparece en ningún documento o discurso oficial estadounidense. Pero en política, ya se sabe, nunca hay que decir nunca). La confrontación

con EEUU ha sido un factor principal en el diseño de la política exterior de China, como lo es en la de EEUU.

El acontecimiento que afecta a Rusia es el golpe de Estado en Ucrania en 2014, llamado por Occidente, eufemísticamente, «revolución de colores» o «Euromaidán». Dicho golpe tiene un profundo contenido antirruso y, pasando los meses, se evidencia que su objetivo es convertir a Ucrania en miembro de la OTAN y, por tanto, en país enemigo de Rusia. Para resumir la espiral de acontecimientos, en marzo de 2014 las autoridades de Crimea –la estratégica península desde la que Rusia históricamente ha controlado el mar Negro– organizan un referéndum, declaran su independencia de Ucrania y solicitan ingresar en la Federación Rusa. Ese mismo mes de marzo Crimea se reincorpora a Rusia. A este hecho se une la rebelión de las provincias ucranianas de Donetsk y Lugansk, en la cuenca del Donetsk o Donbás, que da lugar a sangrientos enfrentamientos armados entre fuerzas ucranianas y separatistas. El conflicto o Guerra del Donbás termina en septiembre de 2014, cuando se firma un alto el fuego apoyado por Rusia, EEUU y la UE, que detiene el baño de sangre, pero no resuelve el conflicto (que se ha transformado en guerra y seguirá así, hasta que Ucrania se rinda). Cabe señalar que la población y los territorios del este de Ucrania son mayoritariamente rusos y de habla rusa, y que formaban parte de una región conocida como Nueva Rusia.

La anexión provoca una virulenta respuesta de la UE y EEUU, que se traduce en duras sanciones contra Rusia y en un enfrentamiento político aún más duro, que revive de forma recurrente. El golpe de Estado en Ucrania era la culminación de una estrategia dirigida por EEUU, que buscaba expulsar, política y militarmente, a Rusia de Europa y empujarla, hasta arrinconarla, hacia la cordillera de los Urales. Para hacer realidad ese objetivo, EEUU promueve la incorporación masiva de los países europeos orientales a la OTAN, faltando al compromiso con Rusia de que dicha organización no se extendería a los países del Este y, menos aún, a los países exsoviéticos. El golpe de Estado en Ucrania era la culminación de tal política. Para Rusia, la «otanización» de Ucrania constituía una amenaza directa a sus intereses y a su seguridad como país y como potencia; una línea roja que habían traspasado EEUU y la OTAN, y que Rusia no podía –ni puede, ni permitirá, por favor, apúntenlo– admitir que fuera traspasada. La respuesta rusa debía ser contundente. Y lo fue, en Crimea y el Donbás.

Puede afirmarse, ahora, que el golpe de Estado en Ucrania fue el resultado de cálculos erróneos y garrafales de EEUU y la OTAN, que, desde su prepotencia, menospreciaron la capacidad de respuesta rusa, con lo que se ha creado uno de los mayores focos de tensión en Europa y el único que podría desencadenar una guerra –como, efectivamente ha acontecido– y que, por la asimetría de poder entre Rusia y la OTAN, podría derivar en guerra nuclear (hoy por hoy descartada, pero esa amenaza seguirá en el ambiente).

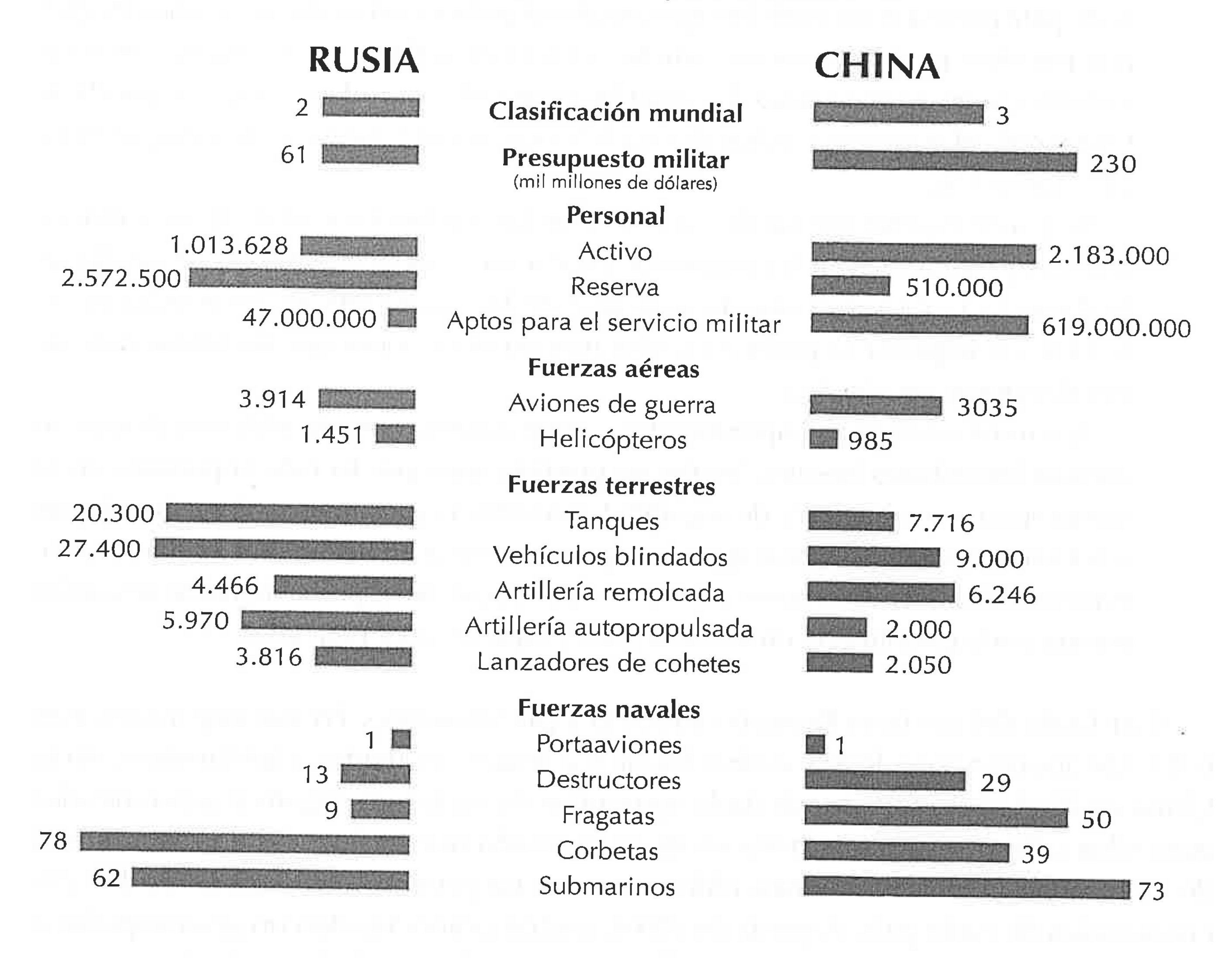
George Kennan (1904-2005), uno de los principales ideólogos estadounidenses de la Guerra Fría y exdiplomático en la URSS, es decir, un hombre fuera de toda sospecha, criticaría la decisión de Bill Clinton, en 1996, de extender la OTAN hasta las fronteras de Rusia, considerándola como el «error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría». Kennan hizo estas consideraciones en un artículo publicado en *The New York Times* el 5 de febrero de 1997, con el título «Un error fatídico». De él, por su relevancia, extraemos los siguientes párrafos:

> Pero aquí está en juego algo de la mayor importancia. Y tal vez no sea demasiado tarde para presentar una opinión, que, según mi parecer, no es sólo mía, sino compartida por otras personas con una amplia y, en la mayoría de los casos, más reciente experiencia en asuntos rusos. La opinión, expresada sin rodeos, es que expandir la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría.
>
> Se puede esperar que tal decisión inflame las tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas en la opinión rusa; tener un efecto adverso en el desarrollo de la democracia rusa; restaurar la atmósfera de la Guerra Fría en las relaciones Este-Oeste, e impulsar la política exterior rusa en direcciones que decididamente no son de nuestro agrado. [...]
>
> Los rusos están poco impresionados con las garantías estadounidenses de que no abrigan intenciones hostiles. Verían su prestigio (siempre lo más importante en la mente rusa) y sus intereses de seguridad afectados negativamente. Por supuesto, no tendrían más remedio que aceptar la expansión como un hecho militar consumado. Pero seguirían viéndolo como un rechazo de Occidente y probablemente buscarían en otra parte garantías de un futuro seguro y esperanzador para ellos.

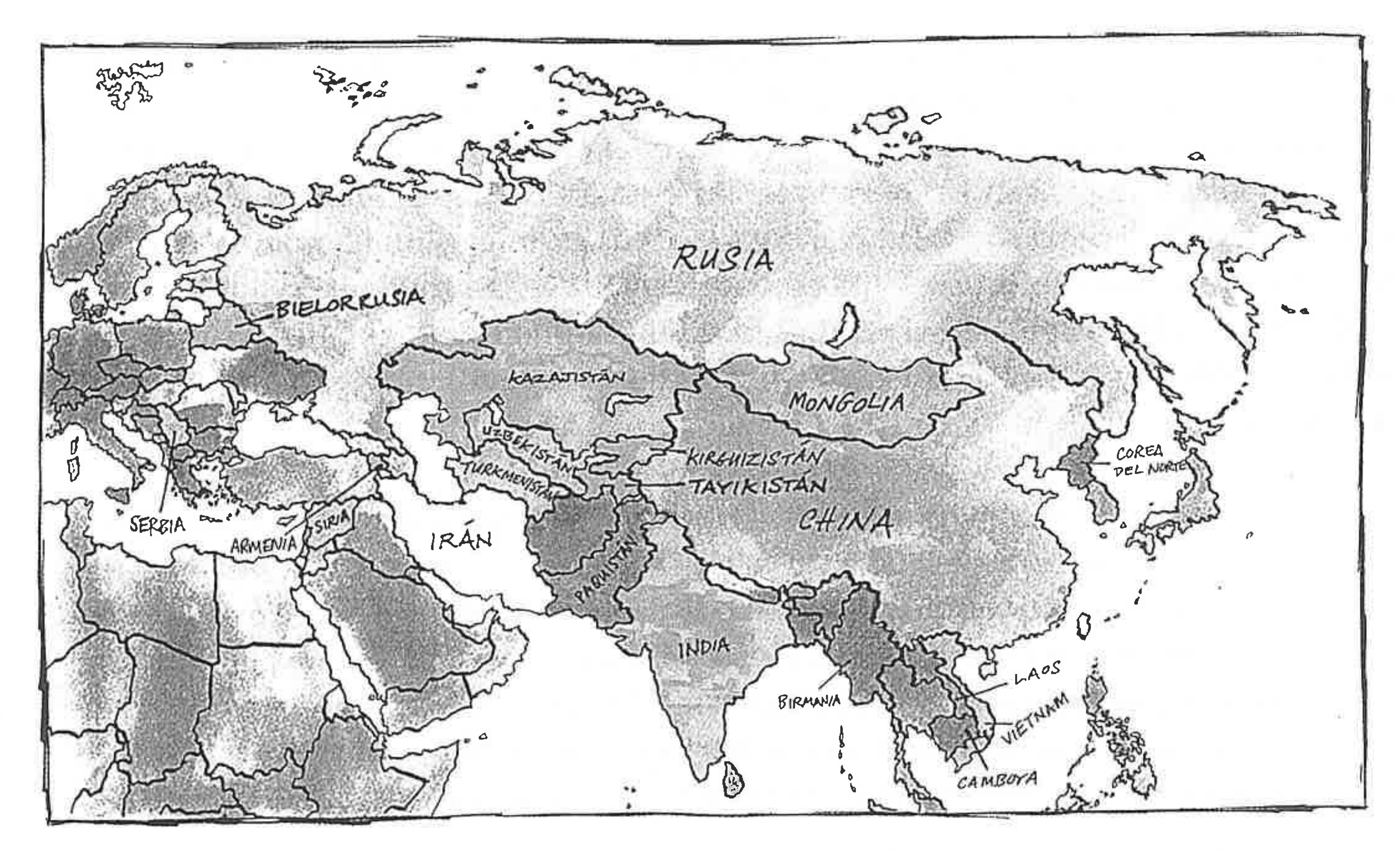
El artículo del anciano Kennan es lúcido y premonitorio. En esa coyuntura, con la OTAN apuntándole, Rusia vuelve los ojos a Asia y encuentra, rápidamente, en la China de Xi el socio que puede darle «garantías de un futuro seguro y esperanzador para ellos». Xi, por su parte, halla en Rusia al aliado necesario en el enfrentamiento de China con EEUU. La alianza chino-rusa era un proceso casi natural en las circunstancias de cada país. A partir de 2014, ambas potencias dan un gran impulso a sus relaciones, forjando lo que puede llamarse una alianza *de facto* sin documentos *de iure*, es decir, una relación de aliados y socios que no necesita –por ahora– ser santificada en ningún documento. Con los hechos basta y, como se lee en los Evangelios, «por sus hechos los conoceréis» (Mateo 7, 15-20).

Pues bien, «la pesadilla de Brzezinski» no se refería a una asociación económica y comercial ruso-china ni a una colaboración en agricultura, deportes o energía. A fin de cuentas, el principal comprador de gas ruso es aún hoy (en el futuro ya no lo

será) Europa, y Turquía constituye otro gran mercado de todo para Rusia, sin que a nadie le preocupen esas relaciones –salvo a los agricultores europeos y estadounidenses, que ven reducirse sus mercados–, como tampoco preocupa que Rusia sea hoy la mayor potencia agroexportadora del planeta. «La pesadilla de Brzezinski» –una de las pocas mentes lúcidas del imperialismo estadounidense– era el establecimiento de una alianza militar entre Rusia y China, que, de darse, crearía el mayor y más temible poder del mundo, frente al cual EEUU tendría poco que hacer en términos de guerra convencional (otra cuestión es el holocausto nuclear). Basta sumar el poderío militar de cada una de estas potencias para entenderlo:



El otro aspecto es el dominio que esta alianza tendría (y que, de hecho, ya tiene) en el corazón de Asia Central. Ya hemos visto que Mackinder había expuesto en 1904 su teoría del pivote continental, según la cual Asia Central era el corazón del mundo, que quien dominara Asia Central dominaría Eurasia y quien dominara Eurasia dominaría el mundo. Rusia era, en 1904, el Estado pivote y la potencia terrestre por excelencia, pero carecía de proyección oceánica, que era lo que, en definitiva, preocupaba a Mackinder, ciudadano, a fin de cuentas, de la potencia marítima por excelencia,



La suma de los territorios de China y Rusia y de sus aliados abarca casi dos tercios de Eurasia. En naranja, los territorios de Rusia y China. En verde aparecen los aliados de Rusia; en azul, los aliados de China, y en amarillo, Irán, aliado de Rusia y China. La derrota en Afganistán expulsó a EEUU y le dejó fuera de Asia Central. La influencia de EEUU ha quedado constreñida a Estados insulares, como Japón y Filipinas, y a cadenas de islas e islotes.

el Imperio británico. Para Brzezinski, una alianza ruso-china sumaría los vastos territorios de las dos potencias, a los que habría que agregar los territorios de los países aliados de una u otra, o de ambas. El resultado era –es– su preeminencia absoluta en Eurasia, con la excepción de sus dos principales penínsulas: la europea y la india.

A partir de la derrota en Afganistán, pieza clave en el tablero de Asia Central, EEUU y sus aliados han quedado fuera de la «región pivote» o «corazón continental», viéndose obligados a sostener su poder desde una proyección naval, apoyada en las alianzas con Estados archipelágicos, como Japón y Filipinas, y en islas o cadenas de islas, como Okinawa, Taiwán, Guam o la isla Wake. Ese escenario nos retrotrae, *mutatis mutandis,* al siglo XIX, cuando Gran Bretaña sustentaba su imperio en una red de puertos y bases insulares inaccesibles a la potencia terrestre. A partir del siglo XIX, Eurasia quedó dividida entre la potencia terrestre –Rusia–, que controlaba la región pivote, y la potencia marítima –Gran Bretaña–, que era dueña de los océanos y de los márgenes continentales de Eurasia. Esa división continuará durante la Guerra Fría, aunque con nuevos protagonistas surgidos de la Segunda Guerra Mundial. La URSS hereda del Imperio ruso la condición de mayor potencia terrestre

del mundo y EEUU recoge la antorcha imperial de Gran Bretaña para ser la mayor potencia naval, con una hegemonía casi absoluta en el océano Pacífico.

El cambio esencial que aporta este siglo XXI es la emergencia de China como la más grande potencia asiática, retomando el espacio de poder que había perdido en la primera mitad del siglo XIX. Después del «siglo de la humillación», reaparecía en la escena mundial convertida en una potencia de primera magnitud. En este punto es casi obligatorio rememorar el párrafo con el que Mackinder había concluido su artículo de 1904, que contiene ciertos elementos de alguna forma premonitorios:

> Como conclusión, no estaría fuera de lugar indicar expresamente que la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses, llegaran a vencer al Imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de las que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la «región pivote».

El «peligro amarillo» (recordemos que, en 1904, estaban el auge el imperialismo y sus hijos dilectos, el racismo y el colonialismo) no será organizado por Japón –que invadió China–, ni China entraría en guerra con Rusia –fue contra Japón y, ahora, con EEUU–. Lo que toca destacar es que Mackinder visualiza que China podría «representar un peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque añadiría un frente oceánico a los recursos del gran continente». A Mackinder le preocupa ese «frente oceánico» porque podría facilitar que la potencia terrestre, al disponer de extensas costas, se convirtiera también en una potencia marítima, ventaja de la «que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la "región pivote"». Debe considerarse, que, a principios del siglo XX, Rusia carecía de costas «calientes», es decir, de acceso a aguas navegables todo el año. El Ártico era un mar cerrado con accesos cerrados. Murmansk sólo era viable la mitad del año (como relata Mary Shelley en su *Frankenstein*) y Vladivostok resultaba insuficiente, pues sólo disponía de una vía férrea de mala calidad que lo conectara con la Rusia europea. En 1905, tras la derrota ante Japón, Rusia había perdido la mitad de la isla Sajalín, y las islas Kuriles eran japonesas. Toda esa suma de hechos hacía de Rusia un país sin costas oceánicas útiles. Es decir, carecía, de un «frente oceánico» desde el cual proyectar un poder marítimo.

Dicho de otra manera, Mackinder dejó escrita su preocupación de que la potencia terrestre, al disfrutar de unas dilatadas costas, pudiera convertirse, al mismo tiempo, en una potencia marítima. Dado que la potencia marítima no tenía forma

de acceder al «corazón continental», si la potencia terrestre pudiera disponer de un «frente oceánico» podría poner en seria desventaja a la potencia marítima.

Esta tesis no había caído del cielo, ni era una mera construcción teórica. Para 1904, el Imperio alemán llevaba años en una frenética carrera para dotarse de una potencia naval suficiente para rivalizar, en Europa, con el poder naval británico, hecho que, como hemos explicado en otro capítulo, había generado temor y un gran rechazo en Gran Bretaña, que se sumó a la carrera de construcción naval. La visión de un Japón «reorganizador» de China podría ser eco de las buenas relaciones entre Gran Bretaña y Japón, que habían hecho una alianza contra el Imperio ruso. Japón estaba entonces libre del ideario militarista e imperialista que toma el poder en los años treinta. Ello no quita mérito al geógrafo británico, que supo ver la importancia del frente oceánico y puso de protagonistas a tres potencias que hoy están en el epicentro de la disputa por el nuevo reparto del poder mundial: Rusia, China y Japón. Mackinder no vio el poder de EEUU porque, a principios del siglo XX, este país estaba imbuido en sí mismo y su proyección exterior esa escasa y volcada en sus desarrollos internos. Su aparición como potencia marítima se daría con posterioridad a 1907, año en que, ya hemos visto, zarpa la Gran Flota Blanca, que pasará dos años dando la vuelta al mundo para anunciar, de forma imponente, el surgimiento de una nueva potencia naval en el mundo: EEUU.

Lo que visualizó Mackinder será lo que atormentaría el sueño de Brzezinski, que, por su edad, no andaba para muchos sustos, que serán pequeños para los que vienen...

¿Una pinza-martillo contra la –temida– *alianza ruso-china*?

En 2007, EEUU promueve un Diálogo de Seguridad Cuadrilateral, o Quad, con Japón, India y Australia, que pronto pasa al olvido, pues en esos años parecía reírse de Rusia –en septiembre de 2008 la entonces secretaria de Estado, Condolezza Rice, afirmó que Rusia iba «hacia la irrelevancia política»; muy aguda ella– y consideraba a China sólo un inmenso mercado del que las empresas estadounidenses obtenían jugosos y cuantiosos beneficios. Diez años después, en 2017, el panorama mundial había dado un vuelco tal que el recién electo presidente Donald Trump quiso resucitar el Quad, sin mayor éxito. Esa misión evangélica le corresponderá a su sucesor, Joe Biden, quien pone empeño y mano para darle beligerancia. A finales de septiembre de 2021, Biden se reúne en la Casa Blanca con los dirigentes de los países del Quad. Al terminar la reunión, aireada a bombo y platillo por EEUU y sus aliados atlantistas, se emite un comunicado; en él no se hace referencia a China –algo que hubiera sido de mal gusto y de peores resultados–, pero, todos a una, los



medios de comunicación sí la apuntan con tinta sangre de su corazón, que, bueno, no era roja, pero sí tinta sin seso.

Según el comunicado, el Quad tiene como prioridad mantener «un Indopacífico abierto y libre, inclusivo» –que se interpreta como un mensaje contra la política marítima china, aunque nunca China ha dicho que pretende cerrar el Indopacífico, un área inmensa, por lo demás–. También manifiesta su apoyo a un orden asentado «en el Derecho internacional» –del que es abanderado EEUU, como ya se sabe–, que no permita espacios para «dejarse intimidar por la coerción» –la coerción provoca espasmos en la pacífica OTAN, se sabe también–, y, en fin, se comprometen a reforzar, como ángeles guardianes o la Liga de la Justicia, «la seguridad y la prosperidad en el Indopacífico y más allá». Conmovedor, sobre todo lo del «más allá» única parte del referido comunicado que quedaba oscura, pues no se pudo saber entonces –después tampoco– si los líderes del Quad habían terminado la reunión jugando a la ouija y conversando con el fantasma de Richard Nixon en el «Más Allá», o se referían a que también velarían por la seguridad y prosperidad de Tonga, Kiribati y Vanuatu, países que están más allá del Indopacífico y tienen graves problemas con el cambio climático, pero que a nadie preocupan y, menos aún, nadie les dedica comunicados tan rimbombantes y sonoros, o siquiera una mueca.

Sobre este cacareado comunicado trascendió un detalle que es más significativo de lo que se podría juzgar. Al parecer, la agencia japonesa de noticias Kyodo News obtuvo un borrador del comunicado final, que proponía que los líderes reunidos expresaran su oposición contra «cualquier intento de cambiar el *statu quo* en [aguas del] mar al este de la China». Por lo general, los comunicados suelen tener varias versiones, que son paulatinamente depuradas hasta llegar al texto de consenso (de eso sabemos algo). La frase citada tiene una marca clara de origen, EEUU y Japón, a la que se habría sumado gustosamente Australia. ¿Quién vetó esa frase? Siguiendo los métodos clásicos, habría que empezar por descartar sospechoso. Dado que en el salón del crimen sólo había cuatro personas, las examinamos una por una. El primero a descartar es Biden, pues sería el lógico promotor del proyecto rechazado. Descartado queda también el japonés, pues esos hacen lo que pide EEUU. Por la misma razón es preciso descartar al australiano. Así que sólo queda el indio, que no tendría ningún motivo para enredarse, más de lo que ya se está, en las relaciones con China. Así, pues apostamos a que el texto no gustó al primer ministro de India, vecino de China y amigo de Rusia, con los que se reúne regularmente.

Lo «Indopacífico» hace referencia a una vasta región con no pocos problemas, sobre todo si se habla del «Indopacífico y más allá». Los mares chinos, en cambio, son una zona geográfica muy delimitada y donde pasa lo que está pasando. El primer ministro indio, con prudencia de Estado, no habría querido meter su cuchara allí por la simple razón de que ese texto lo ponía en confrontación directa con China, algo que a su país no le interesa, máxime cuando India está lejos, geográfica y políticamente, de los conflictos existentes en los mares chinos. Una cuestión es un comunicado general –otro más– y otra dejarse enredar de gratis en pleitos ajenos en los que se tiene mucho que perder y poco que ganar (cuestión de la que, en Europa, saben muy poco).

Creando un Frente Atlántico y un Frente Pacífico

A estas alturas de la cordillera Himalaya hay que entrar en el nudo del asunto: el Quad es parte de un proyecto –que deberíamos llamar EL PROYECTO– de EEUU, dirigido a crear en la región Indopacífico una red de alianzas que se asemeje, cuanto sea posible, al papel que desempeña la OTAN en Europa, como hemos señalado en capítulos anteriores. El proyecto es crear una pinza-martillo bifronte que, por el oeste, con la OTAN, muerda a Rusia y, por el este, con esta red de alianzas –a las que se ha sumado la UE–, presione a China. Para decirlo más claramente, *el proyecto estratégico de EEUU es crear dos frentes, uno atlántico –del que se encargaría la*

OTAN–, y otro pacífico, del que se harían cargo EEUU y sus aliados, principalmente Japón, Corea del Sur y Australia. Un Frente Atlántico, en el que, llegado el momento -que ojalá no llegue-, combatirían los atlantistas europeos contra Rusia; y un Frente Pacífico, donde EEUU llevaría la mayor parte del peso, repitiendo –*mutatis mutandis*– el esquema básico de la Segunda Guerra Mundial. Recuérdese, al respecto, que, durante la Segunda Guerra Mundial, EEUU no hizo ningún esfuerzo grande en el frente europeo hasta dar por ganada la guerra a Japón. Por ese motivo, el archiinflado y archicelebrado desembarco en Normandía debió esperar a junio de 1944, fecha en la que el Ejército Rojo había logrado triturar la maquinaria bélica nazi y estaba a 300 kilómetros de Berlín. En el proyecto soñado por EEUU, India desempeñaría el papel de bisagra, esa que une las dos piezas de una tenaza o una pinza, de la forma siguiente:



Pero, a estas alturas del campeonato, ya sabemos que las reuniones de líderes políticos son eso, reuniones de mucho ruido y pocas nueces, a las que no pocos van sólo por tomarse una foto –como un señor que viajó hasta las islas Azores para que le hicieran una con botas tejanas y un puro tipo Al Capone–, así que la *prudens* aconseja aterrizar en realidades, que son más duraderas y, juguemos con las palabras, más duras de pelar.

Tres de los protagonistas de la reunión –EEUU, Japón y Australia– son aliados y tienen tratados que les unen militarmente –uno bilateral, EEUU y Japón, y otro trilateral, el recién nacido AUKUS–. Por tanto, ninguna novedad en ese aspecto. Lo relativamente novedoso era la presencia del primer ministro de India, Narendra Modi, que era la estrella de la función por la sencilla razón de que destacaba en aquel grupo como Quasimodo en su catedral. Hay que explicar el porqué, el en tanto qué y el para qué, que de eso va este capítulo. Por lo pronto, es preciso dejar debidamente registrado el proyecto de EEUU, de crear dos frentes bélicos: el Frente Atlántico y el Frente Pacífico. Uno a cargo de la Europa atlantista; el otro bajo responsabilidad general de EEUU.

Frente al martillo-tenaza bifronte, la Ley de Hooke

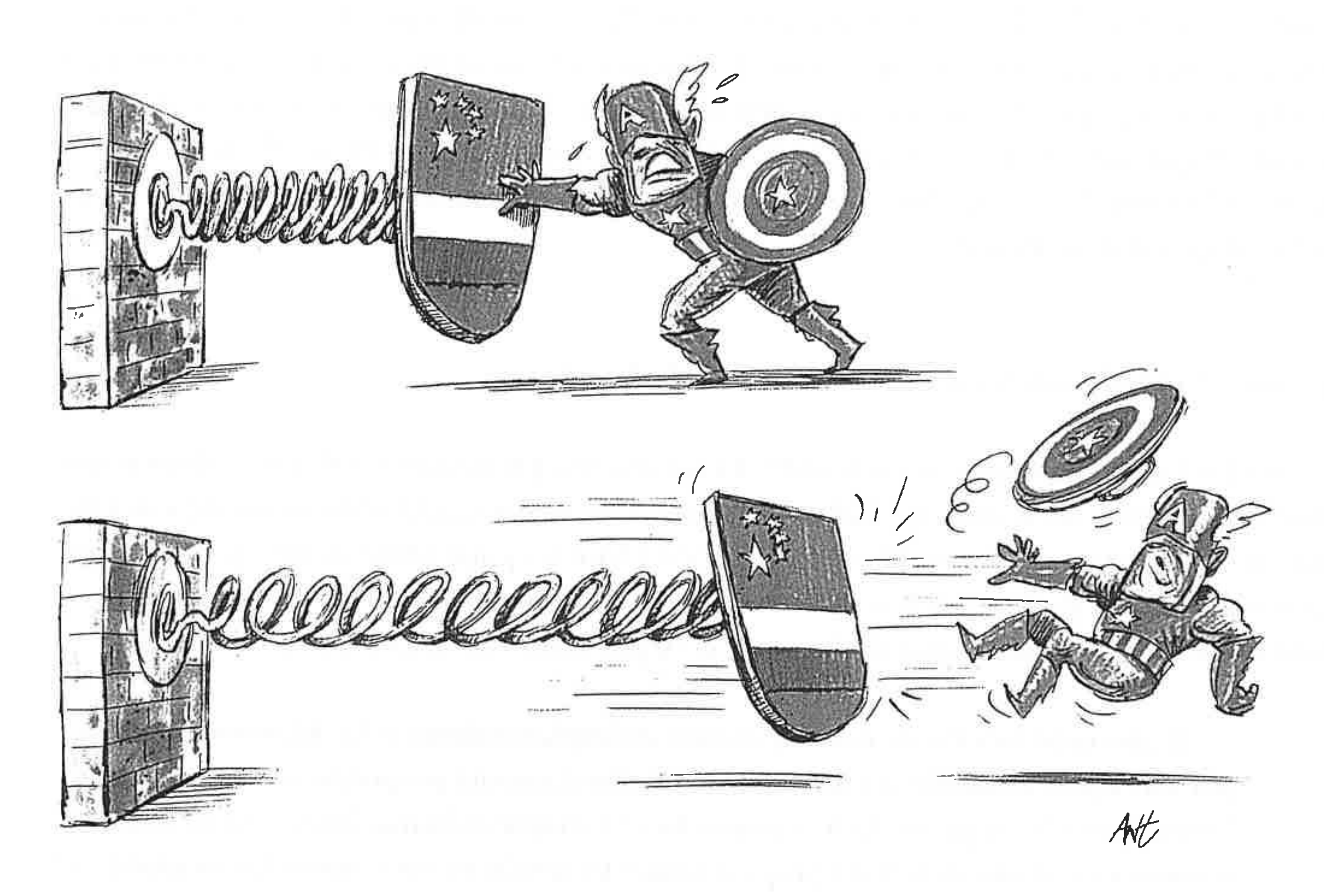
Todos sabemos lo que es un resorte. Es un objeto que puede ser deformado por una fuerza y volver a su forma original en ausencia de esa fuerza. El fenómeno fue estudiado en el siglo XVII por el físico británico Robert Hooke, quien observó que para muchos materiales la curva de esfuerzo *vs* deformación tiene una región lineal. No siendo esto una clase de física, tomamos de internet la explicación de la Ley de Hooke:

> El precepto teórico de esta ley es que el desplazamiento o la deformación sufrida por un objeto sometido a una fuerza, será directamente proporcional a la fuerza deformante o a la carga. Es decir, a mayor fuerza, mayor deformación o desplazamiento, o como lo formuló en latín el propio Hooke: Ut tensio sic vis («como la extensión, así la fuerza»).

Para indicar la dirección de la fuerza se suele emplear un signo negativo. Esto quiere indicar «que la *fuerza de restauración* debida al resorte está en dirección opuesta a la fuerza que causó el desplazamiento. Tirar de un resorte hacia abajo hará que se estire *hacia abajo,* lo que a su vez resultará en una fuerza *hacia arriba* debida al resorte». Si el resorte recibe una presión hacia dentro por ambos lados, el efecto elástico irá en sentido inverso. Todos –esperamos– hemos jugado alguna vez con resortes y sabemos el efecto.

EEUU, lo acabamos de ver, está trabajando denodadamente por crear una operación martillo-tenaza en perjuicio de China y Rusia. Según esa estrategia, una gran alianza contra las potencias terrestres, China y Rusia, desde dos frentes, las presionará hacia el interior de sus territorios, dejándolas sin medios para expandirse hacia el cinturón exterior, dominado por la potencia marítima –EEUU y su red de alianzas–. La estrategia estadounidense funcionaría en caso de resortes con materiales oxidados a

tal punto que la fuerza ejercida hacia adentro terminaría por destruirlos. No obstante, si los materiales están en perfectas condiciones y son de calidad, resistirían sin problema la presión externa, y los resortes reaccionarían con la fuerza inversa, como ilustra el dibujo.



Cuando se presionan dos resortes hacia dentro, el efecto los empujará hacia afuera.

En las condiciones actuales –que nada es inmutable–, las potencias terrestres (y con fuerte proyección marítima) reúnen condiciones de fortaleza suficiente como para resistir, sin mayores problemas, a las fuerzas externas que presionan en su contra. Siguiendo la Ley de Hooke, cuanto mayor sea la fuerza de presión externa, más fuerte será el efecto inverso. Cuanto mayor sea la presión de fuerzas externas sobre Rusia y China, mayor será el apoyo que preste una a la otra. China se apoyará en el muro ruso y Rusia en el muro chino. En un momento dado, puede que las fuerzas externas hayan presionado tanto ambos resortes que provoque que el efecto inverso sea de una intensidad tal que deshaga en el aire a las fuerzas de presión externa. Los trampolines, esos divertidos aparatos que responden a la Ley de Hooke, funcionan con la fuerza cinética que les aplicamos. Si calculamos mal, saltamos peor y terminamos de forma poco gloriosa con nuestros huesos en el suelo y la piel como arañada de gato. No pocas veces la física ayuda a explicar la geopolítica y, también, a volver al arte de la prudencia, esa magnífica e inteligente obra del maestro Baltasar Gracián.

India, por su posición geográfica, extensión, población y potencial económico, es un país clave en el rediseño de la distribución de poder en el mundo. EEUU sueña con convencerla para que se una a la alianza antichina que lleva una década intentando organizar. India no dice ni que sí ni que no, sino todo lo contrario. Es el país pivote en el océano Índico, su área natural de influencia, pues entre India y los mares chinos están Birmania, Tailandia, Malasia e Indonesia. Una frontera natural que separa dos mundos geográficos –el océano Índico del Sudeste Asiático–, separación que es también religioso-cultural: el mundo asiático-budista frente al asiático hinduista-musulmán, con la singularidad de Indonesia, único país del área con mayoría musulmana. El Sudeste Asiático y los mares chinos no son áreas donde India, hasta el momento, haya intentado una proyección geopolítica. Otra cuestión es el tráfico económico-comercial, que, por ahora, está libre de peligros (y donde el mayor peligro viene de EEUU, no de China).

Como se explica en otro capítulo, la geografía circunscribe la zona de influencia de India al océano Índico, que sería su espacio natural de proyección geoestratégica, aunque sea por el simple hecho de ser, con diferencia, el país más extenso, el más poblado y el de economía y desarrollo militar más pujantes. No obstante, pese a esta potencia, tiene al sudoeste el muro de Paquistán, por ahora infranqueable. De ahí sus estrechas relaciones con Irán, donde tiene un puerto –Chabahar, situado a 1.400 kilómetros de Mumbai, la capital comercial de India–, que es la llave de la ruta comercial que, partiendo de Mumbai, da acceso a Asia Central y el Caspio y, sobre todo, a Afganistán. Como se filtró, en agosto de 2020, a raíz de la visita de los ministros indios de Defensa y Exteriores a Teherán, «India tiene mucho en juego en Chabahar por importantes razones geopolíticas [...]. Chabahar conecta a la India con Afganistán, donde la presencia de la India está vinculada a su rivalidad con el vecino Paquistán. Ambos ven Afganistán como un campo de batalla indirecto», según recogiera la agencia turca de noticias Anadolu. De ahí que India pueda estar «realmente preocupada» por la posibilidad de que China incida en Chabahar como resultado de los millonarios acuerdos con Irán, firmados en marzo de 2021, preocupación que hasta ahora no ha encontrado motivos. Irán es muy consciente de su papel de país-enlace y equilibra, inteligentemente, sus relaciones con China e India.

Como país pivote del Índico, India, si no quiere verse aislada de su entorno geográfico, debe, cuando menos, hacer una política de no alineamiento, de forma que, sin entrar en contradicciones con EEUU –país que le interesa como proveedor de armas–, no afecte sus vitales relaciones con Rusia e Irán, ni la introduzca en una espiral enemiga con sus vecinos. Tengamos en cuenta que limita al norte con China, país con el que mantiene dos duros y delicados litigios territoriales y con el que estaría, de varias formas, en competencia geopolítica y comercial con el vecindario. La diferencia está en que, al contrario de lo que ocurre con China y sus vecinos te-

rrestres, India vive en estado de guerra con Paquistán, cuya geografía impide la conexión terrestre de India con Asia Central y Oriente Medio. De ahí la importancia de Chabahar. Por otra parte, está la relación estratégica con Rusia –y antes con la URSS–, que se fundamenta en la necesidad de contrarrestar el peso de China, tanto fronterizo como por su alianza con Paquistán. Irán es aliado de Rusia y China, y ese batiburrillo de relaciones hace que las de India con EEUU sean un regalo envenenado para ella. Si tal alianza, como sueña EEUU, se llegara a fraguar, India pasaría a alinearse con el peor enemigo de Rusia, de China y de Irán. De esa guisa, entraría en serios problemas con Rusia, Irán y China, en un escenario que uno sólo recomendaría a sus peores enemigos.

Pero tranquilos. No hay señales reales de que tal desaguisado ocurra, al menos en el corto o mediano plazo. El 6 de diciembre de 2021, el presidente ruso Vladímir Putin viajó a Nueva Delhi para reunirse con Narendra Modi. Durante la reunión conversaron sobre «la asociación estratégica especialmente privilegiada entre los dos países», así como sobre «temas actuales de la agenda internacional, incluido el trabajo conjunto en el marco del G20, los BRICS y la Organización de Cooperación de Shanghái». Durante la visita, Rusia e India firmaron diez acuerdos, desde económicos hasta defensa, cuestión que tiene más enjundia y garra que un solitario comunicado de generalidades. Los ministros de Defensa de los dos países tuvieron una reunión previa el día anterior, después de la cual el ministro indio, Rajnath Singh, afirmó que su país «valora su asociación estratégica especial y privilegiada con Rusia». Finalizada la cumbre, Putin y Modi hicieron público un comunicado en el que saludaron la conclusión exitosa del programa de cooperación técnica militar 2011-2020 y su renovación para el periodo 2021-2031. También expresaron:

> La cooperación militar y técnico-militar ha sido tradicionalmente el pilar de la Asociación Estratégica Especial y Privilegiada entre la India y Rusia. En respuesta a la búsqueda de la autosuficiencia de la India, la asociación se está reorientando actualmente hacia la investigación y el desarrollo conjuntos, el codesarrollo y la producción conjunta de tecnología y sistemas de defensa avanzados. [...]
>
> Los dos líderes acordaron que, para la paz, la estabilidad y el desarrollo económico mutuo, es necesario que los dos países trabajen en estrecha colaboración en los campos avanzados y emergentes de la tecnología de defensa, y que las Fuerzas Armadas de los dos países trabajen juntas en distintos dominios de las capacidades militares.

Sólo para dejar más clara la profundidad de los vínculos entre Moscú y Nueva Delhi, referiremos que estos dos países tienen una lista abierta de proyectos conjuntos en materia militar, entre ellos el misil de crucero supersónico BrahMos, el caza polivalente de quinta generación FGFA, la producción en India –autorizada por

Rusia– de aviones Su-30 y tanques T-90, así como la fabricación de fusiles automáticos Kaláshnikov. El material bélico de origen soviético-ruso representa el 80% de la Fuerza Naval india y el 70% de su Fuerza Aérea. En suma, una alianza que merece ser llamada alianza.

Por lo demás, era la primera reunión de Putin y Modi desde noviembre de 2019 en Brasilia, en una cumbre de los líderes de los BRICS; no obstante, durante este tiempo ambos líderes conversaron por teléfono en seis ocasiones, lo que vendría a demostrar su buena sintonía. India parece tener claro dónde están sus intereses. Así que, atendiendo a los hechos políticos y las realidades geográficas, el sueño de EEUU de crear una «pinza-martillo» bifronte sería eso, un sueño nada más. Además, India y China tienen economías complementarias y, por la magnitud de sus mercados, podrían crear el bloque comercial más grande del mundo. Del interés de ambos países por encauzar sus relaciones da fe el hecho de que el primer ministro indio, Narendra Modi, y el presidente chino, Xi Jinping, se han reunido en dieciocho ocasiones, algo realmente inusitado en el mundo de la política internacional. Esta compleja red de relaciones explicaría el renovado interés –recogido en un capítulo inicial– de China e India de «descongelar» sus relaciones e iniciar un periodo constructivo para los intereses de ambas potencias asiáticas. La próxima reunión de los BRICS y del formato RIC, en China, a finales de 2022, arrojará muchas señales a este respecto, pero esas señales no parecen propicias para los planes de EEUU, de reclutar a India contra China –y Rusia.

Así que lo dicho. En las condiciones actuales, la Ley de Hooke tiene más posibilidades de éxito que cualquier operación martillo-tenaza de, aún, inciertas y dudosas posibilidades.

¿Y en qué se traduce la atán famosa, fermosa e poderosa alianza Rusia-China?

Hay un viejo proverbio árabe que dice «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Tal se dio en la Segunda Guerra Mundial cuando el primer ministro británico, Winston Churchill, racista, conservador y virulentamente anticomunista, entendió que, sin la URSS, no había forma de derrotar a la Alemania nazi. De la otra parte, Joseph Stalin desconfiaba profundamente de Gran Bretaña y EEUU, pues creía –y en eso no se equivocaba– que esas dos potencias querían la destrucción de la URSS. La guerra común contra la maquinaria de guerra nazi los hizo aliados, aunque ese amor duró lo que la guerra. En 1946 estaba instalada la Guerra Fría y los antiguos aliados volvieron a sus orígenes.

Podríamos afirmar que la posibilidad de una alianza entre China y Rusia, potencias limítrofes con un largo historial de conflictos, desencuentros y desconfianzas,

habría empezado a germinar al darse cuenta de que tenían enfrente a un enemigo común que buscaba menoscabar sus intereses como potencias: Rusia, con la ofensiva atlantista desde Ucrania y con la expansión de la OTAN hasta sus fronteras; China, con la formación por EEUU de un cerco militar en torno a sus costas. Rusia no estaba en condiciones de hacer frente sola a la maquinaria militar, económica y comercial de la OTAN. China, sola, se sabía en inferioridad de condiciones ante la coalición formada por EEUU, Japón, Corea del Sur, Gran Bretaña y Australia. Que China y Rusia iniciaran conversaciones para sondear el terreno tenía algo de efecto gravitatorio, de confluencia de ríos ante el grosor de las amenazas que tenían enfrente. Y resultó.

Resultó mejor, incluso, de lo que posiblemente pensaron al inicio Vladímir Putin y Xi Jinping. Además del enemigo común, había otros muchos asuntos de confluencia que no eran baladíes. La energía, por ejemplo. Enfrentada a las sanciones impuestas por los países atlantistas, Rusia requería de nuevos mercados para su petróleo y gas, habida cuenta el golpe inicial a su economía a causa de esas sanciones –luego superadas con sobresaliente, como ya se explicara–. China, por su parte, estaba urgida de nuevas fuentes energéticas que no tuvieran sobre ellas la amenaza de un bloqueo naval, como podía ocurrir si EEUU cerraba los pasos marítimos y obligaba a sus aliados árabes a cerrarle el grifo. Así se dio luz verde, en 2014, a la construcción del gasoducto *Fuerza de Siberia,* un acuerdo que constituyó un paso clave. Cuando el gasoducto fue inaugurado, en diciembre de 2014, Putin declaró que el contrato chino-ruso de gas era el mayor en la historia del sector gasístico ruso. Xi Jinping, por su parte, expresó que ese proyecto era un «hito de cooperación bilateral» y un «ejemplo de profunda integración y mutuo beneficio».

A partir de 2014 y, sobre todo, de 2018, las relaciones ruso-chinas no han cesado de crecer, extendiéndose a campos antes impensables. Lo que sigue es un recuento de los acuerdos de cooperación más significativos entre ambas potencias:

- Militar. Rusia es uno principales proveedores de China de tecnología militar avanzada de armas convencionales. Los acuerdos de cooperación militar incluyen también formación militar profesional, entrenamiento y maniobras conjuntas, como las realizadas en el Mediterráneo en 2015 y las Vostok 2018, en las que participaron 3.200 efectivos chinos y 300.000 rusos, en Siberia oriental, y que marcaron un salto cualitativo de la cooperación chino-rusa en seguridad y defensa. En febrero de 2018 y julio de 2019, cazabombarderos de ambos países sobrevolaron el mar de Japón. En diciembre de 2020, China y Rusia anunciaron que sus bombarderos estratégicos habían realizado «vuelos conjuntos» desde el mar de Japón hasta el mar de China Oriental. A mediados de agosto se desarrollaron en la región de Ningxia, al nordeste de China, las maniobras conjuntas Sibu/Interacción 2021, a las que asistieron los ministros de Defensa de China y Rusia. Las maniobras navales Interacción Marítima 2021, realizadas en

el mar del Japón en octubre de ese año, significaron un nuevo salto cualitativo; una veintena de buques rusos y chinos desarrollaron más de 20 ejercicios, entre ellos estrategias de defensa y contraataque y de comunicación. La flota cruzó el estrecho de Tsugaru hacia el océano Pacífico, entrando al mar de China Oriental a través del estrecho de Osumi, en las islas japonesas de Izu. En una videoconferencia celebrada a finales de noviembre de 2021, los ministros de Defensa de Rusia y China, Serguéi Shoigú y Wei Fenghe, acordaron una Hoja de Ruta 2021-2025, para intensificar la cooperación militar entre sus fuerzas armadas en materia de ejercicios estratégicos y patrullaje, entre otros campos. Ambos ministros destacaron «la amistad y firmeza de lazos entre Rusia y China», según puede leerse en la web del Ministerio de Defensa ruso. Nadie mejor cualificado para resumir el estado de relaciones chino-rusas que el ministro de Defensa chino. En la videoconferencia ya citada declaró:

> Y estamos celebrando una cooperación tremendamente fructífera en todas las áreas. Especialmente frente a la frenética contención y presión de EEUU. China y Rusia están unidas como una gran montaña. Nuestra amistad es inquebrantable. Juntos contrarrestamos la hegemonía de EEUU y nos oponemos al falso régimen democrático de EEUU, al falso multiculturalismo, así como a las nuevas formas de manifestación de la Guerra Fría. Por lo tanto, hemos mostrado que nuestras relaciones son mejores que aliadas.

- Política. Rusia y China llevan años trabajando en crear nuevos foros internacionales de debate, cooperación y diálogo, entre los que destaca la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), que reúne a los principales países de Asia, entre ellos a India, Paquistán e Irán, además, obviamente, de China y Rusia. La OCS se ha convertido en un foro singular en cuyo seno países enemistados desde su independencia –India y Paquistán– y otros con litigios territoriales y rivalidades de variada índole –China e India– encuentran espacios de diálogo directo, lo que ha contribuido –y no poco– a rebajar tensiones e incluso a alcanzar acuerdos para evitar crisis mayores. Un foro muy significativo es el formato RIC (Rusia, India, China), fundamental, si se consolida, para alcanzar acuerdos y comunicaciones directas entre estos tres países, imprescindibles en la configuración económica y geoestratégica de Asia. Otro foro destacado es el BRICS, que reúne a los países más grandes, la mayoría del otrora Tercer Mundo –Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica–, que sirve para apuntalar la multipolaridad efectiva de nuestro planeta.
- Energética. La construcción del gasoducto *Fuerza de Siberia* y la futura del *Fuerza de Siberia 2* harán de China el principal socio energético de Rusia, y el

único que podría garantizarle un suministro estable y suficiente de petróleo y gas, en caso de confrontación con EEUU. En tal sentido, la alianza con Rusia sería vital para China en el campo energético frente a un bloqueo de EEUU.

- Aeronáutica. En 2017, la compañía china Comac y la corporación rusa OAKEI anunciaron la construcción conjunta de un avión de fuselaje ancho y largo alcance (SHFDMS), denominado CR 929. El avión, ya en su fase final, está siendo diseñado para 250-300 pasajeros y será el equivalente al Airbus A330-900 y el Boeing 787-10, si bien, por poseer un fuselaje más ancho, podrá acomodar más pasajeros que el A330-900. Este proyecto binacional se sustenta en la demanda existente de aviones comerciales de largo alcance, respecto de los cuales el mercado chino es quizá el más grande del mundo. Se espera que pase a producción en serie en 2023. Este avión conjunto es independiente de la construcción de aviones comerciales propios, que saldrían al mercado a partir de 2022-2024 (Airbus y Boeing tendrán nuevos rivales).
- Espacial. En marzo de 2021, la agencia espacial rusa Roscosmos y la Administración Espacial Nacional de China suscribieron un acuerdo para desarrollar instalaciones de investigación en la Luna y en la órbita lunar. Pocos meses antes, Rusia había rehusado organizar este proyecto con EEUU y anunciado su retirada del proyecto de Estación Espacial Internacional (EEI) para emprender otros caminos. La crisis ucraniana aceleraría en fin de la cooperación entre Rusia y la UE en este campo y fortalecería la cooperación sino-rusa.
- Científico-técnica. El 26 de noviembre de 2021, los presidentes Jinping y Putin enviaron sendas cartas de felicitación por la clausura del Año de la Innovación Científica y Tecnológica China-Rusia. Se trata del primer paso de un proyecto ambicioso de cooperación que aspira a desarrollar proyectos estratégicos. Desde su inicio, en 2020, Rusia y China realizaron más de mil actividades de cooperación en innovación científico-técnica. Como señaló el presidente chino, ambos países han realizado intercambios fructíferos en campos tan diversos como la lucha contra la pandemia, la energía nuclear, la industria aeroespacial y la economía digital.
- Comercial. Rusia es una pieza esencial en el más estratégico de los proyectos de China, como es la Nueva Ruta de la Seda continental, que debe transitar por territorio ruso para vincular China con Europa. La cooperación de Rusia es igualmente imprescindible para la iniciativa de la Ruta de la Seda Polar, que discurriría por aguas rusas y precisa de los puertos rusos para emergencias, abastecimiento y reparaciones, entre otros servicios. El objetivo es que la Iniciativa de la Nueva Ruta de la Seda Polar (INRSP) desempeñe un papel esencial en los esfuerzos por implantar un nuevo orden mundial, al abrir una vía de comercio alternativa al canal de Suez, más barata y en menos tiempo (y,

aunque no se diga, fuera del control de EEUU y la OTAN). La INRSP es propuesta del Gobierno ruso, que aspira a convertir la Ruta Marítima del Norte en una de las grandes vías comerciales del planeta, conectando, a través del Círculo Polar Ártico, tres de los mayores centros económicos mundiales: Norteamérica, Asia Oriental y Europa.

- Cooperación. En junio de 2021, Vladímir Putin y Xi Jinping acordaron renovar por cinco años más el Tratado de Amistad entre China y Rusia, firmado en julio de 2001 por Jiang Zemin y Putin, y al que calificaron como «modelo de cooperación». «El tratado se ha convertido de hecho en un acto legal internacional fundamental que ha determinado en gran medida el estado actual de las relaciones ruso-chinas [...]. El tratado consolida la ausencia de reclamos territoriales mutuos y, por lo tanto, la frontera común se convierte en un cinturón de paz y amistad eternas [...]. Siguiendo la carta y el espíritu del tratado, logramos llevar las relaciones ruso-chinas a un nivel sin precedentes, para convertirlas en un modelo de cooperación interestatal en el siglo xxi», señaló Putin. Jinping expresó, por su parte, que Moscú y Beijing habían dado ejemplo de cooperación pacífica bilateral e internacional: «El mundo ha entrado en un periodo de grandes turbulencias y cambios, y la humanidad se enfrenta a varios riesgos [...]. La estrecha cooperación entre Rusia y China aporta energía positiva a la comunidad internacional, creando un ejemplo a seguir en la formación de un nuevo tipo de relaciones internacionales. Apreciamos mucho esto».
- Financiera. El 15 de diciembre de 2021, los presidentes de Rusia y China acordaron, según informara Yuri Ushakov, portavoz del Kremlin, prestar «especial atención a la necesidad de intensificar los esfuerzos para formar una infraestructura financiera independiente que dé servicio a las operaciones comerciales entre Rusia y China. Crear una estructura que no pueda ser influenciada por terceros países». Asimismo, Putin y Xi quieren aumentar la participación de las monedas nacionales en el comercio bilateral y «ampliar la cooperación para garantizar el acceso de los inversores de Rusia y China a los mercados de valores de ambos países». En suma, crear una infraestructura financiera propia, que libere sus intercambios de la ordalía de depender del sistema financiero de EEUU y de la tiranía del dólar. Este propósito se ha visto relanzado por el diluvio de sanciones contra Rusia por la crisis en Ucrania. Walter Russell Mead, escribió, el 21 de marzo de 2022, en el *Wall Street Journal,* un artículo titulado *Las sanciones a Rusia enfrentan a Occidente contra el resto del mundo (Sanctions on Russia Pit the West Against the Rest of the World),* en el que afirmaba: «A medida que las consecuencias de la guerra ruso-ucraniana repercuten en la política global, Occidente nunca ha estado más alineado. También rara vez ha estado más solo. Los aliados en la Organización del Tra-

tado del Atlántico Norte más Australia y Japón están unidos en repulsión contra la guerra de Vladímir Putin y están cooperando con las sanciones más amplias desde la Segunda Guerra Mundial. El resto del mundo no tanto. En un desarrollo que sugiere problemas en el futuro, el enfoque básico de China, que no apoya la agresión de Moscú, sino que se resiste a los esfuerzos occidentales para castigar a Rusia, ha obtenido el apoyo mundial. El presidente sudafricano, Cyril Ramaphosa, culpó de la guerra a la OTAN. El presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, se negó a condenar a Rusia. India y Vietnam, socios esenciales para cualquier estrategia estadounidense en el Indo-Pacífico, están más cerca de China que de Estados Unidos en su enfoque de la guerra». Russell Mead describe un mundo que necesita liberarse de la tiranía financiera occidental, lo que hace aún más perentorio el establecimiento de un sistema alternativo.
- PSICOLÓGICA E HISTÓRICA. China y Rusia comparten un pasado reciente de abusos y humillaciones por parte de potencias occidentales. China no cesa de recordar el «siglo de humillación» que sufrió a manos de potencias europeas y Japón entre 1839 y 1949. Para el Partido Comunista, el Gobierno y el pueblo chinos, recobrar la dignidad atropellada es una cuestión medular. Después del suicidio de la URSS, la Rusia emergente sufrió infinidad de humillaciones y engaños por parte de las potencias occidentales. Abusando de la voluntad –y dipsomanía– de Boris Yeltsin, EEUU llegó al extremo de infiltrar agentes de la CIA en las áreas más secretas de Rusia. Según denunciara Vladímir Putin en diciembre de 2021, a mediados de los años noventa había cuadros de la CIA dentro del Gobierno ruso y oficiales de la CIA estaban como asesores de Anatoli Chubais, cuando era viceprimer ministro y estaba a cargo del programa de privatizaciones. «Nuestras instalaciones de fabricación de armas nucleares tenían expertos estadounidenses que estaban allí desde la mañana hasta la noche, tenían su propio escritorio y una bandera estadounidense. Vivían y trabajaban allí. No necesitaban herramientas sutiles para interferir en nuestra vida política porque también controlaban todo», dijo Putin, afirmando que, «por supuesto, la situación ha cambiado, el país se ha vuelto diferente, se ha vuelto más independiente, más soberano». ¿Quién olvida eso? ¿Quién olvidará, en Rusia (y en el mundo) la catarata de sanciones occidentales contra Rusia por Ucrania?

Como resumen, la afirmación del presidente ruso: las relaciones entre Rusia y China son «un verdadero ejemplo de cooperación interestatal en el siglo XXI».

Como es comprensible, la alianza ruso-china ha sido seguida con atención y preocupación en EEUU. Es ilustrativo, a ese respecto, el debate protagonizado en enero de 2019 por Graham Allison y Dimitri Simes, dos expertos estadounidenses en política

internacional, que fue resumido en un artículo titulado «La pesadilla estadounidense: la entente chino-rusa», aparecido en la revista *The National Interest*. Simes expresó que, con el alineamiento entre Moscú y Beijing, Washington «[había] perdido la posición ventajosa que ocupó durante la segunda mitad de la Guerra Fría, al disfrutar de mejores relaciones con Moscú y Beijing». Allison indicó que EEUU estaba mucho más cerca de enfrentarse a «una gran coalición entre Rusia y China» de lo que él había esperado cuando empezó su investigación sobre el tema. «¿Nos estamos dando cuenta de la pesadilla de Brzezinski?», se preguntó, como refiriéndose a un hecho inesperado. Pero, en 2019, China y Rusia llevaban cinco años afanados construyendo su alianza. El debate era singular por ese dato. ¿Se estaban dando cuenta hasta ese momento, en EEUU, del proceso de alianza ruso-chino? ¿No había previsto nadie, en EEUU, las consecuencias de su política de pinza-martillo contra Rusia y China? ¿Nadie había calculado, salvo el anciano George Kennan, que esa política de presión de pinza-martillo iba a juntar a China y Rusia de igual forma que una tenaza comprime un material al presionarlo? ¿Creían que ambas potencias iban a permanecer inánimes?

Este episodio tiene relación con un hecho muy actual: hasta diciembre de 2021, cuando Rusia lanza su desafío para configurar un nuevo sistema de seguridad en Europa, ningún país en la UE había considerado con seriedad que, al mantener una creciente presión sobre Rusia, esta, en algún momento, reaccionaria con contundencia. Ni siquiera los acontecimientos de 2014 sirvieron para abrir un debate sobre el tema. La respuesta a esta actitud de indolencia podría ser derivación del sentimiento de superioridad que comparten EEUU y la UE, resultado, a su vez, de creerse por encima del resto del mundo gracias a su poderío militar, su «modélico» sistema político y su mayor desarrollo científico-técnico. Instalados en ese podio de prepotencia, no han dejado espacio para bajar a las realidades del mundo actual, de ahí sus reacciones tardías a estas realidades. Se vio, en enero pasado, que Rusia planteaba cuestiones de seguridad y líneas rojas, y desde la OTAN y la UE le respondían con sermones de libertad, democracia y soberanía de los Estados, cuestiones que Rusia no había planteado. En lo único en que coincidían era en la posibilidad de una guerra por Ucrania, pero ni aun así eran capaces, los atlantistas, de bajarse del burro de su podio celestial, ni de mostrar entendimiento sobre los temas de guerra y paz. No hubo una sola declaración admitiendo que Rusia podría tener, aunque fuera en una pequeña parte, razones comprensibles. Ninguna. Lo único que les salía era una catarata de amenazas y más amenazas y de sanciones y más sanciones. ¿Alguien puede creer que, desde esas posiciones, es posible preservar la paz y evitar la guerra?

«Cuiden», escribió Maquiavelo, en sus discursos sobre Tito Livio, «tanto los príncipes como las repúblicas, de no hacer nunca injuria grave a una nación [...]. Si esto acaeciera en una república, la venganza del ofendido se dirigiría a arruinarla».

Una asociación estratégica integral

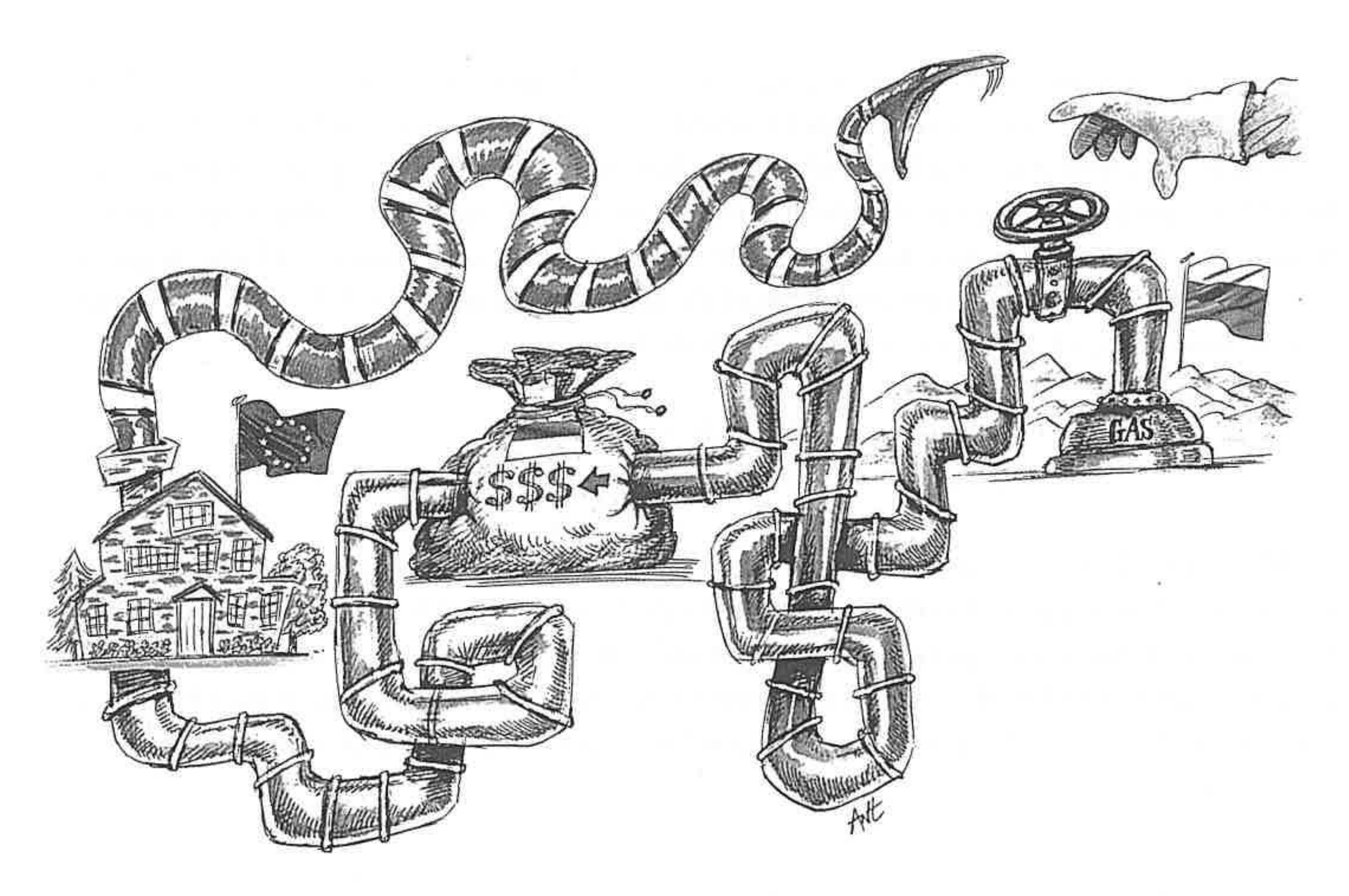
Es usual que dirigentes rusos y chinos, al referirse a su creciente nivel de relaciones, lo definan como una «asociación estratégica integral». Ninguno ha especificado lo que se quiere expresar con ese concepto, pero tampoco hace falta. Como acabamos de ver, las relaciones ruso-chinas abarcan un extenso abanico de sectores que, además, sigue ampliándose a campos nuevos y con proyectos a corto, medio y largo plazo: desde una cooperación militar –no le daremos el nombre de alianza– cada día más amplia y estrecha (maniobras y operaciones terrestres, aéreas y marítimos conjuntas; ya llegarán las del espacio), la medicina y el vasto y vital sector científico-técnico, hasta la defensa de posiciones comunes en política internacional. De esa guisa, la «asociación estratégica integral» implicaría que China y Rusia quieren avanzar en una alianza estratégica que no excluya ningún campo, y que esa alianza se proyecte en el tiempo y en el espacio, haciendo de la máxima «la unión hace la fuerza» el fundamento de sus relaciones.

En julio de 2021, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, Serguéi Lavrov, afirmó que las relaciones con China se encontraban en un punto «álgido» y «sin precedentes», algo que consideraba una «muestra perfecta de la cooperación entre dos países en el siglo XXI». «Como pasa con todas las historias de éxito, hay puntos de referencia que encauzarán el movimiento hacia delante durante los próximos años», siguió diciendo, según informara la agencia TASS. Lavrov resumía así las relaciones entre China y Rusia:

> Un modelo que se encuentra en la línea de los intereses nacionales de los dos países y las aspiraciones de sus pueblos, y que desempeña un papel importante a la hora de mantener la estabilidad en el orden mundial y garantiza la seguridad [...]. [Moscú y Beijing tienen] voluntad política, viabilidad económica y prioridades de política exterior coincidentes [para impulsar su asociación estratégica].

Por su parte, el presidente Putin, en diciembre de 2021, durante el Foro de Inversiones Rusia Llama, hizo referencia a las presiones recibidas de Occidente sobre las relaciones con China: «La gente ha estado tratando de asustarme e intimidarme con China a partir del año 2000. Desde entonces, aquellos que intentaron asustarme, se asustaron ellos mismos y trataron de cambiar sus políticas hacia China».

Viendo lo que se viene viendo (perdón nuevamente por jugar mal con las palabras), podría decirse que «la pesadilla de Brzezinski» ya no debería calificarse de pesadilla, pues es una evidente realidad. La Academia de la Lengua define *pesadilla* como «ensueño angustioso y tenaz» y como «preocupación grave y continua que siente alguien a causa de alguna adversidad». La alianza entre China y Rusia, Rusia



y China, ya no es un mal sueño, sino una realidad que, eso sí, es causa de grave y continua preocupación por parte de EEUU y sus aliados. También se ha erigido en un impedimento impediente a sus planes de prolongar *ad infinitum* su hegemonía mundial, pues China y Rusia pesan cada día más en este teatro que es el mundo. Así, por ejemplo, lo entendió y quiso hacer ver –hasta el momento con éxito relativo– el entonces ministro de Exteriores de Alemania, Heiko Maas, en octubre de 2021, quien, ante las presiones de varios socios europeos para darle más palos a Rusia, advirtió de los riesgos de aislar a Rusia y a China, pues una política así, dijo, «creará la mayor alianza militar» del mundo. Al final de esta historia –aunque la historia no tiene final, como no lo tienen los números– el estallido de Ucrania hará de la asociación estratégica entre Rusia y China una realidad para el mundo y una necesidad mayor para estos dos países.

El ministro alemán, defendiendo la necesidad del gasoducto *Nord Stream II,* criticó a los adversarios de la construcción del gasoducto, afirmando que «es posible tener esta opinión, pero hay que entender claramente las consecuencias que esto va a tener, y comprender cómo va a afectar en las capacidades de Europa de influir sobre Rusia». Era una forma de decir que, en la UE, debían escoger entre una política de más Europa o una de menos Europa en las relaciones con Rusia. A la hora de los hornos, la UE ha optado por el alineamiento sin fisuras con EEUU y el enfrentamiento casi total con Rusia. El tiempo se encargará de demostrar que la UE, al haber

optado por una política de confrontación, será la gran perdedora de esta crisis, provocada por su cobardía e irresponsabilidad. En todo caso, dada la falta de credibilidad de la UE por la combinación de su fragmentación interna y su dependencia de EEUU, no parece capaz de hacer sumas, aunque sí una incontable cantidad de restas. Frente a eso, la asociación estratégica integral entre Rusia y China seguirá consolidándose, en detrimento del papel de la UE en el mundo. Esta realidad hasta puede traducirse en una ecuación matemática:

$$R + Ch = -E$$

Rusia más China igual a menos Europa.

No se puede comparar, obviamente, con la ecuación de Einstein, pero es cierta y, además, hasta queda bonita, a resguardo de lo que digan los envidiosos, que hacen ciertas ecuaciones políticas que, además de equivocadas, erradas y fuera del tiesto, están colgadas de una brocha muy gruesa, casi una escoba, y no de bruja, precisamente, sino saturadas de pólvora y huérfanas totalmente de neuronas.

9. ¿UN MUNDO MULTIPOLAR CON ÁREAS CONCERTADAS DE INFLUENCIA + COOPERACIÓN?

Eurasia, en su inmensidad, es un continente de áreas geográficas definidas (todos los continentes las tienen, en mayor o menor medida), que, en algunos casos, no sólo separan a unas regiones de otras, sino que también son fronteras naturales de expansión o límites de religiones y culturas, sin que eso signifique que sean compartimentos estanco. La cordillera del Himalaya, por ejemplo, separa la península índica de la meseta tibetana, siendo además el límite geográfico entre hinduismo y budismo. Dicho eso, debe quedar claro que las fronteras establecen límites políticos, económicos y comerciales, pero, en términos humanos, suelen ser áreas de confluencia y cooperación, mestizaje, mezclas y mixturas, salvo cuando los Estados construyen muros ciclópeos para separar a muerte a dos pueblos. También hay accidentes geográficos que ponen límites naturales a la expansión de pueblos y creencias, como los desiertos de China y la meseta tibetana incidieron en detener la expansión del islam o del hinduismo. Las vastas estepas de Siberia, por su parte, permitieron la expansión de Rusia y, con ella, del cristianismo ortodoxo, mayoritario en esta región-continente.

La religión en los Estados archipelágicos ha sido más accidentada. Indonesia es el mayor Estado islámico del mundo –con algunas minorías religiosas– como resultado de una mezcla de comercio, impuestos y misioneros musulmanes, que extendieron el islam isla por isla. La vecina Filipinas, como resultado de 400 años de colonización española, es masivamente cristiana católica. En Japón, la población se divide, casi en partes iguales, entre sintoístas –considerada la religión autóctona japonesa– y budistas, una religión que llegó de China. De Asia Central al Mediterráneo, las poblaciones son mayoritariamente musulmanas, aunque las di-

ferencias entre ellas son notables, derivadas de sus distintos orígenes históricos. El islam de las repúblicas exsoviéticas o de China poco tiene que ver con el islam saudí, sin entrar en las diferencias –y conflictos– entre musulmanes suníes y chiíes. Con esos datos se podría hacer un ejercicio sobre una posible parcelación de Eurasia en regiones que, partiendo de su configuración geográfica, tendrían a una u otra potencia como referencia de poder, identidad cultural y religiosa, economía, comercio y, por supuesto, las sacrosantas razones de seguridad.

(¿Qué tiene que ver la identidad cultural y religiosa en temas de geopolítica? Entre otras cosas, es elemento esencial de la cohesión nacional de un país –y tótem del siempre peligroso nacionalismo–, sobre todo cuando tiene identidades distintas y no siempre bien avenidas. Para que se entienda, daremos tres ejemplos muy próximos en el tiempo. En octubre de 2018, el primer ministro indio, Narendra Modi, inauguró una estatua de 182 metros de altura dedicada al héroe de la independencia Sardar Vallabhbhai Patel. Este hecho coincidió con el 142 aniversario del nacimiento de Patel, primer viceprimer ministro de la India independiente. En India la tienen como la «estatua más alta del mundo», que supera en altura al Buda del Templo de Primavera en China y duplica a la Estatua de la Libertad, en Nueva York –ya conocen ese tic de los machos de ver quién la tiene más larga, en ese caso más alta–. Está previsto que, en poco tiempo, se desvele en Mumbai una estatua aún más alta del rey Shivaji, del siglo XVII. Ambas figuras encarnan el nacionalismo indio, que está siendo promovido como hermano gemelo de la conversión de India en potencia regional con proyección mundial –recuerden la frase del conde de Azeglio: «Ya hemos hecho Italia, ahora debemos hacer a los italianos»–. A partir de 1997, la figura del sabio Confucio ha venido siendo rehabilitada en China como parte de su proceso de reconstrucción nacional, que quiere juntar, en una relación de continuidad, las enseñanzas milenarias de Confucio con el marxismo-leninismo. De igual forma, en Rusia, Vladímir Putin se ha hecho asiduo de la Iglesia ortodoxa rusa –«la tercera Roma»–, dentro de la recuperación del espíritu ancestral de la Madre Rusia que apuntale el renacimiento del país como potencia mundial y «Tercera Roma».)

Con esos criterios, que parten fundamentalmente de las configuraciones geográficas, es posible hacer una proyección o ensayo de los espacios de influencia/cooperación de los grandes Estados en Eurasia, dentro de los cuales podrían sentir satisfechas sus aspiraciones de ascendencia regional y ver garantizadas sus líneas de seguridad por parte de las otras potencias regionales. Para decirlo más claro, todas las potencias, a lo largo de la historia, han querido poseer cinturones o perímetros de seguridad para tener la certeza de que su país, Estado o imperio se encuentra protegido y seguro de invasiones, ataques o razias destructivas (la muralla china es ejemplo gráfico y material de este deseo. Lo son tam-

bién las miles de ciudades amuralladas). Rusia, India y China, para hacer posible el éxito del formato RIC o de la OCS, deben darse seguridades mutuas de que sus respectivas áreas de influencia/cooperación serán respetadas por los otros, dentro del convencimiento de que esas seguridades mutuas son esenciales para el bien de sus relaciones. Sólo dándose garantías mutuas de seguridad y respeto serían viables el entendimiento, la confianza y la cooperación entre ellas. Con estos marcos de confianza, podrían convertirse en el motor de los cambios que necesita el mundo, que van desde la reforma de las Naciones Unidas hasta la desactivación de los escenarios de conflicto creados por las potencias occidentales, así como las amenazas potenciales de guerras, en el caso, por poner un ejemplo, de las siempre tensas relaciones entre India y Paquistán.

Esas áreas de influencia/cooperación podrían definirse atendiendo a la ya referida y repetida configuración geográfica, que en estos casos es una ayuda inestimable, pues, al ser configuraciones naturales, facilitan en gran medida delimitar las correspondientes áreas de influencia/confluencia. Áreas que nunca serían, repetimos, compartimentos estanco, sino que podrían confluir en comercio, cooperación política y económica, dentro del marco jurídico internacional. Áreas que incluirían a países que, o bien quedarían fuera –como Japón–, o bien estarían entre dos áreas –como Indonesia o los países bálticos–. Dada la sutileza con que se suelen abordar estas cuestiones, cabe pensar que, o los grandes Estados llegan a acuerdos –escritos o no escritos– de este tenor, o las posibilidades de conflictos podrían agravarse a causa de la desconfianza de unos hacia las intenciones de otros, dando al traste con los proyectos en marcha, entre ellos el de la OCS o el RIC. No es tema baladí sino medular, del que dependerán en buena parte los derroteros que sigan Eurasia y la sociedad internacional. Por lo pronto, hacemos este ensayo de las áreas geográficas que Rusia, India y China consideran vitales para la salvaguarda de sus intereses nacionales, sobre todo en el marco de los conflictos en marcha con EEUU y la OTAN, que huelen a pólvora por casi todos lados.

Otro punto a aclarar es que esas áreas de influencia/confluencia poco o nada tienen que ver con las liquidadas divisiones colonialistas. Se refieren, esencialmente, a una suma de hechos puntuales, como que una potencia no abra bases militares en áreas de las otras, que sentirían amenazada su seguridad, o que ninguna intente menoscabar o erosionar las buenas relaciones de una potencia con los países de su vecindario, o, peor, que intente desplazarla como potencia principal en su área geográfica. Si eso se lograra, sería indudable que, de la mano de los RIC y de la OCS, entraríamos en una nueva era de relaciones internacionales, donde las guerras, las políticas de amenaza de uso de la fuerza, las sanciones y similares –que han sido la tónica del violento Occidente– se vean superadas o, cuando menos, controladas y reducidas a mínimos.

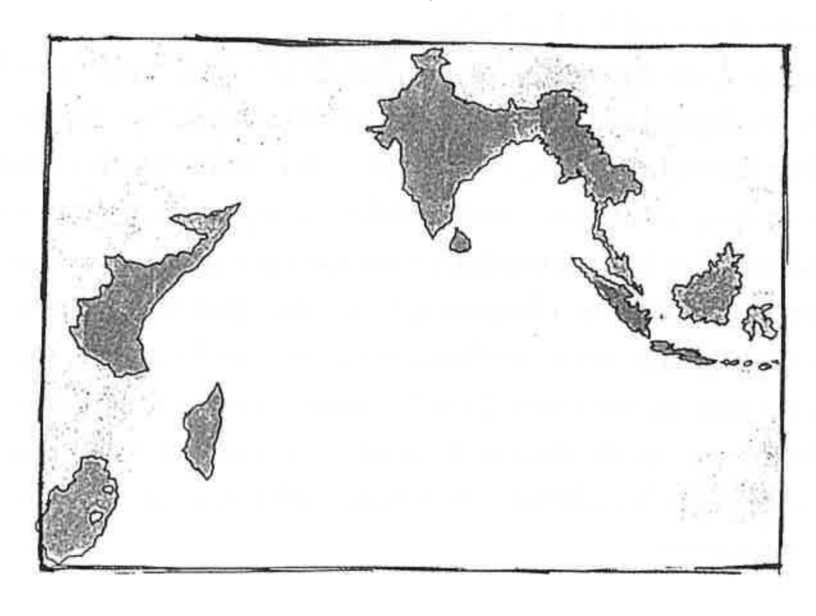
Aquí lo que podría ser la divisoria de áreas de influencia/cooperación en Eurasia:

El Sudeste Asiático, posible área de influencia/confluencia de China



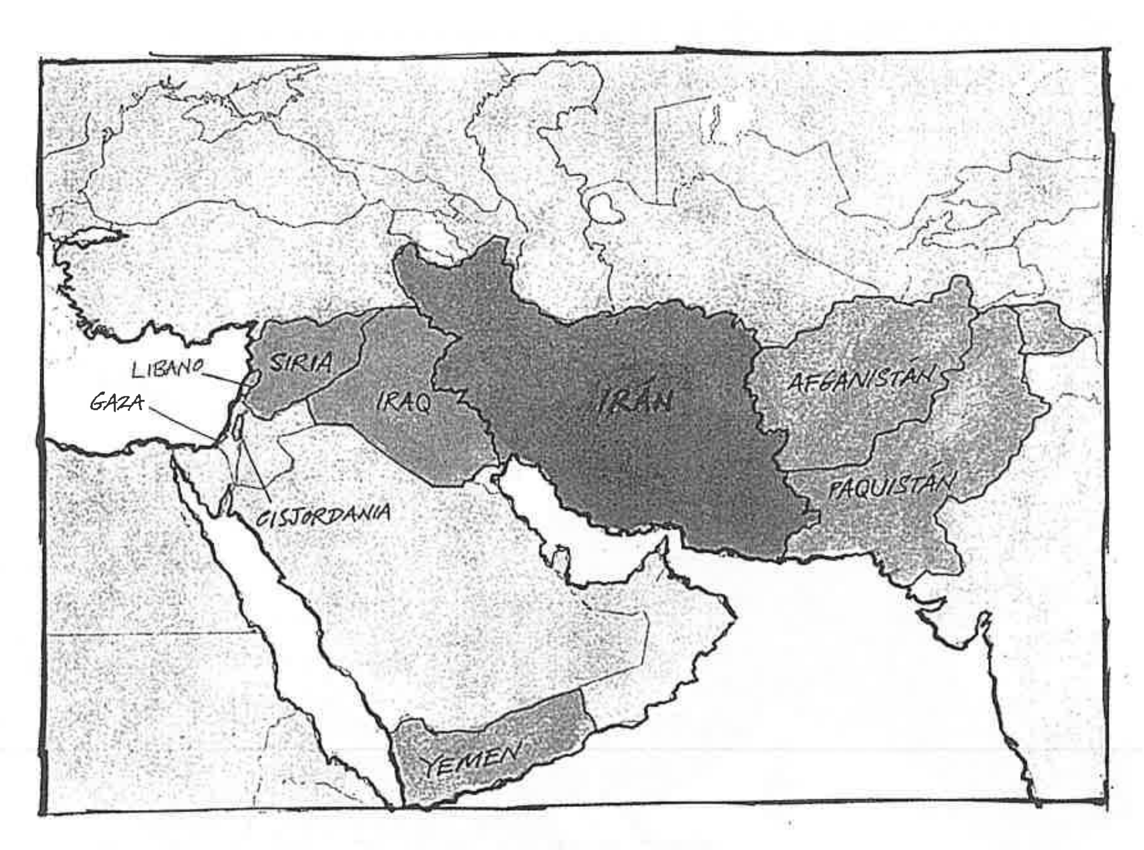
El área de ascendencia de China sería el Sudeste Asiático, del que se excluiría Japón, que seguiría en la órbita de EEUU. La península coreana seguiría siendo un espacio dividido y disputado, aunque sería el más propicio para un cambio de relaciones.

La región índica, con India como posible epicentro de influencia/cooperación



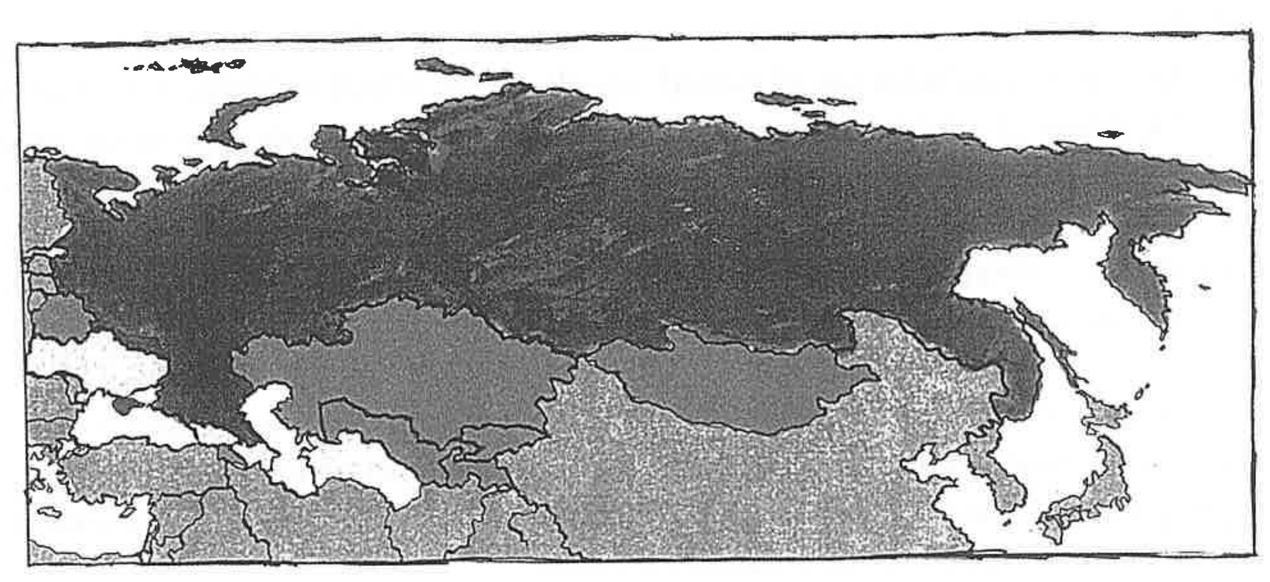
Indonesia, como país bioceánico índico-pacífico, sería un espacio mixto, donde podrían confluir China, India, Rusia y EEUU.

Área de influencia/confluencia de Irán, de Asia Central al Mediterráneo e Índico



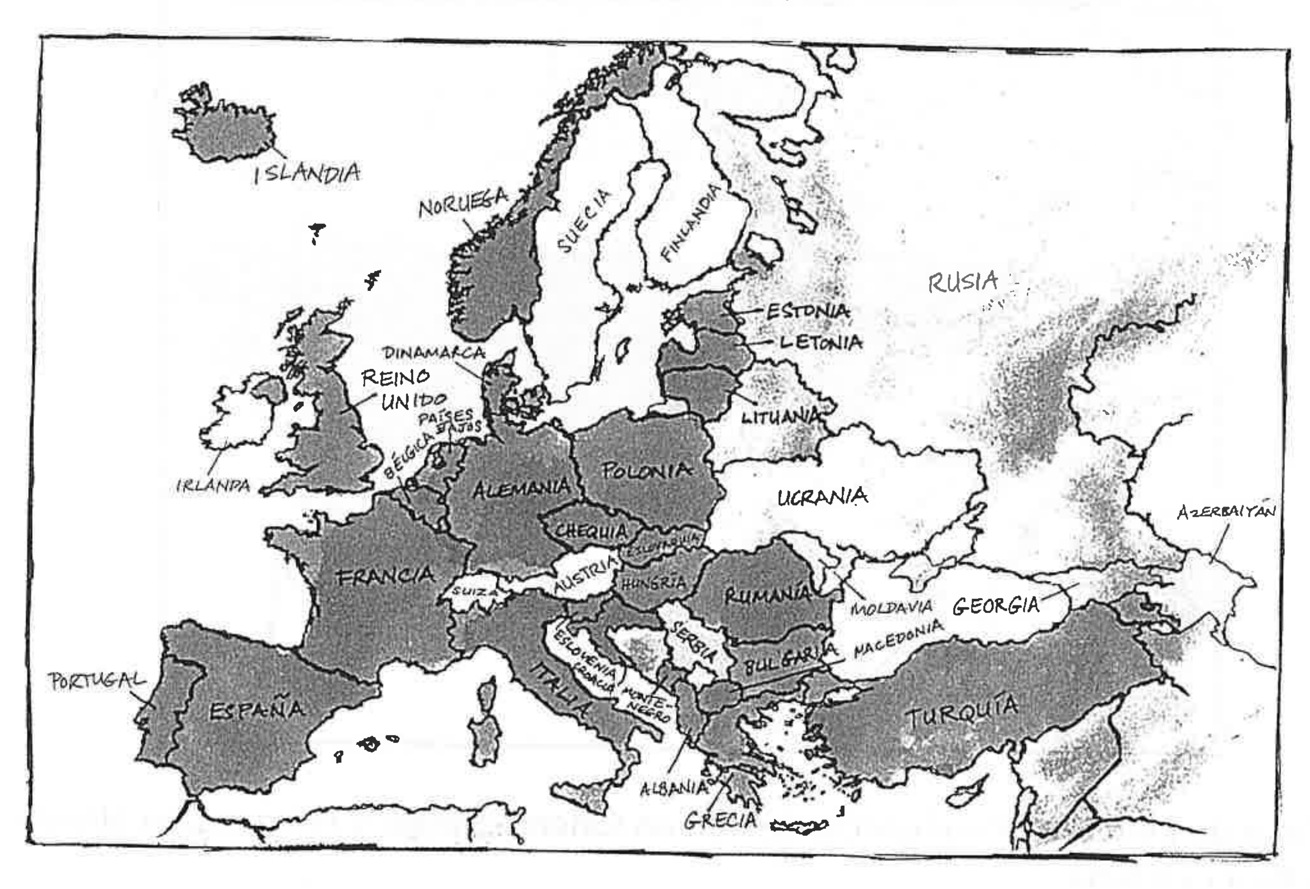
Área de influencia/confluencia de Irán en Oriente Medio y Próximo, en alianza con Rusia y China.

Área de influencia/confluencia de Rusia, básicamente sobre el área exsoviética y ártica



Se excluirían, al menos parcialmente, los países atlantistas y sus socios. Serbia, Mongolia, Siria y Vietnam formarían parte de esa área. El océano Glacial Ártico sería la otra gran región.

Área de influencia/confluencia de la Unión Europea con o sin EEUU



Se correspondería con la extensión de la OTAN. Ucrania, Bielorrusia y el Cáucaso serían «zonas vedadas» a la expansión de la organización atlantista.

La hipótesis de esta «parcelación» de Eurasia encuentra fundamento en unas líneas de relaciones señaladas por el presidente de Rusia, Vladímir Putin. En noviembre de 2021, pidió al ministro Lavrov que trabajara para conseguir «garantías serias y de larga duración a fin de consolidar nuestra seguridad en esta dimensión». Otra línea, paralela o gemela de la anterior, sería la de asumir «el respeto por los intereses de los demás», mencionada por Putin en su videoentrevista con Xi Jinping el 15 de diciembre de 2021. Textualmente expresó:

> Un nuevo modelo de cooperación se ha creado entre nuestros países, basado, entre otras cosas, en fundamentos como la no intervención en los asuntos internos y el respeto a los intereses mutuos, la determinación de convertir la frontera conjunta en un cinturón de paz eterna y buena vecindad.

La suma de garantías de seguridad más respeto a los intereses de los demás implica, tácitamente, establecer áreas de influencia/cooperación que hagan sentir, a cada potencia o Estado, por una parte, que su territorio y sus fronteras están seguros y libres de amenazas, de ataques y de provocaciones; por otra, que sus intereses en las regiones que han sido históricamente de relación especial y prioritaria, serán respetados por las otras potencias o Estados. Sobre esa suma de seguridad + intereses sería posible construir un nuevo sistema de reglas y paz, sin que ello implique crear vínculos de opresión, sino todo lo contrario, vínculos de confluencia y cooperación, como señas del nuevo orden mundial y de un reorganizado Sistema de Naciones Unidas.

Podríamos pensar que la viabilidad de los RIC y de la OCS como foros de confluencia, negociación, diálogo y cooperación dependería de la capacidad de sus protagonistas de alcanzar un acuerdo, expreso o tácito, de respetar cada uno de ellos las áreas de influencia/cooperación de los otros, brindándose así seguridad y confianza mutuas. Una suerte de la «entente cordiale» –aunque sólo en la forma– que acordaron Gran Bretaña y Francia en cuanto a sus intereses imperiales en África. Este acuerdo tácito no tendría nada que ver con la «entente cordiale» imperialista del siglo xx, sino que sería más parecido a la idea de «seguridad compartida» preconizada hoy por Rusia ante la OTAN.

Si la multipolaridad significa algo, es esto: un mundo de múltiples polos donde los arraigados instintos de amenazas y guerras sean sustituidos por los de negociación, diálogo y cooperación, en la línea que vienen marcando Rusia y China, a la que se está sumando India, con EEUU intentando arrastrar a todos a sus juegos de guerra.

Por lo demás, no hay que olvidar que los espacios de Eurasia están surcados –y lo estarán todavía más– por rutas comerciales que redibujarán el «corazón del mundo», desde la Nueva Ruta Marítima del Norte hasta la Nueva Ruta de la Seda, pasando por el Corredor del Norte, que aspira a comunicar India con Oriente Medio, Rusia y Asia Central. Una densa red de rutas ferroviarias, marítimas y de autovías para comunicar Eurasia de punta a punta y de la que puede quedar excluida la Europa atlantista, merced a su política borrega con EEUU. Que, no lo olviden, la UE y la OTAN son como el Doctor Jekyll y Mr. Hyde: uno te saluda amable y cordial por el día; el otro espera la noche para ponerte una bomba de sombrero y meterte los tanques en la sala, que así gustan los atlantistas de saludar al vecindario.

10. DE LENGUAJES ANGELICALES Y LENGUAJES PROBETA

Cada época o momento político suele tener su propio vocabulario y expresiones, elaborados para referirse a los intereses de quienes los crean. A diferencia del lenguaje cotidiano, que es vivo y se adapta de manera natural a los cambios de las sociedades –tecnológicos, sociales, culturales o de nuevos hábitos–, el lenguaje, expresiones y simbologías políticas, geopolíticas y geoestratégicas provienen de laboratorios del lenguaje para un momento y una situación determinados. Al cambiar la coyuntura específica que requirió su elaboración, dan paso a otros nuevos, aunque no desaparecen del todo, pues pasan a formar parte de lo que podríamos llamar «un fondo común» del lenguaje de probeta político. Por ejemplo, en el presente, si hablamos de Guerra Fría, bipolaridad o política de contención, sabemos que estamos refiriéndonos a un periodo histórico reciente pero pasado, que fue muy importante pero que ya no es.

Igual ocurre con la expresión «armas de destrucción masiva», mentira inventada específicamente para justificar la agresión e invasión de Iraq en 2003 y que ha quedado como prueba de lenguaje probeta, surgido de las entrañas de los centros de poder de la OTAN. Caso similar es el de «daños colaterales», también *made in OTAN*, usado para referirse a las víctimas civiles de los brutales bombardeos sufridos por Yugoslavia en 1999. Las Convenciones de Ginebra –para aclarar– prohíben expresamente el bombardeo de objetivos civiles y el daño a la población civil, con los que se ensañó la OTAN, a partir de 1999, en las sucesivas guerras lanzadas contra Afganistán, Iraq y Libia.

Estas expresiones eufemísticas suelen tener fines distintos. Unas se emplean para tapar lo que son crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad, que, ya se sabe, cuando los perpetra eso que llamamos Occidente, son acciones de buena fe y limpias como patena. Tan buenas y limpias que nunca terminan ante la Corte Penal

Internacional (CPI), de la que los miembros de la OTAN no forman parte, o bien forman parte bajo tales condiciones restrictivas que es como si no formaran parte: estar sin estar, por márketing político. Un ejemplo de ello es Francia. En su aceptación de la CPI, entre otras variadas exclusiones, «el Gobierno de la República Francesa considera que lo dispuesto en el artículo 8.2.b) ii) y v) no se refiere a los posibles daños colaterales resultantes de ataques dirigidos contra objetivos militares»; es decir, quedan fuera de la CPI las acciones militares francesas que maten a población civil, por ser «daños colaterales». Esta cláusula, por tanto, excluye la jurisdicción de la CPI, pues las acciones de guerra no se juzgan; pero permite a Francia presumir de ser parte de la CPI. Metodología legal para tapar acciones bélicas ilegales. El lenguaje da para mucho y, en casos de guerras de agresión, para asegurar la impunidad de los agresores.

Antes de entrar en materia, queremos señalar otra cuestión, que no es baladí: las palabras, expresiones, frases y similares en este campo en el que estamos no son inocentes. Significan algo, y su uso implica –de forma directa o indirecta– que aceptamos o rechazamos lo que representan. Por ejemplo, los políticos implicados o favorables a la guerra de agresión contra Yugoslavia no tenían el menor empacho en hablar de «daños colaterales» cuando eran preguntados por las víctimas civiles. Cuando Iraq, nos saturaron de noticias e informes falsos sobre las «armas de destrucción masiva» que supuestamente poseía dicho país, sin hacer caso de los otros informes (que eran excluidos o descartados) que demostraban que todo aquello era una inmensa farsa. En otras palabras, emplear ciertos términos, expresiones o frases probeta implica darles validez; de esa manera, contribuimos a incorporarlas a lo cotidiano, para bien o para mal.

Pues bien, en estos igneos inicios de 2022 ya tenemos un lenguaje probeta que, poco a poco, se ha ido haciendo familiar, para identificar o referir los intereses en presencia. Debe quedar claro que cada potencia o grupo de potencias crea su propio lenguaje, que no tiene que ser necesariamente «nuevo». Puede tomarse de expresiones populares o comunes, pero explícitas, o bien puede ser de novedad absoluta. En general, hay una mixtura, cuya novedad la dan los nuevos contextos. Si hoy hablamos de multipolaridad, estamos refiriéndonos a un término nuevo o, más exactamente, a un término nuevo en política, porque ya existe. El diccionario de la Academia de la Lengua recoge dos significados, uno de Física («Que tiene más de dos polos») y otro de Biología («Dicho de una neurona: que tiene numerosas dendritas»). La *Enciclopedia Mundial de Relaciones Internacionales y Naciones Unidas* de E. J. Osmañczyk, de 1976, no hace referencia alguna a *multipolaridad*. Tampoco la hay en el *Diccionario del siglo XXI*, de Jacques Attali, publicado en 1999. Attali no acierta a dar con las claves venideras, aunque presente su obra como «una enciclopedia del futuro». Estos antecedentes permiten afirmar que *multipolaridad,* en su sentido político, es un término del siglo XXI, cuyo foco se encuentra en Rusia. Con-

cretamente aparece en junio de 2012, en un artículo que Vladímir Putin publica en el diario chino *Renmin Ribao (Diario del Pueblo),* previo a su visita oficial a este país. En él afirma:

> Lo más importante es que cualquier político sensato, un experto en el campo de la economía y de las relaciones internacionales, hoy día es consciente de que es imposible formar y poner en práctica una agenda global a espaldas de Rusia y de China, sin tener en cuenta sus intereses. Esa es una realidad geopolítica del siglo XXI, o de rivalidad de poderes, nos hablan del ahora, del hoy, de lo que está en marcha y que ignoramos cómo puede terminar o cómo va a empezar. [...]
>
> [En] todos los temas principales del panorama político y económico de hoy, ambos Estados se han convertido en promotores activos del equilibrio en un mundo multipolar.

En marzo de 2013, en un documento titulado «Rusia en el BRICS», Moscú muestra su disposición de reforzar el papel del formato BRICS, con el «objetivo máximo» de promover una «transición» de la hegemonía de EEUU a un «orden mundial multipolar». A partir de entonces, y cada vez con más fuerza y protagonismo de China y de India, Rusia hará de la instauración de un mundo multipolar uno de los ejes de su política exterior. La utilización del término en su sentido político se va extendiendo, siendo hoy de uso común su nueva concepción. Vemos así cómo un término, un único término, permite sintetizar el propósito de cambiar el mundo en casi todos los órdenes. No es ni será una tarea fácil, como lo reconociera el ministro de Exteriores ruso Serguéi Lavrov en abril de 2016, al comentar un nuevo documento sobre la política exterior de Rusia:

> Esta visión [multipolar] es compartida por muchos Estados, aunque, como en todas las etapas anteriores de la historia, no hay automatismo en los asuntos internacionales [...]. No hay garantías de que prevalezca el vector positivo [...]. Incluso si la idea de construir un nuevo mundo multipolar recibiera apoyo universal, su implementación sería extremadamente difícil y sería una tarea de complejidad sin precedentes [...]. Cuando la filosofía de forjar una cooperación equitativa en aras de garantizar una gobernanza global eficaz encuentra la resistencia de nuestros socios occidentales, es probable que los obstáculos se multipliquen.

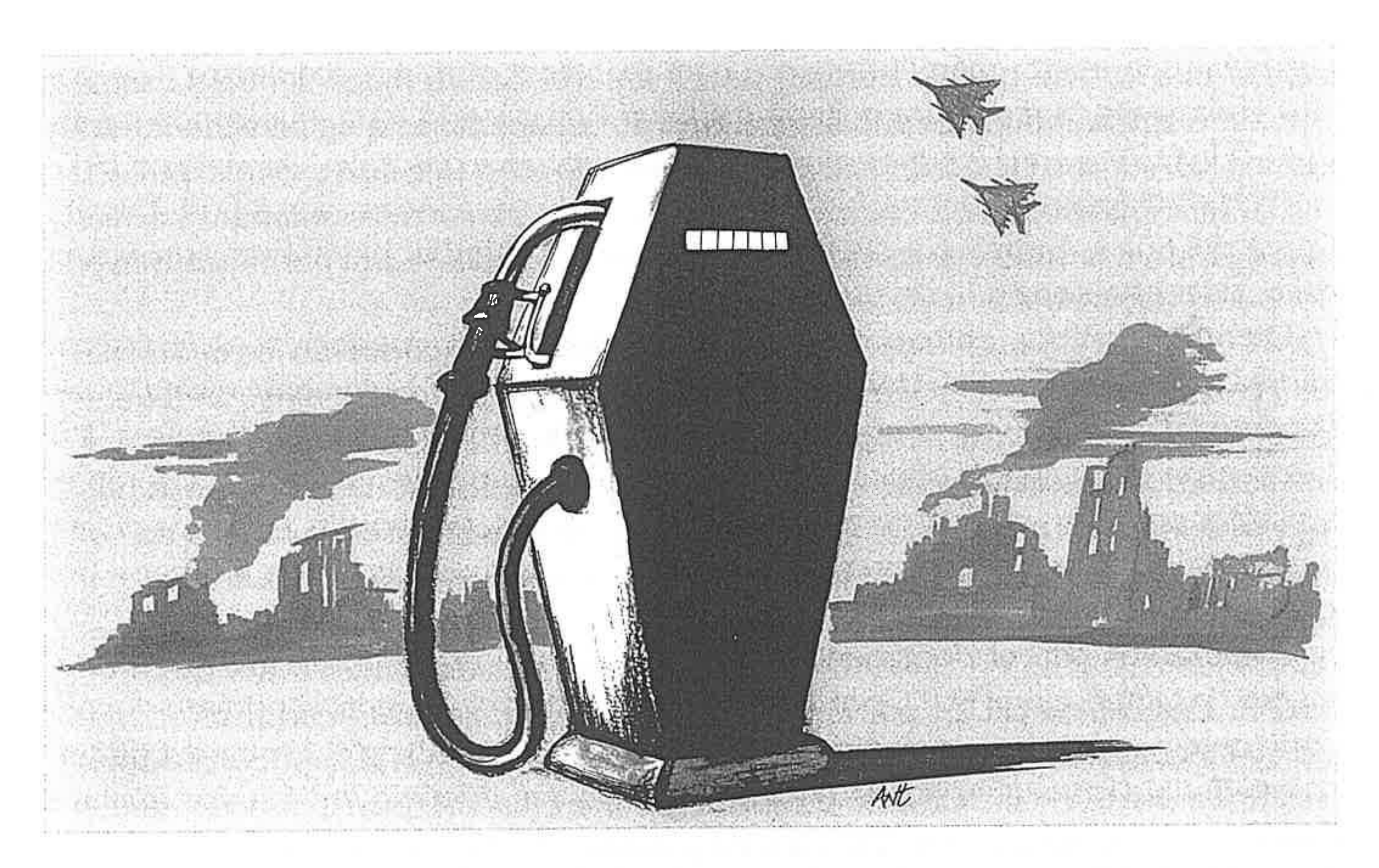
Explicamos el origen y proceso de consolidación de un término –multipolaridad– para dar cuenta de cómo puede surgir un nuevo concepto a partir de la decisión de un Estado de promover una directriz concreta. Después de diez años, *multipolaridad* se ha hecho un término de uso general en los medios políticos, de forma que, en el

presente, si los medios de comunicación, expertos o analistas hablan de multipolaridad, sabemos que no lo hacen en sentido físico o químico, sino en el político dado por Rusia.

De los términos y expresiones que viene poniendo en boga EEUU nos ocuparemos ahora, pues este país es el mayor laboratorio en su género y el lugar de donde salen con más asiduidad conceptos probeta. Su origen o razón obedece a algo visible y está profundamente relacionado con lo explicado anteriormente: los cambios vertiginosos experimentados por el mundo en las últimas dos décadas en lo económico, comercial, militar y científico-técnico han resquebrajado la estructura de dominio estadounidense. El sueño de unipolaridad ha saltado por los aires bajo la presión de las fuerzas que pujan por la multipolaridad, como si fuera un movimiento de placas tectónicas. Para hacer frente a ese resquebrajamiento, EEUU se ha aplicado a fondo a elaborar una nueva estrategia, con términos, expresiones y contenidos actualizados, de forma que, al utilizarlos, pueda presentar de manera «candorosa» su objetivo principal, que es prolongar cuanto sea posible la hegemonía que ha venido ejerciendo en ciertas zonas geográficas y en determinados ámbitos económico-financieros, sin competencia alguna, desde la Segunda Guerra Mundial.

Para entender cabalmente el fenómeno del lenguaje probeta debemos asumir esta idea, aunque parezca reiterativo insistir en ella: vivimos un periodo de transición, en el que la sociedad internacional está pasando de un mundo bipolar a uno multipolar, después de haberse agotado el breve periodo de hegemonía unipolar del que gozó EEUU entre 1992 y 2008. Durante ese periodo, EEUU quiso diseñar el mundo con una serie de guerras que, afortunadamente para el futuro de la humanidad, terminaron en fracaso. Como ya se explicara, ningún episodio bélico ilustra mejor el fracaso del sueño de un mundo unipolar, con capital en Washington, que la derrota en Afganistán en 2021.

A partir de 2008 se inicia –en un sentido figurado: los procesos históricos son un *continuum,* no se gestan de la noche a la mañana; no somos hoy guayabas y mañana mandarinas– un proceso de transición que, como ha ocurrido tantas veces, pasa desapercibido. O pocos atinan a ver que un hecho concreto es un signo robusto de que algo serio está cambiando. Tomamos como referencia 2008 por una razón: ese año, Rusia invadió Georgia, luego del intento del Gobierno georgiano de recuperar por la fuerza las regiones separatistas de Osetia del Sur y Abjasia. La reacción rusa agarró por sorpresa a tirios y troyanos, que habían creído que la ruina de Rusia sería eterna, y no, no lo sería. En 2008, Rusia sacó las zarpas del oso y puso orden, «su» orden, en el Cáucaso (recuerden la dura rivalidad entre los comerciantes de la ciudad fenicia de Tiro –tirios– y los de Troya, pues los primeros eran hegemónicos en el Mediterráneo y los troyanos lo eran en los Dardanelos y el mar Negro; ejemplo de lo novedosa que es la especie humana). Como afirmamos al comentar esa breve



guerra –no había color–, el tema de fondo era más profundo, casi abisal: «No es el petróleo lo que se juega hoy en el Cáucaso y en Oriente Medio, es el orden mundial del siglo XXI». En Occidente no tomaron nota y creyeron que aquello era como un desahogo, una pataleta sin mayores consecuencias. ¡Ay!, los problemas que crean la prepotencia y el menosprecio del otro.

En el presente, está ya en marcha la maquinaria para que absorbamos, mansamente, el nuevo lenguaje, reflejo de la batalla sistémica entre, por una parte, China y Rusia y sus aliados (Irán, Siria, repúblicas exsoviéticas, por citar algunos países), y, por otra, EEUU y la OTAN y sus aliados (Japón, Australia, Corea del Sur, fundamentalmente). Hay países, como India, Indonesia o Paquistán, que están, por ahora, en su propio espacio, evitando comprometerse con ninguna de las dos formaciones. Su geografía los lleva a no pronunciarse, porque desean un lugar destacado en la nueva sociedad internacional y, además, porque tienen opciones preferentes –India con Rusia y Paquistán con China; Indonesia es, hoy por hoy, una incógnita.

El motivo o causa central de esta batalla sistémica –como de otras anteriores– es la configuración del poder en el mundo. EEUU pretende que se le acepte como potencia hegemónica, manteniendo un despliegue militar poderoso en las fronteras mismas de China, Rusia y Oriente Medio. Rusia, China e Irán rechazan este esquema y quieren a EEUU lejos de sus geografías, como, por lo demás, es lógico y natural (¿quién quiere de vecino a una persona violenta, armada hasta los dientes y dispuesta a atacarnos?). Como se ha explicado en este libro, EEUU está afanado intentando

organizar una tenaza-martillo bifronte para mantener constreñidos dentro de espacios cada vez más reducidos a Rusia y China. Para hacerlo, está empleando contra Rusia a la OTAN, con Ucrania como ariete (siguiendo los pasos de Alemania en 1918 y 1941). Para lograrlo contra China, está reforzando sus alianzas con Japón, Taiwán, Corea del Sur y Australia, a las que quiere agregar a India, hasta ahora sin mayor éxito, pues esta sigue a lo suyo.

Dicho lo anterior, entremos en materia. Lo siguiente que leerán es el arsenal idiomático con el que EEUU viene presentando su política hegemónica, sin llamarla como tal, en un discurso que por ahora está constreñido a la lengua inglesa. Las fuentes son documentos oficiales estadounidenses, que sirven de guía a sus representantes políticos y militares, así como a los expertos, periodistas y medios de comunicación afines en el idioma de Shakespeare, aunque ya empieza a filtrarse por el tamiz de nuestro lenguaje.

Empezamos con el documento *National Defense Strategy 2018,* del Departamento de Defensa de EEUU, por la simple razón de que ha sido el primero encontrado que recoge la terminología y expresiones que constituyen el centro del discurso estadounidense en su nueva línea político-militar. Puede que haya documentos anteriores, pero hasta ahora no localizados o desaparecidos, no sabemos si en combate o, simplemente, porque no existen. Al respecto, cabe mencionar que el documento *Providing for the Common Defense*, de enero de 2018, no contiene ninguno de los conceptos que sí aparecen en el *National Defense Strategy*, de diciembre de ese año. En el documento de enero se habla de «Western Pacific», «revanchist Russia» o «aggressive authoritarian powers» en relación a China y Rusia. En referencia a las políticas de estas dos potencias, el documento de enero expresa, en su versión original, que respetamos al pie de la letra, para evitar que algún mal pensado –o bien pagado– pueda insinuar manipulaciones:

> *Yet today, powerful authoritarian rivals –China and Russia– see U. S. leadership as a barrier to their ambitions. These countries seek to overturn existing regional balances of power and re-create spheres of influence in which they can dominate their neighbors' economic, diplomatic, and security choices.*
>
> [Sin embargo, hoy día, poderosos rivales autoritarios –China y Rusia– ven el liderazgo de Estados Unidos como una barrera para sus ambiciones. Estos países buscan anular los equilibrios de poder regionales existentes y recrear esferas de influencia en las que puedan dominar los ámbitos económicos, diplomáticos y de seguridad de sus vecinos.]

En suma, el lenguaje «clásico» empleado hasta ese momento. El *National Defense Strategy*, en cambio, viene cargado del nuevo lenguaje y expresiones, lo que

significa que, a lo largo de ese año, los ideólogos estadounidenses se aplicaron en redactar el lenguaje probeta hoy en uso y que se analiza a continuación.

Se ha decidido mantener la versión en inglés original para que nadie piense que nos estamos inventando estos temas, como ya hemos señalado y queremos reconfirmar. Dicho documento lo firma el secretario de Defensa, James Mattis, y en él se lee lo siguiente:

STRATEGIC ENVIRONMENT

The National Defense Strategy 2018 *acknowledges an increasingly complex global security environment, characterized by overt challenges to the free and open international order and the re-emergence of long-term, strategic competition between nations. These changes require a clear-eyed appraisal of the threats we face, acknowledgement of the changing character of warfare, and a transformation of how the Department conducts business.*

The central challenge to U. S. prosperity and security is the reemergence of long-term, strategic competition *by what the National Security Strategy classifies as revisionist powers. It is increasingly clear that China and Russia want to shape a world consistent with their authoritarian model—gaining veto authority over other nations' economic, diplomatic, and security decisions. (Página 2.)*

[ENTORNO ESTRATÉGICO [subrayamos aquello que queremos destacar]

La *Estrategia de Defensa Nacional 2018* reconoce un entorno de seguridad global cada vez más complejo, caracterizado por desafíos directos al orden internacional libre y abierto y el resurgimiento de una competencia estratégica a largo plazo entre naciones. Estos cambios requieren una evaluación clara de las amenazas a las que nos enfrentamos, el reconocimiento del carácter cambiante de la guerra y una transformación de la forma en que el Departamento lleva a cabo sus negocios.

El desafío central para la prosperidad y la seguridad de Estados Unidos es el resurgimiento de una competencia estratégica a largo plazo por parte de lo que la Estrategia de Seguridad Nacional clasifica como poderes revisionistas. Resulta cada vez más claro que China y Rusia quieren dar forma a un mundo consecuente con su modelo autoritario, ganando autoridad de veto sobre las decisiones económicas, diplomáticas y de seguridad de otras naciones.]

En otra parte se dice lo siguiente:

Another change to the strategic environment is a resilient, but weakening, post-WWII international order. *In the decades after fascism's defeat in World War II, the*

United States and its allies and partners constructed a free and open international order to better safeguard their liberty and people from aggression and coercion. Although this system has evolved since the end of the Cold War, our network of alliances and partnerships remain the backbone of global security. China and Russia are now undermining the international order from within the system by exploiting its benefits while simultaneously undercutting its principles and «rules of the road».

[Otro cambio en el entorno estratégico es *un orden internacional resiliente, pero debilitado, posterior a la Segunda Guerra Mundial*. En las décadas posteriores a la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y sus aliados y socios construyeron un orden internacional libre y abierto para salvaguardar mejor su libertad y a sus pueblos de la agresión y la coacción. Aunque este sistema ha evolucionado desde el final de la Guerra Fría, nuestra red de alianzas y asociaciones sigue siendo la columna vertebral de la seguridad global. China y Rusia ahora están socavando el orden internacional desde dentro del sistema al explotar sus beneficios y, al mismo tiempo, socavar sus principios y «normas de conducta».]

Ahora, expliquémoslo.

ORDEN INTERNACIONAL LIBRE Y ABIERTO. La Organización de Naciones Unidas está integrada por 193 Estados, que, juntos, forman lo que llamamos sociedad internacional. El orden internacional está regulado por una multiplicidad de tratados, convenciones, acuerdos y costumbres internacionales, que, sumados, conforman el Orden Jurídico Internacional o Derecho Internacional. Este Orden Jurídico Internacional es el único orden válido, obligatorio y aceptado por todos los Estados miembros de la sociedad internacional, con independencia de que lo cumplan o no (el Derecho, en general, tiene este cáncer: no vale igual para el poderoso que para el menesteroso). Cuando EEUU habla de «orden internacional libre y abierto» no están hablando de la sociedad internacional conformada en torno a Naciones Unidas. Se están refiriendo al orden internacional establecido después de la Segunda Guerra Mundial, en el que EEUU pudo imponer una supremacía naval mundial, sin más competencia que la de la URSS. En el marco de la Guerra Fría, EEUU construyó o estableció más de 700 bases militares en el mundo. Desaparecida la URSS, EEUU quedó como única potencia hegemónica naval, sobre la que sustenta su poder y supremacía en los océanos y mares del planeta.

La dependencia estadounidense del dominio oceánico responde a su geografía. EEUU es un Estado-isla, es decir, un Estado separado del mundo y, aunque tenga extensas fronteras con México y Canadá, ha subsumido –más bien devorado– a estos dos Estados, de manera que forman tres Estados distintos pero sólo EEUU es el verdadero. Entre EEUU y el resto del mundo (Latinoamérica carece, pese a su extensión, de valor

geopolítico, por ser un subcontinente-isla) están los dos mayores océanos del planeta, de manera que necesita de una inmensa y vasta red de bases militares –navales, terrestres y aéreas– para hacer sentir su poderío militar y naval. La geografía condiciona y conforma toda la doctrina político-militar de EEUU, ya que sin esa inmensa red de bases militares en el extranjero sería incapaz de mantener una presencia permanente y constante en las áreas geográficas prioritarias para su poder. Ningún buque, menos una flota, puede mantenerse indefinidamente en el agua. Necesita puertos próximos, bien organizados y acondicionados, para recalar, reaprovisionarse, hacer reparaciones, dar descanso a la marinería, etcétera. EEUU depende de su red. Si esa red llegara a desaparecer, su poder naval desaparecería como castillo de naipes y, perdido este, EEUU carecería de relevancia (véanse los casos de España y Gran Bretaña: perdidas sus colonias y, con ellas, su enorme red de puertos, su poder naval entró en declive, hasta casi desaparecer).

En su doble condición de potencia marítima y Estado-isla, EEUU dividió los océanos y mares del mundo en áreas militares, cada una bajo control de una flota de EEUU. Las más importantes son la V Flota (que opera del golfo Pérsico a Kenia, con base en Bahréin), la VI Flota (Mediterráneo y mar Negro, con base en Nápoles) y la VII Flota o Flota del Pacífico, la más grande y mejor dotada (encargada del Sudeste Asiático y el Índico, con base en Yokusuka, Japón). La II Flota se ocupa del Atlántico Norte y tiene su base en Norfolk, Virginia. Fue reactivada en 2018, para ocuparse de Rusia.

Explicado lo anterior, puede entenderse mejor lo que quiere decir «orden internacional libre y abierto». Esta frase hace referencia y resume una visión específica del mundo, que es la de un orden internacional basado en la hegemonía estadounidense. «Desafiar» ese orden es desafiar la hegemonía estadounidense para querer sustituirla por otra forma de orden mundial, en este caso uno multipolar. No es una visión arbitraria o de poder puro y simple. Responde a hechos objetivos, que están recogidos en el último documento oficial del Gobierno de EEUU, titulado *INDO-PACIFIC STRATEGY of the United States*, de 24 de septiembre de 2021. En ese documento se expresa lo siguiente:

> Estados Unidos es una potencia del Indo-Pacífico. La región, que se extiende desde nuestra costa del Pacífico hasta el Océano Índico, alberga a más de la mitad de la población mundial, casi dos tercios de la economía mundial y siete de los mayores ejércitos del mundo. Hay más miembros del ejército estadounidense en la región que en cualquier otra fuera de Estados Unidos. La región apoya más de tres millones de puestos de trabajo estadounidenses y es la fuente de casi 900.000 millones de dólares de inversión extranjera directa en Estados Unidos. En los próximos años, a medida que la región impulse hasta dos tercios del crecimiento económico mundial, su influencia no hará más que crecer, al igual que su importancia para Estados Unidos.

> Estados Unidos reconoce desde hace tiempo que el Indo-Pacífico es vital para nuestra seguridad y prosperidad. Nuestros lazos se forjaron hace dos siglos, cuando los estadounidenses llegaron a la región en busca de oportunidades comerciales, y crecieron con la llegada de inmigrantes asiáticos a Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial recordó a Estados Unidos que nuestro país sólo podía estar seguro si Asia también lo estaba. Por eso, en la posguerra, Estados Unidos estrechó sus lazos con la región mediante férreas alianzas con Australia, Japón, la República de Corea, Filipinas y Tailandia, sentando las bases de la seguridad que permitieron el florecimiento de las democracias regionales. Esos lazos se ampliaron a medida que Estados Unidos apoyaba a las principales organizaciones de la región, en particular la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN); desarrollaba estrechas relaciones comerciales y de inversión; y se comprometía a defender el derecho y las normas internacionales, desde los derechos humanos hasta la libertad de navegación.

Más claro no se puede decir. El discurso también señalaba la cantidad de medios militares empleados por EEUU para mantener la región Indopacífica «abierta y libre». Para alcanzar ese objetivo, en un discurso ante la ASEAN, Blinken expresó: «forjaremos conexiones más sólidas dentro y fuera de la región. Profundizaremos las alianzas establecidas en los tratados con Japón, la República de Corea, Australia, Filipinas y Tailandia».

Los países mencionados son los aliados de EEUU que están en la primera línea de combate frente a China (es importante conocer la lista de aliados de fuentes oficiales). En ese listado destaca una omisión: el secretario de Estado no hizo referencia a India. No la mencionó porque India no es un país aliado, hecho más que significativo, pues supone que los esfuerzos de EEUU por implicarla en su red de alianzas siguen sin producir los frutos esperados. Blinken sí hizo mención específica de este otro actor: «En la OTAN, estamos actualizando nuestro concepto estratégico a fin de que refleje la creciente importancia del Indopacífico y responda a las nuevas amenazas».

Tenemos ahí otra pista importante de por dónde pueden ir los tiros. Una organización militar que, por su tratado constitutivo, sólo puede operar en el Atlántico Norte, ahora quiere EEUU llevarla de la mano a combatir en el Pacífico Sur. La inclusión de la OTAN en el escenario asiático es singular. Entre otras cosas, sería un elemento que deja ver lo inquietos que deben de andar en EEUU para intentar movilizar a medio planeta contra China. Al veloz paso que lleva el reclutamiento de países, igual un día, sin que nos enteremos y sin venir a cuento, nos despertaremos uniformados en una base militar estadounidense en algún punto, libre y abierto, del Indopacífico «y más allá».

Competencia estratégica a largo plazo. Quiere significar que EEUU afronta, no la competencia de un poder menor y transitorio, sino la competencia de unas po-

tencias equivalentes en poder, cuyo desafío no se plantea para un plazo corto, sino en el espacio y el tiempo. La competencia estratégica es de tal magnitud que, en un momento dado, llevará a una colisión de poderes –con guerras o sin ellas, o con guerras limitadas a espacios geográficos determinantes–, de lo que resultará un nuevo orden en la sociedad internacional. Ante esa competencia, el objetivo estratégico de EEUU es alcanzar un nivel de potencia militar de tal dimensión que pueda resistir y vencer, de modo que emerja victorioso de esa competencia estratégica. Obviamente, las potencias emergentes también buscan el mismo objetivo y están empeñadas en lograr la victoria.

El citado documento de diciembre de 2018 expresa al respecto:

> *Long-term strategic competitions with China and Russia are the principal priorities for the Department, and require both increased and sustained investment, because of the magnitude of the threats they pose to U. S. security and prosperity today, and the potential for those threats to increase in the future.*
>
> [La competencia estratégica a largo plazo con China y Rusia es la principal prioridad del Departamento y requiere una inversión mayor y sostenida, debido a la dimensión de las amenazas para la seguridad y la prosperidad de Estados Unidos en el presente, y la potencialidad de que esas amenazas aumenten en el futuro.]

PODERES O AMENAZAS REVISIONISTAS. Según el diccionario de la Academia de la Lengua, revisionismo es la «tendencia a someter a revisión metódica doctrinas, interpretaciones o prácticas establecidas con el propósito de actualizarlas y a veces negarlas». En el lenguaje político-militar de EEUU, los poderes o amenazas revisionistas son –y proceden de– dos países: China y Rusia. Estas potencias pretenden revisar el orden mundial basado en la hegemonía estadounidense, sobre todo en los espacios geográficos próximos a sus fronteras. Rusia aspira a restablecer sus áreas de influencia y expandirlas en Oriente Medio y Próximo, Asia Central y el Ártico. China quiere modificar el orden establecido en el Sudeste Asiático y Pacífico inmediato, así como en Asia, a través de su proyecto de Nueva Ruta de la Seda. Desde una visión de suma-cero, lo que ganen estas dos potencias lo pierde EEUU y a la inversa. La política estadounidense está dirigida a impedir la «revisión» del orden establecido, sin excluir ningún medio. La política de Rusia y China está dirigida a cambiar ese orden.

REGIÓN INDO-PACÍFICO. Hasta 2017, EEUU centraba sus intereses esenciales en la región denominada Asia-Pacífico, que es el arco que va desde Corea del Sur hasta Singapur, tomando como pivote el espacio entre Japón y Taiwán, donde se encuentran las principales bases navales y aéreas estadounidenses. Tratados bilaterales con Corea del Sur, Japón y Filipinas establecen el marco legal de la presencia militar de

EEUU en la región Asia-Pacífico. No obstante, el creciente poder militar de China ha obligado a EEUU a revisar su doctrina, lo que llevó a crear un nuevo concepto y una nueva región, que denominaran región Indo-Pacífico, con hondo significado geopolítico y geoestratégico. El origen exacto del concepto está en la presentación hecha por el presidente Donald Trump en la cumbre de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), celebrada en Hanói en noviembre de 2017. En esa ocasión, Trump presentó, por vez primera, su «visión» de un «Indo-Pacífico Libre y Abierto» (FOIP). «Región Indo-Pacífico» o «Indo-Pacífico» a secas son, por tanto, un concepto político, no geográfico, y su uso no es descriptivo ni neutral. Específicamente, el concepto elaborado por Trump de un «Indo-Pacífico libre y abierto» tiene el objetivo específico y concreto de contener a China y, en consecuencia, es una expresión que resume la creciente rivalidad estratégica entre ambos países. En Beijing, el concepto «Indo-Pacífico» es entendido como la estrategia de contención dirigida por Estados Unidos contra China.

La incorporación del océano Índico como área prioritaria para EEUU obedece, esencialmente, a su propósito de convencer a India –con diferencia, el país más poderoso de la región– para que se incorpore a la alianza militar antichina que EEUU se encuentra afanado en conformar. Consciente de su inferioridad geográfica, pues la masa continental de China se sobrepone a la muralla de islas bajo mando de EEUU y al mismo Japón, la nueva doctrina militar estadounidense propugna, como cuestión cardinal, la incorporación de India, que rivaliza con China en población y extensión territorial. El concepto Indo-Pacífico incluye, también, otorgarle a Australia un papel relevante como retaguardia estratégica de EEUU, con la misión de controlar y –en su caso– cerrar los estrechos indonesios y el acceso de China al océano Índico. Hasta el momento, India, aunque participa protocolariamente en reuniones y algunas actividades, se ha negado a adquirir un compromiso mayor. Por ahora, los intereses de EEUU no coinciden, salvo puntos concretos, con los de India. EEUU está a 14.000 kilómetros y China al lado. Por lo demás, el comunicado conjunto firmado por Vladímir Putin y Xi Jinping mantiene, como es comprensible, la denominación tradicional Asia-Pacífico, tanto para descalificar el concepto de EEUU como para desvincular a India del mismo. El comunicado refuerza la apuesta de diálogo estratégico en el formato Rusia-China-India para reconfigurar buena parte de Eurasia.

Cabe señalar que tanto la ASEAN como India, cuando se refieren, para complacer a EEUU, a la región Indo-Pacífico, enfatizan temas como la prosperidad y el desarrollo económico, la conectividad y la cooperación multilateral, con el objeto de marcar distancias con el contenido geopolítico del concepto estadounidense. En la UE, Francia es el único país que ha asumido el concepto de Indo-Pacífico, aunque EEUU está presionando para que la OTAN también lo haga. Como ya se ha

explicado, la UE (que es la OTAN), ha asumido ya la estrategia de EEUU, aunque tendrá más duro definir a China como país enemigo, por los enormes costos de todo tipo –de políticos a militares, pasando por los comerciales–, que le supondrá. Asimismo, cabe señalar que no hay una delimitación geográfica específica y admitida por todos los países involucrados sobre qué entender por «Región Asia-Pacífico». Para EEUU, abarca la totalidad de los océanos Pacífico e Índico; para India, sólo incluye el Índico y parte de los mares de la China, y así, cada país velando por sus intereses.

ZONAS GRISES. El documento *Providing for the Common Defense,* de enero de 2018, se refiere a este concepto en los siguientes términos:

> *The challenges of major power conflict and aggressive regional challengers are linked by a third, which is the growing prevalence of aggression and conflict in the gray zone – the space between war and peace. The means of gray-zone conflict include everything from strong-arm diplomacy and economic coercion, to media manipulation and cyberattacks, to use of paramilitaries and proxy forces. Singly or in combination, such tactics confound or gradually weaken an adversary's positions or resolve without provoking a military response. Gray-zone conflict is often shrouded in deception or misinformation, making attribution difficult and discouraging a strong response.*

> [Los desafíos del conflicto con las principales potencias y los desafíos regionales agresivos están vinculados por un tercer conflicto, que es la creciente prevalencia de la agresión y el conflicto en la zona gris: el espacio entre la guerra y la paz. Los medios del conflicto de la zona gris incluyen todo, desde la diplomacia de mano dura y la coacción económica, la manipulación de los medios y los ataques cibernéticos, hasta el uso de paramilitares y fuerzas delegadas. Por sí solas o combinadas, tales tácticas confunden o debilitan gradualmente las posiciones de un adversario o las resuelven sin provocar una respuesta militar. El conflicto en la zona gris a menudo está envuelto en engaño o información errónea, lo que dificulta su atribución y desanima a dar una respuesta fuerte.]

Las zonas grises serían, pues, aquellas en disputa entre grandes poderes, zonas entre la guerra y la paz que poseen un determinado valor geopolítico para dos o más potencias. Una de esas «zonas grises» sería hoy Ucrania, quizá el área más disputada del mundo en estos momentos, pero que dejará de serlo en el momento en que se alcance un acuerdo sobre su estatus. Otras zonas, menores, estarían en África o América Latina. No hay, en realidad, muchas «zonas grises» en el mundo, pero estas zonas no son estáticas ni permanentes. En cualquier momento puede surgir una nueva, dependiendo de quién mire qué en qué sitio. Lo que hoy es, mañana no es, y lo

que no es hoy, mañana puede ser. Imaginemos, por ejemplo, que China se fijara en un país archipelágico del Pacífico –Kiribati o Tuvalu– para establecer una base militar. Si EEUU considerara tal paso peligroso, el país elegido podría convertirse en una «zona gris», y así…

AGUAS AZULES. Expresión utilizada por la Marina británica para referirse a la alta mar y, más en concreto, a la capacidad de que flotas navales realizaran operaciones en zonas lejanas. La Marina de EEUU adoptó el término. Según el Departamento de Defensa, una «Armada de aguas azules» es «una Fuerza Marítima capaz de operar continuamente en las aguas profundas de los océanos abiertos. Una Armada de aguas azules permite a un país proyectar su poder fuera del país de origen y, generalmente, incluye uno o más portaaviones. Las pequeñas Marinas de agua azul son capaces de enviar una serie de barcos al extranjero por periodos cortos de tiempo». Disponer de una «Marina de aguas azules» demuestra la voluntad de un país de desempeñar un papel relevante en la política mundial, asumiendo sus costos. Una Armada de esta naturaleza es sumamente costosa. Además de disponer de plataformas navales suficientes y adecuadas –portaaviones, submarinos, destructores y fragatas–, requiere una infraestructura terrestre que le asegure el suministro de medios, puertos y bases navales a gran distancia del país de origen, que aseguren el suministro y reposición de combustible, alimentos, repuestos, municiones y descanso para las tripulaciones. Ello implica alianzas con países lejanos que faciliten puertos, bases y suministros. EEUU es el único país del mundo que mantiene una extensa red de «Marina de aguas azules», con mayor relevancia en la región Asia-Pacífico, seguida del mar Mediterráneo. China se encuentra en una acelerada construcción de su propia «Marina de aguas azules». Rusia tiene la propia, aunque su «Marina de aguas azules» se proyecta, por ahora, principalmente en sus propias zonas costeras oceánicas y mares aledaños.

La calificación de «Armada de agua verde» se refiere a la formada por buques que operan en aguas costeras, puertos y desembocaduras. «Armada de aguas marrones» define la que opera en ríos y masas de agua interiores, y toma su nombre del color que suelen tener los ríos. Esta terminología define, también, el tipo de plataformas, tamaño y zona de operación de cada Armada.

Debe señalarse que ni Rusia ni China utilizan estos conceptos.

Operaciones multidominio

Denominación de la doctrina militar que regirá, en los próximos años o década, las operaciones militares de las Fuerzas Armadas de EEUU. En la doctrina final que se hará pública en el mes de junio de 2022, el Ejército estadounidense define las

operaciones multidominio (MDO) como "el empleo por parte de las armas combinadas de capacidades en todos los dominios que erigen y explotan ventajas relativas para derrotar a las fuerzas enemigas, alcanzar objetivos y consolidar ganancias durante la competencia, la crisis y el conflicto armado", según documento publicado por *Defense News*. La doctrina MDO establece que el entorno operativo incluye no sólo el aire, la tierra y el mar, sino también el espacio y el ciberespacio, y que las FFAA operan «a través de la dimensión física, influyen a través de la dimensión de la información y logran la victoria (ganan) en la dimensión humana"».

La doctrina MDO concluye que vencer una amenaza como las que representan Rusia y China requiere que las FFAA de EEUU «fracturen la coherencia de los enfoques operacionales de la amenaza rompiendo sus sistemas y formaciones interdependientes y luego explotando rápidamente las oportunidades para derrotar a las fuerzas enemigas en detalle», expone el documento. Las MDO se llevarían a cabo en tres fases distintas de la operación: competencia, crisis y conflicto armado. Asume el reto de que los competidores de la misma categoría utilicen capacidades estratificadas a distancia para disuadir, lo que requiere que EEUU y sus socios y aliados utilicen capacidades basadas en tierra para eliminar o degradar las capacidades de inteligencia, vigilancia y reconocimiento en red de la amenaza y los fuegos de largo alcance. China y Rusia están en condiciones de «ganar sin luchar» si pueden controlar la narrativa y los hechos sobre el terreno, por lo que el Ejército debe establecer una narrativa veraz para rebatir ese planteamiento, tanto en las fases de competición como de crisis de la operación.

Durante una crisis, el Ejército debe negar los objetivos del adversario, disuadir al adversario de nuevas acciones militares, alterar el cálculo del riesgo del adversario y proporcionar opciones flexibles de disuasión y respuesta. El servicio debe desplegar y adaptar las fuerzas del Ejército, demostrar la capacidad de múltiples puertos aéreos y marítimos de desembarco y abrir líneas de comunicación. En caso de conflicto o guerra, el Ejército debe comprender el planteamiento y los objetivos operativos del enemigo, presentar múltiples dilemas y hacer converger la capacidad de toda la fuerza conjunta y aislar y destruir las capacidades del enemigo y maniobrar para dislocar y desintegrar la posición del enemigo y permitir que toda la fuerza conjunta opere además de las fuerzas terrestres. Debe señalarse que tanto China como Rusia tienen su propia doctrina MDO.

De Rusia y China nos llegan bonus nuevos

LÍNEAS ROJAS. Traducción al español de *red line*, expresión inglesa para expresar los límites de una acción, decisión o medida que un sujeto o grupo de sujetos –per-

sonas, Estados u organizaciones– están dispuestos a admitir o tolerar. La línea roja define o establece aquello que es inaceptable y que no se puede sobrepasar o exceder, y que, si se sobrepasa o excede, daría lugar a situaciones de conflicto. Debe señalarse que la invocación de líneas rojas suele partir de posiciones de fuerza, es decir, que quien las invoca –persona o Estado– considera que tiene fuerza, poder o medios suficientes para hacer valer sus advertencias. Invocar o señalar líneas rojas sin disponer de medios para hacer pagar un costo por traspasarlas dejaría al invocante en una situación de debilidad y menor prestigio –o desprestigio grave–, pues haría patente su carencia de poder.

Rusia señaló repetidamente que una nueva expansión de la OTAN hacia otras repúblicas exsoviéticas, era una línea roja que, si se traspasaba, daría lugar a una respuesta extrema. Para hacer ver que esa línea roja iba en serio, trasladó decenas de miles de soldados a las proximidades de la frontera con Ucrania, generando alarma –convenientemente amplificada– entre los miembros de la OTAN. Incluso se llegó a afirmar que Rusia invadiría Ucrania en enero de 2022, llegando algunos medios incluso a publicar mapas de la invasión. No hubo tal, claro, pero sirvió para alimentar una nueva campaña antirrusa en Europa y EEUU. El 21 de diciembre de 2021, el presidente Vladímir Putin dejó un mensaje al respecto: «En el caso de que continúe claramente la línea agresiva de los colegas occidentales, adoptaremos las medidas de represalia técnico-militares adecuadas. Reaccionaremos con dureza a sus medidas hostiles». Lamentablemente, como se explicara anteriormente, ni EEUU ni sus socios de la OTAN se tomaron en serio los avisos de Rusia. Bien al contrario, reafirmaron su política de expansión de la organización atlántica a Ucrania y otros países del Este. Los resultados, a la vista. La acción de Rusia en Ucrania debe vincularse a la guerra con Georgia, de 2008, y a la incorporación de Crimea a Rusia, en 2014. Señales suficientes había de que Rusia estaba hablando en serio respecto a los reclamos de seguridad para el país.

Garantías de seguridad. En un mundo en el que el desarrollo científico-técnico está reduciendo a mínimos la capacidad de reacción de los Estados a un ataque militar, la idea de establecer o acordar garantías mínimas de seguridad se volverá una medida básica para evitar las guerras. Si antes –y no hablamos de hace un siglo, sino apenas de dos décadas– movilizar tropas o establecer sistemas de armas era algo previsible y con tiempo suficiente para preparar una respuesta, en el presente esos tiempos se han reducido a minutos. Para Rusia se ha convertido en su primera preocupación de seguridad, habida cuenta de que la OTAN rodea casi todo su territorio europeo, que es, vale recordar, donde se concentran las grandes urbes y centros estratégicos de Rusia. Tallin, en Estonia, está a 317 kilómetros de San Petersburgo; Riga, a 920 kilómetros de Moscú. Vladivostok está a casi 9.000 kilómetros de Los Ángeles; Nueva York, a 7.500 kilómetros de Moscú. El ingreso de Ucrania en la OTAN redu-

ciría aún más los márgenes de seguridad de Rusia y situaría a Moscú a tiro de las fuerzas atlantistas. Esta situación hace necesario un nuevo tipo de acuerdos de garantías de seguridad mutua si se quiere evitar una confrontación entre la OTAN y Rusia que, hoy, está más abierta que nunca. También, aunque en un contexto distinto, entre EEUU y China. El presidente de Rusia lo ha dejado claro: «Ellos [EEUU] hacen lo que quieren, pero lo que están haciendo ahora en el territorio ucraniano, o lo que planean hacer, no está sucediendo a miles de kilómetros de nuestras fronteras nacionales, está ocurriendo a nuestras puertas. Deben entender que no tenemos a dónde retirarnos». «Necesitamos garantías vinculantes a largo plazo», ha señalado el presidente ruso, sin olvidar que los tratados internacionales tampoco son garantía de nada, pues un país puede decidir retirarse de ellos. Putin también lo recordó: «Ustedes y nosotros sabemos bien que, incluso con garantías legales, no se puede creer en Estados Unidos, porque se retira con facilidad de los acuerdos internacionales». Putin se refería al Tratado de Cielos Abiertos, de 1992, y al Tratado de Misiles Antibalísticos de 1987, de los que EEUU se retiró en 2020 y 2019, respectivamente.

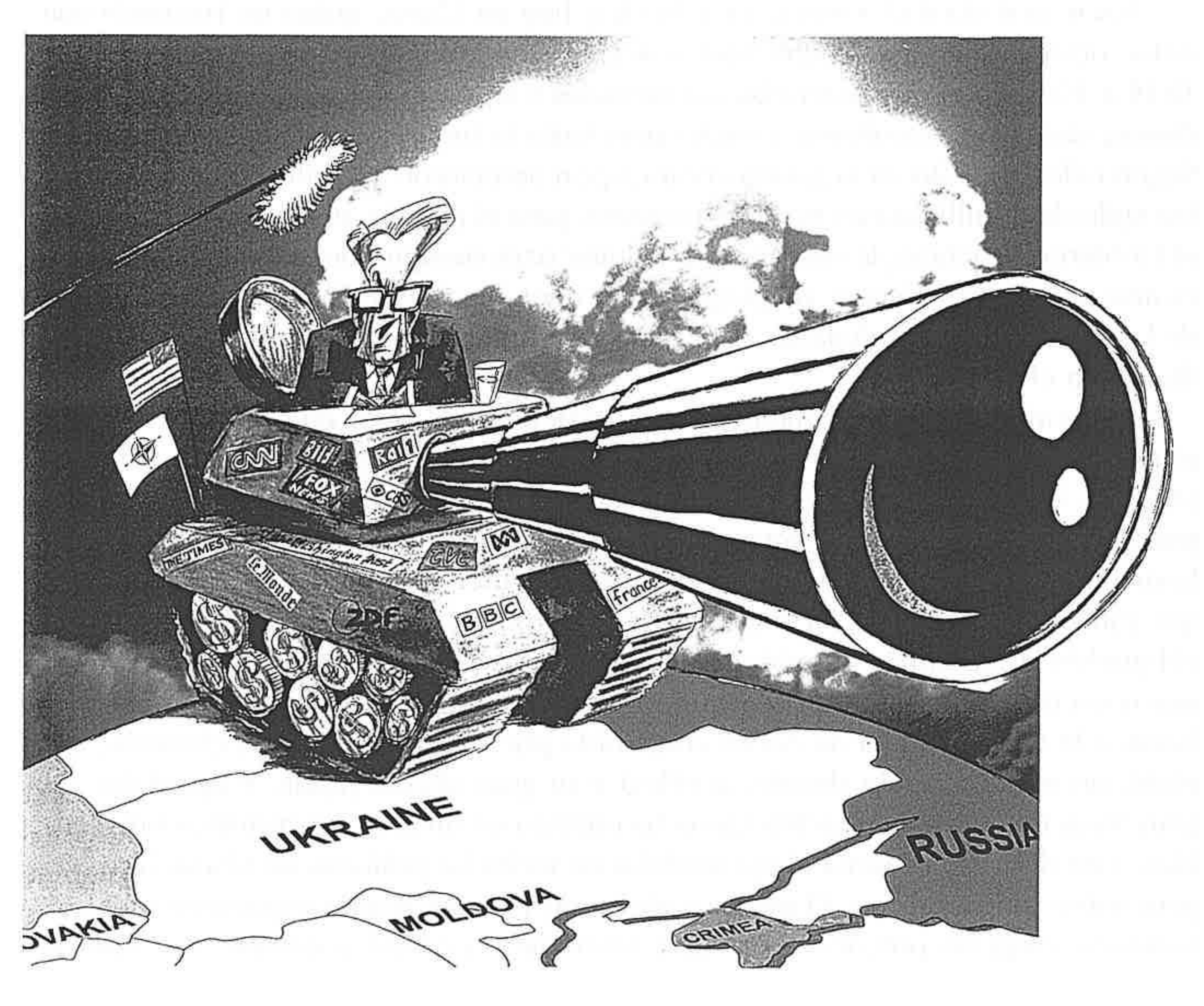
«NADIE NOS VOLVERÁ A HUMILLAR.» No hay hoy en China, quien no recuerde con dolor, odio y amargura, lo que llaman «el siglo de la humillación», ese periodo de 1839 a 1949 en el que potencias occidentales y Japón ocuparon, invadieron, agredieron, drogaron, expoliaron y explotaron hasta la inmisericordia al pueblo chino. Según cálculos, sólo en la guerra contra Japón perecieron 25 millones de personas. Ese siglo de humillaciones es, en el presente, para el pueblo, el Partido Comunista y el Gobierno de China, la referencia a sepultar para siempre, de la misma forma que es acicate para restablecer las glorias de lo que –durante 5.000 años– ha sido una de las más grandes y señaladas civilizaciones humanas y la mayor economía mundial hasta el siglo XVIII.

Este sentimiento, que comparten con devoción casi todos en China, lo resumió el presidente Xi Jinping en su histórico discurso de conmemoración de los cien años de fundación del Partido Comunista de China. «El Partido Comunista y el pueblo chino declaran solemnemente al mundo lo siguiente: el pueblo chino se ha levantado», anunció Xi. «El tiempo en que el pueblo chino podía ser pisoteado, en que sufría y era oprimido, ha terminado para siempre», gracias al Partido Comunista. «El pueblo chino nunca permitirá a ninguna fuerza extranjera hostigarnos, oprimirnos o esclavizarnos. ¡Quien sea que lo intente se encontrará un baño de sangre frente a la Gran Muralla de Acero construida por 1.400 millones de chinos!», advirtió, en referencia, sin decirlo, a EEUU y su gran aliado, Japón. Y apuntaló: «El gran renacimiento de la nación china ha entrado en un proceso histórico irreversible». Este discurso resumía el eje medular de todas las políticas de China, internas pero sobre todo externas. El mensaje de fondo y forma podría expresarse en estos términos: ninguna potencia extranjera intimidará a China y detendrá su renaci-

miento, que es, hay que repetirlo, «irreversible». Las condiciones para un enfrentamiento abierto con EEUU están dadas. Las únicas dudas se refieren al cuándo y al cómo. Pero haberlo, lo habrá.

En cada país hay medios de comunicación reproductores

Puede uno estar tentado a creer o pensar que estos debates, finalmente, se quedan en los países y los medios involucrados en el enfrentamiento sistémico, pero es vana y banal esa esperanza. En cada país de este mundo occidental hay «traductores» que actúan como cajas de resonancias –no magnéticas– de las líneas políticas y militares que emanan del Gran Centro de Poder –al estilo del Gran Padre Blanco–, para dar fe de su alineada militancia. Así, el diario *El País,* que pertenece a un fondo buitre de EEUU, dedicó su editorial del día 25 de diciembre (fecha en que desapareció la Unión Soviética) al presidente de Rusia, con este ti-



tular: «Las amenazas de Putin». El contenido se puede deducir, pero lo que interesa es el siguiente párrafo:

> La Rusia de Putin es una potencia revisionista, que finge mantener sus compromisos multilaterales pero ha entrado en la senda de su constante vulneración. Esgrime unos compromisos sobre la fijación de las fronteras de la OTAN y la creación de una zona gris entre Rusia y Alemania de los que no hay rastro alguno escrito y firmado.

Como se puede inferir, este párrafo pareciera extraído de alguno de los documentos oficiales del Pentágono o de los Departamentos de Defensa o de Estado de EEUU, pues recita, a pie juntillas, el discurso oficial de Washington sobre Rusia y China. El editorial del diario madrileño es como un *sidereus nuncius* del lenguaje probeta que está por venir. En una mayoría de medios de comunicación ni los anuncios clasificados están libres de sospecha. Quien dude, que indague en las investigaciones de Sherlock Holmes. Mr. Holmes aparte, no debe olvidarse nunca que todos los medios de comunicación tienen dueño, y cada día menos dueños tienen más medios, más… y nosotros menos.

(El lenguaje probeta ya ha llegado a la UE/OTAN, consecuencia de la nueva ofensiva de EEUU para poner a estas organizaciones –que, ya lo hemos dicho, son las dos caras de una misma moneda– al servicio de su estrategia imperial. El 21 de febrero de 2022, ante la Conferencia de Seguridad de Múnich, el Alto Representante de la UE para Política Exterior, Josep Borrell, se expresó en estos términos:

> Treinta años después del fin de la Guerra Fría afrontamos un decidido esfuerzo para redefinir el orden multilateral. El resultado de esta lucha definirá si nos mantendremos en un sistema multilateral centrado en las Naciones Unidas, con normas internacionales y derechos universales, o si esto será reemplazado por un orden multipolar basado en el poder, con zonas de influencia y actitud relativista con respecto a los derechos humanos. […]
>
> [La declaración conjunta ruso-china del 4 de febrero] es la culminación de una larga campaña… Es un acto de desafío. Está claro: es un manifiesto revisionista. Un manifiesto para revisar el orden mundial.

No hace falta decir más. Baste recordar que, el 19 de enero de 2018 –puede leerse en BBC News–, el secretario de Defensa James Mattis declaró que EEUU «se enfrentaba a crecientes amenazas de poderes revisionistas tan diferentes como China y Rusia». Hay tres años de retraso, pero, al final, la voz del amo termina llegando a sus obedientes discípulos. «La soberbia es heraldo de la ruina, y la altivez de corazón, de la caída.» (Proverbios, 16-18). *Ora pro nobis.*)

EPÍLOGO CON RÉQUIEM

UCRANIA, CRÓNICA DE UNA GUERRA ANUNCIADA

Los antecedentes

Pocas veces un conflicto llega precedido de tantos y tan reiterados anuncios como el de Ucrania; tantos y de tal amplitud que resulta vergonzoso y vergonzante que dicho conflicto no haya podido ser evitado, a pesar de que evitarlo era más fácil que provocarlo. Encontrar las respuestas de por qué no se hizo requiere volver a 2014, el año del golpe de Estado que cambió todo en Ucrania y que estaría destinado a cambiar casi todo en Europa y parte de Eurasia. Puede que también de buena parte del mundo, pues este conflicto anticipa otros por venir y que, al igual que el de Ucrania, están siendo avisados y anunciados. Por lo pronto, volvamos a la Ucrania de este siglo XXI, pero, antes, unas nociones básicas de geografía política.

Ucrania tiene una frontera con Rusia de casi 2.000 kilómetros (1.974 exactamente) y algunos de sus puntos están a menos de 600 kilómetros de Moscú. Aunque Ucrania es un país extenso (603.548 kilómetros cuadrados), es minúsculo en comparación con Rusia (17,13 millones de kilómetros cuadrados, el mayor del mundo). Además, Rusia es una superpotencia nuclear, una superpotencia militar, una superpotencia espacial y una superpotencia agropecuaria, entre otras perlas que brillan. En política es casi principio sagrado que uno debe procurar llevarse bien con su vecino, sobre todo cuando el vecino es alguien como Rusia. Asumir como política interna declararse enemigo mortal de Rusia era una invitación a la guerra. Lo sería en cualquier otro caso (imaginemos a México declarándose enemigo de EEUU, pidiendo ingresar en la alianza ruso-china y ofreciendo su territorio para instalar armas contra EEUU). Los Gobiernos de Ucrania, desde 2004, pero sobre todo desde 2014, asumieron esa política. Por tal motivo, todos nuestros análisis del caso concluían en conflicto. Tal se ha dado.

El golpe de Estado de 2014 se sucede en un periodo álgido de intervenciones y guerras dirigidas y provocadas por la OTAN. EEUU y sus aliados se hallaban inmersos en esas acciones en su afán de reconfigurar el mundo para hacer del siglo XXI un *New American Century*. Ese objetivo de dominio mundial es lo que lleva a las guerras en Yugoslavia, Iraq, Afganistán, Libia y Siria, aunque en este último caso la intervención rusa detuvo en seco los planes. Ucrania era, en esa concepción del nuevo siglo, una pieza estratégica. Inserta en las mismas entrañas de Rusia, EEUU lo considera un país idóneo, el mejor estratégicamente hablando, para situar una fuerza hostil, poderosa y controlada por Washington, cuya consolidación asestaría un golpe demoledor a la influencia de Rusia en Europa, en particular en el este. Al contrario que otros países atlantistas fronterizos, que eran pequeños y débiles (los bálticos), Ucrania poseía un territorio extenso, una numerosa población, recursos naturales y agroalimentarios, y, muy especialmente, una extensa frontera con Rusia. De Seredina-Buda, en Ucrania, a Moscú hay 530 kilómetros y se tarda una media de siete horas en llegar por carretera. Era, por tanto, un país esencial en la configuración del «Frente Atlántico» que los estrategas del Pentágono han venido diseñando desde hace al menos una década. Entender esta concepción geoestratégica de EEUU es imprescindible para comprender los movimientos geopolíticos en Ucrania y, en general, en Europa y el Pacífico.

En medio de la revuelta del Maidán, la intervención extranjera adquiere dimensiones asombrosas. El congresista republicano John MacKein arenga a la multitud, los enviados y agentes de la UE van de un lado a otro conspirando, y el punto culminante de aquella obscena intervención extranjera llega cuando se filtra la conversación de una alta diplomática de EEUU en la que discute quién deben formar el nuevo Gobierno de Ucrania (sobre el tema, verse el documental de Oliver Stone *Arde Ucrania,* accesible en YouTube). Como recuerda David Hendrickson en el artículo «The Causes of the War», publicado en la revista *The American Convervative,* «Obama dejó de lado la admisión [de Ucrania] en la OTAN, pero luego permitió que la subsecretaria de Estado, Victoria Nuland, se desbocara por las calles de Kiev, repartiendo compromisos simbólicos por docenas, interfiriendo groseramente en los asuntos internos de Ucrania y tramando la instigación de una revolución». En suma, el Maidán fue una conspiración en toda regla, manejada por potencias extranjeras para provocar un golpe de Estado y llevar al poder a fuerzas de extrema derecha que respondieran a los planes de EEUU y la UE sobre dicho país. Este fue el origen último de lo que estará por venir.

A partir del Maidán, Ucrania se convierte en el corazón del atlantismo y de una delirante política antirrusa. El director de la CIA se instala durante una semana en Kiev y el presidente Petró Poroshenko condecora al secretario general de la OTAN, quien aprovecha la ocasión para amenazar a Rusia con una militariza-

ción de las fronteras de los países atlantistas. Como escribimos en agosto de 2014 (en un artículo en el diario *Público* titulado «Ucrania, neutralidad o guerra étnica»), «Ucrania es escenario de una conspiración antirrusa en toda regla dirigida a incorporar ese país al Pacto Atlántico». Por esos años, recibía 5.000 millones de euros por el tránsito del gas ruso por su territorio, casi el 30% de las empresas ucranianas eran rusas y otro 60% dependía, directa o indirectamente, de Rusia y del mercado ruso.

Todo eso fue paulatinamente desmantelado en los años siguientes, junto con la ilegalización del Partido Comunista, el cierre de medios de comunicación rusoparlantes y la reconstitución del Ejército ucraniano, de donde es sacada casi toda la oficialidad formada en la Unión Soviética para ser sustituida por nuevos elementos reclutados entre los sectores ultranacionalistas y de extrema derecha. El nuevo Ejército será formado por instructores estadounidenses, que imponen como única doctrina que Rusia es el mayor enemigo de Ucrania y que el nuevo ejército debe prepararse para la destrucción de Rusia. La situación, para Ucrania, fue dramática. Rota la relación con Rusia, el país se empobreció, el nivel de vida se hundió y una corrupción descomunal terminó de desangrarlo, convirtiéndolo en el más pobre del espacio exsoviético. Pese a la miseria, el alineamiento de Ucrania contra Rusia siguió de forma constante, hasta verse convertida en un laboratorio de EEUU para transformar el país –cuya historia se confundía con la de Bielorrusia y Rusia– en un país atlantista paranoicamente antirruso. Conscientes de lo que ocurriría si en Ucrania el Gobierno seguía por ese camino, y previendo la reacción rusa, escribimos en el citado artículo de 2014:

> Y si la OTAN mantiene el reto y Rusia no encuentra otra salida que invadir Ucrania, ¿qué hará la OTAN? ¿Declarar la guerra a Rusia y sus 15.000 misiles nucleares? ¿Una guerra económica a muerte? Y la energía rusa, ¿quién la supliría? ¿Nos quieren llevar a la Tercera Guerra Mundial? ¿Por qué esos Gobiernos tan atragantados de misiles no preguntan a sus pueblos si quieren ir a otra guerra europea o mundial?
>
> Una última pregunta, si hay conflicto, ¿quién ganaría? EEUU, obviamente. Este país ha sido enemigo del proyecto europeo desde que quiso dejar de ser una simple comunidad económica para convertirse en una potencia política y económica autónoma. La guerra contra Yugoslavia, en 1999, tumbó al Euroejército y la PESC. El conflicto ucraniano terminará de enterrar los restos del proyecto europeo. Lo cierto es que la UE se ha convertido en un vergonzoso apéndice de la OTAN, es decir, de EEUU. Y, como todo apéndice, podría ser extirpado cuando devenga inservible.

En esa línea, en 2016, en mi *Política y geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos,* se afirmaba lo siguiente:

> Pese a las apariencias, el conflicto en Ucrania no ha hecho más que empezar. El Gobierno de Kiev, en manos de extremistas antirrusos, ha adoptado una estrategia de seguridad nacional sobre tres pilares: la consideración de Rusia como Estado enemigo y principal amenaza para Ucrania; la incorporación en la OTAN y la reducción de los vínculos económicos (y por tanto políticos y culturales) con Rusia. Casi una declaración de guerra. [...]
>
> Si los acontecimientos siguen estos derroteros, el conflicto bélico estallará, más tarde o más temprano. La única pregunta que quedaría por contestar es el cuándo y el cómo.

Cuestión a anotar, por, digamos, curiosa, es que el proceso de «otanización» de Ucrania se vio retrasado por un hecho que ni EEUU ni la UE/OTAN pudieron o quisieron controlar: la galopante corrupción que abatía al país a casi todos los niveles. Para 2015, el país estaba en quiebra. En su auxilio acudieron todos los organismos dominados por Occidente. Christine Lagarde anunció un acuerdo por 15.500 millones de euros (17.500 millones de dólares de entonces); EEUU proporcionaría 1.800 millones de euros en préstamos bilaterales; la UE aportó 2.000 millones de euros y 1.800 millones el Banco Mundial. En total, cerca de 21.100 millones de euros. Que de poco sirvieron. El gas y otros bienes subieron de precio, la vida empeoró, pero la corrupción hizo fiesta con los millones. El 2019, Ucrania se situaba en el puesto 122 de 188 en el índice de percepción de la corrupción de la organización Transparencia Internacional. Ese mismo año, el Tribunal Constitucional anuló una ley contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios de alto rango, dando carpetazo a más de 70 investigaciones de corrupción de altos cargos. Los ucranianos salieron a protestar, indignados, pero mejor se hubieran quedado en casa. Por esas fechas, la activista ucraniana anticorrupción Yekaterina Handziuk fue rociada con ácido camino a su trabajo. Tenía treinta y tres años y falleció por las quemaduras pocos meses después. Esa es la Ucrania que hoy idealizan Gobiernos y medios de prensa occidentales. Un país donde el desempleo y la falta de expectativas llevaron a cuatro millones de ucranianos a emigrar porque había instalada una guerra contra ellos por parte de la oligarquía depredadora. Y, aunque la economía se había estabilizado un poco, los servicios públicos subían de precio y el salario seguía siendo de 350 dólares mensuales.

En las elecciones de 2019 se presentó un famoso comediante, Volodímir Zelenski, de cuarenta y un años, que había hecho de la lucha anticorrupción su bandera electoral. Pero el comediante Zelenski era dueño de una lujosa villa en Italia, no declarada en Ucrania, y tenía negocios en Rusia, aunque afirmaba que los había cerrado. Sucedía algo más. Zelenski trabajaba para un poderoso oligarca, Igor Kolomoiski, acusado de un sinfín de escándalos de corrupción y cuyo canal de televisión, 1+1, transmitía la serie cómica de Zelenski, entonces en su tercera temporada. La asesora de la Casa

Blanca, Fiona Hill, afirmó entonces que EEUU estaba «extremadamente preocupada por la relación entre Zelenski y este señor Igor Kolomoiski». Por su parte la revista *Atlantic Council* se preguntaba en un titular de octubre de 2019: «¿Servidor del pueblo o de los oligarcas?». Finalmente, en marzo de 2021, el Departamento de Estado norteamericano impuso sanciones contra Kolomoiski por su presunta participación en actos de corrupción. Según EEUU, «estuvo involucrado en actos corruptos que socavaron el Estado de derecho y la fe del pueblo ucraniano en las instituciones democráticas y los procesos públicos de su Gobierno, incluido el uso de su influencia política y poder oficial para su beneficio personal». Quien hizo era declaración era el secretario de Estado, Antony Blinken. No andaba escaso de malas compañías el futuro presidente.

Los avisos desde Rusia

Como ya se viera en capítulos anteriores, a partir de diciembre Rusia envía una y otra vez advertencias sobre los riesgos de no atender sus propuestas de alcanzar un acuerdo general que establezca un modelo integral de seguridad, tal como lo expresara el comunicado oficial del Ministerio de Exteriores, de 10 de diciembre de 2021:

> Se ha tomado un rumbo para arrastrar a Ucrania a la OTAN, que está plagado de la aparición de sistemas de misiles de ataque con un tiempo mínimo de vuelo a Rusia Central, así como de otras armas desestabilizadoras. Este comportamiento irresponsable plantea amenazas inaceptables para nuestra seguridad y allana el camino por serios riesgos militares para todas las partes involucradas, llegando incluso a un conflicto a gran escala en Europa. [...]

El 17 de diciembre de 2021, Rusia envió a EEUU y la OTAN sendos proyectos de acuerdos de seguridad, proponiendo un nuevo modelo de garantías mutuas. También invitó a reuniones bilaterales Rusia-EEUU y Rusia-OTAN para abrir negociaciones sobre dichas propuestas. Las respuestas de la OTAN fueron no sólo irresponsables sino desafiantes. El 12 de enero, tras concluir una reunión con Rusia, el secretario de la organización, Jens Stoltenberg, calificó las peticiones de Moscú de «quimera» y, respecto a la petición rusa de no incorporación de Ucrania a la OTAN, afirmó que «eso no pasará». «No vamos a cambiar nuestra estrategia, y Rusia no tiene nada que decir porque es algo que sólo compete a la OTAN y a Ucrania.» Dado que no se trata de repetir lo recogido en capítulos anteriores, sólo queda decir que la OTAN, con su actitud de menosprecio a los intereses de Rusia, dejaba a Moscú dos opciones: una, un «trágala y aguántate»; la otra, el recurso a la guerra. La historia está saturada de ejemplos de casos en los que la negativa a negociar lleva directamente al conflicto armado.

La visión desde EEUU

Siendo EEUU pieza central en este dramático tablero geopolítico, es de provecho conocer, al menos un poco, cómo se ve y se sigue viendo la guerra en Ucrania. Interesa, entre otras cuestiones, porque en EEUU se producen debates de expertos que poco o nada tienen que ver con los vergonzantes opinantes europeos, más expertos es destilar bilis o veneno que en hacer aproximaciones mínimamente serias y fundamentadas al conflicto. Es otra de las tantas diferencias entre ser metrópolis y ser periferia. Así, David Hendrickson, presidente de la John Quincy Adams Society, en su artículo «The Causes of War», de 4 de marzo de 2022 escribe desde las páginas de la prestigiosa revista *The American Conservative* (que, como su nombre indica, es de corriente conservadora republicana):

> Este falso ejercicio de construcción de la democracia –reunir a una multitud en la capital y conseguir un nuevo Gobierno– fue seguido por una serie de medidas consideradas muy hostiles por los rusos: repetidos bombardeos en el Donbás; el corte de agua a la población de Crimea; una ley lingüística que los rusoparlantes consideraron insultante y que fue condenada en un informe del Consejo de Europa; el cierre de los medios de comunicación rusófonos e independientes, con inquietantes paralelismos con lo que se está haciendo en casa; la detención por traición de Viktor Medvedchuk, un amigo de Putin cuyo partido aventajaba al de Zelenski en algunas encuestas a finales de 2020; el fortalecimiento constante del Ejército ucraniano por parte de Estados Unidos y la OTAN; todo lo que, en definitiva, llevó a Putin a un callejón sin salida. Los occidentales tienen dificultades para evaluar la importancia relativa de estos acontecimientos porque básicamente todos esos acontecimientos fueron vistos por los medios de comunicación [occidentales] como engañosos o fraudulentos. Éramos como un juez en un tribunal de divorcio que entra afirmando con una profunda convicción: «La culpa siempre es del hombre». [...]
>
> Ahora hay una tremenda simpatía por los ucranianos, como debería haberla cuando los débiles son atacados por los fuertes, pero la amarga verdad es que les hicimos un gran daño... ¿Qué bailó en sus cabezas en 2021, cuando llegaron Biden y Blinken? Era la brillante perspectiva de que por fin había llegado a Washington una administración que se preocupaba por ellos. A Trump no le importaba; a Biden y Blinken sí.
>
> Los ucranianos hicieron muchas cosas en 2021 calculadas para enfurecer a Putin, y es poco probable que lo hicieran con la idea de que se estaban arriesgando solos. La sensación de traición de los ucranianos está algo enmascarada hoy por su necesidad de apoyo multidimensional, pero es real. Desde los primeros momentos de la catástrofe, se les ha hecho un nudo en el estómago. Les hemos hecho incurrir en un

> error. Elevamos sus expectativas al cielo, y luego dijimos: lo siento, no hay nada que hacer. Salieron a la palestra pensando que les cubríamos las espaldas, pero no lo hicimos ni pudimos hacerlo, porque sólo podíamos hacerlo a riesgo manifiesto de una Tercera Guerra Mundial.

Queda poco más que decir. EEUU llevaba años engañando a los Gobiernos de Ucrania, y los Gobiernos de Ucrania engañando y jugando con los intereses, vida y bienes de su propio pueblo, seducidos por los cantos de sirena estadounidenses. El despertar a la realidad ha sido horrendo y sangriento. Hoy, los otros responsables, que son los Gobiernos de la Alianza Atlántica, ponen el grito en el cielo en una hipócrita y brutal campaña antirrusa, cuando tuvieron en sus manos evitar este desastre. Habría bastado, simplemente, con acordar un nuevo marco de seguridad y aceptar que no habría más ampliaciones de la OTAN sobre el espacio ruso. Por prepotencia, soberbia y negligencia no lo hicieron. Y, en Derecho, tan culpable es quien dispara como quien incita a alguien a disparar.

Doug Bandow, en un artículo del 17 de marzo de 2022 que tituló «We pocked the Bear» («Picamos al oso»), escribió lo siguiente:

> Rusia y Ucrania están en guerra. A pesar de las cálidas palabras que fluyen desde Occidente hacia Kiev, la política de los aliados ha sido todo menos pro Ucrania. De hecho, el enfoque de Estados Unidos puede describirse mejor como una lucha contra Rusia hasta el último ucraniano. [...]
>
> Creo que es obvio que la expansión de la OTAN no tiene ninguna relación con la modernización de la propia alianza ni con garantizar la seguridad en Europa. Por el contrario, representa una grave provocación que reduce el nivel de confianza mutua. Y tenemos derecho a preguntar: ¿contra quién va dirigida esta expansión? ¿Y qué pasó con las garantías que hicieron nuestros socios occidentales después de la disolución del Pacto de Varsovia? ¿Dónde están hoy esas declaraciones? Nadie las recuerda siquiera. Pero me permitiré recordarle a este público lo que se dijo. Quisiera citar el discurso del secretario general de la OTAN, el Sr. Woerner, en Bruselas, el 17 de mayo de 1990. Dijo en ese momento que «el hecho de que estemos dispuestos a no colocar un ejército de la OTAN fuera del territorio alemán le da a la Unión Soviética una firme garantía de seguridad». ¿Dónde están esas garantías? [...]
>
> Por supuesto, el pasado hará poco para resolver el presente. Sin embargo, los políticos de Washington deberían empezar a aprender de sus errores. Dos décadas de guerras desastrosas han dejado miles de estadounidenses y cientos de miles de extranjeros muertos. A este saldo se suman los que mueren en Ucrania, otra guerra innecesaria espoleada por la prepotencia y la miopía de Washington.

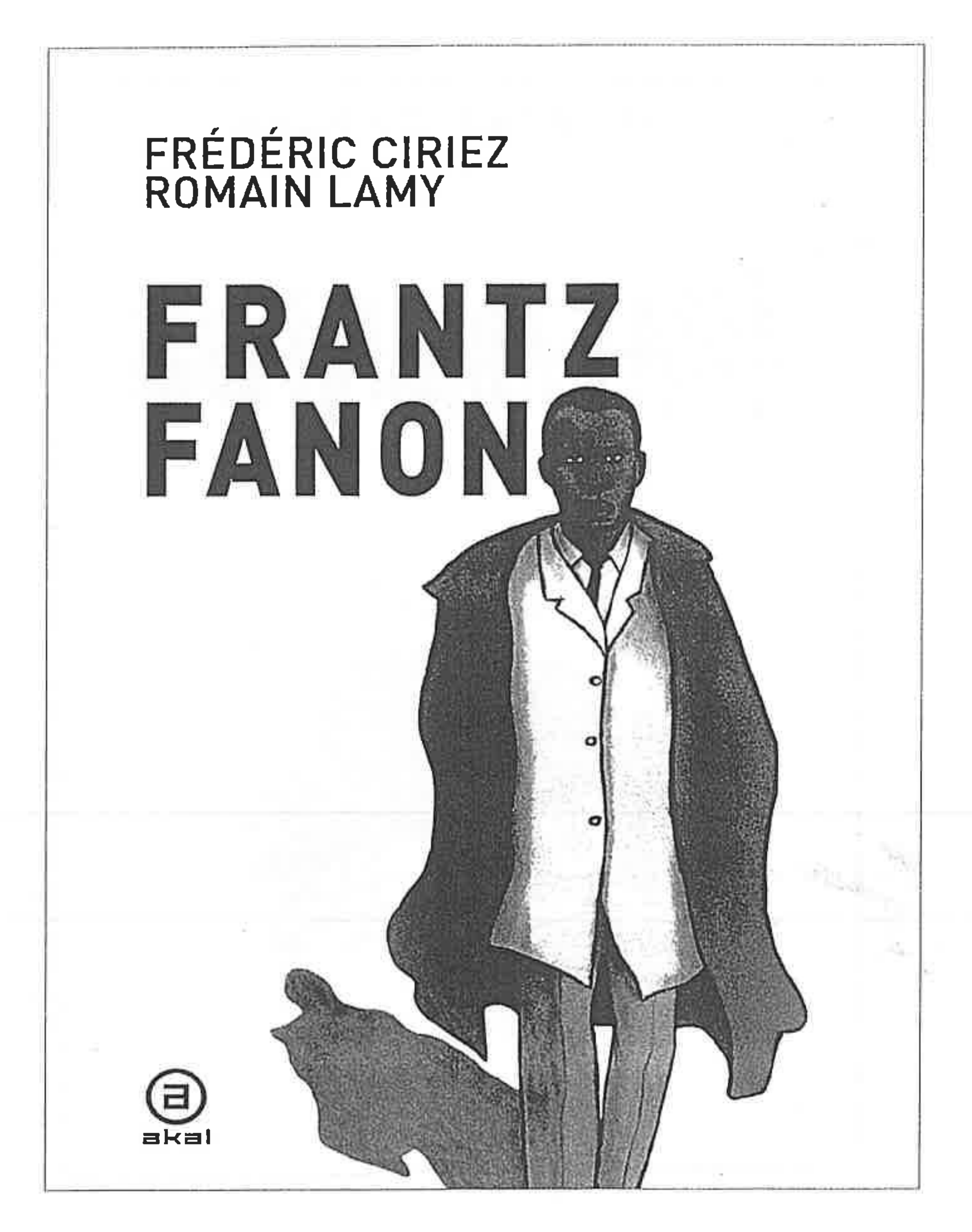
Poco se puede agregar a estos comentarios de Doug Bandow, que, siendo él ciudadano de EEUU, le confieren un valor más cualificado que si se hiciera desde otras latitudes.

LOS RESULTADOS

¿Por qué no pudo evitarse si hacerlo estaba al alcance de la mano? Por la simple y sencilla razón de que Ucrania había pasado a formar parte importante de la estrategia de EEUU, de crear una pinza contra China y Rusia. Ucrania, por sus largas y estratégicas fronteras con Rusia y Bielorrusia era un plato al que no quería renunciarse en el festín de la OTAN. Fue, desde ese conocimiento que, el 30 de diciembre de 2021, nos llevó a escribir, en el diario Público, el, titulado *Ucrania es casus belli, señores de la OTAN,* ya citado. La arrogancia y la prepotencia son los peores consejeros en todo, más en política, porque llevan a producir situaciones que, desde la soberbia, es imposible ver.

ÍNDICE

EN LA MISMA COLECCIÓN



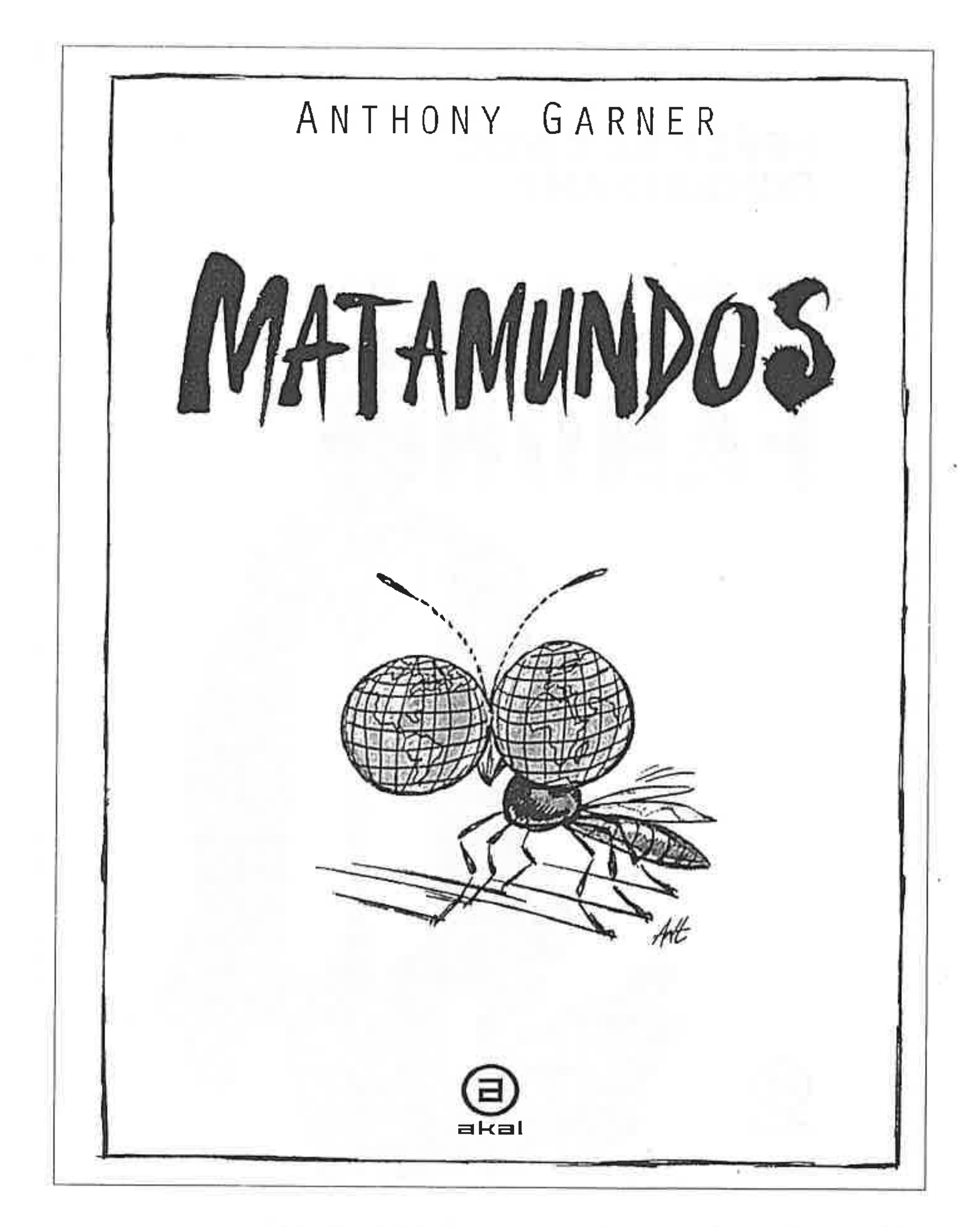
El nombre de Frantz Fanon (1925-1961), escritor, psiquiatra y pensador revolucionario martiniqués, es inseparable de la Guerra de la Independencia argelina y de las luchas anticoloniales del siglo XX. ¿Pero quién era realmente este hombre de destino deslumbrante?

Una introducción original a su pensamiento, más actual, más necesario y más decisivo que nunca.

978-84-460-5070-4

240 páginas

EN LA MISMA COLECCIÓN



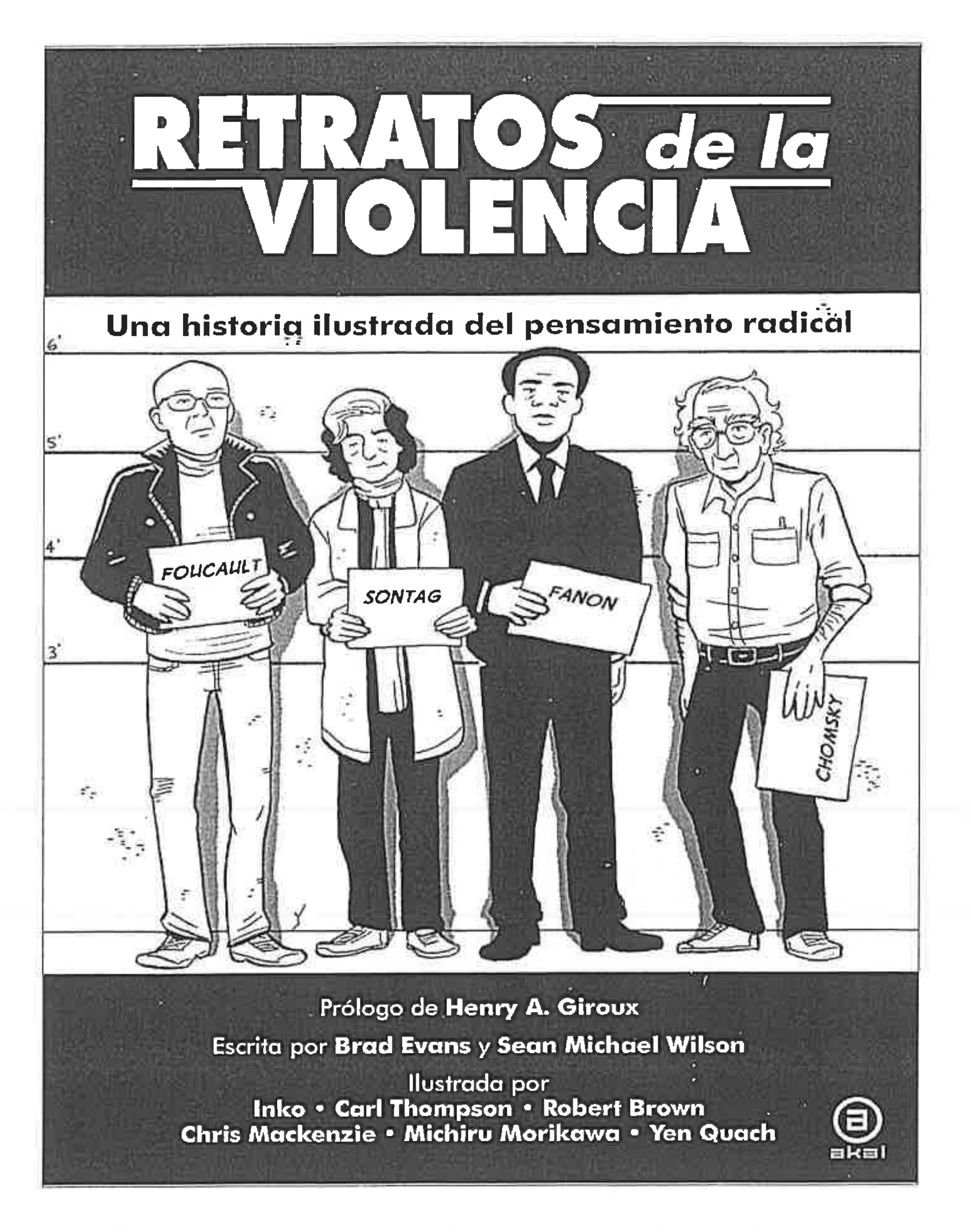
El panorama al que nos enfrentamos es devastador. Estamos ante la posibilidad de extinción de nuestra especie y de tantas otras en el planeta, y todo por culpa de nuestra ignorancia e insensatez. El ser humano se ha convertido en una especie destructiva, que bien podría recibir el nombre de *Matamundos.*

Un discurso perfectamente construido, que contiene un mensaje muy necesario en el momento presente que busque evitar la paralización que genera la enormidad del reto que tenemos por delante.

978-84-460-4897-8

200 páginas

EN LA MISMA COLECCIÓN



En el presente libro se ofrece, en un formato novedoso, una introducción a algunas de las ideas y episodios más atractivos de la crítica de la violencia, de la mano de los pensadores que han reflexionado sobre ella: Hannah Arendt, Frantz Fanon, Brad Evans, Edward Said, Paulo Freire, Michel Foucault, Susan Sontag, Noam Chomsky, Judith Butler, Giorgio Agamben.

978-84-460-4686-8

144 páginas